R. GARRIGOU-LAGRANGE

El Salvador

Cuando sea alzado de la tierra, todo lo atraeré hacia mí.

(Io 12, 32)

165

REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE

EL SALVADOR
Y SU AMOR POR NOSOTROS

Revisión y prólogo por
FEDERICO DELCLAUX

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original:

Le Sauveur et son amour pour nous

ISBN: 84-321-1915-6

Depósito legal: M. 25.352 - 1977

Impreso en España - **Printed in Spain**

TORDESILLAS, O. G. - Sierra Monchique, 25. - MADRID

PROLOGO

En el transcurso de la historia se han escrito buenos tratados sobre Jesucristo: estudios de hondura teológica, biografías de su caminar por la tierra, comentarios ascéticos sobre sus hechos y doctrina...; la excelencia de esos trabajos siempre ha de medirse por la ciencia y piedad que guardan, y por el logro del autor de olvidarse de sí y mostrar lo mejor posible la objetiva figura de Nuestro Señor. En este tema —por ser Cristo la Verdad—, cualquier interpretación subjetiva y personalista no acorde con la revelación, provoca un rechazo, porque se descubre que no es de Jesús de quien ahí se habla, sino de la equivocada figura que el autor se ha formado sobre el Señor.

Desgraciadamente, este error sigue siendo actual: algunas obras han renovado la antigua herejía adopcionista, según la cual Jesucristo es un hombre con una presencia especial de Dios, pero no es Dios hecho hombre: ese Jesús, *ha declara-*

do recientemente la Iglesia, es mucho más comprensible, porque está vacío de su misterio y de toda la riqueza de salvación que ha venido a traer a los hombres: pero ese Jesús no es Dios [1].

Por el contrario —y éste es el mejor elogio sobre un libro que trate del Señor—, las páginas que siguen han sido escritas con humildad: el autor procura desaparecer para que se alce únicamente la figura de Cristo; y así, con sencillez, recuerda la profundidad del misterio del Verbo hecho hombre: la Encarnación, la cercanía de su Humanidad, su Corazón amante y generoso, la muerte en la Cruz y la Resurrección, su actuar de Sacerdote eterno, y tantas otras verdades de fe.

Caracteriza también a esta obra el espíritu de piedad con que el autor la ha escrito. Por eso muchas páginas guardan el Christi bonus odor [2], *el sabor de Cristo, y dan una visión que alienta la oración personal y renueva la frase de fray Luis de Granada:* Jesús para mí viene, para mí nace, para mí trabaja, para mí ayuna, para mí ora, para mí vive, para mí muere, para mí resucita y sube al cielo [3]. *Su lectura aviva el misterio del Señor que atrae al cristiano hacia sí, diciéndole con palabras de San Agustín:* Yo soy el pan de los fuertes; sé fuerte y me comerás; pero tú no me cambiarás en ti, en carne tuya, sino que tú te transformarás en

---

1 *Declaración para salvaguarda de la fe sobre los misterios de la Encarnación y de la Santísima Trinidad, ante errores recientes.* Sagrada Congregación para la doctrina de la fe, 10-3-72.

2 2 Cor 2, 15.

3 Cfr. *Vida de Jesucristo,* 2ª ed., Rialp, Madrid, 1975, p. 14.

Mí[4]. *Y al que es fiel a su llamada divina cotidiana, va identificándole con Él y le convierte, según explica San Pablo, no sólo en* alter Christus, *sino en* ipse Christus, *en el mismo Cristo.*

El querer a Jesús que brota espontáneo y como entre líneas de este libro, está lógicamente muy vinculado al trato y confianza con la Madre de Dios: es bien conocida la devoción de Garrigou-Lagrange a Santa María[5]; por eso siempre que matiza un tema, ejemplifica un estudio teológico, o precisa un punto, acude de un modo natural e instintivo al modelo perfecto de santidad que es la Virgen Santísima.

Finalmente, se desea advertir que los lectores poco familiarizados con los términos teológicos o cuestiones de escuela, quizá se pierdan en algunas páginas; por más que el autor lo procura, no consigue soslayar en ocasiones la densidad de aquellas clases que exponía en el Angelicum, *hoy Universidad de Santo Tomás, en Roma, donde le recuerdo con afecto. Aunque para facilitar la lectura, algunos temas más arduos se han trasladado a apéndices, señalándolo en el momento oportuno, el libro se hará a veces difícil para algunos: entonces pueden hojearse esas páginas, y al poco aparecerá de nuevo la claridad y sencillez en este tratado sobre Jesucristo.*

F. D.

---

[4] *Confesiones,* 7, 10.
[5] Cfr., por ejemplo, su obra *La Madre del Salvador,* col. Patmos, 162, Rialp, Madrid, 1976.

A Nuestra Señora de la Preciosa Sangre, que comprendió mejor que nadie la encarnación redentora y puede obtenernos la inteligencia de este misterio, como humilde homenaje de profunda gratitud y filial obediencia.

INTRODUCCION

> Mis ovejas oyen mi voz... Yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás... Nadie puede arrebatarlas de mano de mi Padre.
>
> Io 10, 27.

En una obra anterior, *La Providence et la confiance en Dieu,* hemos querido exponer, según la revelación y la teología, lo que es la Providencia divina, su extensión, su infalibilidad, y cómo debemos abandonarnos a ella con confianza, cumpliendo cada día un poco mejor nuestros deberes; y también, cómo la conformidad con la manifiesta voluntad de Dios nos permite abandonarnos a su beneplácito aún no manifestado. *Fidelidad y abandono* conservan el equilibrio de la vida interior sobre dos desviaciones opuestas, que son la agitación inquieta y estéril y la perezosa indiferencia de los quietistas.

Este libro sobre el Salvador es como la continuación del anterior. En efecto, ¿quién, sino el Salvador, ha hecho prevalecer definitivamente la idea justa de la Providencia —ya expresada frecuentemente en el Antiguo Testamento— sobre la idea del destino o del encadenamiento

desconocido, irresistible, de los acontecimientos y las causas? ¿Quién liberó a los hombres del círculo de hierro de la ciega fatalidad de la que hablaban los poetas griegos? ¿Quién nos ha permitido desligarnos de los lazos del *fatum*, de los golpes de la suerte o del infortunio, de los mil cuidados de la existencia, de la esclavitud de las pasiones, sino aquel a quien llamamos el Salvador?

Los mejores filósofos griegos buscaban la liberación en la contemplación del Soberano Bien al que concebían de modos distintos de acuerdo con su inclinación más o menos idealista. Pero la contemplación del Soberano Bien sólo era accesible, según su propia confesión, a unos pocos. Para ellos mismos era algo pasajero, de muy corta duración, y si hablaban de la vida futura era como de un *hermoso riesgo que hay que correr*. Así se expresa Platón en el *Fedón* y Séneca en una de sus cartas a Lucilio [1].

El problema de nuestros destinos permanecía en total oscuridad y siempre pesaba sobre las almas la necesidad que resulta de la naturaleza misma de las cosas; sólo cabía resignarse. De ningún modo los filósofos nos liberan de esto; al contrario, refuerzan, con sus doctrinas, la dura necesidad de las leyes universales: *Volentem ducunt fata, nolentem trahunt* [2]; según los estoicos, la fatalidad conduce a aquel que se somete a ella, y arrastra, a pesar suyo, al que se resiste. Las doctrinas deterministas venidas de Oriente aumentan el peso del destino.

---

1 SÉNECA, *Ep.* 102.

2 SÉNECA, *Ep.* 107, 10; cfr. A.-J. FESTUGIERE, *L'Idéal religieux des Grecs et l'Evangile*, París, Gabalda, 1932, página 105.

El Salvador no sólo viene a liberarnos de la sujeción de la fatalidad, del irresistible encadenamiento de las causas conocidas y desconocidas, de los golpes del infortunio, sino que viene a liberarnos del pecado, de la injusticia respecto de Dios y de los hombres; viene a justificarnos y a prometernos, no como un hermoso riesgo que hay que correr, sino con absoluta certeza, la vida futura de orden natural, y además la vida eterna de orden sobrenatural, participación de la vida íntima de Dios: verle como Él se ve y amarle como Él se ama.

En lugar de la creencia en el destino, se alza la fe en el Amor de Dios por nosotros y en la Providencia: *Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna*[3].

El peso del destino ha desaparecido y nuestros destinos se esclarecen. El Salvador anuncia la liberación a todos los que no se resistan con su codicia y orgullo a la luz y a la gracia de Dios.

Desde este punto de vista consideramos aquí el misterio de la encarnación redentora.

Después de haber explicado muchas veces a los estudiantes de teología el tratado de la encarnación según Santo Tomás, ayudándonos de sus principales comentadores, hemos pensado que sería útil extraer cuanto se refiere directamente a la personalidad del Salvador, a su vida íntima, a su amor por nosotros, presentándolo de forma accesible a las almas interiores y remontándonos

---

[3] Io 3, 16.

cuanto sea posible de la teología a la fe misma, que es muy superior. La teología ayuda, así, a descubrir el sentido profundo del Evangelio y, mientras más avanza, más debe ocultarse en cierto sentido; debe desaparecer un poco como San Juan Bautista después de haber anunciado a Nuestro Señor. Hace conocer la estructura del cuerpo doctrinal, pero conviene que procure expresarse con los mismos términos de la Escritura, o de la palabra de Dios. Así, se remonta a la fe, de donde proviene.

Se habla corrientemente de la vida íntima de Dios, que ante todo es el misterio de la Santísima Trinidad; la vida interior del alma santa del Salvador proviene asimismo del misterio de la encarnación. También la consideraremos nosotros, en primer lugar, con relación a este mismo misterio, y después respecto al misterio de la redención.

En la primera parte veremos qué es la personalidad de Cristo, según su testimonio y el de los Apóstoles, lo que fue y lo que será siempre su vida íntima en relación con las conveniencias y el motivo de la encarnación. Consideraremos la santidad de Cristo, la plenitud de gracia que enriqueció su alma santa desde el primer instante de su concepción y que resplandece sobre todas sus facultades: inteligencia, voluntad y sensibilidad.

En la segunda parte trataremos del misterio de la redención y del amor del Salvador hacia nosotros, hablando de su humildad, de su oración, de sus méritos, de su sacerdocio, del sacrificio de la Cruz y del de la Misa. Contemplaremos desde mucho más cerca lo que es la vida íntima de Jesús, en la tierra, en el cielo y en la Eucaristía; y así veremos cómo debemos penetrar en la intimidad

de Cristo y cómo el misterio de Cristo está unido a nuestros destinos.

No nos hemos propuesto escribir una obra de teología técnica, ni tampoco un libro de divulgación; estas páginas tienen como fin invitar a las almas interiores a la contemplación del misterio de Cristo.

Para ello hay que evitar dos dificultades muy distintas.

A menudo, el espíritu que anima la búsqueda técnica, incluso en estas materias, sin llegar hasta la pedantería, vuelve el pensamiento hacia minuciosidades en un sentido inverso al de la contemplación. E incluso, dejando aparte todo defecto de exposición, nos disponemos menos a la contemplación de los misterios de la salvación consultando un buen manual de teología acerca de la solución de las dificultades relativas a la comunicación de los idiomas, a la transustanciación o a los accidentes eucarísticos, que leyendo las *Elevaciones sobre los misterios* de Bossuet o sus *Meditaciones sobre el Evangelio.* La mayor parte de las almas interiores no tienen necesidad de muchas de las búsquedas indispensables para el teólogo. Para entenderlas necesitarían una iniciación filosófica que no tienen y que, en cierto sentido, las dificultaría, porque al momento y de manera distinta van más allá. Los grandes clásicos, que deben ser nuestros modelos, poseían el sentido profundo de estas cosas.

Por otra parte, muchas obras de vulgarización e, igualmente, muchos libros de piedad, carecen de un sólido fundamento doctrinal. Sin embargo, la doctrina sagrada y la piedad, lejos de estar separadas, o simplemente yuxtapuestas, deberían

estar íntimamente unidas; la segunda debería nacer espontáneamente de la primera.

En cuanto a la divulgación, huye con frecuencia del examen de ciertos problemas fundamentales y difíciles, de los cuales, sin embargo, brotaría la luz e incluso la luz de vida.

Por el contrario, aquí hemos insistido de intento en muchos de estos problemas, especialmente en el de la personalidad de Cristo —lo que la constituye formalmente—, en el motivo de la encarnación considerado en relación con la predestinación de Cristo, primero de los predestinados, lo que se olvida muy a menudo. Nos hemos detenido largamente en el misterio de la conciliación de la libertad de Cristo y de su impecabilidad absoluta, así como en muchas otras cuestiones de ese género, difíciles en sí mismas, que se descuidan en algunas obras debido a su dificultad. Sin embargo, son importantes, y son importantes no sólo para el teólogo, sino para el contemplativo que quiere vivir profundamente de su fe.

Por este motivo, hemos hablado al final de Jesús y de las diversas formas de santidad. Con este propósito hemos consagrado un estudio especial a un problema muy discutido hoy en día: la gracia de Cristo y los místicos.

Con el fin de iluminar a las almas interiores deseosas de penetrar aún más en la intimidad del Salvador, nos hemos esforzado en exponer la doctrina de la Iglesia sobre el Verbo hecho carne, según Santo Tomás de Aquino, no con los términos, frecuentemente muy técnicos, de sus comentaristas, sino en términos accesibles a todos. Hemos intentado hacerlo sin caer en una simplificación material y superficial, sino para

recuperar la superior sencillez de la revelación divina que se expresa en el Evangelio, sobre todo en el de San Juan y en las Epístolas.

Santo Tomás, que no fue nunca un divulgador, pero que sigue siendo el gran clásico de la teología, se elevó de la sabia complejidad de las *Cuestiones disputadas* a la superior simplicidad de los más bellos artículos de la *Summa Theologica,* simplicidad cuyo alto valor con frecuencia escapa a aquellos que ignoran la sabia complejidad que la preparó.

El Doctor común de la Iglesia nos muestra aquí la vía a seguir, y él mismo la siguió tan bien que al final de su existencia no pudo dictar el término de la *Summa;* no le era posible descender a la complejidad de las cuestiones y de los artículos que aún quería redactar, porque se había elevado a una contemplación que alcanzaba las cosas del reino de Dios de un modo mucho más simple, en su espíritu, por encima de la letra.

La detención en las minucias y en la simplificación superficial son dos enemigos muy distintos de la contemplación, que se eleva, en medio y por encima de las dos desviaciones opuestas, como una cima: hacia ella tienden todas las almas de oración.

Siguiendo de cerca la doctrina de Santo Tomás sobre lo que concierne a la vida íntima del Salvador, veremos, como iluminada desde arriba, nuestra propia vida espiritual, que debe ser, guardando toda proporción, la imitación de nuestro divino Modelo, tal como lo enseña esa obra maestra, de todos conocida, que es la *Imitación de Jesucristo.* Dígnese el Señor bendecir estas páginas y hacerlas fecundas para la extensión de su reino y la salvación de las almas.

PRIMERA PARTE

EL MISTERIO DE LA ENCARNACION Y LA PERSONALIDAD DEL SALVADOR

CAPÍTULO PRIMERO

LA VIDA INTERIOR Y EL MISTERIO DE CRISTO

«*Mihi vivere Christus est.*»
«Cristo es mi vida.»
(Philp 1, 21.)

En primer lugar, para mostrar la importancia que el misterio de Cristo tiene para cada uno de nosotros, sea cual fuere el grado de vida interior que tengamos —aunque fuese ínfimo—, veamos lo que hay que entender por vida interior, primero en el sentido más general de la expresión y luego en un sentido más determinado y profundo.

La íntima conversación de cada uno consigo mismo y nuestro querer fundamental

El término de *vida interior* evoca inmediatamente la idea de un recogimiento más o menos profundo, inaccesible en apariencia a la mayor parte de los que viven en el mundo, ocupados en sus asuntos, y los que de vez en cuando pro-

curan distraerse con las diversiones que tengan a su alcance.

En esta manera bastante corriente de ver las cosas hay algo cierto y algo falso. La vida interior, tal como lo indica la expresión, supone un cierto recogimiento en Dios, pero tal recogimiento no es tan inaccesible como parece a primera vista.

En primer lugar, es necesario señalar que todo hombre, bueno o malo, tiene, en ciertos momentos del día, una conversación interior más o menos profunda consigo mismo, desde el momento en que se encuentra solo, y también y bastante a menudo en medio del ruido de una gran ciudad. El obrero que por la noche regresa de su trabajo en un tranvía, cuando no charla ni bromea con sus compañeros, con frecuencia parece preocupado: está en conversación interior consigo mismo. ¿En qué piensa? Quizá en que dentro de ocho días no tendrá trabajo, o qué hará para alimentar a su mujer y a sus hijos. Su conversación interior cambia según sea joven, maduro o ya viejo. Joven, piensa en el porvenir; viejo, lleva consigo la experiencia acumulada durante sesenta años y esa experiencia tiende a traducirse en un juicio global, en el juicio de ese hombre sobre la vida; un juicio muy diferente según su vida haya sido buena o mala, según sea cristiano o no.

La vida interior es una forma, más elevada, de esa conversación de cada uno consigo mismo cuando es una conversación con Dios.

En efecto, en la charla íntima de cada uno consigo mismo no sólo se da la vida de los sentidos, la de la imaginación, la de la memoria

sensible y la de las emociones de la sensibilidad, que existen ya en el animal, sino también una cierta vida del espíritu, de la inteligencia, que lleva a juzgar la existencia, y un acto más o menos latente de la voluntad, hecha para amar y querer el bien. En este estado interior existe un cierto amor fundamental, un cierto querer profundo que no es el mismo en todos los hombres [1].

De acuerdo con que tal querer esté rectificado o no, sea bueno o malo, el hombre juzga muy diferentemente sobre el fin último a conseguir. Todos buscan la felicidad, pero unos la buscan donde está, en el verdadero bien; otros, donde no está, en las satisfacciones de la sensualidad o del orgullo. De acuerdo con que la voluntad profunda esté bien o mal dispuesta se juzga de muy diverso modo sobre el fin último [2].

Muchos, sin querer confesárselo, se aman a sí mismos por encima de todo y, conscientes en mayor o menor medida, hacen que todo converja en ellos, como si fuesen el centro de todo. Junto a esto y como de lado, tienen un cierto amor,

---

[1] TAULER ha insistido particularmente sobre este punto al que vuelve siempre. Cfr. *Sermons de Tauler,* trad. Hugueny-Théry, ediciones de «La Vie Spirituelle», 1927. Cfr. *ibídem,* t. I, Introducción, pp. 79-82.

[2] Santo Tomás enuncia a menudo este principio bajo la forma que le dio ARISTÓTELES (*Etica,* l. III, c. 5): *Qualis unusquisque est, talis finis videtur ei.* Según que el hombre sea virtuoso o no lo sea, juzga muy distintamente sobre el fin que hay que perseguir, pues, siguiendo su disposición interior, el verdadero bien le parece conveniente o no. Cfr. SANTO TOMÁS, I, II, q. 58, a. 5, y el comentario de Cayetano, y también I, II, q. 9, a. 2. Es la parte que hay de verdad en la filosofía de la acción. Hemos insistido en ello en otra parte: *Le Réalisme du principe de finalité,* II, c. VI. El realismo moral: la finalidad y la formación de la conciencia.

las más de las veces ineficaz, a su familia y a su patria. No se puede decir que tengan vida interior: su conversación interior con ellos mismos es muerte; en lugar de elevarles, les rebaja. Según el Evangelio, tales almas están en estado de muerte espiritual o de pecado mortal. En ellas, el querer fundamental se aparta del verdadero bien, del Bien Supremo, principio de todos los otros; lo que sobre todo buscan no es la verdad ni el verdadero bien del hombre, de su familia, de sus hijos, de su patria, sino la delectación más o menos duradera y el dinero útil para procurársela. Viven, dice la filosofía cristiana, de la búsqueda del bien deleitable y de lo útil, sin elevarse a querer verdaderamente el bien honesto concebido por la recta razón como objeto de la virtud.

Su querer fundamental va hacia la muerte y no hacia la vida; carecen de vida interior; lo que encuentran en el fondo de ellos mismos es la muerte; de aquí que busquen huir de sí mismos, exteriorizarse, ya sea en el estudio, en la ciencia, en el arte, en la actividad social y política, o bien vivir de la vida de la imaginación y de los sentidos y olvidar su triste juicio sobre la existencia, juicio que les llevaría al desaliento y al pesimismo. A este propósito dice Pascal del hombre que quiere huir de sí mismo abandonándose, por ejemplo, a la caza, que prefiere el perseguir la liebre a la liebre misma, lo que viene a ser, en un orden más elevado, preferir la búsqueda de la verdad a la verdad. Necesita siempre algo nuevo. Es la cara inversa de la contemplación inmóvil de la verdad obtenida. Tal hombre busca huir para evitar la laxitud, el vacío, el desaliento. Pero en alguna ocasión, a la hora del desaliento, por la

gracia de Dios, sucede la de la conversión. Ha ocurrido muchas veces: tal desesperado, antes de matarse, se acuerda del nombre de Dios, lo invoca y, entreviendo la grandeza del misterio de Cristo y de nuestra redención, se convierte y se da plenamente al servicio de Dios y a la salvación de las almas.

Sin llegar a ese caso, de vez en cuando se da en un alma en estado de pecado mortal un pensamiento noble cualquiera como, por ejemplo: *el honor es la poesía del deber; una vida hermosa es la que ve realizada en la madurez un pensamiento de la juventud;* y, en ocasiones, una gracia actual viene a esclarecer una de estas máximas nobles para llevarnos a buscar más arriba.

Cuando el querer fundamental de un hombre alcanza el bien honesto, objeto de la virtud, cuando el hombre quiere, no sólo por veleidad, sino de modo eficaz, el mismo bien o el deber más que la delectación o lo que es útil para obtenerla, puede entonces decirse de él que tiene ya una cierta vida interior. Si tal es su querer fundamental, entonces la conversación interior que tiene consigo mismo en las horas de soledad, en el silencio o en medio de la multitud, es una conversación que se dirige a la vida. En el fondo, ese hombre, que ama verdadera y eficazmente el bien más que a sí mismo, comienza a hablar interiormente no sólo consigo mismo, sino con Dios.

Santo Tomás [3] dice que cuando el niño, incluso el no bautizado, llega plenamente a la edad del

---

[3] *Summa theologica,* I, II, q. 89, a. 6.

uso de razón, debe escoger el camino del bien y del deber con preferencia sobre el del placer, debe querer eficazmente el bien verdadero y orientar desde ese instante toda su vida en ese sentido; pues se quiere el fin, al menos confusamente conocido, antes de querer los medios. Ahora bien, querer eficazmente el bien verdadero más que a uno mismo, es ya amar más que a uno mismo el soberano Bien, que es Dios, autor de nuestra naturaleza. El hombre caído no es capaz de un amor eficaz parecido sin ser regenerado por la gracia que le cura del pecado original; de aquí que Santo Tomás no tema enseñar que el niño, incluso el no bautizado, si tiene la edad del uso de razón y ama eficazmente el bien más que a sí mismo, está justificado por el bautismo de deseo, porque ese amor, que es ya el amor eficaz de Dios, no es posible en el estado actual de la humanidad sin la gracia regeneradora [4].

Sin duda, ese niño, si no vive en un medio cristiano, encontrará muchas dificultades para perseverar; pero si persevera, recibirá gracias siempre más fuertes y será salvo.

En un medio cristiano estará, lógicamente, mucho más ayudado. Por esto es por lo que haber nacido en la Iglesia es una gracia muy grande.

Es importante insistir en este punto: desde que el querer fundamental de un hombre se dirige eficazmente al bien verdadero, el hombre está justificado, está en estado de gracia, está en él el germen de la vida eterna. Se da ya una cierta vida interior, que es verdaderamente vida, sin que se tenga aún el recogimiento deseable.

---

[4] Cfr. SANTO TOMÁS, I, II, q. 109, a. 3.

El hombre en estado de gracia y en el que persevera desde hace bastante tiempo, llega a tener, sobre todo en las horas de soledad, en el silencio de una iglesia o en medio de la multitud, una conversación interior consigo mismo, que no es la del egoísmo y la del amor propio, sino que ya, a su modo, una conversación con Dios.

Cuando por la noche nos sentamos en un tranvía al lado de varios obreros que vuelven de su trabajo, a veces es bastante fácil, sin poseer el don del discernimiento de los espíritus, reconocer entre ellos a los que se extravían en la mala conducta y ocasionan la desgracia de sus familias, si la tienen, y a los que, por el contrario, viven con el pensamiento en el bien y oscuramente en Dios, por una fe que tendría necesidad de ser esclarecida, pero que es, sin embargo, como la pupila del ojo de su inteligencia. Esos hombres, de cuando en cuando, rezan una corta oración, y cuando no rezan, su conversación interior no les aparta de Dios. En ellos se verifican las consoladoras palabras de Cristo a sus Apóstoles[5]. A menudo, esos hombres son felices al encontrar un sacerdote y en ocasiones le piden que ruegue por ellos y por sus hijos. El fondo es bueno: Dios está oculto en el fondo de su corazón y Él les atrae hacia sí con luces y gracias proporcionadas a su condición. Esos hombres caminan a su manera hacia la vida eterna. ¿Son numerosos en uno de esos tranvías que vuelven por la noche? Dios los conoce. En cualquier caso, deberíamos decirnos que nunca es producto del

---

[5] *El que no está contra vosotros está con vosotros.* Mc 9, 39; Lc 9, 50.

azar que dos almas espirituales e inmortales se encuentren, donde sea, en un tren o en otro sitio, sobre todo si una de las dos está en estado de gracia, aún más si está muy unida a Dios y si puede, por su oración, atraer a la otra a la luz de vida.

Todo esto nos hace entrever lo que es la vida interior, lo que debe llegar a ser en un alma verdaderamente cristiana, que debe caminar siempre más rápidamente hacia Dios. Como la piedra cae tanto más de prisa cuanto más se aproxima a la tierra que la atrae, las almas deben caminar tanto más rápido hacia Dios cuanto más se aproximen a Él al tiempo que Él las atrae. Su querer fundamental debe dirigirse siempre más eficazmente hacia Dios; deben, pues, sobre todo en las horas de soledad, ya sea en una iglesia o en el ruido de la calle, hablar siempre más íntimamente, no sólo de modo egoísta consigo mismo, sino de modo generoso con Dios, que habita en él. Su querer fundamental así rectificado y sobrenaturalizado debe resultar cada vez más victorioso sobre todo egoísmo; deben superarse y, en lugar de querer llevarse todo, deben querer llevar todo a Dios. Su querer fundamental debe convertirse en celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. Poseerán, entonces, una vida interior verdaderamente fecunda tanto para sí como para el prójimo.

Esto nos muestra que la vida interior es para cada uno de nosotros lo único necesario, algo mucho más indispensable que lo que llamamos la vida intelectual, artística o literaria, pues sin verdadera vida interior el hombre es presa del

egoísmo y del orgullo y no puede tener una influencia social buena, profunda y duradera.

Esta verdadera vida interior se realizó en los santos, pero, sobre todo, en el Santo por excelencia, Nuestro Señor Jesucristo. De aquí la necesidad de considerar, y de considerar con amor, la vida interior de Jesús, y de no contentarse con conocerle exteriormente, como un gran hombre del siglo primero, o de modo teórico, como puede hacerlo el teólogo especulativo cuando no intenta suficientemente vivir lo que enseña.

Lo que debe ser Cristo para nosotros

La necesidad de considerar la vida íntima del Salvador se hace sentir particularmente en la época de desarrollo generalizado que vivimos, en un momento en el que los individuos y los pueblos, conociendo confusamente el fin último de la vida humana, olvidan la profunda diferencia que existe entre los bienes materiales y perecederos y los bienes espirituales e inmutables. Los bienes materiales nos dividen tanto más cuanto más ávidamente los buscamos, pues no pueden pertenecer al mismo tiempo y en su totalidad a todos y cada uno. La misma casa y la misma tierra no pueden pertenecer integral y simultáneamente a varios hombres, ni el mismo territorio a varias naciones. Al contrario, tal como a menudo señala Santo Tomás y antes San Agustín [6], los bienes espirituales pueden pertenecer al mismo tiempo y plenamente a todos y a cada uno;

---

[6] Cfr. SANTO TOMÁS, I, II, q. 28, a. 4 ad 2; III, q. 23, a. 1, ad 3.

nos unen tanto más cuanto más los buscamos. Así, todos y cada uno de nosotros podemos vivir de la misma verdad, de la misma virtud, del mismo Dios y del mismo Cristo, nuestro Salvador.

Todo cristiano debería llegar a poder decir como San Pablo: *Mihi vivere Christus est:* Cristo es mi vida[7].

Como señala Santo Tomás al explicar estas palabras[8], la vida de cada uno es lo que más le interesa, es aquello en lo que más viven sus facultades, aquello a lo que está consagrada su existencia; añade, por ejemplo, que la vida de algunos es la caza, la de otros el estudio, el trabajo intelectual; para otros, su vida es la actividad exterior, la del soldado es el ejercicio de las armas. Finalmente, la vida del cristiano, como tal, cuando ha tomado conciencia, profundamente, de la grandeza de su destino, es Cristo. Esto es particularmente verdadero para el sacerdote, el apóstol, el que tiene por misión revelar a los demás el misterio de Cristo.

En efecto, el mensaje de Cristo no sólo debe ser oído, debe ser puesto en práctica. Él mismo dijo al final del Sermón de la montaña: *Aquel que escucha mis palabras y las pone por obra, será como el varón prudente, que edifica su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, pero no cayó, porque estaba fundada sobre roca. Pero el que escucha estas palabras y no las pone por obra, será semejante al necio, que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes,*

---

[7] Philp 1, 21.

[8] *In Epistolam ad Philipp.*, 1, 21.

soplaron los vientos y dieron sobre la casa, que se derrumbó estrepitosamente[9].

En sus Comentarios sobre San Mateo, Santo Tomás señala: *la roca sobre la que es necesario construir significa al mismo Cristo: como dice San Pablo, la roca espiritual es Cristo*[10]*... Pero algunos escuchan el mensaje de Cristo sólo para saber, sin ponerlo en práctica; éstos sólo construyen sobre la inteligencia y eso es construir sobre arena... Otros lo escuchan para ponerlo en práctica y amar a Dios y al prójimo; construyen sobre roca... y pueden decir con San Pablo: ¿Quién nos separará del amor de Cristo?*[11].

En la pluma de un hombre de estudio como Santo Tomás, estas palabras son muy significativas[12]. Para él, su vida no era sólo el estudio, su vida era Cristo, y a Él había consagrado toda su labor y toda su existencia.

Ciertamente, es necesario el trabajo intelectual y la actividad exterior, pero el cristiano debe amar el trabajo no sólo por la satisfacción natural y el provecho que encuentra, sino por Cristo,

---

[9] Mt 7, 24-27.

[10] 1 Cor 10, 4.

[11] Rom 8, 35.

[12] Sus propias palabras *in Matthaeum*, VII, 26, son las siguientes: *Fundamentum est illud super quod ponit aliquis intentionem suam. Quidam enim audiunt ut sciant, et hi aedificant super intellectum: et haec est aedificatio super arenam... Quidam autem audit ut faciat et diligat; et hic aedificat super petram, quia super firmum et stabile... Istud enim fundamentum est super caritatem:* Quis nos separabit a caritate Christi? Rom 8, 35.

a quien es necesario hacer conocer y amar, *ut homo non sibi vivat, sed Deo*[13].

De este modo, sus fuerzas son decuplicadas e incluso centuplicadas; ya no es sólo él el que se da, es Cristo, para la salvación de las almas.

Para vivir así de Cristo y cada vez más es necesario morir a sí mismo, es decir, a la vida de egoísmo, de sensualidad y de orgullo. *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.* Es necesario no convertirse en centro, no llevar inconscientemente todo hacia uno mismo, sino llevarlo todo a Dios. Este es el muy precioso fruto del espíritu de sacrificio, que hace morir progresivamente todo lo que en nosotros hay de desorden, y nos da la paz y la tranquilidad del orden, asegurando el primer puesto a la caridad, al amor de Dios y de las almas, a un amor de Dios que, finalmente, vence sobre todo egoísmo o sobre todo desorden en el amor de sí.

Como decíamos al principio de este capítulo, el hombre, después de la caída, está inclinado a llevar inconsciente o conscientemente todo hacia él, a pensar constantemente en sí mismo, a amarse prefiriéndose a todo. Si escucha el mensaje de Cristo y lo pone en práctica, llegará un día en el que, en lugar de pensar constantemente en

---

[13] SANTO TOMÁS, II, II, q. 17, a. 6, 3m. En su Comentario sobre la Epístola a los Gálatas, 2, 20, *Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus,* Santo Tomás dice igualmente: *Homo quantum ad illud dicitur vivere, in quo principaliter firmat suum affectum, et in quo maxime delectantur, dicunt hoc eorum vitam esse: quilibet autem homo habet quemdam privatum affectum, quo quaerit quod suum est; dum ergo aliquis vivit quaerens tantum quod suum est, soli sibi vivit... Cum vero quaerit bona aliorum, dicitur illis vivere.* En este sentido San Pablo podía decir: Cristo es mi vida.

él y llevar todo hacia sí, vivirá de Cristo y, por Él, pensará casi constantemente en Dios, Verdad y Bondad suprema, y lo llevará todo hacia Él. Entonces, en su alma, el querer fundamental del que hablábamos, está verdaderamente rectificado y sobrenaturalizado; la vida interior estará establecida conforme a la imagen de Dios, imagen en la que el Verbo, expresión del pensamiento del Padre, espira el Amor y hace que todo converja en el Bien supremo.

Es importante meditar desde este punto de vista el tratado sobre la encarnación según Santo Tomás de Aquino. Al final de su vida, el santo doctor, absorto en una contemplación superior, no podía dictar las últimas páginas de su *Summa*, cuando pensaba cómo los misterios ocultos en Cristo son una mina inagotable y los doctores no han descubierto sobre Él más que una mínima parte.

Es lo mismo que dice San Juan de la Cruz en el *Cántico Espiritual*, en donde llama *cavernas* a estos misterios para simbolizar su insondable profundidad. Dignóse el Señor darnos la comprensión viva y penetrante de estos misterios para permitirnos ver mejor el resplandor de su bondad.

CAPÍTULO II

JESUS, HIJO DE DIOS, SEGUN LOS TRES PRIMEROS EVANGELIOS

Para penetrar en la vida interior de Nuestro Señor es necesario escuchar primero el testimonio que Él dio sobre sí mismo, sobre su filiación divina y su misión de Salvador [1].

---

[1] Se sabe que muchos protestantes liberales, que han sido seguidos por los modernistas, sostienen que la divinidad de Jesús no se encuentra expresada en los Evangelios, sino que es un dogma que la conciencia cristiana ha deducido de la noción de Mesías (cfr. *Decretum Lamentabili contra modernismum*, Dz. 2027-2038). Añaden que en todos los textos evangélicos el nombre de Hijo de Dios equivale únicamente al de Mesías y no significa que Jesús sea verdaderamente y por naturaleza Hijo de Dios.

Racionalistas tales como Renan, B. Weiss, H. Wendt, A. Harnack han reconocido una cierta filiación divina de Cristo, superior a la mesianidad, pero niegan que Jesús, por esta filiación, sea verdaderamente Dios. Renan, al final de su *Vida de Jesús*, escribe: *Reposa ahora en tu gloria, noble iniciador. Tu obra está acabada; tu debilidad está fundada... De ahora en adelante, lejos del alcance de la fragilidad, asistirás, desde lo alto de la*

En primer lugar examinaremos este testimonio tal cual está en los tres primeros Evangelios, escritos entre el 50 y el 70; seguidamente veremos en los Hechos de los Apóstoles, compuestos hacia el 63-64, cómo en sus primeros sermones San Pedro declara a Jesús Hijo de Dios. En tercer lugar, el testimonio de San Pablo sobre la divinidad de Jesús en sus primeras Epístolas escritas entre el 48 y el 59 y, finalmente, estudiaremos sobre este punto el Evangelio de San Juan escrito entre el 80 y el 100 precisamente para defender la divinidad de Jesús contra los primeros herejes que la negaban.

El estudio histórico de los Evangelios tiene su utilidad, sobre todo desde el punto de vista apologético, para responder a las objeciones de los incrédulos y aclararlas. Sin embargo, no es absolutamente indispensable, pues los documentos primitivos podrían haberse perdido y bastaría

---

paz divina, a las infinitas consecuencias de tus actos. Entre ti y Dios ya no se distinguirá más. Un poco más adelante añade Renan: *Para haberse hecho adorar hasta ese punto, es necesario que haya sido adorable... La fe, el entusiasmo, la constancia de la primera generación cristiana no se explican más que suponiendo en el origen de todo el movimiento un hombre de proporciones colosales... A esta persona sublime, que cada día preside el destino del mundo, está permitido llamarle divina, no en el sentido de que Jesús haya absorbido todo lo divino o que le haya sido idéntico, sino en el sentido de que Jesús es el individuo que ha hecho dar a su especie los más grandes pasos hacia lo divino.*

Entre los protestantes conservadores, muchos, como F. Godet, en Suiza, y en Inglaterra Stevens, Gore, Ottley, Sanday han defendido estos últimos años la divinidad de Jesús no sólo expresada en el cuarto Evangelio y en las Epístolas de San Pablo, sino incluso en los sinópticos (ver la exposición de su enseñanza en el libro de M. Lepin: *Jésus Messie et Fils de Dieu*, p. 237).

con la tradición viviente, con el magisterio vivo de la Iglesia; esta tradición oral precedió a la Escritura y es por ella y en primer lugar como la palabra de Dios fue transmitida por Nuestro Señor y por los Apóstoles.

Para entender bien el testimonio que contienen los Evangelios, es preciso saber que en ellos se llama más de cincuenta veces a Jesús *Hijo de Dios,* y es importante determinar en qué sentido se debe tomar tal expresión.

En la Escritura, el término hijo se dice con relación a otro hombre, ya sea de modo estricto para expresar al que nace de otro, ya sea en un sentido amplio para designar al discípulo o al heredero adoptivo. Del mismo modo, el término de hijo se utiliza con relación a Dios, ya sea en el sentido amplio por el que se dice que los cristianos son hijos de Dios, viven de su espíritu, ya sea en el sentido propio y estricto, reservado a la segunda persona de la Santísima Trinidad llamada en el Prólogo del Evangelio de San Juan *Dios unigénito, que está en el seno del Padre, unigenitus qui est in sinu Patris*[2]. Veremos que incluso en los Evangelios sinópticos se llama a Jesús Hijo de Dios en el sentido propio y estricto, el más elevado, en cuanto que declaró que no sólo tenía, como nosotros, una participación en la naturaleza divina, por la gracia, sino la naturaleza divina misma, sus propiedades y sus derechos.

---

[2] Io 1, 18.

La reserva de Jesús en la manifestación de su divinidad

Es necesario señalar que Jesús manifestó su filiación divina progresivamente. Más aún, cuando San Pedro, en Cesarea, dice a Nuestro Señor en nombre de los Apóstoles: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo,* San Mateo cuenta: *Entonces ordenó a los discípulos que a nadie dijeran que Él era el Mesías*[3]. Del mismo modo, un día que expulsa a los demonios, éstos gritan: *Tú eres el Hijo de Dios. Él insistentemente les reprendía para que no le diesen a conocer*[4]. Igualmente, aun después de la Transfiguración, Nuestro Señor dice a los tres Apóstoles que había llevado al Tabor: *No deis a conocer a nadie esta visión*[5]. ¿Por qué esta reserva? Porque las almas no estaban aún preparadas para recibir una revelación tan alta y porque no habrían podido entenderla. En efecto, Jesús ve que muchos de los judíos sólo comprenden materialmente las profecías, esperan un mesías temporal que restaurará el reino de Israel y les dará el dominio sobre los restantes pueblos. Si, pues, desde el principio de su ministerio, Jesús se hubiese declarado claramente Mesías e Hijo de Dios, habría excitado un entusiasmo completamente exterior en esta muchedumbre ávida de maravillas y de prosperidad terrena. Su palabra no hubiese sido comprendida en su verdadero sentido. Incluso al final de su ministerio, Jesús dirá a los Apóstoles:

---

[3] Mt 16, 20.
[4] Mc 3, 12.
[5] Mt 17, 9; Mc 9, 8.

Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora[6]. Hacía falta, pues, desvelar lentamente la altísima verdad del misterio de la Encarnación en la penumbra de las palabras; era necesario, para que poco a poco las almas se elevasen y fuesen capaces de entender el mensaje divino.

Se ve aquí la humildad de Jesús: posee infinitos tesoros de luz, de amor, de poder; pero pone un velo. Nunca intenta asombrar, producir admiración; quiere salvar a las almas por medio de una tarea profunda y secreta que tiene lugar en la intimidad del corazón. Lejos de declarar primero su filiación divina, como lo hará al final de su ministerio antes de morir, la vela de algún modo, para que una luz demasiado viva no deslumbre, no ciegue a los que quiere iluminar y formar. Les dispone progresivamente para recibir una luz mayor. Todo lo cual es la antípoda de la falsa maravilla que intenta asombrar con su prestigio. He aquí una gran lección: es necesario dar poco a poco a las almas la verdad que pueden comprender.

En los Evangelios sinópticos Jesús manifiesta primero su divinidad por los derechos y los privilegios que se atribuye, y afirma cada vez más claramente que Él es el Hijo de Dios. Sigamos esta progresión ascendente que es la culminación de todo lo que contenía el Antiguo Testamento, la plenitud de la revelación que contiene el auténtico signo de las obras de Dios, *fortiter et suaviter*, el poder y la suavidad.

---

[6] Io 16, 12.

Los derechos divinos que Jesús se atribuye

Jesús se ha atribuido siete privilegios especiales que no pueden pertenecer más que a Dios.

En San Mateo y en San Marcos, Jesús se declara mayor que el profeta Jonás, mayor que Salomón [7], mayor que David, quien le llama su Señor en el Salmo 109: *Dixit Dominus Domino meo: Sede a dextris meis, donec ponam inimicos tuos, scabellum pedum tuorum: El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies.* Sobre ello Jesús les decía a los fariseos: *Si, pues, David llama a Cristo Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y nadie podía responderle,* añade San Mateo [8].

Jesús se muestra, así, más grande que Moisés y que Elías, quienes, el día de la Transfiguración, aparecieron a su lado [9]. Es más grande que Juan Bautista, tal como se ve por sus respuestas a los discípulos del Precursor, que les mandaba para que le preguntasen: *¿Eres tú el que ha de venir?* [10].

Aparece incluso mayor que los ángeles, pues se dice en San Marcos [11] y en San Mateo [12], que en el desierto, después de la tentación, después de la victoria sobre el demonio, *los ángeles le servían.* Y Él mismo dice: *Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con*

---

[7] Mt 12, 41-42.
[8] Mt 22, 45, y Mc 12, 36.
[9] Mt 17, 3.
[10] Mt 11, 3.11.
[11] Mc 1, 13.
[12] Mt 4, 11.

sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras[13]. *Y enviará sus ángeles... y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro*[14]. Ni Isaías ni ningún otro profeta habló jamás de enviar a sus ángeles.

Ahora bien, el que es superior a todos los profetas y a los ángeles es superior a toda criatura.

Además, Jesús exige respecto de sí mismo la fe, la obediencia y el amor hasta la abnegación de todos los afectos contrarios, y hasta el sacrificio de la vida. Dice al anunciar las persecuciones de los tres primeros siglos: *Y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá, y el que la perdiere por amor de mí, la hallará*[15].

Jesús, hablando así ante sus Apóstoles, sabía que padecerían el martirio. Estas palabras, que se realizaron sobre todo durante las persecuciones, serían de un orgullo insoportable si Jesús no fuese Dios. ¿Qué profeta osó nunca decir: *el que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí?* Los santos, mientras más se elevan, menos hablan de sí mismos; cada vez más, su yo desaparece ante Dios. ¿De dónde viene, pues, que Jesús hable así, con tal majestad, sobre sí mismo, Él, tan humilde, que aceptó las últi-

[13] Mt 16, 27.
[14] Mt 24, 31.
[15] Mt 10, 37; Lc 14, 26.

mas humillaciones para nuestra salvación? Después de haber invitado a la perfección al joven rico, que no responde a la llamada, dice: *En verdad os digo que no hay nadie que, habiendo dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, por amor de mí y del Evangelio, no reciba el céntuplo... con persecuciones, y la vida eterna en el siglo venidero*[16]. *El que no está conmigo está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama*[17].

Santo Tomás de Aquino, en sus Comentarios sobre San Mateo, 12, 30, ve en las últimas palabras una manifestación de la divinidad de Cristo. *Sólo Dios,* señala, *es el fin último hacia el que todo hombre debe tender, y ésta es la razón por la que el que no está con Dios —el que no tiende hacia Él— está separado de Él. Es lo que hacía decir a Elías*[18]*: ¿Hasta cuándo cojearéis de los dos lados? Si Yavé es Dios, seguidle. Pero,* continúa Santo Tomás, *el que no es más que un hombre no puede decir: El que no está conmigo está contra mí.* Se puede, en efecto, permanecer neutral o indiferente respecto a un hombre que no es más que un hombre; pero no se puede permanecer neutral o indiferente respecto a Dios, nuestro fin último. Si, pues, Jesús pronuncia estas palabras, es porque es superior a toda criatura.

Igualmente, desde el comienzo de su ministerio, en el Sermón de la Montaña, dice: *Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género*

---

16 Mc 10, 29-30.
17 Mt 12, 30.
18 1 Reg 18, 21.

de mal por mi causa[19]. *A causa mía:* es sufrir persecución por la justicia y por la causa más alta; por eso también la recompensa será grande en el cielo.

Jesús no sólo pide obediencia y perfecta abnegación; habla también como el legislador supremo, igual al legislador del Sinaí que dio la antigua ley a Moisés para el pueblo elegido. En efecto, viniendo a perfeccionar esta ley divina y a expurgarla de las falsas interpretaciones de los rabinos, Jesús se expresa así en muchas ocasiones: *Habéis oído que se dijo a los antiguos..., pero yo os digo...*[20]. Del mismo modo, prohíbe el divorcio que Moisés sólo había permitido a causa de la dureza de corazón de los israelitas[21] y se declara dueño del sábado[22].

Hace los milagros en su propio nombre, a modo de mandato: dice al paralítico: *levántate y anda*[23]; resucita a la hija de Jairo diciéndole: *Talitha, qumi,* es decir: *Niña, a ti te lo digo, levántate*[24]; resucita también al hijo de la viuda de Naín diciéndole: *Joven, yo te lo mando, levántate*[25]. Ordena al mar encrespado por la tempestad: *Calla, enmudece. Y se aquietó el viento y se hizo completa calma,* cuenta San Marcos[26]. *Y sobrecogidos de gran temor, se decían unos a otros: ¿Quién*

19 Mt 5, 11.
20 Mt 5, 21-42.
21 Mt 5, 32.
22 Mc 2, 27-28.
23 Mt 9, 6; Mc 2, 9.
24 Mc 5, 41.
25 Lc 7, 14.
26 Mc 4, 39.

será éste, que hasta el viento y el mar le obedecen? Por el contrario, los Apóstoles hacen milagros en nombre de Jesús[27]; Pedro dice: *En nombre de Jesucristo Nazareno, anda..., que en nombre de Jesucristo Nazareno... éste se halla sano*[28] *ante vosotros.*

Además, Jesús se atribuye el poder de perdonar los pecados, de reparar las almas, de darles la vida divina; un poder que, como los fariseos reconocen, no puede pertenecer más que a Dios. Recordemos esta escena contada por San Mateo[29]: *Le presentaron a un paralítico acostado en su lecho, y viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: Confía, hijo; tus pecados te son perdonados. Algunos escribas dijeron dentro de sí: Este blasfema —pues pensaban que sólo Dios puede perdonar los pecados—; Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil: decir tus pecados te son perdonados o decir levántate y anda? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra poder de perdonar los pecados, dijo al paralítico: Levántate, toma tu lecho y vete a casa. Viendo esto,* añade San Mateo, *las muchedumbres quedaron sobrecogidas de temor y glorificaban a Dios de haber dado tal poder a los hombres.*

Afirma igualmente: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré*[30]. Más aún, se atribuye el derecho de comunicar

---

27 Mt 7, 22.
28 Act 3, 6; 4, 10.
29 Mt 9, 2.
30 Mt 11, 28.

a otros el poder de perdonar los pecados; dice a sus Apóstoles: *En verdad os digo, cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo, y cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo*[31].

Jesús no sólo se atribuye el poder de perdonar los pecados, sino también el de juzgar a los vivos y a los muertos. Responde a Caifás: *Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo*[32]. *Y enviará sus ángeles con resonante trompeta y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos...*[33].

También promete enviar al Espíritu Santo diciendo a sus discípulos antes de la Ascensión: *Pues yo os envío la promesa de mi Padre; pero habéis de permanecer en la ciudad hasta que seáis revestidos del poder de lo alto*[34]. No es, pues, inferior al Espíritu Santo que promete enviar.

Finalmente, Jesús aceptó la adoración[35] de la que Pedro, Pablo y Bernabé y los ángeles mismos, en el Apocalipsis, se declaran indignos[36].

Se ve, así, que Jesús, según los Evangelios sinópticos, se atribuyó siete privilegios principales que no pueden pertenecer más que a Dios:

1º Es superior a toda criatura: mayor que Jonás, que Salomón, que David, que Moisés, que

---

31 Mt 18, 18; 16, 19.
32 Mc 14, 62; 8, 38; 13, 26.
33 Mt 24, 31.
34 Lc 24, 49.
35 Mt 8, 2; 28, 9, 17; Mc 5, 6.
36 Act 10, 25-26; 14, 14; Apc 19, 10; 22, 8.

Elías, que Juan Bautista, superior a los ángeles, que son *sus ángeles.*

2º Exige respecto de sí mismo fe, obediencia y amor hasta la abnegación de cualquier otro afecto contrario, y hasta el sacrificio de la vida.

3º Habla como Legislador supremo en el Sermón de la Montaña.

4º Hace los milagros en su propio nombre.

5º Se atribuye el poder de perdonar los pecados y lo confiere a otros.

6º Se atribuye también el poder de juzgar a los vivos y a los muertos de todas las generaciones humanas.

7º Promete enviar al Espíritu Santo y su promesa se realiza el día de Pentecostés.

Jesús no puede atribuirse estos derechos y estos poderes más que si es, no sólo el enviado de Dios, el Mesías, sino Dios mismo. Lo afirma así, de una manera todavía velada, para preparar poco a poco a las almas a recibir una afirmación más explícita, afirmación que se hará cada vez más clara y plena hasta el instante de su condenación a muerte.

La filiación divina de Jesús según los Evangelios sinópticos

En los tres primeros Evangelios, Nuestro Señor no sólo se atribuye los privilegios y los derechos que no pertenecen más que a Dios, sino que en muchas ocasiones se declara el Hijo de Dios en sentido propio y estricto, muy diferente al que conviene a todos los justos.

En primer lugar, lo hace al hablar de la bienaventuranza de los humildes que responden a la

llamada divina. Leemos en San Mateo[37]: *Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo. Todo me ha sido entregado por mi Padre* —no dice como nosotros, nuestro Padre, sino «mi Padre»— *y nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo.* Se dicen estas mismas palabras en San Lucas[38]. La autenticidad del texto no sólo está admitida por los exegetas católicos, sino por la mayoría de los críticos protestantes. Lo que en él se afirma es la igualdad del Padre y del Hijo en lo que respecta al conocimiento y a la cognoscibilidad: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo;* el Padre es, naturalmente, incognoscible, supera el conocimiento natural; ocurre lo mismo con el Hijo; pero ellos se conocen perfectamente el uno al otro. Tal igualdad en el conocimiento, como señala Santo Tomás[39], supone la consustancialidad o la misma sustancia divina; en otros términos: la sustancia común del Padre y del Hijo es lo que se dice que es incognoscible, en tanto que supera todo conocimiento natural. Si nadie conoce al Hijo sino el Padre es que, como el Padre, Él es inaccesible a todo conocimiento natural creado, porque es Dios[40].

---

37 Mt 11, 25-27.
38 Lc 10, 21.
39 *Commentarium in Ev. sec. Matthaeum,* 11, 27.
40 Entre los modernistas, Loisy admite esta explicación tradicional del texto; aún más, señala: El sentido es sustancialmente el mismo que el de las palabras de San Juan 1, 18: A Dios nadie le vio jamás; Dios unigé-

Una segunda declaración parecida se encuentra en la respuesta de Jesús a la confesión de San Pedro en Cesarea. La cuenta San Mateo[41]: *Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos.*

Algunos críticos dicen que no se puede probar históricamente que Pedro, en esta confesión, afirme algo más que la mesianidad, porque sus palabras son referidas así en San Marcos[42]: *Tú eres el Mesías,* y en San Lucas[43]: *El Ungido de Dios;* solamente en San Mateo se lee: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.* De hecho, si sólo estuviesen las palabras de Pedro, sería difícil probar que afirman algo más que la mesianidad, pero está la respuesta de Jesús: *Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos.* Jesús, con estas palabras, muestra que Pedro afirma más que la mesianidad, pues los signos de la mesianidad se habían manifestado ya desde el comienzo del ministerio del Sal-

---

nito, que está en el seno del Padre, éste le ha dado a conocer (cfr. LOISY, *L'Evangile et l'Eglise,* p. 47). Es la misma elevación, no hay distancia entre el texto de San Juan y el de San Mateo, reconoce Loisy; sin embargo añade, sin ningún fundamento, contra casi todos los críticos incluso protestantes liberales, esta afirmación: aunque contenida en San Mateo y en San Lucas, no es del mismo Jesús, sino que le ha sido atribuida por la tradición cristiana. (Contra esta opinión de Loisy, cfr. LAGRANGE, «Revue biblique», abril 1903, p. 304, y LEPIN, *Jésus Messie et Fils de Dieu,* p. 323.)

41 Mt 16, 16.

42 Mc 8, 29.

43 Lc 9, 20.

vador y varios Apóstoles lo habían reconocido ya; así, Andrés, Felipe y Natanael[44] habían reconocido ya en Jesús al Mesías y por ello le habían seguido.

Jesús ya había enumerado claramente los signos de su mesianidad a los enviados de San Juan Bautista[45]. La simple mesianidad no exigía tan gran revelación como la que da Nuestro Señor en su respuesta a Pedro: *Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos.* Estas palabras son el equivalente del texto de San Mateo[46]: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre.* Se puede decir: si Pedro sólo pudo conocer por el Padre lo que afirma sobre Jesús, es porque acaba de afirmar su filiación divina. No se sigue de aquí, sin embargo, que Pedro conociese entonces por la fe la naturaleza de esta filiación tan explícitamente como más tarde la definirá la Iglesia[47].

Una tercera afirmación se encuentra en la parábola de los viñadores homicidas referida en San Marcos[48], en San Mateo[49] y en San Lucas[50]. Su autenticidad está admitida por la mayoría de los críticos, incluida la mayor parte de los protestantes liberales. Se lee en San Marcos[51]: *Jesús —en presencia de los príncipes de los sacerdotes*

---

44 Io 1, 41, 49.
45 Mt 11, 4.
46 Mt 11, 27.
47 Cfr. LEPIN, *o. c.*, p. 332.
48 Mc 12, 1-12.
49 Mt 21, 33-46.
50 Lc 22, 1-19.
51 Mc 12, 1.

y de los escribas— comenzó a hablarles en parábolas: Un hombre plantó una viña... y la arrendó a unos viñadores y partió lejos. A su tiempo, envió a los viñadores un siervo para percibir de ellos la parte de los frutos de su viña, y agarrándole, le azotaron y le despidieron con las manos vacías. De nuevo les envió otro, y le dieron muerte; igualmente a muchos otros, de los cuales a unos los azotaron y a otros los mataron. Le quedaba todavía uno, un hijo amado, y se lo envió también el último, diciéndose: A mi hijo le respetarán. Pero aquellos viñadores se dijeron para sí: Este es el heredero. ¡Ea! Matémosle y será nuestra la heredad. Y asiéndole, le mataron y le arrojaron fuera de la viña. ¿Qué hará el dueño de la viña? Vendrá y hará perecer a los viñadores y dará la viña a otros.

Tal es la parábola; Jesús añade inmediatamente: *¿No habéis leído la Escritura: La piedra que desecharon los edificadores, ésa vino a ser cabeza de esquina; del Señor viene esto y es admirable a nuestros ojos?*[52]. San Marcos cuenta que entonces los adversarios de Jesús buscaban apoderarse de Él, pero temían a la muchedumbre, pues conocieron que de ellos había sido dicha la parábola, y dejándole, se fueron.

La aplicación de esta parábola de los viñadores homicidas era, en efecto, manifiesta. Los servidores del dueño de la viña, enviados por él a los viñadores, eran los profetas. Algo más tarde, Jesús dirá claramente a los fariseos[53]: *Ya con esto os dais por hijos de los que mataron a los profetas. Colmad, pues, la medida de vuestros padres.*

---

52 Ps 117, 22.
53 Mt 23, 31.

Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis al juicio de la gehenna? Por esto os envío yo profetas, sabios y escribas, y a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis... para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra... ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos... y tú no quisiste!

Si, pues, los servidores del dueño de la viña son los profetas, su hijo muy amado es más que profeta y mesías, es verdaderamente su Hijo.

Esta parábola expresa exactamente el mismo misterio que señala San Pablo al comienzo de la Epístola a los Hebreos: *Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos, que, siendo la irradiación de su gloria y la impronta de su sustancia y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.*

Lo que es particularmente asombroso en la aplicación de la parábola de los viñadores homicidas, es que los sacerdotes de la Sinagoga, que la entendieron y la comprendieron, eran los que, por su misma función, debían conocer mejor las Escrituras, los signos de la mesianidad y recibir al Mesías. Ahora bien, son ellos los que más le resisten. Dios les ofrece la plenitud de la revelación y una gloria inmensa: participar en la obra de Cristo y entrar con Él en la vida eterna. A esta gloria totalmente divina prefieren una glo-

ria totalmente humana: *Ocupar los primeros asientos en las sinagogas*[54] y conservarlos. Consecuentemente, queriendo resistir a la majestad divina, son confundidos por su gloria, que habría debido ser la suya. Demasiado apegados a lo ínfimo, a sus tradiciones humanas, a su situación, de la que son celosos, su alma no se abre para recibir el inmenso don de la salvación, don que Dios quiere otorgarles. Así, el sacerdote apóstata es aplastado por la grandeza de su sacerdocio por no haber recibido la inmensa gracia con humildad. Dios rechaza a los poderosos y eleva a los humildes: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles.* Se abren los ojos de Zaqueo mientras que los sacerdotes de la Sinagoga permanecen ciegos.

Una cuarta afirmación sobre la filiación divina de Jesús se encuentra en la pregunta que dirige a los fariseos[55]: *¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo? Dijeron ellos: De David. Les replicó: Pues ¿cómo David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra mientras pongo a tus enemigos bajo tus pies? Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y nadie podía responderle palabra, ni se atrevió nadie desde entonces a preguntarle más*[56].

La autenticidad de este texto está admitida por los principales críticos liberales. El Señor de quien se trata en el salmo citado por Jesús es superior a David e igual al primer Señor, a Dios Padre.

---

[54] Mc 12, 39.
[55] Mt 22, 49.
[56] Lo mismo en Lc 20, 44; Mc 12, 37.

Una quinta afirmación sobre la divinidad de Jesús se encuentra en su respuesta a Caifás durante la Pasión. Se lee en San Mateo[57]: *El pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo a que me digas si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios. Díjole Jesús: Tú lo has dicho. Y yo os digo que a partir de ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo. Entonces el pontífice rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de oír más testigos? Acabáis de oír la blasfemia...*

En esta respuesta de Jesús no se afirma sólo la mesianidad, pues no pertenece a la simple dignidad de Mesías la filiación divina ni el ejercicio del poder soberano. De aquí que Caifás rasgue sus vestiduras gritando: *Ha blasfemado,* tal como se lee en los tres primeros Evangelios. Esclarece este punto el Evangelio de San Juan, en donde[58], después de la curación del paralítico, se lee: *Por esto los judíos buscaban con más ahínco matarle, pues no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía que Dios era su padre, haciéndose igual a Dios.* Igualmente, en San Juan[59], cuando Jesús dice: *Yo y el Padre somos una sola cosa,* se dice: *De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearle.* Se explica así que Caifás, que no ignoraba las declaraciones precedentes de Jesús, le dijera: *Yo te conjuro por Dios vivo a que me digas si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios.* Finalmente, se lee en San Juan[60], lo que ilumina aún más el texto de los sinópticos: *Durante la Pasión*

---

57 Mt 26, 63.
58 Io 5, 18.
59 Io 10, 31.
60 Io 19, 7.

los judíos respondieron: Nosotros tenemos una ley, y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Ciertamente, no se habría matado a Nuestro Señor por haber afirmado su mesianidad, pues todo el mundo esperaba entonces al Mesías, al ungido, al enviado de Dios. Sin embargo, lo que Él afirmaba era superior a la mesianidad.

Finalmente, una sexta afirmación sobre la divinidad de Jesús está contenida en San Mateo[61] después del relato de la resurrección del Salvador, en la fórmula del bautismo: *Y, acercándose Jesús, les dijo* —a los once discípulos—: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo.* Así se acaba el Evangelio de San Mateo[62].

Ahora bien, en esta fórmula del bautismo, el Hijo aparece igual al Padre y al Espíritu Santo. Si no fuese Dios, le sería infinitamente inferior. En cuanto a las últimas palabras: *Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo,* prometen éstas un socorro divino por el que

---

61 Mt 28, 18-19.

62 Loisy, que sin motivo legítimo alguno niega la autenticidad de la fórmula del bautismo negando que fuese pronunciada por el mismo Jesús, reconoce al menos que el empleo de esta fórmula está atestiguado por la *Didajé,* VII, 1, y puede creerse que estaba universalmente admitida en las iglesias a comienzos del *siglo II. Les Evangiles synoptiques,* t. II, p. 751.

se verifica la profecía de Isaías: *Su nombre será Emmanuel, que significa Dios con nosotros*[63].

¿Qué es preciso concluir de estas seis afirmaciones? Hay que concluir, contra los modernistas, que en los Evangelios sinópticos las declaraciones de Jesús sobre su eminente dignidad sobrepasan la simple mesianidad y expresan la filiación divina, que le es propia.

Además, esta filiación divina es superior a la mesianidad, no sólo en el sentido admitido por numerosos racionalistas, como Harnack, sino en el sentido de que constituye a Cristo, por encima de todas las criaturas, igual a Dios y Dios mismo, segunda persona de la Trinidad.

Es éste el sentido de las palabras que hemos citado: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo,* igualdad de conocimiento. *Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* Según los sinópticos, como según San Juan, Jesús fue crucificado porque se declaró Hijo de Dios, igual a su Padre. Es necesario añadir que en San Lucas[64], el ángel Gabriel anuncia a María: *Y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios*[65], sin más, y en San Mateo[66] se dice que en el momento del bautismo de Jesús por Juan Bautista, el Precursor *vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre él, mientras una voz*

---

63 Is 7, 14; Mt 1, 23.
64 Lc 1, 35.
65 Mt 1, 20-23.
66 Mt 3, 17.

del cielo decía: «Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias.»

Lo que llama poderosamente la atención es el hecho de que la misión de Cristo no fuese reconocida por los que habrían debido ser los primeros en reconocerla.

Ello arroja una gran luz sobre lo que significa una misión divina. *La Encarnación* —dice Clérissac[67]— *es una misión del Hijo de Dios en el mundo y se difunde a través de la multiplicidad de los ministerios eclesiásticos en todas las épocas.* La Iglesia continúa, así, la misión de Cristo, es enviada por Él y conserva su espíritu. Lo importante para nosotros es ser dóciles a su voz, que nos transmite la de Dios, y que a veces en medio de muchas dificultades, de muchos errores y de muchas ruinas, nos conduce hacia la eternidad.

---

[67] *Le mystère de l'Eglise,* cap. VII.

Capítulo III

EL SALVADOR, AUTOR DE LA VIDA SEGUN LOS PRIMEROS SERMONES DE SAN PEDRO Y DE LOS APOSTOLES

Hemos visto, según los Evangelios sinópticos, que Jesús no sólo afirmó su mesianidad, sino también su filiación divina, atribuyéndose privilegios que únicamente pertenecían a Dios, privilegios tales como perfeccionar la Ley de Moisés, perdonar los pecados, juzgar a los vivos y a los muertos declarando que[1]: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo;* por lo demás, es por haberse declarado Hijo de Dios por lo que fue acusado de blasfemo por el príncipe de los sacerdotes y por lo que fue crucificado[2].

---

1 Mt 11, 27.

2 Mt 26, 63. Algunos racionalistas como Welhausen y Loisy han pretendido que estas declaraciones contenidas en los sinópticos son el resultado de una progresiva idealización tras la muerte de Jesús, siéndole atribuidas sin que fuesen pronunciadas realmente. Para defender tal interpretación, estos racionalistas deberían probar que esta progresiva idealización de la predicación de Jesús

El discurso de San Pedro en los Hechos de los Apóstoles

La autenticidad del libro de los Hechos de los Apóstoles es históricamente cierta; no sólo está admitida por todos los críticos católicos y por los protestantes conservadores, sino también por muchos racionalistas —Renan, Reuss, Harnack, etcétera—, quienes atribuyen el libro a San Lucas, compañero de San Pablo. Es muy probable que los Hechos, que terminan bruscamente con la narración de la llegada de San Pablo a Roma en el 62, hayan sido escritos hacia el año 63-64 o, por lo menos, antes del 70, fecha de la destrucción de Jerusalén. El racionalista Harnack[3] declaró en 1908 que la crítica debe estar dispuesta a ver esta opinión como plausible.

En este libro se recogen los sermones de San Pedro pronunciados el día de Pentecostés y los días siguientes. En ellos, Pedro, dirigiéndose a los judíos, pone especialmente de relieve el carácter mesiánico de Jesús, recordando que reci-

---

tuvo tiempo de producirse tras su muerte. Ahora bien, lo históricamente cierto es lo contrario, puesto que vemos en los Hechos de los Apóstoles y en las Epístolas de San Pablo, cuya autenticidad no deja lugar a ninguna duda, que desde el día de Pentecostés los Apóstoles enseñaron que Jesús no sólo declaró que era el Mesías, sino también el Hijo de Dios. JACQUIER, E., *Les actes des Apôtres* («Etudes Bibliques», París, 1926); cfr. J. M. VOSTÉ: *These in Actus Apostolorum* (Roma, 1931), cap. I, *Pentecostes christiana*, Act 2, 1-42; cap. II, *S. Pauli Conversio*, Act 9, 17-19; 22, 4-16; 26, 9-18.

[3] *Die Apostolgeschichte*, 1908, p. 121. Cfr. BATIFFOL, *Orpheus et l'Evangile*, 1910, p. 132.

bió la aprobación de Dios[4], pues hizo milagros, resucitó[5], y las profecías se cumplieron por Él y en Él. Pero, además, Pedro atribuye a Jesús un papel santificador que supera la mesianidad y unos privilegios que sólo pueden pertenecer a Dios.

Se dice en el sermón del día de Pentecostés[6]: *Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por Él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, entregado según el designio determinado y la presciencia de Dios, después de fijarlo (en la cruz) por medio de hombres sin ley, le disteis muerte. Al cual Dios le resucitó después de soltar las ataduras de la muerte, por cuanto no era posible que fuera dominado por ella, pues David dice de Él: «... no permitirás, Señor, que tu Santo experimente la corrupción...» Hermanos, séame permitido deciros con franqueza del patriarca David que murió y fue sepultado, y que su sepulcro se conserve entre nosotros hasta hoy. Pero, siendo profeta..., con visión anticipada habló de la resurrección de Cristo, que no sería abandonado en el hades ni vería su carne la corrupción. A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, le derramó según vosotros veis y oís... Tenga, pues, por cierto toda la casa de Israel que Dios le ha*

---

[4] Act 2, 22.
[5] Act 4, 33.
[6] Act 2, 22-37.

hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado.

Los Apóstoles llaman con frecuencia a Jesús Señor, *Kyrios*[7], que es un término que los judíos, en griego, reservaban a Yavé[8].

En el segundo sermón[9] pronunciado por San Pedro en el templo después de haber curado en nombre de Jesús a un cojo de nacimiento, dice: *Varones israelitas, ¿qué os admiráis de esto o qué no miráis a nosotros, como si por nuestro propio poder o por nuestra piedad hubiéramos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis en presencia de Pilato cuando éste juzgaba que debía soltarle. Vosotros negasteis al Santo y al Justo y pedisteis que se os hiciera gracia de un homicida. Disteis muerte al príncipe de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos... y la fe que de Él nos viene dio a éste la plena salud en presencia de todos nosotros* (del cojo de nacimiento que pedía limosna en una de las puertas del templo). Esta expresión, *príncipe de la vida,* no puede aplicarse a Jesús más que si es el Hijo de Dios en sentido propio y Dios mismo. Pues sólo Dios, que es la vida por excelencia y por esencia, puede producir la vida por participación que se encuentra en toda criatura viviente; sólo Dios puede resucitar, dar vida a un cadáver y, sobre todo, sólo Dios puede dar la vida del alma, la gracia, que es una participación en su vida

---

[7] Act 2, 20-21, 36; 3, 20; 4, 29; 7, 59-60; 10, 36 (Jesús es el Señor de todos).

[8] En los Setenta, ver los Salmos 1, 2, 3.

[9] Act 3, 12...

íntima. Así, pues, cuando San Pedro dice: *Disteis muerte al príncipe de la vida,* está diciendo con términos equivalentes que Jesús es Dios. Para él, Jesús es, sobre todo, el autor y el dispensador de la vida sobrenatural, y estas palabras tienen la misma altura que las que se leen en San Juan[10]: *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; Yo he venido para que las ovejas tengan vida, y la tengan abundante*[11]; *Yo soy el camino, la verdad y la vida*[12].

Otro testimonio se encuentra en la hermosa respuesta de San Pedro cuando es detenido con San Juan y ambos son llevados ante el sanedrín. El sumo sacerdote de la sinagoga, asistido por los ancianos y por los escribas, les preguntó: *¿Con qué poder, o en nombre de quién habéis hecho esto?*, es decir: la curación del cojo de nacimiento. Entonces[13], Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: *Príncipes del pueblo y ancianos: Ya que somos hoy interrogados sobre la curación de este enfermo, por quién haya sido curado, sea manifiesto a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel que en nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros habéis crucificado, a quien Dios resucitó de entre los muertos, por Él, éste se halla sano ante vosotros. Él es la piedra rechazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular. En ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual*

---

10 Io 1, 4.
11 *Ibíd.*, 10, 10.
12 *Ibíd.*, 14, 6.
13 Act 4, 8.

podamos ser salvos. Se añade que los miembros del sanedrín, *no teniendo nada que replicar, les prohibieron completamente que hablaran y enseñaran en nombre de Jesús*[14].

Este testimonio de Pedro contiene tres afirmaciones de capital importancia: 1º Que el milagro se realizó en nombre de Jesús; ahora bien, no se hace un milagro en nombre de un simple profeta, sino en nombre de Dios, pues sólo Él puede realizar un milagro propiamente dicho, que sobrepasa todas las fuerzas naturales. 2º Tal como el propio Jesús había explicado en la parábola de los viñadores homicidas, Pedro recuerda el Salmo 117: *La piedra que ha sido desechada al edificar, se ha convertido en la piedra angular.* 3º Afirma que Jesús es el Salvador del mundo, como lo dirán, según San Juan, los samaritanos convertidos: *No hay salvación en ningún otro.* Es decir, que Él es el Autor de la salvación; pero el Autor de la salvación, según los Salmos[15], es el mismo Dios, autor de la gracia. Lo cual equivale a repetir que Jesús es el Autor de la vida.

Pedro aporta siempre el mismo testimonio, cuando, después de haber sido liberado de su prisión por un ángel, es interrogado de nuevo por el sumo sacerdote. Contestan él y los demás Apóstoles[16]: *Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resu-*

---

[14] Act 4, 18.

[15] Ps 37, 23: «*Intende in adjutorium meum, Domine Deus salutis meae*»; Ps 87, 2: «*Domine Deus salutis meae, in die clamavi et nocte*»; Ps 139, 8: «*Domine, Domine, virtus salutis meae...*»

[16] Act 5, 29.

citó a Jesús, a quien vosotros habéis dado muerte suspendiéndole de un madero. Pues a ése le ha levantado Dios a su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel penitencia y la remisión de los pecados. Nosotros somos testigos de esto, y lo es también el Espíritu Santo, que Dios otorgó a los que le obedecen.

Exasperados por lo que acababan de oír, los miembros del consejo opinaban que había que matar a los Apóstoles, pero un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la Ley, venerado por todo el pueblo, tomó su defensa, demostró los inconvenientes de su condena a muerte y añadió: *Ahora os digo: Dejad a estos hombres, dejadlos; porque, si esto es consejo u obra de hombres, se disolverá; pero, si viene de Dios, no podréis disolverlo, y quizá algún día os halléis con que habéis hecho la guerra a Dios.* Entonces los miembros del sanedrín accedieron a su consejo y se contentaron con hacer azotar con varas a los Apóstoles, prohibiéndoles que hablaran en nombre de Jesús; después les soltaron.

Es entonces cuando se dice que [17] *los Apóstoles se fueron contentos de la presencia del sanedrín, porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús; y en el templo y en las casas no cesaban todo el día de enseñar y anunciar a Cristo Jesús.*

En el primer Concilio de Jerusalén, Pedro, para demostrar que no había que obligar a los gentiles que se convertían a observar la ley de Moisés, sino, simplemente, el Evangelio, se levantó y dijo [18]: *Hermanos, vosotros sabéis cómo ha mu-*

---

17 Act 5, 41.
18 Act 15, 7.

cho tiempo determinó Dios aquí entre vosotros que por mi boca oyesen los gentiles la palabra del Evangelio y creyesen. Dios, que conoce los corazones, ha testificado en su favor, dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros[19] *y no haciendo diferencia alguna entre nosotros y ellos, purificando sus corazones por la fe. ¿Por qué, pues, tentáis ahora a Dios queriendo imponer sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros fuimos capaces de soportar? Pero por la gracia del Señor Jesucristo creemos ser salvos nosotros, lo mismo que ellos.* Es volver a decir que Jesús es el autor de la salvación o de la vida sobrenatural.

Repetidas veces, Pedro, en sus discursos, llama a Jesús Señor, *Kyrios*[20], Señor de todos[21]. Dice al centurión Cornelio: *Y nos ordenó predicar al pueblo y atestiguar que por Dios ha sido instituido juez de vivos y muertos. De Él dan testimonio todos los profetas, que dicen que por su nombre cuantos creen en Él recibirán el perdón de los pecados*[22]. Todavía hablaba Pedro, añade el autor de los Hechos, cuando el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban la palabra: empezaron a hablar en varias lenguas y a glorificar a Dios.

También en el nombre de Jesús los Apóstoles hacen milagros y bautizan.

Finalmente, se encuentra un doble testimonio

---

19 De hecho, como se dice en Act 10, 44, algunos gentiles, cuando se convertían, se ponían *a hablar en varias lenguas y a glorificar a Dios,* señal de que habían recibido también al Espíritu Santo. *Item,* Act 11, 15.

20 Act 2, 36; 11, 20.

21 Act 10, 36.

22 Act 10, 42.

en el martirio de San Esteban y en la conversión de San Pablo, también relatados en los Hechos.

El martirio de San Esteban y la conversión de San Pablo, señales de la divinidad de Jesús

En el relato del martirio de San Esteban se dice[23]: *Él, lleno del Espíritu Santo, miró al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús en pie a la diestra de Dios. Ellos, gritando a grandes voces, tapáronse los oídos y se arrojaron a una sobre él. Sacándolo fuera de la ciudad, le apedreaban*[24]. Los testigos depositaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo; y mientras le apedreaban, Esteban oraba, diciendo: *Señor Jesús, recibe mi espíritu.* Después, arrodillándose, clamó en voz alta: *Señor, no les imputes este pecado. Después de estas palabras se durmió (en el Señor).*

El santo diácono Esteban dice al morir: *Señor Jesús, recibe mi espíritu,* como había dicho Jesús a su Padre: *En tus manos encomiendo mi espíritu;* así, pues, San Esteban, viendo al Hijo del hombre de pie a la derecha del Padre, le reconoce como Hijo de Dios. Y recibe de Jesús la gracia de morir como Él, orando por sus verdugos. La oración de Esteban moribundo, hecha en nombre de Jesús, es de una eficacia espléndida, verdaderamente maravillosa.

En efecto, en el mismo lugar de los Hechos se dice[25]: *Saulo, el joven que guardaba los vestidos*

23 Act 7, 55-60.
24 La lapidación era el suplicio de los que blasfemaban.
25 Act 7, 60.

de aquellos que lapidaban al santo diácono, aprobaba la muerte de Esteban. Aquel día comenzó una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén, y todos, fuera de los Apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria... Por el contrario, Saulo devastaba la Iglesia, y entrando en las casas arrastraba a hombres y mujeres y los hacía encarcelar[26].

Unos días más tarde, la oración de Esteban hecha en el nombre de Jesús es escuchada: como se narra en los Hechos[27], Saulo se convirtió en el camino de Damasco: *Se vio de repente rodeado de una luz del cielo; y al caer a tierra, oyó una voz que decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él contestó: ¿Quién eres, Señor? Y Él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que has de hacer.* De hecho, en Damasco, el discípulo del Señor, Ananías, oyó estas palabras sobre Saulo[28]: *Ve, porque es éste para mí un vaso de elección, para que lleve mi nombre ante las naciones y los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto habrá de padecer por mi nombre.*

Entonces Ananías fue al encuentro de Saulo y le dijo[29]: *Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al punto se le cayeron de los ojos unas como escamas y recobró la vista, y levantándose fue bautizado...* Pasó después algunos días con los discípulos que estaban en Damasco y *luego se puso a predicar en las sinagogas*

---

26 Act 8, 1-3.
27 Act 9, 3.
28 Act 9, 15.
29 Act 9, 17.

que Jesús es el Hijo de Dios [30]. Él mismo, perseguido por los judíos que habían tomado la decisión de matarle, fue seguidamente a Jerusalén a ponerse en contacto con los Apóstoles y les hizo saber, por medio de Bernabé, cómo, en el camino de Damasco [31], *había visto al Señor, que le había hablado.*

Saulo, por consiguiente, vio al Señor en su Humanidad gloriosa.

Él mismo da testimonio de ello cuando cuenta su conversión [32], y añade algunos nuevos detalles para que sus auditores sepan bien que no ha sido juguete de una ilusión [33]: *Los que estaban conmigo vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba,* y cuenta también las palabras de Ananías [34] y la advertencia que le dio el propio Jesús [35].

Cuenta por segunda vez su conversión ante el rey Agripa, que reconoce su inocencia [36].

Finalmente escribe en la primera Epístola a los Corintios [37]: *¿No soy apóstol? ¿No he visto a Jesús nuestro Señor?* [38]. *Resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció a Cefas (Pedro), luego a los doce. Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos permanecen todavía...; luego se apareció a Santiago, luego a todos los Apóstoles; y después de todos, como a un aborto, se me apa-*

[30] Act 9, 20.
[31] Act 9, 27.
[32] Act 22, 6-16.
[33] Act 22, 9.
[34] Act 22, 14-16.
[35] Act 22, 18.
[36] Act 26, 12-18.
[37] 1 Cor 9, 1.
[38] 1 Cor 15, 4-15.

reció también a mí... Y si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación. Vana nuestra fe, es decir, no tenemos la garantía de que Dios haya aceptado su muerte como redención. Si, por el contrario, Jesús, por su resurrección, es el vencedor de la muerte, es porque ha sido, sobre la cruz, el vencedor del pecado, que es la consecuencia de la muerte; así, pues, es el Salvador de la humanidad.

¿Qué se puede concluir sobre los testimonios contenidos en los Hechos de los Apóstoles con relación a la divinidad de Jesús? Hay que concluir diciendo que inmediatamente después de Pentecostés, los Apóstoles declaran que Jesús es el Hijo de Dios, el Autor de la vida, el Salvador de la humanidad, el Juez de los vivos y de los muertos.

¿Cómo habrían dado los Apóstoles, moralmente aniquilados, por así decir, durante la Pasión, tal testimonio con tanta firmeza y hasta llegar al martirio si no hubiesen estado sostenidos por Aquel que asistió a San Esteban durante su martirio y que convirtió a Saulo en el camino de Damasco?

En todo esto, en contra de los racionalistas Weiss, Holtzmann y Loisy, resalta particularmente el hecho de que no hubo tiempo suficiente para idealizar progresivamente la enseñanza de Jesús, puesto que desde Pentecostés se declara que Jesús es el Hijo de Dios, Autor de la vida y Salvador. Es ésta la fe de las primeras iglesias fundadas, y cuando San Pablo escriba a los romanos, a los corintios, a los tesalonicenses, sus primeras epístolas, entre los años 50-59, afirmará

en ellas la divinidad de Jesús como un dogma ya creído en esas iglesias, compuestas en parte por judíos conversos apegados al monoteísmo y, por consiguiente, poco inclinados a admitir sin una revelación divina incontestable la divinidad del Salvador. No hubo tiempo suficiente para idealizar de un modo progresivo la enseñanza de Jesús. Por el contrario, cuando los ebionitas nieguen la divinidad de Jesús, serán reprobados unánimemente por la Iglesia y San Juan escribirá contra ellos el cuarto Evangelio.

CAPÍTULO IV

EL MISTERIO DE LA ENCARNACION SEGUN SAN PABLO

El testimonio relativo a la divinidad de Jesús contenido en los Evangelios sinópticos y en los Hechos de los Apóstoles se confirma perfectamente por el que encontramos en las Epístolas de San Pablo. En efecto, la divinidad de Jesús se encuentra expresamente afirmada, y San Pablo habla de ella no como de un dogma desconocido hasta entonces, sino como de un dogma ya admitido en las iglesias a las que escribe.

Recordemos que sus principales Epístolas, las dos a los tesalonicenses, las dos a los corintios, a los gálatas, a los romanos, a los efesios, a los colosenses, a los filipenses, fueron escritas del año 48 al año 59, o del 50 al 64, tal como lo han reconocido varios racionalistas, entre los que se encuentran Harnack y Julicher.

Veamos, en primer lugar, las líneas generales de la cristología de San Pablo; seguidamente in-

sistiremos en lo que dice sobre la divinidad de Jesús [1].

La contemplación habitual de San Pablo y su cristología

El Apóstol de los gentiles no aprendió a conocer al Salvador de la misma manera que los demás Apóstoles, acompañándole en su ministerio, recogiendo sus discursos, asistiendo a sus milagros y observando sus ejemplos. San Pablo se convirtió en el camino de Damasco, después de la muerte de Jesús, y no le vio más que en la gloria, resucitado [2]. Recibió ese conocimiento en un instante, por la gracia extraordinaria en el momento de su milagrosa conversión. Las palabras divinas que oyó entonces quedaron grabadas para siempre en su espíritu [3]: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?... Yo soy Jesús, a quien tú persigues.* El Señor había dicho a Ananías [4]: *Ve, porque es éste para mí un vaso de elección, para que lleve mi nombre ante las naciones... Yo le mostraré cuánto habrá de padecer por mi nombre.*

De donde se sigue que el objeto habitual de contemplación de San Pablo no es lo que Jesús llevó a cabo durante su ministerio, sino su infinita grandeza, el carácter de Creador que le con-

---

1 Cfr. F. PRAT: *La théologie de saint Paul, passim,* especialmente t. I, p. 445 ss.; M.-J. LAGRANGE, *Commentaire sur l'Epître aux Romains;* J. M. VOSTÉ, *Studia Paulina* (Roma, 1928), c. 10; *Commentarius in Epistulam ad Ephesios, Commentarius in Epis. ad Thessalonicenses.*

2 Act 9, 1-10.

3 Act 9, 5.

4 Act 9, 15-16.

viene como Dios, su papel en la humanidad rescatada, su espíritu, su reino en las almas. San Pablo contempla casi siempre a Jesús en su gloria. Es esto lo que le lleva a escribir a los efesios[5]: *El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo; y Él constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a éstos, evangelistas; a aquéllos, pastores y doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos... a la medida de la talla (que corresponde) a la plenitud de Cristo.*

Ciertamente, para San Pablo, Jesús es realmente hombre[6], nacido de la mujer y de la posteridad de David[7], pero un hombre que no ha conocido el pecado[8], y que por su amor, sus humillaciones y sus sufrimientos en la cruz nos ha merecido la vida eterna de la cual goza en el cielo: *Se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en las regiones subterráneas, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre*[9].

San Pablo, mediante las Escrituras, prueba que el Mesías debía sufrir, morir por nosotros y lue-

5 Eph 4, 10.
6 Rom 8, 3.
7 Rom 1, 3-4.
8 2 Cor 5, 21.
9 Phil 2, 8-10.

go resucitar[10] y que Jesús es el Mesías así definido[11].

El nombre con el que le designa habitualmente es el de Señor[12]. Sabemos que, habitualmente, en los Setenta, el término Señor, *Kyrios*, es la traducción de la palabra Yavé (o Jehová). Llamar a Jesús Señor es ya decir que es Dios. Como el latino *Dominus*, el término *Kyrios* no sólo implica una soberanía absoluta en el orden natural, sobre el mundo, sino en el orden de la gracia, sobre la Iglesia y sobre las conciencias. Así, San Pablo escribe a los corintios[13]: *Porque en Él habéis sido enriquecidos en todo..., así que no escaseéis en don alguno mientras esperáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, que a su vez os confirmará hasta el fin para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo.* Son más de doscientas las veces que San Pablo, en sus epístolas, llama a Jesús *Señor*. En muchos lugares afirma de manera expresa que Jesús es hijo de Dios, no por adopción, sino por naturaleza.

La filiación divina de Jesús según San Pablo

La filiación divina propia de Cristo Jesús se manifiesta, en primer lugar, en las Epístolas de San Pablo, por tres grandes privilegios atribuidos a Nuestro Señor y que no podrían convenir a ninguna otra criatura todo lo excelsa que se quiera imaginar: 1º Es el primogénito y la cabeza de

10 Act 17, 2-3; 18, 4-5; 1 Thes 1, 10.
11 Rom 1, 3; 9, 4-5; 15, 8-12.
12 Phil 2, 8-10.
13 1 Cor 1, 5.

todos los justos, incluso de los ángeles. 2º Todo subsiste por Él y en Él. 3º Todo le será definitivamente sometido al fin del mundo.

De acuerdo con el testimonio de la Epístola a los romanos, Jesús es el primogénito y la cabeza de todos los justos[14]: *Porque a los que de antes conoció, a ésos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a ésos también llamó; y a los que llamó, a ésos los justificó; y a los que justificó, a ésos también los glorificó.* Esta doctrina está a menudo desarrollada en las otras Epístolas: *Pues bien: quiero que sepáis que la cabeza de todo varón es Cristo*[15]. *En quien tenemos la redención... según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros... dándonos a conocer el misterio de su voluntad... para realizarlo al cumplirse los tiempos, recapitulando todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra*[16].

La fuerza de su poderosa virtud, que Él ejerció en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, poder y dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero[17].

Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas[18]. *Él*

---

14 Rom 8, 29.
15 1 Cor 11, 3.
16 Eph 1, 7-10.
17 Eph 1, 20-21.
18 Col 1, 18.

es la cabeza de todo principado y potestad[19], es decir, el Señor de las potestades angélicas. En efecto, ha dicho: *Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles*[20] el día del juicio para reunir a los elegidos; durante su vida terrena tenía el poder de arrojar a los demonios y dio este poder a sus apóstoles. La superioridad de Cristo sobre los ángeles se explica, en todos sus aspectos, en la Epístola a los Hebreos[21].

Además, segundo privilegio según San Pablo, todo subsiste por Jesucristo y por Él. Les escribe a los colosenses[22]: *Él es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por Él y para Él. Él es antes que todo y todo subsiste en Él. En virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas*[23].

Tercer privilegio atribuido por San Pablo a Cristo Jesús: Todo le será sometido definitivamente en el fin del mundo. En la primera Epístola a los Corintios[24]: *Pues así como en Adán mueren todos (los justos), así también en Cristo serán todos vivificados (resucitados)... después será el fin, cuando entregue a Dios Padre el reino, cuando haya destruido todo principado (rebelde), toda potestad y todo poder. Pues es preciso que Él reine hasta poner a todos sus enemi-*

---

19 Col 2, 10.
20 Mat 13, 41; 14, 31.
21 Heb 1, 5; 2, 18.
22 Col 1, 15-17.
23 Phil 3, 21.
24 1 Cor 15, 22-29.

gos bajo sus pies (Salmo 99, 1). *El último enemigo destruido será la muerte, pues ha puesto todas las cosas bajo sus pies* (Salmo 8, 8)... *antes cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, para que sea Dios en todas las cosas.* De la misma manera escribe a los colosenses[25]: *Pues quiero que sepáis qué lucha sostengo por vosotros... a fin de que, unidos en la caridad, alcancéis todas las riquezas de la plena inteligencia y conozcáis el misterio de Dios, esto es, a Cristo, en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia;* por ellos supera a los ángeles más encumbrados.

Estos tres privilegios no pueden pertenecer a ninguna criatura. De ningún ser creado puede decirse: es el primogénito, jefe de todos los justos, incluso de los ángeles; todo subsiste en Él y por Él; todo le estará definitivamente sometido en el fin del mundo.

Por otra parte, numerosos textos de San Pablo dicen expresamente que Jesús es el Hijo de Dios, y en un sentido propio que sólo se verifica en Él.

En la Epístola a los Romanos, Pablo se declara Apóstol de Cristo Jesús, para anunciar, dice[26]: *El Evangelio de Dios, que por sus profetas había prometido en las Santas Escrituras, acerca de su Hijo, nacido de la descendencia de David, según la carne, constituido*[27] *Hijo de Dios, poderoso*

[25] Col 2, 1-3.
[26] Rom 1, 3-4.
[27] En lugar de *constituido*, la Vulgata dice *predestinado*, un posible sentido de la palabra griega, pero que se

según el Espíritu de santidad a partir de la resurrección de entre los muertos, Jesucristo, nuestro Señor. En otras palabras: Jesús, verdadero hombre, nacido de la tribu de David, se manifestó a los ojos de todos como Hijo de Dios por el milagro de su resurrección.

Igualmente[28]: *Dios, enviando a su propio Hijo en carne semejante a la del pecado, y por el pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliese en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el Espíritu.*

Mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. Y, puesto que sois hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo (es decir, el Espíritu Santo prometido por su Hijo), *que grita: ¡Abba! ¡Padre!* Este último texto muestra más claramente la diferencia entre los justos que son hijos de Dios por adopción y aquel que es el propio Hijo de Dios por naturaleza[29].

Esta filiación divina natural se afirma aún más explícitamente cuando San Pablo habla de la preexistencia eterna del Hijo de Dios o de la persona divina de Cristo antes de la Encarnación. En efecto, escribe[30]: *Él es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura (primogenitus omnis creaturae,* nacido antes que toda criatura, no creado); *porque en Él fueron*

---

explica más difícilmente a causa de lo que se dice inmediatamente después del milagro de la resurrección.

[28] Rom 8, 3.

[29] Gal 4, 4-6.

[30] Col 1, 25.

creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por Él y para Él. Él es antes que todo y todo subsiste en Él, omnia per ipsum et in ipso creata sunt, et ipse est ante omnes, et ipse est ante omnes, et omnia in ipso constant. Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; ... plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud, y por Él reconciliar consigo todas las cosas en Él.

En este texto el Hijo de Dios es llamado manifiestamente Creador, tal como se dice de Dios mismo[31]: *De Él, y por Él y para Él son todas las cosas.*

A menudo, incluso San Pablo se complace en oponer el aniquilamiento de Jesús crucificado con su gloria, con su poder, con su soberana sabiduría de Hijo de Dios. Escribe[32]: *mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios, para los llamados, ya judíos, ya griegos... Cristo Jesús, que ha venido a seros, de parte de Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención.*

Es la misma antítesis que se encuentra[33] en la Epístola a los Filipenses: *Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, a pesar de tener la forma de Dios, no reputó como botín (codiciable) ser igual a Dios; antes se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y así, por el aspecto*

---

[31] Rom 11, 36.
[32] 1 Cor 1, 23-30.
[33] Phil 2, 5-7.

de hombre, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte en cruz, por lo cual Dios le exaltó... No se puede expresar con mayor firmeza el aniquilamiento, el aplastamiento de la humanidad de Jesús crucificado y, al mismo tiempo, la preexistencia eterna de su personalidad divina de Hijo de Dios, igual a Dios, *aequalis Deo.*

De la misma manera[34]: *Pues en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente. Desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas... de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén*[35]. Este texto es semejante al de la Epístola a los Colosenses[36] citado más arriba, en donde se dice que el Hijo de Dios ha creado y conserva todas las cosas.

Hay muchas doxologías análogas en honor de Cristo en el Nuevo Testamento[37]. De aquí vendrá al final de los Salmos del oficio el *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto,* que afirma la igualdad de las tres personas de la Santísima Trinidad, ofreciendo a todas, por igual, el culto de adoración reservado solamente a Dios.

Todos estos testimonios de San Pablo pueden resumirse en el comienzo de la Epístola a los Hebreos[38], que recuerda la parábola de los viñadores homicidas[39]: *Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; última-*

---

34 Col 2, 9.
35 Rom 9, 3.
36 Col 1, 16-17.
37 Heb 13, 21; 1 Pet 4, 11; 2 Pet 3, 18.
38 Heb 1, 1.
39 Mt 21, 33-46.

mente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos, que, siendo la irradiación de su gloria y la impronta de su substancia y el que con su poderosa palabra sustenta (o conserva) todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto mayor que los ángeles cuanto heredó un nombre más excelente que ellos. La continuación de este capítulo 1º de la Epístola a los Hebreos muestra, precisamente, que Jesucristo es Hijo de Dios por naturaleza, Creador y Dueño de todas las cosas, jefe del reino de Dios, mientras que los ángeles no son más que servidores de Dios y sus hijos adoptivos [40]. Por consiguiente, si la palabra de los ángeles en el Antiguo Testamento exigía obediencia, cuánto más la palabra de Jesús, quien, después de haber sido abatido, humillado, durante su Pasión por nuestra salvación, está ahora coronado de gloria [41].

---

[40] Heb 1, 5-10: *Pues a cuál de los ángeles dijo alguna vez: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; luego... Tú, Señor, al principio fundaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos. Item* Heb 2, 10.

[41] Algunos protestantes liberales y algunos racionalistas, como Sabatier y Guignebert, han sostenido que de muchos textos de San Pablo parece seguirse que Jesús es inferior al Padre. Según estos textos, Dios ha enviado, resucitado a su Hijo (Rom 8, 3; 1 Thes 1, 10); no hay más que un Dios, el Padre, y un Señor, Jesucristo (1 Cor 8, 6; 12, 5, 6); todo es para Cristo y Cristo es para Dios (1 Cor 3, 23); el Hijo devolverá su reino al Padre y le estará sometido (1 Cor 15, 24-28; 11,3; Eph 1, 17).

A esta dificultad hay que responder que existen dos naturalezas en Jesús, la naturaleza divina y la humana. Como hombre es inferior al Padre, y como Hijo de Dios ha recibido del Padre su divinidad. Tal es, sin duda, el

Es siempre ésta la idea general de la cristología de San Pablo, quien, convertido en el camino de Damasco, después de la muerte de Jesús, le ve sobre todo en su gloria, resucitado; le ve en su grandeza infinita con su carácter de Hijo único de Dios, el Creador y conservador de todas las cosas, de jefe del reino de Dios. Pensemos que San Pablo es aquel: *que fue arrebatado hasta el tercer cielo... y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir*[42].

Es también quien escribe: *Y a causa de la excelsitud de las revelaciones. Por lo cual, para que yo no me engría, fueme dado un aguijón de carne, un ángel de Satanás, que me abofetea para que no me engría*[43]. Junto a altísimas revelaciones, fue afligido con una de esas cruces humillantes que se llevan y que constantemente recuerdan que uno no es nada.

San Pablo, expresándose así en sus epístolas, epístolas escritas entre el 48 y el 59 o entre el 50 y el 64, con este esplendor, sobre la divinidad de Jesús, habla de ella no como de un dogma desconocido hasta el momento, sino como de un dogma ya admitido en las Iglesias a las que escribe. Es necesario, pues, concluir en contra de los racionalistas Weiss, Holtzmann y Loisy diciendo que el dogma de la divinidad de Jesús no es el resultado de una idealización progresiva

---

sentido de estos textos que, de otro modo, estarían en contradicción con los citados arriba, donde se afirma la igualdad del Padre y del Hijo. La primera regla para interpretar los textos de un autor consiste en entender su sentido de manera que no le hagamos contradecirse.

42 2 Cor 12, 2-4. Los hebreos llamaban tercer cielo (empíreo) al cielo espiritual en donde habita Dios, sobre el cielo del aire (atmósfera) y el cielo de los astros (éter).

43 2 Cor 12, 7.

que se habría transformado poco a poco y que habría transfigurado la primitiva enseñanza de Jesús y de los Apóstoles. No hubo tiempo para esa idealización progresiva, puesto que hacia el 48 o el 50 ya habla San Pablo en sus Cartas de la divinidad de Jesús como de un dogma ya aceptado entre los cristianos. Era el resultado de la predicación de los Apóstoles desde Pentecostés. ¿No había predicado San Pedro desde entonces que Jesús es el Autor de la vida, el Salvador de todos, el Juez de vivos y muertos?[44].

Las afirmaciones de San Pablo sobre la preexistencia eterna de la persona divina de Jesús tienen la misma elevación que las que encontramos en el Evangelio de San Juan, Evangelio del que hablaremos en último lugar.

---

[44] Act 3, 13-1 ; 4, 10-18; 5, 29-31.

CAPÍTULO V

EL VERBO HECHO CARNE SEGUN SAN JUAN

Los exegetas católicos han demostrado ampliamente en estos últimos años que no es posible aportar ningún argumento válido en contra de la autenticidad y de la historicidad del cuarto Evangelio, Evangelio que, unánimemente, la tradición atribuyó siempre al apóstol San Juan [1]. Se ha demostrado, por la misma lengua en la que está escrito y por la manera en que está compuesto, que su autor era judío, que era un testigo ocular y un discípulo de Jesús, aquel del que se dice en este libro, en el que no se nombra nunca al apóstol San Juan, que era *el dis-*

---

[1] Recordemos que San Ireneo, en su libro *Adversus Haereses*, escrito del 174 al 189, dice que el cuarto Evangelio fue compuesto por *Juan, discípulo del Señor, aquel que descansó sobre su pecho, y que lo publicó cuando vivía en Efeso.* San Ireneo tuvo una relación muy íntima con San Policarpo y otros discípulos inmediatos de los Apóstoles; es un testigo excepcional por cuanto que nació en Asia, vivió en Roma y fue obispo de Lyon.

cípulo que Jesús amaba. Éste ha querido suplir lo que faltaba en los sinópticos referente a la descripción de los hechos, sobre todo de los hechos ocurridos en Judea, e, igualmente, en los sermones de Nuestro Señor, sermones que, con frecuencia, los tres primeros Evangelios sólo referían en sustancia [2]. Tal como reconoce el racionalista Harnack, el libro fue escrito entre el 80 y el 100.

El fin principal del cuarto Evangelio es, ciertamente, dogmático; fue escrito para demostrar, en contra de los corintianos y los ebionitas, que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios, tal y como se declara en las primeras líneas [3]. En cuanto a los hechos que refiere, jamás éstos están presentados como alegorías o parábolas; están expuestos como hechos ocurridos realmente.

Tampoco se puede decir que San Juan, cuando refiere los sermones de Jesús, expone, más bien, sus ideas personales, puesto que en varios lugares distingue claramente las palabras de Cristo de las reflexiones personales que hace a propósito de éstas [4].

El prólogo

El prólogo del cuarto Evangelio sirve de fundamento dogmático a todo el libro e indica el

---

[2] Cfr. LAGRANGE, *Saint Jean* (1925), Introd.: caps. I, II, III; y J. M. VOSTÉ: *Studia Joannea,* 2ª ed., Roma, 1930. cap. II: *De prologo Joanneo et Logo,* y cap. VI: *Ultimi Christi Sermones;* BATIFFOL: *L'Enseignement de Jésus,* p. 196 ss.

[3] Cap. 20, 31

[4] Cap. 2, 21; 12, 33; 7, 39.

punto de vista. Expone quién es el Verbo hecho carne y, en primer lugar, cuáles son las relaciones del Verbo con Dios[5]:

Al principio era el Verbo,
y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.
Él estaba al principio en Dios.

Es decir, antes del mundo, antes del Verbo, era el Verbo desde toda la eternidad. Estaba en Dios, como su palabra interior, estaba en comunión substancial y activa con Dios Padre pero, diferente de Él, fue enviado por Él. Distinto del Padre, el Verbo era, sin embargo, consubstancial al Padre, puesto que se dice: *y el Verbo era Dios, et Deus erat Verbum.* El Verbo estaba unido eternamente a su Padre por unidad de naturaleza y de voluntad. Por estos primeros versículos del prólogo, San Juan se remonta de la humanidad del Salvador a su personalidad divina y a su divinidad, de la misma manera que, desde el borde el océano, la mirada se dirige desde la orilla hasta la inmensidad de este mismo océano y se pierde en él sin que pueda alcanzar más que una ínfima parte. Sin embargo, la extensión del océano es finita, mientras que la perfección del Verbo es infinita.

Las relaciones del Verbo con las criaturas en general se expresan en el versículo siguiente[6]:

Todas las cosas fueron hechas por Él,
y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.

---

[5] Io 1, 1-2.
[6] Io 1, 3.

Todo, sin excepción, incluso la materia, ha sido hecho por Él. El Padre posee todo el poder creador, pero nada llega a existir si el Verbo no le da forma. Antes de su creación el mundo tenía una existencia ideal en el Verbo; estaba eternamente presente en la inteligencia divina, en donde todo es vida[7].

Finalmente, las relaciones del Verbo con los hombres están contenidas en estos versículos[8]:

En Él estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres.
La luz nace en las tinieblas,
pero las tinieblas no la acogieron.

La luz natural de la inteligencia y la luz sobrenatural de la revelación y de la fe, que el Verbo extiende sobre la tierra, brilla entre los hombres sumergidos en las tinieblas de la ignorancia y del pecado; a pesar de los milagros del Verbo hecho carne, muchos de ellos permanecieron en un estado de endurecimiento y no recibieron la luz que traía.

El evangelista dice más adelante[9]: *Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron; vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas*[10].

Por el contrario, a aquellos que le recibieron, ¿qué les dio? *Mas a cuantos le recibieron, dioles*

---

[7] Cfr. S. AGUSTÍN, *In Evang.* [illegible], 16; STO. TOMÁS, I q. 18, a. 4; BOSSUET, *Élévations sur les Mystères*, semana 12, 10ª elevación.
[8] Io 1, 4-5.
[9] Io 1, 11.
[10] Io 3, 19.

poder de venir a ser hijos de Dios[11]. Es decir, a todos aquellos que le recibieron como creador y autor de la salvación eterna, ya fuesen judíos o paganos, les dio el poder de llegar a ser, en el orden sobrenatural, hijos adoptivos de Dios.

Esta filiación no es resultado de la generación natural, no proviene *de la sangre, ni de la voluntad de la carne* (del ciego instinto de los sentidos), *ni de la voluntad del hombre* (esclarecida por la razón), sino que proviene inmediatamente de Dios. Se puede decir que el hijo adoptivo de Dios ha *nacido de Dios*[12], en el sentido en el que Jesús se lo dirá a Nicodemo[13]: *Quien no naciere del agua y del Espíritu (por el bautismo), no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu.* De la misma manera, San Pedro dice que, por medio de la gracia que nos santifica, hemos sido hechos: *partícipes de la divina naturaleza*[14], participamos de la vida íntima de Dios.

Tal es el Verbo en sus relaciones con Dios Padre y con los hombres. *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*[15]. La palabra *carne* significa aquí hombre, como, a menudo, en el lenguaje bíblico[16]; ha sido elegida para señalar mejor la realidad de la humanidad de Cristo y la suprema humillación del Verbo. Todas las herejías que hacen relación a Cristo Jesús se estrellarán

---

11 Io 1, 12-13.
12 Io 1, 13.
13 Io 3, 5-8.
14 2 Pet 1, 4.
15 Io 1, 14.
16 *Toda carne había corrompido su camino sobre la tierra* (Gen 6, 12; Is 40, 5; Ioel 2, 28).

contra esta palabra, ya nieguen su divinidad, la realidad de su humanidad, o su unión en la persona del Verbo.

¿Cuáles son las fuentes de esta doctrina? [17]. Se encuentran en la enseñanza misma de Nuestro Señor, conservada en la tradición apostólica y comparada con lo que el Antiguo Testamento nos dice de la Sabiduría eterna y de la Palabra de Dios [18].

Tras el Prólogo, el cuarto Evangelio se divide naturalmente en dos partes: Jesús manifiesta su misión y su divinidad durante su vida pública [19]; Jesús manifiesta su misión y su divinidad durante su pasión y tras su resurrección [20].

---

[17] Varios racionalistas mantienen que la doctrina de San Juan sobre el Verbo o Logos proviene, en parte, del judío Filón, contemporáneo suyo. Filón habla por cierto de un Logos a quien llama hijo de Dios, que tiene un papel en la formación del mundo y que aporta a los hombres una revelación celestial. Pero el Logos de Filón no es creador, es hijo de Dios con el mismo título que el mundo, no es ni Mesías ni Redentor. Filón nunca tuvo la idea de la encarnación.

[18] En el Antiguo Testamento la creación se atribuye a la palabra de Dios. *Dios dice: ¡Hágase la luz! y la luz fue hecha* (Gen 1, 3). La palabra de Dios se personifica seguidamente en los Salmos (Ps 33, 6; 107, 20; 147, 15, 18; 148, 8). Según el Eclesiastés, la Sabiduría tiene su origen y morada en Dios (1, 1); es eterna y se manifiesta en las obras de su creación (1, 4, 9, 10); es un abismo insondable de ciencia (24, 38-47).

Esta doctrina se desarrolla y se precisa en el Libro de la Sabiduría, 7, 25-26; 8, 6, 8; 9, 4, 9.

Las Epístolas de San Pablo contenían varios elementos de la doctrina de Juan sobre el Logos: Col 1, 15-16; 2, 9; Phil 2, 5-11; Heb 1, 1-3; 4, 12. San Juan ha podido emplear preferentemente la palabra *Logos*, cuyo sentido falseaban muchos filósofos, para precisar su significación.

[19] Io 1, 19, cap. 12.

[20] Io caps. 13-20.

Jesús manifiesta su misión y su divinidad durante su vida pública

En primer lugar, Jesús es reconocido como Dios por los hombres de buena voluntad, más tarde, la incredulidad y la oposición de muchos judíos estalla y aumenta; finalmente, Jesús es glorificado en su entrada triunfal en Jerusalén. Son las tres secciones de esta primera parte.

Primeramente, Jesús es designado como el Mesías y el Hijo de Dios por Juan Bautista[21]: *He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo... Yo he visto al Espíritu descender del cielo como una paloma y posarse sobre Él. Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre Él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios.*

En los dos días siguientes los primeros discípulos, Andrés, Simón Pedro, Felipe, Natanael, reconocen a Jesús como al Mesías e, incluso, según el testimonio de Juan Bautista, como Hijo de Dios[22]. Jesús hace después su primer milagro en Caná[23], se manifiesta en Jerusalén arrojando del templo a los vendedores[24]: *No hagáis, dice, de la casa de mi Padre casa de contratación.* Muchos, viendo los milagros que hacía, creyeron en Él[25]. Dice a Nicodemo[26]: *Nadie sube al cielo*

---

[21] Io 1, 28-34.
[22] Io 1, 35, 41, 45, 49.
[23] Io 2, 11.
[24] Io 2, 16.
[25] Io 2, 23.
[26] Io 3, 13-17.

sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo...; así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en Él tenga vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna.

Juan Bautista da un nuevo testimonio[27]: *El que viene de arriba está sobre todos... el que viene del cielo, da testimonio de lo que ha visto y oído..., pues Dios no le dio el espíritu con medida. El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna.*

A continuación, Jesús se manifiesta en Samaria y los samaritanos le reconocen[28]: *Pues nosotros mismos, dicen, hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.* En Galilea Jesús cura al hijo de un cortesano; éste, junto con toda su casa, cree en Él[29].

Pero, apenas los hombres de buena voluntad reconocen la filiación divina de Jesús, estalla la incredulidad de los judíos y su oposición se hace sentir cada vez con más fuerza.

Esta oposición comienza porque el Salvador cura a un paralítico en sábado[30]: *Pero Él les respondió: Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también. Por esto mismo, los judíos, con mayor empeño buscaban la manera de matarle, porque, no contento con violar el sábado,*

---

27 Io 3, 31-36.
28 Io 4, 42.
29 Io 4, 53.
30 Io 5, 16...

además decía que Dios era su Padre, igualándose a Dios. Jesús vuelve a hablar y les dice: En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre... Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere les da la vida. Aunque el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar. Para que todos honren al Hijo como honran al Padre... En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna... Pues así como el Padre tiene la vida en sí mismo (la vida por esencia), *así dio también al Hijo tener vida en sí mismo.*

La incredulidad estalla también en Galilea cuando Jesús dice que Él es el pan de la vida con el cual es preciso alimentarse mediante la fe y que lo dará más tarde como alimento [31].

La oposición aumenta en Judea durante la fiesta de los Tabernáculos [32]: Jesús dice a los fariseos [33]: *Yo soy la luz del mundo... Ni a mí me conocéis ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre.* Añade [32]: *Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a mí... Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró. Los judíos le dijeron: ¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abraham?* Jesús les respondió: *En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era yo. Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo.*

---

31 Io 6.
32 Io caps. 7-10.
33 Io 8, 12-20.
34 Io 8, 42, 56, 59.

Antes que Abraham naciese, era yo: Esta frase expresa la preexistencia eterna e inmutable de la persona del Verbo, antes de la Encarnación.

La misma oposición se acentúa con motivo de un discurso de Jesús en la fiesta de la Dedicación. Nuestro Señor se paseaba por el Templo y dijo: *Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa*[35]. De nuevo recogieron piedras los judíos para lapidarle como a un blasfemo, *porque tú,* le dijeron, *siendo hombre, te haces Dios*[36]. En realidad, Jesús acababa de afirmar su divinidad al decir: *Yo y el Padre somos una sola cosa,* y atribuyéndose, igual que el Padre, todo el poder en virtud del cual conserva las almas en el bien, de modo que nadie puede arrebatarlas de su mano. Los judíos comprendieron perfectamente que había afirmado, no sólo su mesianidad, sino también su divinidad, le trataron de blasfemo y quisieron lapidarle, ellos, los que esperaban al Mesías, pero al Mesías conquistador que correspondía a sus prejuicios nacionales. Poco antes, Jesús, que había dicho: *Yo soy la resurrección y la vida*[37], resucita a Lázaro. Los judíos que habían sido testigos del milagro, creyeron en Él; entonces, el Sanedrín decidió darle muerte[38].

Finalmente, Jesús, al término de su ministerio, hace una [illegible] triunfal en Jerusalén. Los gen-

---

35 Io 10, 27-30.
36 Io 10, 33.
37 Io 11, 25.
38 Io 11.

tiles quieren verle. Una voz que desciende del cielo dice estas palabras: *Le glorifiqué y de nuevo le glorificaré,* y Jesús dice: *Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí*[39]. Sin embargo, los enemigos del Salvador permanecen incrédulos.

Jesús manifiesta su divinidad durante su vida dolorosa y su vida gloriosa

En la última Cena, Nuestro Señor dijo a sus discípulos[40]: *Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy.* En el discurso después de la Cena, Jesús dice[41]: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí.* Solamente Dios puede decir: no sólo poseo la verdad y la vida, sino que soy la Verdad y la Vida, puesto que sólo Dios es el mismo Ser eternamente subsistente. Más adelante, cuando Felipe pregunta[42]: *Señor, muéstranos al Padre y nos basta,* Jesús le dijo: *Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre... ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?... el Padre, que mora en mí, hace sus obras,* los milagros que yo realizo.

Al prometer al Consolador, al Espíritu de verdad, Jesús añade[43]: *Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer; todo cuanto tiene el Padre es mío, por eso os he dicho que*

---

39 Io 12, 28-32.
40 Io 13, 13.
41 Io 14, 6.
42 Io 14, 9...; Item, 20.
34 Io 16, 14 ss.; Item 16, 28, 32.

Él (el Espíritu Santo) tomará de lo mío y os lo hará conocer.

En la oración sacerdotal, Jesús dice también[44]: *Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique... para que a todos los que tú le diste les dé Él la vida eterna... he llevado a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo existiese...*

Yo ruego por los que tú me diste, porque son tuyos, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío, y yo he sido glorificado en ellos.

Después, a pesar del odio de sus enemigos y de las humillaciones que le infligen, la gloria divina de Jesús se manifiesta en su Pasión: Los soldados que vienen con Judas retroceden y caen al suelo cuando Jesús les dice[45]: *¿A quién buscáis? A Jesús Nazareno. Yo soy.* Dice a Pilatos[46]: *Mi reino no es de este mundo... todo el que es de la verdad oye mi voz.* Y cuando Pilato, queriendo salvarle, le dice[47]: *Yo no hallo en Él motivo de condenación,* los judíos respondieron: *Nosotros tenemos una ley, y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.*

Finalmente, la gloria de Jesús se manifiesta, a los ojos que saben abrirse, por sus últimas palabras[48]: *Todo está acabado,* por el heroísmo de su muerte, por su dulzura hacia sus verdugos, y, finalmente, por su resurrección. Se manifiesta por sus últimas recomendaciones a los Apóstoles

---

44 Io 1, 5, 11.
45 Io 18, 5.
46 Io 18, 36 s.
47 Io 19, 7.
48 Io 19, 30.

tras la resurrección[49]: *La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonaréis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos.*

El apóstol Tomás, convencido por fin de la realidad de su resurrección, le dice[50]: *¡Señor mío y Dios mío!*

Después, tras la pesca milagrosa, Jesús, cumpliendo la promesa hecha a Pedro, le confía el cargo de gobernar a toda la Iglesia: *Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas.* Y aparece, así, cada vez con mayor claridad, como el Señor del reino de Dios.

¿Qué hay que concluir respecto del testimonio relativo a la divinidad de Jesús contenido en el cuarto Evangelio?

Las declaraciones de Jesús, contenidas en el cuarto Evangelio, expresan claramente que Él es el Hijo de Dios por naturaleza y no por adopción; es incluso el motivo por el que los judíos piden su muerte, porque dicen: *Decía que Dios era su Padre igualándose a Dios*[51].

Así pues, estos testimonios expresan lo mismo que se lee en San Mateo[52] y en San Lucas[53]: *Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo.*

---

49 Io 20, 21...
50 Io 20, 28.
51 Io 5, 8; 10, 33; 19, 7.
52 Mt 11, 27.
53 Lc 10, 22.

Finalmente, esta última afirmación contenida en San Mateo y en San Lucas no es inferior a las sublimes palabras del prólogo de San Juan[54]: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad... A Dios nadie le vio jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, éste le ha dado a conocer.*

San Juan dirá también en la primera de sus Epístolas[55]: *Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y palparon nuestras manos tocando al Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo.*

Tal es la contemplación de San Juan, parecida a la de San Pablo.

El perseguidor convertido en el camino de Damasco y el discípulo a quien Jesús amaba se encontraron. Lo que San Juan nos dice en su Evangelio es lo que San Pablo había escrito en sus Epístolas, y es también lo que predicaba San Pedro desde el día de Pentecostés diciendo que Jesús es el Autor de la Vida y el Señor del reino de Dios anunciado por los profetas.

---

54 Io 1, 1, 14 18.
55 Eph 1, 1.

Capítulo VI

EL ANUNCIO PROFETICO DEL SALVADOR

En general, todas las profecías del Antiguo Testamento contienen, como es sabido, tres afirmaciones fundamentales: No hay más que un solo Dios; su reino espiritual debe extenderse sobre todas las naciones; el Mesías, enviado por Él, será el Señor de ese reino. Esta visión general se precisa y se confirma en gran parte por el estudio de las principales profecías en particular, sobre todo si se considera el desarrollo progresivo de las revelaciones divinas partiendo de las promesas hechas al primer hombre y a los patriarcas hasta las predicciones de David y de Isaías, quienes incluso precisan las circunstancias de la vida y de la pasión del Salvador.

Es preciso también recordar que, entre estos patriarcas y estos profetas, varios de ellos son una imagen del Cristo que vendrá, como Abraham, padre de los creyentes; como Isaac, que lleva la leña para su sacrificio y se deja atar para ser

inmolado; como José, vendido por sus hermanos y que se convierte en la salvación de los suyos. Igualmente, Moisés, el liberador, jefe y legislador de los hebreos; Job, imagen de Cristo doliente; David, tipo del Mesías por sus pruebas, su realeza, su oración, sus salmos; Jeremías, por sus sufrimientos y su amor hacia su pueblo, o, incluso, Jonás; es el propio Señor quien señala en Jonás la figura de su predicación y de su sepultura [1].

Las profecías del período patriarcal

Las revelaciones proféticas del período de los patriarcas hasta Moisés inclusive, anuncian al Salvador del mundo, que pertenecerá a la familia de Abraham, de Isaac, de Jacob y de Judá, hijo de Jacob, quien dará su nombre a una de las doce tribus de Israel y que fue el padre de la raza real de David.

Inmediatamente después del pecado del primer hombre, Dios anuncia, al mismo tiempo que el castigo, al futuro Salvador, que será de la raza de la mujer, y por quien ésta aplastará la cabeza de la serpiente [2]. La futura bendición, según anuncia a Lamec, pasará por Noé [3], quien, de hecho, se salva, junto con los suyos, del diluvio; Dios renueva con él la alianza y le da como señal el arco iris [4]. A su vez, Noé anuncia que Dios elegirá las tiendas de Sem para morar en ellas [5]

[1] Mt 12, 39-41 Lc 11, 29-32.
[2] Gen 3, 15.
[3] Gen 5, 29.
[4] Gen 9, 12.
[5] Gen 9, 27.

De hecho, es a un hijo de Sem, Abraham, a quien Dios elige como pade de su pueblo. Le dice: *Abandona tu país... y ve al país que yo te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré y haré grande tu nombre. Serás una bendición... y todas las naciones de la tierra serán benditas en ti*[6]. Dios renueva varias veces a Abraham esta promesa[7], en particular cuando le anuncia el nacimiento de Isaac, del que debía venir su posteridad.

Finalmente, Abraham es puesto a prueba cuando el Señor le pide que sacrifique al hijo de la promesa, Isaac. Pero el ángel del Señor le detiene: *No extiendas tu mano sobre el muchacho... porque ahora sé que temes a Dios y que no me has negado a tu único hijo... Porque has hecho esto, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo... En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra*[8].

Seguidamente es Isaac quien recibe la misma bendición divina, por los méritos de su padre: *Porque Abraham ha obedecido a mi voz*[9].

De la misma manera, Jacob, hijo de Isaac, habiendo sustituido a su hermano mayor Esaú, que había vendido su derecho de primogenitura, escuchó de labios de su padre, de aquí en adelante esclarecido sobre la sustitución: *Que Dios todopoderoso te bendiga... de suerte que vengas a ser padre de numerosos pueblos. Que él te conceda las bendiciones de Abraham, a ti y contigo a toda tu posteridad*[10]. Jacob oyó también al Señor que

6 Gen 12, 1-3.
7 Gen 13, 14-17; 17, 1-9; 18, 17-19.
8 Gen 22, 12-18.
9 Gen 26, 5.
10 Gen 28, 4.

le decía: *Tu posteridad será como el polvo de la tierra... todas las naciones de la tierra serán benditas en ti y en tu posteridad*[11]; es entonces cuando vio una escalera cuyo final tocaba el cielo, los ángeles de Dios subían y bajaban por ella y en lo alto estaba el Señor.

El propio Jacob, a punto de morir, bendice a sus hijos y dice especialmente a Judá: *El cetro no se alejará de Judá, ni el bastón de mando de entre sus pies hasta que venga el Pacífico, el Príncipe de la paz (schilo); es a él a quien obedecerán los pueblos*[12].

Así, para resumir estas profecías del Génesis: La salvación saldrá de la posteridad de la mujer[13], de la raza de Set[14], de la rama de Sem[15], de la familia de Abraham[16], de la familia de Isaac[17], de la familia de Jacob[18], de la tribu de Judá[19].

Más tarde Balaam anuncia: *De Jacob saldrá una estrella, de Israel se eleva una vara*[20]. Finalmente, Moisés, legislador y libertador de Israel, anuncia: *Yavé, mi Dios, suscitará en medio de ti (Israel), de entre tus hermanos, a un profeta como yo: vosotros le escucharéis*[21]. Esta promesa, en su sentido completo, comprende eminentemente al Mesías, al profeta por excelencia, al

---

11 Gen 28, 14.
12 Gen 49, 8-10.
13 Gen 3, 15.
14 Gen 5, 29.
15 Gen 9, 26.
16 Gen 12, 3.
17 Gen 26, 14.
18 Gen 35, 9.
19 Gen 44, 10.
20 Num 24, 17
21 Dt 18, 15.

mediador universal entre Dios y los hombres, autor de la segunda alianza, de la misma manera que Moisés fue el autor de la primera. Por esto el Nuevo Testamento refiere esta promesa de Cristo y declara que se cumplió en Él. El propio Jesús dirá a los fariseos: *Porque si creyerais en Moisés, creeríais en mí, pues de mí escribió él*[22]. San Pedro, después de Pentecostés, dirá a los judíos: *Dice, en efecto, Moisés: Un profeta hará surgir el Señor Dios de entre vuestros hermanos, como yo; vosotros le escucharéis todo lo que os hablare; toda persona que no escuchare a este profeta será exterminada del pueblo... Dios, resucitando a su siervo os lo envía a vosotros primero para que os bendiga, al convertirse cada uno de sus maldades*[23]. San Esteban, el primer mártir, refiere también esta profecía de Moisés antes de ser lapidado por los judíos[24].

Este es, en resumen, el desarrollo de la revelación profética en la época de los patriarcas. Se precisa cada vez más en la época siguiente.

El período de los Reyes

En esta época, que es, sobre todo, la de David, se anuncia al Mesías como Rey, Hijo de Dios, Sacerdote por excelencia e incluso se describe su Pasión y su sacrificio.

Primeramente, Ana, madre de Samuel, saluda de lejos en su cántico al rey y al Cristo que Dios enviará: *Juzgará el Señor la tierra toda y dará*

---

22 Io 5, 46.
23 Act 3, 22.
24 Act 7, 37.

a su rey el imperio de ella y ensalzará el poder de su Ungido[25], o de su Cristo.

Por boca del profeta Natán, Dios promete a David como recompensa la edificación del templo: *Y cuando hayas terminado tus días e ido a descansar con tus padres, Yo levantaré después de ti a un hijo tuyo, que nacerá de ti, y consolidaré su reino. Este edificará un templo en el que será adorado mi nombre, y Yo afirmaré su regio trono para siempre. Yo seré su padre, y Él será mi hijo... No apartaré de Él mi misericordia... Tu casa será estable, y verás permanecer eternamente tu reino*[26].

El título de hijo de David dado al Mesías en los escritos rabínicos supone que el significado mesiánico de este pasaje era reconocido universalmente por todos los judíos.

El propio David anuncia en los Salmos el reino universal de Dios y describe las glorias y los dolores del Mesías. Este reinará sobre todos los pueblos: *Le adorarán los reyes todos de la tierra; todas las naciones le rendirán homenaje. Porque librará al pobre que clama hacia Él, al desvalido que ni tiene quien le valga*[27].

¡Qué profundo sentido adquieren para nosotros estas palabras si pensamos en la festividad de la Epifanía y en la de Cristo Rey!

Este Rey es llamado por David el Ungido del Señor, Cristo, e, incluso, Hijo de Dios, tal y como se ve en el Salmo segundo: *Hanse coligado los*

---

25 1 Sam 2, 10.

26 2 Sam 7, 12-16. Esta profecía se refiere inmediatamente a Salomón (vers. 13), pero en la persona de Salomón está comprendida toda su descendencia (vers. 14-16). San Pedro también la aplica a Jesucristo (Act 2, 30).

27 Ps 71, 11-12.

reyes de la tierra contra el Señor y contra su Ungido[28], es decir, contra aquel que ha recibido la unción real, el Ungido por excelencia, el Rey-Mesías. *Pero,* prosigue el Salmo, *aquel que reside en los cielos se ríe de ellos... Yo publicaré el decreto. A mí me dijo el Señor: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones en herencia tuya, extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra.* Vemos la realización de esta promesa en la catolicidad de la Iglesia.

En otro salmo se describe la Realeza y el Sacerdocio del Mesías[29]: *Dixit Dominus Domino meo: Sede a dextris meis. Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que yo ponga a tus enemigos por tarima de tus pies. Desde Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder... Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote sempiterno, según el orden de Melquisedec. El Señor está a tu diestra... juzga en medio de las naciones.* Esto es lo que desarrollará San Pablo en la Epístola a los Hebreos.

Pero David también prevé que el Mesías será víctima voluntaria por el pecado. Dice[30]: *Tú no querías sacrificios ni obligaciones... tampoco pedías holocausto, ni víctima por el pecado. Yo dije entonces: He aquí, yo vengo. De mí está escrito al frente del libro, que debo cumplir tu voluntad, oh Dios mío.* San Pablo escribe en la Epístola a los Hebreos[31] que Cristo dijo estas palabras al

28 Ps 2.
29 Ps 109.
30 Ps 39, 7 2.
31 Heb 10, 7 ?

voluntaria, siendo los sacrificios de la antigua Ley impotentes para borrar el pecado.

Se leen también[32] las palabras que Jesús pronunció sobre la cruz: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?... Clamo, oh Dios mío, durante el día, y no me oyes; de noche, y no hay descanso para mí. Tú, empero, habitas en la santa morada... En ti esperaron nuestros padres; esperaron en Ti, y Tú los libraste. A Ti clamaron, y fueron puestos en salvo... Mas yo soy un gusano, y no un hombre; el oprobio de los hombres, y el desecho de la plebe. Todos los que me miran, hacen mofa de mí; me hablan con ultraje, menean la cabeza, y dicen: En el Señor esperaba; que Él le libere; sálvele, ya que le ama. Sí, Tú eres quien me sacaste del seno materno... No te apartes de mí, porque se acerca la tribulación; y no hay nadie que me socorra... Me han cercado numerosos becerros, toros robustos me tienen sitiado... Todos mis huesos se han desencajado... Mi lengua se ha pegado al paladar... Me veo cercado de una multitud de perros; me tienen sitiado una turba de malignos. Han taladrado mis manos y mis pies*[33]*. Puedo contar todos mis huesos. Me miraron y escudriñaron. Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica. Mas Tú, oh Señor, no me dilates tu socorro; atiende a mi defensa... Sálvame de la boca del león...*

Finalmente, David anuncia los frutos del sacrificio del Mesías y su resurrección[34]: *Porque Tú*

[32] Ps 21.

[33] Igualmente, en el Salmo 68, 22, se dice: [illegible] *me hiel para el alimento mío, y en medio de* [illegible] *dieron a beber vinagre.*

[34] Ps 15, 10.

no abandonarás mi alma en el sepulcro; ni dejarás a tu santo sentir la corrupción.

Tal y como lo demuestra el P. Lagrange, *la única explicación literal del Salmo 16, 10, sobre todo según el griego, es la de los Hechos de los Apóstoles (2, 25-32; 13, 35-37): el que habla en el salmo espera resucitar... Los Apóstoles, testigos de la resurrección de Jesucristo, le han aplicado con toda naturalidad el salmo*[35].

Finalmente, incluso en el salmo[36] que comienza con estas palabras: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?,* David describe la gloria del Mesías como el fruto de su dolorosa Pasión: *Entonces, dice el servidor de Dios, anunciaré tu nombre a mis hermanos; y proclamaré tus alabanzas en medio de la asamblea. Oh, vosotros que teméis al Señor, alabadle..., glorifíquele todo el linaje de Israel, porque no desprecia ni desatiende la súplica del pobre; ni aparta de mí su rostro; cuando clamo a Él, me oye... Se acordará y se convertirá al Señor (al Dios de Israel) toda la extensión de la tierra; se postrarán ante su acatamiento las familias todas de las gentes.*

En resumen, David anuncia los sufrimientos y las glorias del Mesías. Será Hijo de Dios[37], será el rey todopoderoso, dulce para los humildes, pero temible para los malvados[38], sacerdote por excelencia[39], pero, al mismo tiempo, será víctima

---

[35] Lagrange, *Le Messianisme* [illegible] bliques, 1909, p. 192.
[36] Ps 21, 23-29.
[37] Ps 2, 7.
[38] Ps 71.
[39] Ps 110.

voluntaria por el pecado[40]; será abrumado por tormentos y sufrirá con una muerte terrible[41], pero saldrá glorioso del sepulcro[42].

Después de David, Salomón canta la Sabiduría eterna que debe manifestarse al mundo[43]: *El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, dice la Sabiduría... Desde la eternidad yo te he engendrado... La Sabiduría se fabricó una casa... inmoló sus víctimas, compuso el vino, y preparó la mesa... A los que no tienen juicio, les dijo: Venid a comer de mi pan y a beber el vino que os tengo preparado... y caminad por las sendas de la prudencia.* Hoy conocemos la Eucaristía, el Pan eucarístico y la preciosísima Sangre.

Asimismo, según la tradición, el Cantar de los Cantares canta la unión de Cristo con su Iglesia, de la cual se habla también en el libro de los Salmos[44].

En las profecías del período de los Reyes se ve que se trata siempre, como en los períodos anteriores, de un Mesías descendiente de Israel, pero, al mismo tiempo, Hijo de Dios y Dios mismo: *Dixit Dominus Domino meo,* y Nuestro Señor, apoyándose en este salmo[45], puede callar a los fariseos diciéndoles[46]: *¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo? Dijéronle ellos: De David. Les replicó: Pues ¿cómo David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra mientras pongo a*

---

40 Ps 39, 7-9.
41 Ps [illegible].
42 Ps 15, 10.
43 Prv 8, 22; [illegible] 6.
44 Ps 44, 7
45 Ps 109.
46 Mt 22, 41-44

tus enemigos bajo tus pies? Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y nadie podía responderle palabra, ni se atrevió nadie desde entonces a preguntarle más [47].

Las predicciones de la época de los profetas, sobre todo las de Isaías, aportarán aún nuevas precisiones sobre el Salvador y la obra que debe realizar.

El período de los profetas

En esta época de la historia del pueblo de Israel se precisa, sobre todo, el origen del Salvador, sus cualidades, sus funciones, su sacrificio.

Abdías [48] anuncia en general que subirán salvadores al monte Sión. Joel [49] predice la efusión del Espíritu de Dios sobre toda carne y agrega: *Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo; porque estará la salud en el monte Sión, y en Jerusalén, como dijo el Señor, y en los restos que habrá llamado el Señor.* Oseas [50] anuncia la conversión de Israel y la realeza del futuro Mesías [51]. Miqueas muestra a los pueblos que se acercan a Jerusalén, la ciudad de la salvación [52], y al Mesías que nace en Belén: *Y tú, oh Belén, Efrata, tú eres pequeña entre las millares (ciudades) de Judá. De ti me saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fue engendrado desde el principio, desde los días de la eterni-*

---

47 Item Mc 12, 35-37; Lc 20, 41 ss.
48 Abd 21.
49 Ioel 2, 28-32.
50 Os 3, 5.
51 Os 11, 1.
52 Miq 4; item Is 2, 2 ss.; Zach 8, 20 ss.

dad... Será glorificado hasta los últimos términos del mundo[53]. Vemos hoy la realización de esta profecía en el progreso de las misiones o de la evangelización.

Pero es sobre todo Isaías quien, en su gran profecía, describe el nacimiento del Mesías, sus atributos divinos, su reinado universal, su sacrificio que debe procurar la salvación a todos los pueblos y su triunfo.

En primer lugar, la natividad: *El mismo Señor os dará una señal: La Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel*[54]. Este texto aislado sería ya impresionante, pero aún queda oscuro. ¿De qué Virgen se trata? Ello se precisa a continuación, pues el nombre de *Emmanuel* es determinado más explícitamente en el capítulo siguiente[55], en el que *Emmanuel* designa al Señor, al Mesías, *Dios con nosotros*. Igualmente, el evangelista San Mateo[56], y después de él toda la tradición católica entiende, en este texto de Isaías, por *la Virgen* a la Virgen María, y por *Emmanuel*, al Verbo encarnado, al Hijo de Dios hecho hombre, verdaderamente Dios con nosotros[57]. San Mateo[58] demostrará cómo la revelación hecha a José antes del nacimiento de Jesus es la coronación de la que acabamos de hablar: *Se le apareció en sueños el ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir*

---

53 Miq 5, 1-3.
54 Is 7, 14.
55 Is 8, [illegible]
56 Mt 1, 23.
57 Cfr. LAGRANGE, *La Vierge et Emmanuel* («Revue Biblique», 1892, p. 481); y KNABENBAUER, *Com. in Isaiam*, I, p. 172.
58 Mt 1, [illegible]

en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados. Pero, añade San Mateo, todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta, que dice: *He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, y se le pondrá por nombre Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros.*

Las funciones del Mesías son descritas por Isaías a partir del capítulo 9, 5: *Pues ha nacido un niño para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz.* Nada mayor puede ser anunciado; las palabras *Dios fuerte* significan claramente que en este niño que debe venir al mundo residirá la plenitud de las fuerzas divinas. Muy pocos comprendieron estas palabras en su sentido completo cuando fueron escritas. Vemos que ya tienen la profundidad del prólogo del Evangelio de San Juan: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.*

En el capítulo 11, 1, se dice: *Y saldrá un renuevo del tronco de Jesé (padre de David), y de su raíz se elevará una flor. Y reposará sobre Él* [illegible] *entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de* [illegible] *y de piedad* [5], [illegible]

[5] Según el hebreo, aquí habría que leer [illegible]

del espíritu de temor del Señor... Juzgará a los pobres con justicia, y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra. Es la enumeración de los dones del Espíritu Santo que el Mesías recibirá eminentemente y los justos por participación.

Se anuncia su reino universal[60] e igualmente su carácter de piedra angular[61]: *Por lo tanto esto dice el Señor Dios: He aquí que pondré en los cimientos de Sión una piedra, piedra escogida, angular, preciosa, asentada por fundamento; el que creyere, no se apresure.* Después de Pentecostés, San Pedro dirá a los miembros del sanedrín: *Él (en cuyo nombre ha sido curado este hombre) es la piedra rechazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular. En ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos*[62]. Esta piedra angular, había dicho Isaías[63], *será también piedra de tropiezo... y muchísimos tropezarán y caerán, y se harán pedazos.* San Pablo lo recuerda en la Epístola a los Romanos[64] y añade: *y el que creyere en Él no será confundido*[65].

Isaías anuncia[66] ...que Dios mismo vendrá: *Mirad a vuestro Dios... Él mismo vendrá, y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y quedarán expeditas las orejas de los sor-*

---

temor de Dios, pero los Setenta y la Vulgata ponen *piedad*, que tiene más o menos el mismo sentido.

60 16, 5; 18, 7; caps. 24-26.

61 28, 16, [illegible]

62 Act 4, 11-12.

63 Is 8, 14.

64 Rom 9, 32

65 Igualmente Eph 2, [illegible]

66 35, 4.

dos. Entonces el cojo saltará como el ciervo, y se desatará la lengua de los mudos... Allí habrá una senda y camino que se llamará camino santo; no le pisará hombre inmundo... Ni aun los lerdos se perderán en él... Caminarán por aquella senda los que habrán sido libertados. Y volverán los rescatados por el Señor, y vendrán a Sión cantando alabanzas, coronados de gozo sempiterno. La salvación mesiánica es asociada, generalmente, por los profetas, a la suprema aparición de Dios sobre la tierra [67].

Se predicen claramente las virtudes y las obras del siervo de Dios [68]: *He aquí mi siervo, yo estaré con él; mi escogido, en quien se complace el alma mía; sobre él he derramado mi espíritu; él mostrará la justicia a las naciones. No voceará, ni será aceptador de personas; no se oirá en las calles su voz. La caña cascada no la quebrará; ni apagará el pabilo que aún humea. Ejercerá el juicio conforme a la verdad. No será ni quebrado ni apagado, hasta que establezca en la tierra la justicia... Estas cosas dice el Señor Dios que creó y extendió los cielos... Yo, el Señor, te he llamado en justicia..., te he puesto para ser el reconciliador del pueblo, y luz de las naciones; para que abras los ojos de los ciegos, y saques de la cárcel a los encadenados, y de la estancia de los presos a los que yacen entre tinieblas. Yo soy el Señor (El que es); éste es mi nombre; la gloria mía no la cederé a tro, ni el honor mío a los simulacros*

cuando anduvieres por el fuego, no te quemarás, ni la llama tendrá ardor para ti, porque Yo soy el Señor Dios tuyo, y el Santo de Israel es tu Salvador[69].

El siervo de Dios, según algunos racionalistas, significa todo el pueblo de Israel; pero la mayoría de los críticos actuales y todos los exegetas católicos observan que en esta profecía[70] se distingue claramente al siervo de Dios del pueblo de Israel; es una persona real, distinta de la totalidad de la nación, de quien se dice: *La caña cascada no la quebrará; ni apagará el pabilo que aún humea. Ejercerá el juicio conforme a la verdad.* Y el propio Jesús, tal y como lo cuenta San Mateo[71], cuando pide a los Apóstoles que no den a conocer sus milagros para no provocar el gusto por lo maravilloso, se aplicará a sí mismo esta profecía.

Isaías insiste, e insiste mucho, en el sacrificio del Salvador; lo describe precisando numerosos detalles que se realizarán al pie de la letra durante la Pasión de Jesús[72]: *Entregué mis espaldas a los que me azotaban* (flagelación), *y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no retiré mi rostro de los que me escarnecían y escupían. El Señor Dios es mi protector; por eso no he quedado yo confundido... y sé que no quedaré avergonzado. Sabed que mi siervo estará lleno de inteligencia: será ensalzado y engrandecido y*

se asombrarán al verlo; tan desfigurado estaba que su aspecto no era ya el de un hombre, ni su rostro el de los hijos de los hombres[73]*... No es de aspecto bello, ni es esplendoroso; le hemos visto y nada hay que atraiga nuestros ojos... Despreciado, y el desecho de los hombres, varón de dolores, y que sabe lo que es padecer, como alguien ante quien uno se cubre el rostro; ha sido afrentado, y no hicimos ningún caso de él. En verdad, Él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos como un leproso, y como un hombre golpeado por Dios y humillado*[74]*. Mas por causa de nuestras iniquidades fue Él llagado, y despedazado por nuestras maldades; el castigo de que debía nacer nuestra paz, descargó sobre Él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados. Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros; cada cual se desvió para seguir su propio camino, y a Él le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros.*

Aquí está todo el misterio de la Redención, predicho esencialmente y en muchos de sus detalles:

Fue ofrecido porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca. Como oveja será llevado al matadero; como cordero delante del que lo esquila, enmudecerá, y no abrirá la boca. Por medio de la opresión y del juicio fue quitado (muerto), y entre los contemporáneos, ¿quién pensó que era cortado de la tierra de los vivos a causa de los pecados de mi pueblo?[75]. Ni siquiera los Após-

momento de la Pasión y muerte del Salvador, que éste se ofrecía por nuestra salvación y [illegible]oría, así, en la Cruz.

Esta profecía es tan conmovedora que es llamada *la Pasión según Isaías,* la Pasión redentora en lo que tiene de más profundo, en su supremo motivo de Misericordia y de Justicia, la Pasión vista por anticipado en lo que tiene de más íntimo, en lo que, en una cierta medida, aparecerá a María al pie de la Cruz, a San Juan, a las santas mujeres, al buen ladrón, al centurión; la Pasión, fuente insigne de gracias, en lo que quedará oculto para la mayoría de aquellos que vieron morir a Jesús sobre su Cruz.

Finalmente, Isaías, después de las humillaciones y los sufrimientos del Mesías, describe su triunfo y la conversión de muchos[76]: *Y quiso el Señor consumirle con trabajos; mas luego que él ofrezca su vida por el pecado, verá una descendencia larga, y el designio de Yavé (es decir, la conversión de los pueblos y el establecimiento del reino de Dios en el mundo) prosperará en sus manos... Mi Siervo justificará a muchos... Pu[illegible] que ha entregado su vida [illegible] la muerte, y ha sid[illegible] confundido con los facine[illegible], y ha [illegible]mado [illegible]bre sí los pecados de muchos, intercederá por los pecadores.* San Pablo escribirá después de [illegible] Resurrección y de la Ascensión: *C[illegible]s [illegible]empr[illegible] vive para inte[illegible]*

[illegible]ción de la glo[illegible] de la nueva Jerus[illegible]

[76] 53, 10.
[77] Heb 7, 25.

a las naciones hacia su luz, con el cuadro de su santidad y de su esplendor: *Sedientos, venid todos a las aguas... Las naciones que no te conocían, correrán a ti, por amor del Señor Dios tuyo, y del Santo de Israel, que te habrá llenado de gloria. Buscad al Señor, mientras puede ser hallado, invocadle, mientras esté cercano. Conviértase el impío... porque es generosísimo en perdonar. Los pensamientos míos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dice el Señor. Como se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos*[78]. *Levántate, oh Jerusalén, recibe la luz, porque ha venido tu lumbrera, y ha nacido sobre ti la gloria del Señor. Porque he aquí que la tierra estará cubierta de tinieblas, y de oscuridad las naciones; mas sobre ti nacerá el Señor, y en ti se dejará ver tu gloria. Y a tu luz caminarán las gentes, y los reyes al resplandor de tu aurora*[79]. Isaías también vislumbra la Jerusalén celestial: *Nunca jamás se pondrá tu sol... El Señor será para ti sempiterna luz tuya, y tu gloria el Dios tuyo. Nunca jamás se pondrá tu sol, porque el Señor será para ti sempiterna luz tuya, y se habrán acabado ya los días de llanto*[80]. Estos textos hacen prever lo que Nuestro Señor llamará tan a menudo *la vida eterna.*

Como dice Condamin[81]: *En este magnífico poema, Jerusalén está representada como el centro del reino universal, que se extiende sobre todas las naciones, religioso, en donde todo converge*

---

78 55, 1, 5.
79 60, 1-3.
80 60, 20.
81 CONDAMIN, *Le livre d'Isaïe,* p. 361.

hacia el culto de Yavé, compuesto de justos y de santos, eterno[82]. *Los teólogos tienen razón para ver la realización de estas promesas en la Iglesia fundada por Jesucristo, puesto que el Siervo de Yavé es Jesucristo y puesto que la numerosa posteridad del Siervo, la multitud de hombres que le son dados como precio de sus sufrimientos y de su muerte, deben poblar la nueva Jerusalén*[83].

Indiscutiblemente, Isaías es el mayor de los profetas, por la importancia de sus revelaciones y el poder de su estilo. Vivió una de las épocas más turbulentas de la historia de Israel que sufrió mucho entonces a causa de los asirios[84]. Tal como se dice en el Eclesiastés[85]: *Isaías consoló a los que lloraban a Sión. Anunció las cosas que han de suceder hasta el fin de los tiempos, y las ocultas antes que aconteciesen.* El estilo de Isaías es sencillo y, al mismo tiempo, sublime, de una perfecta naturalidad, de una gran nobleza, de una claridad excepcional. Sus sentencias son concisas, penetrantes, y ponen de relieve los puntos

---

82 55, 3; 60, 15. 19, 20; 61,8.

83 53, 10-12; 54, 1-3.

84 Vemos ahora a Isaías rodeado de gloria, pero en vida era un hombre sencillo, aunque de una importante familia (7, 3), casado con una sola mujer (3, 3), padre de dos hijos (7, 3; 8, 3, 18); era amigo y consejero de un rey muy probado, Ezequías, y tras la invasión de Senaquerib (cap. 37 ss.), el profeta cuyo nombre iba a ser conocido por todos los siglos futuros se recogió en la oscuridad. Según una tradición muy antigua, fue martirizado, aserrado con una sierra de madera. San Pablo (Heb 11, 37) habla de los profetas que fueron matados de esta manera. Según una tradición judía parecida, Jeremías fue lapidado.

85 48, 25-28.

importantes para disipar las ilusiones y llamar poderosamente la atención sobre el reino de Dios, para hacer notar la grandeza del Mesías y la majestad y la gloria divinas. Igualmente, Isaías está dotado de una verdadero genio poético; en él el poder de la imaginación no es menor que la grandeza de las ideas que expone. Este genio poético aparece particularmente en los contrastes, en las antítesis de sus predicciones. En su obra, las profecías propiamente dichas tienen siempre un estilo poético, una parte están en verso y en versos de una gran belleza. Es la inspiración, en el sentido más elevado y enteramente sobrenatural de la palabra.

Después de Isaías, Jeremías predice al verdadero Pastor que Dios debe suscitar[86]: *Mirad que viene el tiempo, dice el Señor, en que Yo haré nacer de David un vástago justo, y reinará un rey, que será sabio, y gobernará la tierra con rectitud y justicia. En aquellos días suyos, Judá será salvo.*

Ezequiel dice en nombre del Señor: *Y estableceré sobre mis ovejas un solo pastor que las apaciente... éstas serán lluvias de bendición... Y conocerán que Yo, el Señor su Dios, estaré con ellos*[87]. Ezequiel dice también después de la visión de los huesos secos que recobran la vida: *Y el siervo mío David será el rey suyo y uno sólo será el pastor de todos ellos*[88]. Jesús dirá: *Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su*

[86] 23, 4-8.
[87] 34, 23-31.
[88] 37, 24.

vida por sus ovejas... Yo soy el buen pastor y conozco a las ovejas mías, y las mías me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre, y pongo mi vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor[89]. El reino universal de Dios anunciado por los profetas será realizado por la Iglesia militante, purgante y triunfante.

Daniel[90] ve la pequeña piedra lanzada desde arriba que derribará el coloso de pies de barro, símbolo de la idolatría. Ve también que *la piedra se convierte en una gran montaña y llena toda la tierra;* después explica el símbolo diciendo[91]: *El Dios del cielo levantará un reino que nunca jamás será destruido y este reino no pasará a otra nación, sino que quebrantará y aniquilará todos estos reinos, y Él subsistirá eternamente.* Este es el anuncio de la indefectibilidad de la Iglesia.

Daniel[92] prevé también el poder que le será dado al Hijo del hombre: *Y le fue dada la potestad, el honor y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán a Él; la potestad suya es potestad eterna que no le será quitada, y su reino es indestructible... Después recibirán el reino los santos del Dios altísimo y reinarán hasta el fin de los siglos, y por los siglos de los siglos.*

Finalmente, Daniel anuncia de manera muy

---

89 Io 10, 11-16.
90 2, 34-44.
91 3, 44.
92 7, 13-18.

misteriosa, en la profecía de las setenta semanas, el tiempo de la venida del Mesías[93]: *Se han fijado setenta semanas para tu pueblo y para tu ciudad santa, al fin de las cuales se acabará la prevaricación, y tendrá fin el pecado, y la iniquidad quedará borrada, y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirá la visión y la profecía, y será ungido el Santo de los santos.* La tradición de la Iglesia entiende en este versículo la obra realizada en el mundo por la venida de Jesucristo. Las setenta semanas son septenas de años, setenta períodos de siete años, como los del Levítico[94], hasta el advenimiento de Aquel que borrará los pecados del mundo.

Entre los últimos profetas, Ageo[95] promete a sus contemporáneos que el Mesías entrará en el nuevo templo que construían. Zacarías saluda al Mesías en Sión[96], el *germen*[97] que debe levantar el verdadero templo del Señor[98], el Rey sobre su pobre montura, sobre un asno[99], el Salvador, fuente de gracia en Jerusalén[100].

El último de los profetas, Malaquías, anuncia al precursor que debe seguirle a más de cuatro siglos de distancia[101]: habla del sacrificio que reemplazará a todos los demás[102]: *Porque desde levante a poniente es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se*

93 9, 24.
94 25, 8.
95 2, 1-10.
96 2, 8-13.
97 3, 8.
98 6, 9-15.
99 9, 9.
100 13, 1; cap. 14.
101 3, 1.
102 1, 10-14.

ofrece al nombre mío una ofrenda pura; pues grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos. Este versículo lo aplica la tradición católica al sacrificio de la nueva Ley, es decir, al sacrificio eucarístico que perpetúa sustancialmente el de la Cruz hasta el fin del mundo en todos los pueblos evangelizados.

Tal es el desarrollo progresivo de las revelaciones divinas sobre el Mesías. Se ve su admirable unidad desde el comienzo del período de los patriarcas. Todas estas profecías anuncian el establecimiento de la religión monoteísta, el reino universal del verdadero Dios, del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que va a convertirse en el Dios de todas las naciones de la tierra. Todas anuncian al Mesías, jefe del reino de Dios, al Mesías, Salvador del mundo, que será de la familia de Abraham, de Isaac y de Jacob, de la tribu de Judá, que será por consiguiente hijo de David por la carne y por lo tanto Hijo de Dios y Sacerdote por excelencia, cuyo doloroso Sacrificio borrará los pecados del mundo y será una fuente de gracias, siempre nuevas, para todas las almas de buena voluntad.

La fuerza de las profecías

Tras la exposición del verdadero sentido del testimonio divino del Antiguo Testamento que anuncia la venida del Salvador, podemos ver la fuerza de estas predicciones.

Unicamente Dios, por medio de su presciencia, ha podido prever mucho tiempo antes (por lo

menos cuatrocientos años) los acontecimientos e, incluso, los detalles, un número de actos libres futuros que debían ser efectuados por la libertad de varios, por la del Mesías, por la de sus discípulos y por la de sus perseguidores.

El anuncio era tanto más asombroso cuanto que la libertad de los fariseos y de los verdugos se oponía a la de Jesús y a la de sus Apóstoles, y por cuanto que, evidentemente, no se habían puesto de acuerdo para realizar estas predicciones. Se realizan, sin embargo, hasta en los más mínimos detalles.

Jesús nació en Belén [103], de la familia de Judá y de David [104], para anunciar el Evangelio a los pobres y a los humildes [105]; ha abierto los ojos a los ciegos, ha sanado a los enfermos y ha traído la luz a aquellos que languidecían en las tinieblas [106]. Enseñó el camino perfecto, ha sido el Maestro de los gentiles [107]. Fue víctima de los pecados del mundo [108]. Ha sido al mismo tiempo piedra de tropiezo y piedra angular [109]. Ha sido, igualmente, como la pequeña piedra anunciada por Daniel [110], que debía crecer en una montaña y llenar toda la tierra.

Fue rechazado, desconocido [111], traicionado, vendido [112], abofeteado, escarnecido, cubierto de sa-

---

103 Miq 5, 2.
104 Gen 49, 10; Is 7, 13-14.
105 Is 39, 18-19.
106 Is 61, 1.
107 Is 55, 4; 42, 1-7.
108 Is 53, 5.
109 Is 8, 14; Ps 117, 22.
110 Dan 2, 35.
111 Ps 108, 8; Is 53, 2-3.
112 Zach 11, 12.

livazos[113], le dieron de beber hiel[114]. Fue traspasado, sus manos y sus pies fueron clavados[115]; murió de este suplicio[116] y sortearon sus ropas.

Resucitó[117] al tercer día[118]. Subió al cielo para sentarse a la derecha del Todopoderoso[119]. Los reyes se armaron contra Él[120]. Pero, seguidamente, los reyes de numerosas naciones, en toda la tierra, le adoraron[121]. Y la vocación de los gentiles por Jesucristo, anunciada por todos los profetas, se realizó.

He aquí algo que tras la llegada de los acontecimientos es singularmente asombroso.

Sólo Dios ha podido prever todos estos actos realizados por hombres, muchos de los cuales estaban en mutua oposición. Y, sobre todo, solamente Dios ha podido prever hechos absolutamente excepcionales, que dependen exclusivamente de su propia libertad, más allá de toda expectación humana, como la venida del Mesías precisamente en Belén y no en otro sitio, así como su triunfo tras el aniquilamiento de la Pasión, como la evangelización de todo el mundo conocido por los antiguos por unos cuantos pobres pescadores de Galilea.

Tales predicciones, tan numerosas, tan ciertas, tan extraordinarias, no pueden ser algo natural.

---

113 Is 50, 6.
114 Ps 62, 22.
115 Zach 12, 10; Ps 21, 17.
116 Dan 9, 26.
117 Ps 15, 10.
118 Ps 109, 1.
119 Ps 109, 1.
120 Ps 2, 2.
121 Is 60, 14.

Sobrepasan la sagacidad humana, así como las aspiraciones de los judíos, tan dados a ver las cosas materialmente, incluso las cosas de la religión, y tan poco inclinados a hacer partícipes a otros pueblos de sus privilegios religiosos.

Estas predicciones tampoco pueden ser algo fortuito, puesto que un ciego azar, siendo algo accidental, no puede ser la causa primera del orden del mundo ni de los grandes acontecimientos que dan a la historia su más elevado sentido. Ello equivaldría a decir, sin razón alguna, que el orden proviene de la ausencia de orden, que la armonía y la belleza de las vidas humanas más grandes provienen de una causa no inteligente, que lo más perfecto proviene de lo menos perfecto.

Y, finalmente, la excepcional santidad que todos reconocen a Jesús, incluso Renan y otros racionalistas, no puede provenir más que de una causa inteligente y santa, que sólo puede ser Dios, de quien Jesús es enviado.

Así, Pascal ha podido escribir: *La mayor prueba de Jesucristo son las profecías. Es también en lo que Dios más ha provisto... Ha suscitado profetas durante seiscientos años (es decir, desde Abraham); y durante cuatrocientos años dispersó estas profecías con los judíos, que las llevaban a todas partes*[122]. *He aquí cuál fue la preparación al nacimiento de Jesucristo, cuyo Evangelio debía ser creído por todo el mundo: no sólo fueron necesarias profecías para hacerlo creer, sino que esas profecías se extendiesen por todo el mundo,*

122 Fue durante este período cuando los judíos se extendieron por Alejandría, por Asia Menor, y de ahí, por Grecia y por el imperio romano.

para que todo el mundo abrazara el Evangelio[123].

Para que se vea mejor la fuerza de esas predicciones, Pascal insiste sobre la multiplicidad de los profetas, en diferentes épocas, en diversas condiciones y, no obstante, todos de acuerdo en lo que anuncian:

Si un solo hombre hubiese escrito un libro sobre Jesucristo prediciendo el tiempo y la manera (en la que debía nacer, vivir y morir), y Jesucristo hubiese venido conforme a esas profecías, ello tendría una fuerza infinita. Pero hay más: es una serie de hombres que, durante cuatro mil años (es decir, desde la creación), predicen constantemente y sin variación, uno después de otro, el mismo advenimiento. Es un pueblo entero el que lo anuncia y el que subsiste para dar testimonio corporativamente de las seguridades que de ello tiene y de las que no pueden apartarle las amenazas y persecuciones de las que es objeto: esto, y de muy diversas maneras, es considerable.

El tiempo predicho, en particular por Daniel[124], era imposible de prever humanamente por la complejidad de los sucesos que debían juntarse. *Hay que ser osado,* dice Pascal, *para predecir una misma cosa de tantas maneras: era necesario que las cuatro monarquías idólatras o paganas (de las que habla Daniel), el fin del reino de Judá y las setenta semanas (o septenas de años) se diesen al mismo tiempo, y el todo antes que el segundo templo (de Jerusalén) fuese destruido.* En efecto, Daniel había dicho[125]: *Después de las*

---

123 *Pensées,* edición E. Havet, p. 273. Las citas que siguen están tomadas de las mismas páginas relativas a las profecías.

124 Dan 2, 27; 9, 20; 11, 2...

125 Dan 9, 26.

sesenta y dos semanas (que siguen a las otras siete), se quitará la vida al Cristo, y un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el santuario. De hecho, algunos años después de la muerte de Nuestro Señor, en el 70, el ejército romano, mandado por Tito, tomó y destruyó Jerusalén.

Se había predicho, igualmente, que en ese mismo tiempo, antes de la destrucción de Jerusalén, muchos paganos serían instruidos y conducidos a conocer al Dios verdadero adorado por los judíos, que muchos se convertirían.

Pues bien, añade Pascal, ha sucedido que en la cuarta monarquía, antes de la destrucción del segundo templo, los paganos en masa adoran a Dios y llevan una vida angélica: las jóvenes consagran a Dios su virginidad y su vida; los hombres renuncian a sus placeres. De lo que Platón no pudo persuadir a unos pocos hombres escogidos e instruidos, una fuerza secreta, con pocas palabras, persuade a cien millones de hombres ignorantes.

De hecho, entre la muerte de Jesús y el año setenta, fecha de la destrucción del templo de Jerusalén, ha tenido lugar Pentecostés, la conversión de San Pablo, sus tres viajes apostólicos, el primer concilio de Jerusalén, la fundación de las diferentes Iglesias a las que San Pablo dirige sus cartas, su martirio y el de San Pedro.

¿Qué ha pasado? *Los ricos,* continúa Pascal, *abandonan sus bienes, los jóvenes abandonan la delicada casa de sus padres para vivir en la austeridad de un desierto. ¿Qué es todo esto? Es lo que ha sido predicho tanto tiempo antes. Después de dos mil años (es decir, desde Abraham), ningún pagano había adorado al Dios de los ju-*

dios; en el tiempo predicho, una multitud de paganos adora a este único Dios. Los templos son destruidos, los reyes se someten a la Cruz. ¿Qué es todo ello? Es el Espíritu de Dios que se ha derramado sobre la tierra.

En efecto, el profeta Joel[126], hablando en el nombre del Señor, había anunciado: *Derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas... Y aun también sobre mis siervos y siervas derramaré en aquellos días mi espíritu.*

Y verdaderamente fue así. Como sigue diciendo Pascal: *Todos los pueblos vivían en la infidelidad y en la concupiscencia; toda la tierra ardió de caridad. Los príncipes abandonan sus grandezas; las jóvenes sufren el martirio. ¿De dónde proviene esta fuerza? Es que el Mesías ha llegado. He aquí el efecto y las marcas de su venida.*

Pese a todas las persecuciones y pese a las pasiones revueltas, ello se ha producido: *Todo lo que hay de grande sobre la tierra se une (contra Jesucristo y los apóstoles), los sabios, los prudentes, los reyes. Los unos escriben, los otros condenan, los otros matan (durante tres siglos). Y no obstante todas esas oposiciones, esas gentes simples y sin fuerza resisten a todas las potencias y se someten hasta esos reyes, esos prudentes, esos sabios, y suprimen la idolatría de toda la tierra. Todo ello se hace por la fuerza que lo había predicho*[127].

El Señor había anunciado por boca de Ezequiel[128] el reinado del Mesías: *Yo, el Señor, hu-*

---

126 Ioel 2, 28.
127 Pascal, *Pensées*, ibid.
128 Ez 17, 22-24.

millé el árbol empinado (la idolatría) *y ensalcé la humilde planta... Yo, el Señor, lo dije y lo haré.*

Una objeción viene a la mente, objeción que ha sido señalada por Pascal en el mismo lugar: *Si estaba tan claramente predicho a los judíos, ¿cómo éstos no lo creyeron?; o, ¿cómo no han sido exterminados por resistir a algo tan claro?* *Respondo,* dice: *en primer lugar, se predijo que no creerían algo tan claro y que en modo alguno serían exterminados. Y, en segundo lugar, nada es más glorioso en el Mesías, pues no bastaba con que hubiese profetas; hacía falta que sus profecías se conservasen libres de sospecha. Pues bien, todo se realizó así. Los judíos, matando a Jesucristo para no recibirle como Mesías, le han dado la última señal de Mesías. Y al seguir desconociéndole se han hecho testigos irreprochables (que hablan contra sí mismos sin querer darse cuenta); y al continuar negándole, han cumplido las profecías*[129].

En efecto, David e Isaías habían anunciado que *el servidor de Dios sería despreciado y abandonado por los hombres, que sería blanco del desprecio, que no se haría de él ningún caso, que se le miraría como maldito, golpeado por Dios y sería humillado*[130].

Pero al anunciar sus sufrimientos y su muerte expiadora, los profetas también habían predicho su elevación y el establecimiento por él del reino espiritual de Dios sobre todos los pueblos. Es lo que ha realizado la evangelización del mundo.

---

[129] PASCAL, ibidem.
[130] Is 53, 3-4.

Dios ha previsto, así, desde toda la eternidad, la falta de los judíos, pero en modo alguno la ha querido; tan sólo la ha permitido con vistas a un mayor bien, en vista de la paciencia heroica del Salvador. Tal previsión divina no suprimió ni la libertad de Jesús ni la de sus perseguidores.

De todo esto se desprenden dos conclusiones: la espera mesiánica ha sido alterada, materializada por los prejuicios nacionales de los judíos. No materialicemos nosotros el Evangelio, no le rebajemos hasta nosotros, sino que, por nuestra fidelidad, dejemos a la gracia divina elevarnos hacia él y practiquémoslo verdaderamente.

La fuerza demostrativa de las profecías no debe sólo producir efecto sobre nuestra inteligencia, sino también sobre nuestro corazón y sobre nuestra alma. Es necesario que mostremos por nuestra propia vida que, verdaderamente, Cristo ha venido y que es el Salvador, que su acción regeneradora está siempre viva en el mundo y que debe continuar hasta el fin de los tiempos, igual que en los primeros días del cristianismo.

CAPÍTULO VII

LA PERSONALIDAD DIVINA DE JESUS

Para entrever lo que fue y lo que siempre es la vida íntima de Nuestro Señor es necesario detenerse a contemplar el misterio de su personalidad divina.

Hemos visto qué reserva impuso, primero, a que se manifestara, para no excitar un entusiasmo totalmente externo en una multitud ávida de lo maravilloso y de prosperidad terrena. Vemos mejor ahora por qué se presentó al principio bajo el velo de parábolas tales como el sembrador de la verdad divina, como el buen pastor que da su vida por sus ovejas, como el hijo único del dueño de la viña, enviado después de unos servidores que han sido maltratados y matados por los viñadores. Anuncia en esta parábola que le matarán.

A lo largo de su ministerio aparece progresivamente como el igual al legislador divino del Sinaí, puesto que Él viene a perfeccionar la ley

divina. Curando al paralítico se atribuye el poder de perdonar los pecados, de reparar o regenerar a las almas: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré*[1].

Finalmente, declara más claramente su filiación divina cuando se acerca la Pasión. La afirma ante los fariseos con una autoridad que sólo conviene a Dios; Él, que es dulce y humilde de corazón, no teme decirles: *En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era yo*[2]. Declara: *Yo y el Padre somos una sola cosa*[3]. *Yo soy el camino, la verdad y la vida*[4]. No sólo dice, como los profetas: He recibido la verdad para transmitírosla; dice: *Yo soy la Verdad y la Vida,* lo que sólo conviene a Dios.

Tal es la enseñanza de Jesús sobre su divinidad. Los Apóstoles lo comprendieron así. San Pedro vio en Él al Autor de la Vida[5]; San Pablo: *Porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles*[6]. *Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, a pesar de tener la forma de Dios, no reputó como botín (codiciable) ser igual a Dios; antes se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y así, por el aspecto de hombre, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó*[7]. San Juan Bautista vio en Él *al Cordero de Dios que quita*

---

1 Mt 11, 28.
2 Io 8, 58.
3 Io 10, 30.
4 Io 14, 5.
5 Act 3, 15.
6 Col 1, 16.
7 Phil 2, 5-10.

los pecados del mundo[8], y San Juan Evangelista le llama *el Verbo hecho carne: Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios*[9].

La Iglesia no hace, pues, más que repetir el testimonio de Jesús sobre sí mismo cuando profesa en el Credo que Él es: *Hijo único de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero; ... consustancial al Padre,* y que *por Él fueron hechas todas las cosas, per quem omnia facta sunt* (Símbolo de Nicea).

Tal es, en resumen, el testimonio de Nuestro Señor sobre su filiación divina; con la ayuda de la teología meditemos sobre el sentido y el alcance de ese testimonio y pidamos a Dios la gracia de la contemplación de este misterio, misterio del que nuestra alma debería alimentarse constantemente y del que debe vivir más y más.

Para poder penetrar un poco en el misterio de la Personalidad divina de Jesús es necesario ver cuáles son las conveniencias de la Encarnación por parte de Dios y por parte del hombre. Encontraremos aquí una gran luz.

Jesús se ha atribuido a sí mismo las propiedades de la naturaleza divina y las de la naturaleza humana. Se nos ha aparecido como verdadero hombre, nacido en el tiempo en Belén y muerto en la cruz, al mismo tiempo que ha dicho: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.* Yo soy la Verdad y la Vida en su plenitud.

¿Cómo una misma y única persona puede te-

---

[8] Io 1, 29.
[9] Io 1, 1.

ner dos naturalezas infinitamente distantes, la naturaleza divina y la naturaleza humana? Quizá hemos dejado de asombrarnos, con ese santo asombro que es propio de la contemplación. Pero hay otra clase de asombro, asombro que lleva a la negación.

La incredulidad objeta: Un Dios hecho carne no sería ni Dios ni hombre, sino un ser fabuloso, una quimera, mitad Dios mitad hombre, tendría una naturaleza mixta, ni divina ni humana (éste fue el error de Eutiques). ¿Cómo, dicen los incrédulos, el Dios infinito que gobierna los mundos estaría en persona en el cuerpo de un niño pequeño al que un nada puede hacerle morir? ¡Un Dios infinito en el seno de una Virgen! Así habla la sabiduría humana que no ve más que tinieblas en las verdades sobrenaturales demasiado altas y demasiado fuertes para ella.

Ciertamente, la unión de la humanidad y de la divinidad en la persona de Jesús permanece siendo un misterio incomprensible para el creyente; no se esclarecerá definitivamente más que en el cielo. Mientras tanto, la luz de la fe nos muestra desde aquí abajo que, por un lado, Dios tiende a comunicarse el máximo posible con el hombre y que, por otro, el hombre tiende a unirse el máximo posible a Dios. Si se comparan, estas dos verdades permiten suponer de lejos lo que es la unión de la humanidad y de la divinidad en la persona del Salvador.

Son los dos puntos que aquí interesa desarrollar.

Dios en persona se ha dado a la humanidad

Dios, por una parte, tiende a comunicarse lo más posible con el hombre. ¿Por qué? Porque Dios es el soberano Bien y la bondad es esencialmente comunicativa; el bien tiende naturalmente a expandirse y a comunicar la riqueza que hay en él[10]. Y mientras más perfecto es un bien, más tiende a comunicarse plena e íntimamente[11]. El sol expande a su alrededor luz y calor, la planta y el animal que han llegado a la madurez dan la vida a otra planta y a otro animal. En un plano más elevado, el artista y el sabio, que han concebido un ideal, tienden a hacerlo conocer; el apóstol, que tiene la pasión del bien, quiere comunicarla a los demás; la bondad es esencialmente comunicativa y mientras más elevado es el orden en el que se sitúa, más se da abundante e íntimamente; mientras que la amistad de un alma superficial es totalmente sensible y externa, la de un alma elevada es generosa por la entrega íntima de sí misma.

Si, pues, Dios es el soberano Bien, conviene altamente que se comunique a las criaturas lo más posible, lo más íntima y lo más plenamente posible. Pero, y es lo que no han visto los neoplatónicos, esta comunicación divina, por muy conveniente que sea, es libre; no es en modo alguno necesaria para la santidad infinita de Dios, santidad infinita que encuentra en la posesión de su soberana bondad, infinitamente superior a todo bien creado y que podría acrecentar-

---

[10] Cfr. STO. TOMÁS, III, q. 1, a. 1.
[11] Cfr. IDEM, *Contra Gentes*, l. IV, c. XI, n. 1.

se por ellos [12], Dios ha creado todas las cosas libremente. El día de la creación dio, por bondad, a sus criaturas el ser, la vida, la inteligencia; por un amor totalmente gratuito elevó al ángel y al hombre a la vida sobrenatural de la gracia, participación en su vida íntima. ¿Es esto todo lo que Dios puede?

¿Por qué no podría darse a sí mismo en persona? ¿No es propio de la amistad el que nos lleve a darnos a nosotros mismos íntimamente? ¿Por qué el Verbo de Dios no podría darse Él mismo en persona a un alma privilegiada, de tal suerte que el Verbo, esa alma y su cuerpo no formasen más que una sola persona, un solo yo, el del Verbo hecho carne, a quien convendrían las perfecciones divinas y las propiedades humanas y que podría decir: *Yo, que os hablo, soy el Camino, la Verdad y la Vida?*

Se realizaría así maravillosamente el principio: Dios, soberano Bien, tiende a comunicarse al hombre lo máximo posible. La bondad es esencialmente comunicativa y mientras más elevado sea el orden en el que se sitúa, más abundante e íntimamente se da. Es éste el aspecto más elevado del misterio del que hablamos.

El pleno desarrollo de la personalidad humana y la unión con Dios

La incredulidad objeta: pero, entonces, como ya no habría en Jesús personalidad humana, no sería verdaderamente hombre. Esta fue antaño la objeción de Nestorio y de sus discípulos. Los

---

12 Cfr. IDEM, I, q. 19, a. 3.

racionalistas modernos la desarrollan diciendo: la personalidad humana consiste, sobre todo, en la conciencia que cada uno tiene de sí mismo y en la libertad por la que somos dueños de nosotros mismos [13]. Si, pues, Jesús, como afirma la Iglesia, no tuvo personalidad humana, no tuvo conciencia humana de sí, ni libertad humana, sino, solamente, una conciencia divina y una libertad divina y, desde luego, no era verdaderamente hombre; no teniendo libertad humana, incluso no pudo merecer ni obedecer. O bien, si se quiere mantener, añaden estos racionalistas, que tuvo una conciencia humana y una libertad humana al mismo tiempo que una conciencia divina y una libertad divina, hay que decir que se dieron en él dos personalidades, dos personas, sin duda íntimamente unidas por el conocimiento y por el amor, pero dos personas y no una sola. Consecuentemente, Jesús es sólo el mayor de los santos, que tuvo una unión íntima con Dios en un grado totalmente eminente; pero no se puede decir que es Dios. En resumen, si la personalidad está formalmente constituida por la conciencia o por la libertad, para que no haya en Jesús más que una sola persona sería necesario que no hubiese en Él más que una sola conciencia y una sola libertad; no podría, pues, ser verdadero Dios y verdadero hombre.

Esta objeción descansa sobre una idea superficial e incluso falsa de la personalidad y olvida igualmente las relaciones, muy íntimas, que se

---

[13] Tal fue el error de Günther y de Rosmini, que concibieron así la personalidad de Cristo; cfr. Dz., 1917.

dan entre el pleno desarrollo de la personalidad humana y la unión con Dios.

Es importante insistir en ello; es el segundo aspecto de este misterio.

Para ver cómo Jesús, sin tener una personalidad humana, un yo humano, puede ser verdadero hombre y cómo su humanidad, lejos de quedar disminuida, está glorificada por la personalidad divina del Verbo, es necesario considerar un instante lo que sea la personalidad en general. Sería algo bastante fácil si no se hubiesen acumulado tantas confusiones en este punto. Importa disiparlas para conservar el verdadero sentido del término *yo* del que todo el mundo se sirve.

Es necesario preguntarse, junto con Santo Tomás, lo que es en términos precisos la personalidad y remontarse progresivamente del grado inferior de la personalidad humana al más perfecto de todos; podremos, así, entrever en la penumbra de la fe lo que es la personalidad del Salvador, muy por encima de la de un San Pablo, de la de un San Pedro o de la de un San Juan.

La personalidad es algo positivo: es aquello por lo que todo ser dotado de razón es un sujeto independiente que puede decir: *yo,* o que se pertenece, que es dueño de él mismo, *sui juris;* a él se le atribuye, al igual que la naturaleza racional, la existencia y las operaciones que constituyen su actividad. En este sentido se dice corrientemente que Pedro y Pablo son personas y dos personas distintas; cada uno es un sujeto independiente y un todo al que se atribuye la naturaleza humana, la existencia, la actividad. Cada uno de ellos dice: *yo.* De aquí que la per-

sona se distinga como un sujeto primero de atribución de todo lo que le conviene y no pueda ser atribuida a otro sujeto. Se dice: Pedro es un hombre, Pedro existe, Pedro habla bien, pero no se podría atribuir a Pedro otro sujeto. El mismo es sujeto primero de atribución, que existe separadamente y opera separadamente[14].

Por tanto, nuestra personalidad, o aquello por lo que todo ser dotado de razón es un sujeto independiente, un todo al que se le atribuye su naturaleza, su existencia, sus actos, no puede estar formalmente constituida por nada de lo que se le atribuye como parte. Nuestra personalidad fundamental no puede, pues, estar formalmente constituida por nuestro cuerpo ni incluso por nuestra alma, es decir, por ninguna de las dos partes de la naturaleza que nos es atribuida ni por ninguna de nuestras facultades ni ninguno de nuestros actos.

Consecuentemente, es claro que nuestra personalidad fundamental, desde el punto de vista del ser u ontológico, no puede estar formalmente constituida por nuestra conciencia. La conciencia del yo no es el yo, lo supone y lo conoce, pero no lo constituye. Tampoco es nuestra libertad lo que constituye formalmente nuestra personalidad; es tan sólo una manifestación psicológica y moral de nuestra personalidad fundamental, personalidad que pertenece al orden ontológico o del ser; puesto que actuar supone ser, es necesario, primero, ser para actuar.

Nuestra personalidad es, pues, algo más profundo que la conciencia y que la libertad; es

---

14 Cfr. Sto. Tomás, III, q. 2, a. 2; q. 4, a. 2 (Comentario de Cayetano, VI, VII, VIII); q. 17, a. 1 y 2.

aquello por lo que cada uno de nosotros es un sujeto independiente al cual se le atribuye todo lo que le conviene. Y si se puede atribuir a Jesús como un mismo sujeto independiente dos inteligencias (una divina y otra humana) y dos libertades, no se sigue de ahí que haya en Él dos personas, sino una sola [15].

Verdaderamente, hay aquí un misterio enorme, incomprensible para nosotros. Pero no es ininteligible o absurdo. Muy al contrario, podemos elevarnos a él progresivamente partiendo del grado más bajo de la personalidad humana. Es bastante fácil ver que, desde el punto de vista psicológico y moral, una personalidad humana crece tanto más cuanto más íntimamente

---

[15] Diciendo con Santo Tomás que nuestra personalidad es aquello por lo que cada ser razonable es un sujeto independiente al cual se le atribuyen su naturaleza, su existencia y sus operaciones, no podemos admitir que lo que constituye formalmente nuestra personalidad es nuestra existencia. La existencia es un atributo contingente de toda persona creada y no es lo que hace de ella un sujeto primero de atribución. Ninguna persona creada es su existencia, sino que, solamente, tiene la existencia, en lo que difiere de Dios. *Persona Petri, imo personalitas Petri, non est suum esse, sed realiter distinguitur ab eo,* dicen los tomistas. El mismo Santo Tomás ha escrito (III, q. 17, a. 2, ad 2): *Esse personam sequitur tamquam habentem esse:* la existencia sigue a la persona, le pertenece, pero no la constituye. Cayetano ha mostrado profundamente (*in* III, q. 4, a. 2, nº VIII) que sin esta noción de la personalidad no se puede explicar la verdad de los juicios: Pedro es hombre, Pedro existe, pero no es la existencia. De aquí también se sigue que en Jesús no hay más que una persona, un solo sujeto y una sola existencia (III, q. 17, a. 2) y que pudo decir: *Yo soy la Verdad y la Vida,* o el Ser mismo.

tiende a unirse a Dios, desapareciendo ante Él. Esta unión en la desaparición, lejos de ser para la personalidad una servidumbre, es una glorificación[16]. Si estamos atentos a ella, entreveremos lo que se realizó en Cristo y no sólo desde el punto de vista psicológico y moral, sino desde el punto de vista del ser o de la personalidad fundamental.

Si, como lo hemos dicho más arriba, Dios tiende a darse lo máximo posible al hombre, el hombre perfecto tiende a unirse lo máximo posible con Dios.

A veces se ha pensado que la personalidad se desarrolla tanto más cuanto más independiente se hace el hombre, en su existencia y en su acción, de todo lo que no es él y tanto más, también, cuanto que otras personas dependen de él. En este sentido se ha glorificado la personalidad de un Napoleón o de un Goethe.

Se olvida aquí el hecho de que nuestra personalidad consiste, sobre todo, en la independencia respecto, no de todas las cosas, sino de las que nos son inferiores y a las que dominamos por nuestra razón y nuestra libertad; una independencia tal que nuestra alma podrá subsistir después de la disolución del cuerpo.

Glorificando a ciertas personalidades humanas, que han desconocido los derechos de Dios, se olvida, sobre todo, señalar que nuestra independencia especial respecto de las cosas inferiores se fundamenta en una dependencia muy estrecha de nuestra alma respecto de las cosas superiores, respecto de la Verdad y del Bien, y a fin de cuentas respecto de Dios. Si nuestra ra-

---

16 Cfr. Sto. Tomás, III, q. 2, a. 2, ad 2.

zón domina el espacio y el tiempo, las cosas sensibles, es porque está hecha para conocer a Dios, Verdad suprema. Si nuestra libertad domina sobre la atracción de las cosas sensibles, de los bienes particulares, es porque está hecha para preferir a Dios, Bien universal y total, y amarle por encima de todo.

Se sigue de aquí una ley muy alta y muy olvidada: que el pleno desarrollo de la personalidad humana consiste en hacerse cada vez más independiente respecto de las cosas inferiores, pero también cada vez más estrechamente dependiente de la Verdad, del Bien, de Dios mismo.

Por el contrario, la falsa personalidad consiste en una pseudoindependencia respecto de todo, también respecto del mismo Dios, al que se le rehúsa la obediencia. Esta falsa personalidad desprecia las virtudes de la humildad, de la paciencia, de la dulzura; no es más que insubordinación y orgullo. Se encuentra plenamente realizada en el demonio, que tiene por divisa: *Non serviam:* no serviré. Además, lleva a la peor de las servidumbres. Por el contrario, la verdadera personalidad está realizada en los santos, pero, sobre todo, en Nuestro Señor Jesucristo.

Se expanden muchas ideas falsas sobre el desarrollo de la personalidad, porque ya no se contempla el misterio de la Encarnación, y se olvida que el pleno desarrollo de la personalidad humana estriba en desaparecer ante la de Dios uniéndose lo más posible a la suya. Es esto lo que importa recalcar para entrever cómo la humanidad de Jesús no está disminuida en nada por el hecho de que en Él la personalidad humana haya dejado lugar a la personalidad divina del Verbo. Es el punto culminante que permite su-

poner esta ley: la personalidad humana crece desapareciendo ante la de Dios.

En efecto, ¿de dónde proviene la superioridad del hombre de bien sobre el libertino? Del hecho de que el hombre de bien conforma su voluntad con la de Dios. Mientras que el libertino es deshecho por la adversidad, el hombre de bien crece con ella, conformando siempre más su voluntad con la de Dios. ¿De dónde proviene la superioridad del hombre de genio sobre el trabajador ordinario? Del hecho de que está inspirado por Dios; está estrechamente dependiente de una inspiración superior.

Por encima del hombre de genio, una personalidad más alta, más poderosa, se manifiesta a lo largo de las épocas: la de los santos. La personalidad se mide por la influencia profunda y duradera que puede ejercer. La influencia de un santo no se limita a su país, a su época; en un cierto sentido, se ejerce en toda la Iglesia, en una esfera superior al espacio y al tiempo.

Desde hace cerca de dos mil años, millones de almas viven de las Epístolas de San Pablo, como si esas páginas hubiesen sido escritas ayer, mientras que casi nadie, salvo algunos letrados, lee las de Séneca. Desde hace siete siglos millones de religiosos viven del pensamiento de un San Bernardo, de un Santo Domingo, de un San Francisco de Asís, de una Santa Catalina de Siena, de una Santa Clara. ¿De dónde proviene que esos santos ejerzan pareja influencia sobre las almas, de dónde proviene su prodigiosa personalidad que les eleva así por encima de los límites de su país y de su tiempo?

Proviene del hecho de que, en un cierto sentido, no fueron más que uno con Dios. Habían muerto a sí mismos para vivir en Dios. Sólo los santos han comprendido plenamente que la personalidad humana no puede crecer verdaderamente más que muriendo a sí misma para que Dios reine y viva cada vez más en ella. Los santos, y sólo ellos, han declarado, como dice Santa Catalina de Siena, un verdadero odio a su propio yo, al yo hecho de amor propio y de orgullo. Han intentado vivir cada vez más, no para sí mismos, sino para Dios y, por consiguiente, han intentado morir a su propio juicio y a su propia voluntad para vivir únicamente del pensamiento y de la voluntad de Dios. Han querido que Dios sea para ellos otro yo, *alter ego*, más íntimo que su propio yo; han querido ser servidores de Dios, como nuestra mano es sierva de nuestra voluntad; han querido profundamente ser hijos adoptivos y amigos de Dios hasta el punto de vivir constantemente para Él, hasta el punto de que su pensamiento profundo y su querer profundo sean siempre para Él. En ciertos momentos de unión han podido decir con San Pablo: *Vivo yo, pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.* El pleno desarrollo de la personalidad humana consiste en perderse en la de Dios [17].

Y, sin embargo, el santo, por elevado que sea,

---

[17] Esta *impersonalidad superior* de los santos es el fruto de su vida interior. Se ve en San Juan Bautista, que quiso desaparecer para que Nuestro Señor fuese cada vez más reconocido. Igualmente, Santo Tomás de Aquino desaparece progresivamente en sus libros para que no se encuentre en ellos más que la luz de la verdad. En los santos, por este ocultamiento, dejando lugar a Dios, es claro que, en ciertos momentos, es Dios quien habla y quien vive en ellos.

no por eso deja de ser un ser distinto de Dios, una criatura. Ha sustituido sus ideas humanas por las ideas divinas, su voluntad propia por la voluntad divina, pero, sin embargo, sigue siendo un ser distinto de Dios. La misma María, en los momentos de más intensa oración, seguía siendo una criatura.

En la cima de la santidad encontramos a Nuestro Señor Jesucristo. En Él Dios se ha dado el máximo posible a la humanidad y la humanidad ha estado unida a Dios lo máximo posible, personalmente, hasta no ser más que un solo yo con el Verbo de Dios. En Jesucristo ya no son sólo los pensamientos de Dios los que han sustituido a las ideas humanas, no es sólo el querer divino que ha subordinado plenamente al querer humano, sino que en la raíz de la inteligencia y de la voluntad, en la raíz del alma misma, en el orden del ser, la Persona divina del Verbo ha asumido la humanidad de Jesús. Así, pudo decir: *Yo, que os hablo, soy el Camino, la Verdad y la Vida. El Padre y yo somos una sola cosa*[18].

---

[18] Se ve de este modo la profunda diferencia que hay entre la personalidad y la individualidad. La individualidad proviene de la materia, principio de individuación. Así, dos hombres son dos individuos distintos por el hecho de que en cada uno de ellos la naturaleza humana se recibe en tal porción de materia determinada, en tal punto determinado del espacio y del tiempo, del mismo modo que dos gotas de agua, por parecidas que sean, son dos por el hecho de que la naturaleza del agua se recibe en tal porción de materia con tal cantidad determinada. La individualidad, tomada de la materia, es, pues, algo muy inferior.

Por el contrario, la personalidad es algo enormemente elevada, puesto que es, en cada ser racional, aquello por lo que éste es un sujeto independiente, *sui juris*, sujeto de la existencia y de sus operaciones (III, q. 2,

Por ello, Jesús tiene una manera única de pronunciar la palabra *yo*, palabra que los santos prácticamente sólo pronuncian para acusarse de sus faltas. Saben que todo el bien que hacen es el Señor quien lo hace, mientras que el mal sólo viene de nosotros. Saben que nuestro yo, hecho de amor propio y de egoísmo, es odioso, como dice Pascal, mientras que el yo de Jesús es adorable: es el yo del Verbo hecho carne[19].

---

a. 2, ad 2). Y ello es verdad no sólo del hombre, sino también del ángel, espíritu puro, y de las personas divinas en el misterio de la Santísima Trinidad. Cada una de las tres personas divinas es un yo distinto, aunque posean la misma naturaleza indivisible, plenamente comunicada por el Padre al Hijo y por ellos al Espíritu Santo: el Bien es esencialmente difusivo de sí mismo y tanto más íntima y plenamente cuanto más elevado es el orden al que pertenece (cfr. STO. TOMÁS, *C. Gentes*, l. IV, c. XI). Se sigue de aquí que en Jesús, la personalidad, que es la del Verbo, es increada, mientras que la individualidad proviene, como en nosotros, de la materia, principio de individuación, en virtud de la cual su cuerpo es ese cuerpo distinto a otro y ocupa tal porción del espacio distinta a la de otro. La individualidad y la personalidad son, así, muy distintas: desarrollar la individualidad es, a menudo, ser cada vez más egoísta; mientras que el verdadero desarrollo de la personalidad se encuentra, ya lo hemos visto, en una unión siempre más íntima con Dios.

19 Se comprende todo el sentido y el alcance de estas palabras de Santo Tomás, III, q. 2 a. 2 ad 2: *La personalidad pertenece a la dignidad y perfección de un sujeto (como el hombre o el ángel), en tanto que pertenece a la dignidad de ese sujeto existir por sí (o en sí) separadamente. Ahora bien, es aún más digno existir en otro más perfecto que nosotros, que existir por sí (o en sí). Consecuentemente, la naturaleza humana es más digna en Cristo que en nosotros, puesto que en nosotros existe en sí con una personalidad propia mientras que en Jesús existe en la persona del Verbo. Del mismo modo... la vida sensitiva es más noble en el hombre que en el bru-*

Sólo Él ha podido decir: *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí.* Tales palabras no pueden ser dichas más que por Dios.

¿De dónde proviene el que Jesús sobrepase infinitamente a todos los santos, de los que es el modelo, la luz, la fuerza, la vida? Es que en Él, en términos rigurosos, la personalidad humana, el yo humano, ha sido reemplazado desde el primer instante de su concepción y para siempre por la personalidad divina del Verbo.

No hay en Jesucristo personalidad humana, yo humano, y, sin embargo, es verdadero hombre. Su humanidad, lejos de quedar disminuida por la unión personal con el Verbo, está glorificada por esa unión; de ella recibe, ya lo veremos, una santidad innata, sustancial, increada. Del mismo modo, en nosotros es más noble la imaginación que en el animal, por el hecho de que se une en nosotros a la inteligencia; sirve en nosotros a esa facultad superior y esa subordinación la eleva, tal y como se ve clarísimamente en los artistas de genio. La gloria de lo inferior es servir y concurrir, así, en la realización de un fin superior a él. Es lo que vislumbraron los que han asociado las dos palabras: servidumbre y grandeza. Servir a Dios es reinar, y ninguna criatura jamás le ha servido tan bien como el alma santa del Salvador.

Innumerables corolarios podrían deducirse de aquí. Señalemos sólo los principales.

---

to por el hecho de que en nosotros está unida a la vida intelectual.

La unión hipostática, la unión más íntima después de la Trinidad

Tal como se ve, la unión personal o hipostática, es decir, unión de la divinidad y de la humanidad en una sola persona o en un solo sujeto, no es sólo una unión moral que nace de la conformidad de la voluntad humana con la voluntad divina por la gracia y la caridad. Esa unión moral con Dios, unión que se da en todos los santos, puede convertirse en una unión muy íntima; en el Antiguo Testamento Abraham es llamado amigo de Dios, pero queda infinitamente distante de Dios; de la misma manera, los Apóstoles y los más grandes santos.

La unión personal o hipostática no es tampoco una unión natural y esencial, pues no constituye una misma naturaleza o esencia. Las dos naturalezas quedan perfectamente distintas, aunque íntimamente unidas. En efecto, la naturaleza divina es absolutamente inmutable y no puede convertirse o cambiarse en una naturaleza creada; además, si así fuese, Jesús ya no sería verdadero Dios. Por otra parte, la naturaleza humana no puede convertirse o cambiarse en naturaleza divina; si así fuese, Jesús no sería verdadero hombre. Tamoco pueden las dos naturalezas entrar en composición de una tercera naturaleza, lo que supondría una modificación o alteración de la naturaleza divina que es absolutamente inmutable y que no podría ser la parte incompleta de un todo más perfecto que ella misma.

La unión personal o hipostática no supone, pues, de ningún modo, la confusión de las dos

naturalezas. Así, en nosotros, la unión del alma y del cuerpo no entraña en modo alguno la confusión. Más o menos como nuestro cuerpo está dominado, vivificado por nuestra alma y será reanimado por ella el día de la resurrección, así, en Jesús, la naturaleza humana está bajo el dominio total de Dios, poseída por el Verbo[20]. Cristo no es un ser fabuloso, mitad dios y mitad hombre; es verdadero Dios y verdadero hombre, sin confusión panteística de las dos naturalezas unidas en su persona divina.

Así se realizan sobrenaturalmente, en este misterio sublime, la inclinación de Dios de darse el máximo posible al hombre y la inclinación del hombre de unirse al máximo posible con Dios.

Después de la unión de la Santísima Trinidad, es ésta la más fuerte, la más íntima posible. En la Santísima Trinidad, las tres Personas son necesariamente una sola y misma naturaleza divina; es un hecho el que, en Jesús, las dos naturalezas pertenecen a la misma persona. La unión personal o hipostática, que constituye al hombre-Dios, es incomparablemente más íntima que la de nuestra alma con nuestro cuerpo. Mientras que el alma y el cuerpo se separan en la muerte, el Verbo no se separa nunca del alma y del cuerpo asumidos por Él[21]. La unión es inmutable e indisoluble para toda la eternidad.

---

20 Existe, sin embargo, una notable diferencia: mientras que nuestra alma y nuestro cuerpo son las dos partes de nuestra naturaleza humana, la humanidad y la divinidad no son, en Jesús, las partes de una misma naturaleza, sino que están unidas en la misma persona.

21 Incluso cuando durante tres días el cuerpo de Jesús, después de su muerte, estuvo separado de su alma, no fue separado de la persona del Verbo; sobre la cruz

No contemplamos nosotros suficientemente este inefable misterio de Amor misericordioso. Su sublimidad proviene precisamente del hecho de que dos naturalezas infinitamente distantes, una suprema, otra ínfima, están tan íntimamente unidas. Lo bello proviene de la unidad que resplandece en la variedad; cuando los diversos elementos están íntimamente distantes y, sin embargo, íntimamente unidos, ya no se da sólo lo bello, sino, realmente, lo sublime. Sólo el Amor divino es lo suficientemente fuerte para asociar así la suprema riqueza y la naturaleza humana con todos los sufrimientos que la pueden abrumar.

Cuando hagamos el *via crucis* y contemplemos a Jesús en la vía dolorosa doblegado por el fardo de nuestras faltas, acordémonos de que Él es el Camino, la Verdad y la Vida y que por Él iremos hacia ese océano de vida divina al que sólo Él puede conducirnos dándonos la gracia de perseverar.

Nos gusta contemplar el mar o las montañas, dejar reposar la mirada largo rato con admiración. ¿Por qué no contemplamos más a menudo el inmenso misterio de la Encarnación, misterio que nos trae la salvación? Tal como a menudo nos ha sido dado ver en los campos de Francia, de España y de Italia, las almas sencillas, formadas por el Evangelio y la liturgia, llegan a esa contemplación.

Cuando entramos en una iglesia, muy frecuentemente, nos contentamos con pedir una gracia particular para nosotros y para los demás; agradezcamos alguna vez a Dios por habernos dado

---

y en el santo sepulcro permaneció el cadáver sagrado del Verbo hecho carne. (Cfr. STO. TOMÁS, II, q. 50, a 2.)

a Nuestro Señor. La Encarnación bien vale una acción de gracias especial. Esta acción de gracias, que debe comenzar desde aquí abajo, será la de los santos durante la eternidad, será el canto de los elegidos del que habla el Apocalipsis[22]: *Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición, honra, gloria y potestad por los siglos de los siglos.*

Un alma que todos los días, en la intimidad de la oración, agradeciese a Dios que nos haya dado a su Hijo, alcanzaría, ciertamente, un alto grado de unión divina. Esto es posible para toda alma sencilla, privada incluso de cultura humana: agradecer a Dios el infinito don que nos ha hecho *.

---

[22] Apc 5, 13.

* Véase Apéndice I: *La personalidad: qué es formalmente.*

CAPÍTULO VIII

LAS CONVENIENCIAS DE LA ENCARNACION Y NUESTRA VIDA INTERIOR

Venite ad me, omnes qui laborati et onerati estis, et ego reficiam vos.

Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré.

(Mt 11, 28)

Después de haber considerado la Encarnación por parte de Dios, que se inclina a darse lo más posible al hombre, y por parte del hombre, que propende a unirse el máximo posible con Dios, es necesario considerar este misterio en relación con las más altas virtudes, virtudes que son como el alma de nuestra vida interior.

Estas virtudes mayores son llamadas teologales porque tienen a Dios por objeto de modo inmediato y nos unen a Él: por la fe nos adherimos a lo que Dios ha revelado de sí mismo y de sus obras; por la esperanza tendemos hacia Dios apoyándonos en su socorro para llegar a poseerle un día, a verle cara a cara; por la caridad amamos sobrenaturalmente a Dios más que a nosotros mismos y por encima de todo; porque es infinitamente amable, infinitamente mejor que nosotros y porque nos ha amado el primero como un Padre.

Es evidente que estas tres virtudes son las más elevadas de todas; deben inspirar desde lo alto las virtudes morales, que no alcanzan el fin último, sino los medios. La fe debe, así, inspirar nuestra prudencia, y nuestra caridad, nuestro amor a Dios y a las almas; debe inspirar también y vivificar desde lo alto las virtudes de justicia, de fortaleza, de templanza, haciéndolas meritorias con relación a la vida eterna.

Si tales son las tres virtudes más excelsas que puedan existir en un alma humana, ¿cuál es su relación con el misterio de la Encarnación?

Ninguna intervención divina podía arrancarnos mejor del mal y llevarnos más poderosamente al bien.

Santo Tomás[1], siguiendo a San Agustín, nos dice que Dios, después de la caída, habría podido salvarnos mediante otros auxilios que el de la Encarnación, por ejemplo, enviándonos a un profeta que nos hubiese hecho conocer las condiciones del perdón. Pero no se habría dado entonces la reparación perfecta de la ofensa hecha a Dios por el pecado mortal, pecado que, apartándonos de Él, niega o rehúsa prácticamente a Dios la dignidad infinita de fin último o de soberano Bien. Para reparar perfectamente esa ofensa, cuya gravedad no tiene medida, como la persona ofendida, era necesario que un alma humana ofreciese a Dios un acto de amor de valor infinito. Hacía falta que un alma humana perteneciese a una persona divina, la única persona ca-

[1] III, q. 1, a. 2.

paz de dar a sus actos un valor estrictamente infinito.

Así, el Verbo hecho carne pudo ofrecer en reparación a su Padre un acto de amor de un valor sin límites, que agrada a Dios más que lo que le desagradan todos los pecados de todos los hombres juntos.

De este modo, la Encarnación era la fuente de gracia más fecunda para salvarnos, tal como era necesario para la reparación perfecta de la ofensa hecha a Dios. Ninguna intervención divina podía salvarnos mejor del mal; nada podía curarnos mejor de nuestras tres llagas: la concupiscencia de la carne, la de los ojos y el orgullo de la vida, como los sufrimientos, la pobreza y la humildad del Salvador.

Al mismo tiempo, y es sobre lo que conviene insistir aquí para la vida interior: la Encarnación, arrancándonos al mal, nos lleva poderosamente al bien, porque nos ofrece el modelo perfecto de todas las virtudes y, sobre todo, fortalece, por así decirlo, nuestras virtudes más excelsas: la fe, la esperanza y la caridad.

La fe fortalecida

En primer lugar, la fe se vuelve mucho más cierta por la Encarnación por el hecho de que creemos en Dios, que ha venido sensiblemente a hablarnos.

El motivo formal de la fe, virtud teologal, es la autoridad de Dios que revela las verdades que deben creerse.

Porque Dios es infalible, porque no puede ni equivocarse ni equivocarnos, el primer hombre,

después de la caída, creyó en la promesa divina del Redentor, creyó Abraham que el Mesías nacería de su descendencia, los profetas creyeron que vendría, no sólo para la salvación de Israel, sino para la salvación de la humanidad. La autoridad de Dios, que revela y sella su revelación con milagros, es en sí misma un motivo muy firme e infalible, y, sin embargo, Dios queda oculto, habita en una luz inaccesible. Incluso cuando habla por medio de profetas como Moisés, como Elías o Isaías, e incluso cuando confirma su predicación con milagros deslumbrantes, incluso entonces permanece invisible.

Cuánto más cierta se hace la fe si Dios viene a nosotros, y si Él mismo, tomando un cuerpo como el nuestro y una voz humana, nos habla sensiblemente, con un acento y una autoridad que sólo pueden pertenecerle. Cuánto más cierta se hace la fe si el Verbo de Dios se hace carne y viene a decirnos: *En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, tiene la vida eterna?*[2]*: Yo soy el que da testimonio de mí mismo*[3]*, pues yo soy la luz misma, Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*[4].

Ningún profeta ha podido hablar así. Pudieron decir: Yo he recibido la verdad; pero ninguno ha podido afirmar: *Yo soy la Verdad y la Vida.*

Jesucristo, nuestro Salvador, es Él mismo la Verdad primera reveladora y revelada y, por ello, como dice San Agustín[5], *puede dar testimonio de sí mismo y de otros misterios, como la luz*

---

2 Io 6, 47.
3 Io 8, 18.
4 Io 14, 6.
5 *In Joannem*, 8, 18.

se manifiesta manifestando los colores y todo lo que ilumina.

La Verdad primera reveladora, motivo formal de nuestra fe, o la autoridad de Dios revelador, se muestra sensiblemente, por así decirlo, en Cristo y en su manera sublime de enseñar.

Ciertamente, nosotros no vemos desde aquí abajo la divinidad de Cristo, ni con los ojos del cuerpo, ni con los del espíritu, pero Jesús habla con tal autoridad al decir: *En verdad, en verdad os digo: antes que Abraham naciese, era yo*[6]*;* no se puede dudar que es el Dios vivo que se ha hecho sensible y que nos habla para fortalecer nuestra fe. Así, los enviados de los fariseos no pudieron dejar de decir: *jamás hombre alguno habló como éste*[7]. Del mismo modo, los samaritanos dirán a aquella a la que el Señor había convertido y que les había llamado para oír al Mesías: *Ya no creemos por lo que tú has dicho; pues nosotros mismos le hemos oído, y hemos conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.*

Si en el acento del cura de Ars se daba, cuando predicaba, la señal de su santidad, ¡con cuánta mayor razón en el acento, en la autoridad, en el ascendiente de Nuestro Señor Jesucristo! Por ello, desde su primer sermón en la montaña, las muchedumbres se maravillaron de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene poder y no como sus doctores, que comentaban los textos de la Escritura sin hacer sentir su vida. Los sencillos tienen el sentido de las cosas superiores; ellos reconocerán desde su primer discurso

---

6 Io 8, 58.
7 Io 7, 46.

la grandeza de Nuestro Señor Jesucristo, y si el pueblo le condenó después fue porque había sido enajenado por los perversos.

¡Qué gracia haber podido oír, aunque no fuese más que un instante, la predicación del Verbo hecho carne y haber podido recibir inmediatamente de sus labios la vida, la sencillez y la grandeza de su doctrina!

San Juan ha podido escribir en su Evangelio: *A Dios nadie vio jamás; Dios unigénito, que está en el seno del Padre, éste le ha dado a conocer*[8]. Y en la primera de sus Epístolas: *Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros*[9].

Nuestra fe está, pues, soberanamente por este testimonio supremo, hecho sensible, por así decirlo, por la Encarnación. Así, San Pablo ha podido escribir a los hebreos para confirmarles en la fe: *Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos*[10].

Supongamos por un instante que la Encarnación no hubiese tenido lugar y que la predicación más elevada hubiese sido la de los profetas, la de un Elías o la de un Isaías, ¡cuánto menor sería nuestra fe, qué pobre sería la historia de

---

[8] Io 1, 18.
[9] 1, 1.
[10] Heb 1, 1.

la humanidad en comparación con la que realmente es! La misma grandeza de los profetas desaparecería, puesto que únicamente proviene de que fueron los precursores de Nuestro Señor Jesucristo. Los que tienen oídos para entender no pueden despreciar el acento de la voz del Salvador sobre la sublimidad de su doctrina. Pese a las pruebas, las oscuridades, las tentaciones, creemos en la palabra de Jesús, la guardamos en nuestro corazón, vivimos de ella con espíritu de fe: *Justus ex fide vivit.*

La esperanza fortalecida

La Encarnación no sólo confirma nuestra fe; excita grandemente nuestra esperanza.

Por esta virtud teologal, deseamos, esperamos el Bien supremo y tendemos hacia él, apoyándonos en el socorro divino prometido por Dios a los creyentes. El objeto primero de la esperanza es un bien futuro y difícil de alcanzar, el soberano Bien que un día gozaremos durante toda la eternidad. El motivo formal de la esperanza es el socorro divino o, mejor, Dios mismo infinitamente auxiliador, *Deus auxilians;* Él es infinitamente auxiliador porque es infinitamente misericordioso, todopoderoso, y porque ha prometido socorrernos para hacernos llegar al término de nuestro destino. *Dios es fiel en sus promesas.* Es uno de sus más bellos títulos de gloria: *Fidelis est Dominus in omnibus verbis suis,* dice el salmista[11]. San Pablo lo repite a menudo. El que desesperase dudaría de la infinita

[11] Ps 114, 13.

misericordia de Aquel que es la Bondad misma; ésa fue la mayor falta de Judas, después de haber sido infiel: dudar de la fidelidad de Dios que ha prometido su auxilio a los más grandes pecadores si éstos se lo piden.

Pero aunque la esperanza sea plenamente conforme con las aspiraciones de nuestro corazón, hay en nosotros como una pendiente, una inclinación al desaliento, cuando estamos quebrantados desde hace mucho tiempo por las luchas y las dificultades de la vida.

Ahora bien, el misterio de la Encarnación viene precisamente a levantar nuestra confianza, pues no sólo nos da el socorro divino de la gracia, sino al autor mismo de la gracia. El que nos ha sido dado en Belén es Dios infinitamente auxiliador, *Deus auxilians;* es Él el motivo o la razón de nuestra esperanza y Él permanece con nosotros en la Eucaristía.

Nuestra confianza aumenta porque Dios, viniendo a nosotros en persona, nos manifiesta sensiblemente su infinita bondad. Nosotros tenemos confianza sobre todo en nuestros amigos, en la medida en que éstos nos prueban que tienen por nosotros un verdadero y profundo afecto. Pues bien, Jesús es Dios infinitamente auxiliador, *Deus auxiliator,* que no cesa de hablarnos de su amor misericordioso.

Dice a todos los hombres: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré* [12]. El que así habla es el autor de la salvación, como dice la liturgia: *Deus veniae lar-*

---

[12] Mt 11, 28.

gitor et humanae salutis auctor, quaesumus clementiam tuam [13].

Jesús dice al paralítico que no piensa más que en pedir su curación corporal: *Tus pecados te son perdonados,* es decir: curo tu alma espiritual e inmortal, mucho más preciosa que tu cuerpo, que un día volverá al polvo. Y como signo de la curación espiritual del alma, Jesús cura a este pobre hombre de su parálisis. El milagro no es más que un signo de algo incomparablemente superior: la resurrección del alma a la vida esencialmente sobrenatural de la gracia.

San Pablo puede escribir con confianza a los romanos [14] para confirmar su esperanza: *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas?* Estas palabras debieron fortificar a los cristianos en las catacumbas durante los tres siglos de persecución. San Pablo añade [15]: *¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿quién condenará? Cristo Jesús, el que murió, aun más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?* Según está escrito: *Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, somos mirados como ovejas de degüello.* Todo esto se cumplió al pie de la letra en Roma, durante las diez persecuciones generales con las que los emperado-

---

13 Oración del Oficio de Difuntos, según el rito dominicano.

14 Rom 8, 31.

15 *Ibidem.*

res romanos abrumaron a los cristianos, desde Nerón a Diocleciano. Pero San Pablo continúa, y también esta frase se realizó plenamente: *Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó,* más que vencedores, pues no se trata de triunfar, sino de hacer que la vida de la gracia irradie sobre los mismos adversarios y de amarles. *Porque persuadido estoy,* continúa San Pablo hablando para la Iglesia indefectible, *que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios (manifestado) en Cristo Jesús, nuestro Señor.* Es decir: ningún poder creado, cualquiera que sea, podrá separarnos del amor de Cristo por nosotros, quien enciende en nosotros un amor recíproco. Ningún poder creado o creable podrá hacer que Dios abandone a los justos, a los justificados por la sangre de su Hijo, si ellos mismos no le abandonan primero. Esta victoria del amor de Cristo sobre el encarnizamiento de los perseguidores es lo que recuerda el Coliseo de Roma a las generaciones que se suceden. Las impresionantes ruinas de este anfiteatro construido por Vespasiano y Tito quedan como testimonios imperecederos de la esperanza y de la fuerza de los mártires apoyados en las promesas y en el amor del Verbo hecho carne.

Permanecieron fieles en medio de los suplicios por la eficacia de la gracia de Cristo; *vencieron,* dice San Pablo, *por aquel que nos amó, in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos* [16]. En efecto, el motivo formal de nuestra esperanza

---

[16] Rom 8, 37.

no es nuestro esfuerzo personal, por el que cooperamos con el socorro divino; el motivo formal de nuestra esperanza es Dios mismo infinitamente auxiliador, *Deus auxilians,* Dios mismo que, por la Encarnación, está con nosotros y que permanece en la Eucaristía como alimento cotidiano de nuestras almas. Así, nuestra confianza en Dios está grandemente fortificada por la Encarnación. El Verbo no se ha encarnado con vistas al progreso material o al progreso de las ciencias, sino para la santificación de nuestras almas, santificación de la que deberíamos tener un ardiente deseo.

La caridad más ardiente

Finalmente, el misterio de nuestra fe debe excitar en el más alto grado nuestra caridad, nuestro amor de Dios y de las almas. Como dice San Agustín en unas palabras que los teólogos repetirán hasta el fin del mundo: *¿Cuál es la causa principal de que el Verbo se haya encarnado sino la manifestación de su amor hacia nosotros?... si no sabemos, pues, amarle (los primeros), aprendamos por lo menos a devolverle amor por amor* [17].

Por la caridad infusa, recibida en el bautismo, debemos amar sobrenaturalmente a Dios más que a nosotros mismos; debemos amarle como al gran Amigo, que nos ha amado el primero y que es infinitamente mejor en sí mismo que to-

---

17 *Quae major est causa adventus Domini, nisi ut ostenderet Deus dilectionem suam in nobis?... Si amare pigebat, saltem redamare non pigeat* (in libr. *De catechizandis rudibus,* c. 4).

dos sus beneficios juntos. Decir que debemos amarle así es decir que debemos querer eficazmente el cumplimiento de su santa voluntad expresada por sus preceptos; es decir, que debemos desear que reine verdadera y profundamente en nuestras almas y que sea glorificado eternamente, según las palabras del Salmo: *No a nosotros, Yavé, no a nosotros, sino a tu nombre has de dar gloria* [18].

Así, la caridad es superior a la esperanza. Por la esperanza nosotros deseamos poseer a Dios, a Dios como fin, que es el fin último tanto de nuestra esperanza como de toda virtud [19]; por la caridad amamos eficazmente a Dios, nuestro mejor Amigo, y formalmente y por Él mismo, más que a nosotros, queriéndole todos los bienes que le convienen, es decir, su reino, y esa manifestación de su bondad que llamamos gloria divina. Amar a Dios es conformar toda nuestra vida conforme a esas palabras del Padrenuestro: *Fiat voluntas tua: Que tu voluntad,* expresada por tus preceptos, *se cumpla tanto en la tierra como en el cielo;* amar a Dios es también decirle con un confiado abandono: pongo mi alma en tus manos, te ofrezco el fondo de mi voluntad, haz con ella lo que quieras.

Por la caridad, amando a Dios eficazmente más que a nosotros mismos, amamos en general todos sus decretos eternos ordenados a la manifestación de su bondad. Así, Dios, infinitamente bueno, se convierte para nosotros en un *alter ego,* otro yo, que, en cierto sentido, es más nos-

---

18 Ps 114, 1.

19 Como dice Cayetano en II, II, q. 17, a. 5, nº VI: *Per spem, desidero Deum, non propter me sed mihi (jam finaliter), propter Deum qui est finis ultimus actus spei.*

otros que nosotros mismos, pues Él contiene eminentemente todo el bien que puede existir en cada uno de nosotros. En este sentido, Dios es más yo que yo mismo, pues lo es eminentemente.

Pues bien, esta divina bondad, objeto formal de la caridad, nos ha sido precisamente manifestada por el amor supremo por el que Dios ha dado a su Hijo unigénito: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium unigenitum suum daret. Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo*[20]. Podemos decir que tal es la verdad fundamental del cristianismo, pues este acto de amor de Dios por nosotros nos ha dado a Nuestro Señor Jesucristo como Salvador.

De la misma manera dice San Juan en su primera Epístola: *El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por Él. En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados.*

Carísimos, si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros[21].

Y del mismo modo escribe San Pablo a Tito: *Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres, enseñándonos a negar la impiedad y los deseos del mundo, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, con la bienaventurada esperanza en la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Cristo Jesús*[22].

---

[20] Io 3, 16.
[21] 4, 9.
[22] Tit 2, 11.

La encarnación del Verbo fortifica, así, grandemente, nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra caridad, nos da el ejemplo de todas las virtudes y, sobre todo, es el principio, en la santísima alma de Jesús, de un acto de amor de valor infinito, acto de amor redentor que agrada más a Dios que lo que todos los pecados pueden desagradarle.

Alabemos a Dios por el beneficio de la Encarnación redentora, beneficio que hace sensible de algún modo la Verdad primera reveladora, la Omnipotencia auxiliadora y la soberana Bondad, que no cesa de comunicarnos, sobre todo por la Eucaristía, todas las gracias de las que tiene necesidad nuestra pobreza. Estas tres perfecciones divinas, que son el motivo formal de las tres estrellas de primera magnitud, como tres lámparas de fuego, dice San Juan de la Cruz, que nos guían en la noche en nuestra peregrinación hacia la luz de la eternidad.

Verdaderamente, podemos, con una profunda gratitud, decir con San Pablo: *Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo, por cuya gracia habéis sido salvados*[23]. Esta gracia es el germen de la gloria; roguemos para perseverar en ella y por ella, para que verdaderamente sea en nosotros la vida eterna comenzada.

[23] Eph 2, 4.

CAPÍTULO IX

EL MOTIVO DE LA ENCARNACION Y LA VIDA INTIMA DE JESUS

Credo in Deum... Filium... qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis.

Una de las consideraciones que pueden hacernos penetrar profundamente en la vida íntima de Jesús es el motivo de la Encarnación, el motivo de su venida a este mundo, motivo que debió estar siempre presente como fin de su vida terrena. Queremos recordar aquí que, como enseña Santo Tomás: 1º, el motivo de la Encarnación fue un motivo de misericordia; 2º, que el Verbo, al encarnarse para salvarnos, lejos de subordinarse a nosotros, restableció el orden primitivo elevándolo infinitamente; 3º, que Jesús en su vida íntima es, ante todo, Salvador, Sacerdote y Víctima.

El motivo de la Encarnación fue un motivo de misericordia

Existe una opinión según la cual el Verbo, en el plan actual de la Providencia, se habría encar-

nado incluso si el hombre no hubiese pecado. Cristo habría venido entonces no como Salvador y Víctima, sino como Cabeza del reino de Dios y Doctor supremo para dar mayor gloria a Dios y coronar, así, la creación. Habría venido, de este modo, con un cuerpo inmortal no sujeto al dolor. Pero, añade esta opinión, habiendo sobrevenido el pecado, Cristo vino en carne mortal, *in carne passibili,* como Salvador y Víctima para nuestra salvación.

Según esta opinión, se trata de algo accidental, por así decir, el que, en el plan actual de la Providencia, Jesús sea Salvador y Víctima; ante todo Él es Rey de reyes, Cabeza del reino de Dios.

Santo Tomás[1], que examinó el valor de esta opinión, ya propuesta en su época, escribe a este propósito: *Parece preferible seguir la enseñanza contraria de los que dicen que, según el plan actual de la Providencia, el Verbo no se habría encarnado si el hombre no hubiese pecado. En efecto, lo que depende de la sola libertad de Dios por encima de todo lo que es debido a la criatura, no puede sernos conocido más que por la revelación contenida en la Escritura. Ahora bien, la Escritura dice por todas partes que la razón de la Encarnación fue la redención del género human. Es, pues, preferible decir que la Encarnación ha sido ordenada por Dios como un remedio y que si el primer hombre no hubiese pecado, el Verbo, según el plan actual de la Providencia, no se hubiese encarnado, aunque, según otro plan, la Encarnación habría podido tener lugar sin esa condición.*

---

1 III, q. 1, a. 3.

En otros términos, según Santo Tomás, y los tomistas y muchos otros teólogos antiguos y modernos, el motivo de la Encarnación fue, sobre todo, un motivo de misericordia, para levantar a la humanidad caída. Desde este punto de vista, Jesús es, ante todo, Salvador y Víctima, más que Rey; es éste el rasgo primordial de su fisonomía espiritual.

Se funda esta respuesta en numerosos textos de la Escritura y en testimonios muy fuertes de la Tradición. Daniel[2] y Zacarías[3] anuncian que el Mesías vendrá para poner fin al pecado, para borrar las iniquidades de la tierra. Jesús mismo dice en San Lucas[4]: *El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.* También dice en San Juan[5]: *Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino* PARA QUE EL MUNDO SEA SALVO POR ÉL. San Pablo escribe: *Cierto es, y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*[6]. San Juan añade en su primera Epístola: *...Y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado*[7]. *Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo, justo. Él es la propiación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo*

---

2 Dan 9, 24.
3 Zach 3, 9.
4 Lc 19, 10.
5 Io 3, 17.
6 1 Tim 1, 15.
7 1 Io 1, 7.

el mundo[8]. *Él nos amó y envió a su Hijo, como propiciación de nuestros pecados*[9].

Por otra parte, el nombre de Jesús no quiere decir Rey, ni Doctor, sino que quiere decir Salvador, y los nombres dados por Dios expresan el rasgo primordial de la fisonomía espiritual de los que lo reciben. El ángel Gabriel, enviado de Dios, dice a María: *Darás a luz a un hijo a quien pondrás por nombre Jesús*[10]. A José, el ángel le dijo: *Dará a luz a un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados*[11]. Así, el motivo de la Encarnación es aquello por lo que ha sido necesaria: para salvarnos por una reparación perfecta de la ofensa hecha a Dios, por un acto de amor reparador que agrada a Dios más que le desagradan todos los pecados y que sea una fuente infinita de gracias para nosotros.

La Tradición no es menos afirmativa que la Escritura tal como se ve por el Símbolo de Nicea que canta en la misa: *Credo in filium Dei unigenitum..., qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis: Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios... que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos*. Es éste el sentido de toda la liturgia del Adviento y de la Natividad, que, desde hace muchos siglos, prepara a los fieles para celebrar el nacimiento del Salvador.

También los Padres de la Iglesia enseñan generalmente que según el plan actual de la Providencia, el Verbo no se habría encarnado si los

---

8 1 Io 2, 2.
9 1 Io 4, 10.
10 Lc 1, 31.
11 Mt 1, 21.

hombres no hubiesen tenido necesidad de redención. Es ésta en particular la doctrina de San Irineo[12], de San Atanasio[13], de San Gregorio Nacianceno[14], de los más grandes Padres griegos, San Juan Crisóstomo y del más ilustre de los Padres de la Iglesia latina, San Agustín.

San Juan Crisóstomo dice expresamente: *La Encarnación no tiene otra causa que ésta: Dios nos vio caídos, en la abyección, oprimidos por la tiranía de la muerte y tuvo misericordia*[15]. Del mismo modo dice San Agustín: *Si el hombre no hubiese caído, el Hijo del hombre no habría venido*[16]. El motivo de la Encarnación fue un motivo de misericordia. Es lo que repiten Santo Tomás, todos los tomistas y muchos otros teólogos.

Más en particular, los tomistas añaden esta razón: Dios, después de haber decidido el plan de la Providencia, no lo modifica a causa de un accidente imprevisto. Ha previsto todo de antemano; ningún bien llega sin que Él lo haya querido, ningún mal sin que Él lo haya permitido por un mayor bien. Así, pues, no se puede decir que Dios ha modificado el plan actual a consecuencia del pecado del primer hombre. El decre-

---

12 *Si la carne no hubiese tenido necesidad de ser salvada, el Verbo no se hubiera hecho carne (Adv. haereses,* l. V, c. 14, n. 1).

13 *El Verbo no se hubiera hecho hombre para rescatarnos si no hubiese sido necesario (Adv. Arian.,* or. 2, n. 56).

14 *¿Por qué la humanidad fue asumida por Dios, unida a la divinidad (en Jesús)? Sin ninguna duda, para preparar nuestra salvación. ¿Qué otra razón se puede dar? (Oratio* 30, n. 2).

15 *In Epist. ad Hebr.,* hom. 5, n. 1.

16 *Sermo* 174, 2, 2.

to divino, eficaz sobre el mundo, se extendía en conjunto a todo lo que debía llegar, de una manera positiva al bien y de una manera permisiva al mal [17]. Ahora bien, de hecho, el Verbo ha venido en una carne mortal y sujeto al dolor, lo que presupone el pecado, según confesión de todos. Así, pues, en virtud del primitivo decreto, eficaz, el Verbo no se habría encarnado si el hombre no hubiese pecado. Por otra parte, ya lo hemos visto, es lo que dice muy claramente la Escritura y la Tradición. En otros términos: el motivo de la Encarnación ha sido un motivo de misericordia. Como ha dicho Nuestro Señor: *el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido* [18]. Es extremadamente consolador para nosotros: los mayores pecadores que suplican al Salvador encuentran la salvación.

Dios no ha permitido el mal, el pecado del hombre, sino por un bien mayor

Se trata de otro aspecto del misterio, aspecto que permite responder a la cuestión, en ocasiones angustiosa, que se conoce por el problema del mal. ¿Por qué Dios ha permitido el mal, sobre todo el mal moral, el pecado del primer hombre, previendo que se extendería a toda la

---

[17] El decreto divino eficaz de la Encarnación no sólo mira en conjunto sobre la sustancia de este hecho, sino también sobre las circunstancias en las que será realizado *hic et nunc,* particularmente sobre la circunstancia *in carne passibili,* encarnación en una carne pasible y mortal; circunstancia que, según el parecer de todos, supone la previsión del pecado de Adán.

[18] Lc 19, 10.

humanidad y, consecuentemente, ésta quedaría privada de la gracia y de los privilegios del estado de inocencia?

Santo Tomás expresa maravillosamente este segundo aspecto del misterio, misterio que algunos de sus comentadores han descuidado [19] y que, felizmente, otros han puesto de relieve [20]. Dice [21]: *Nada impide que la naturaleza humana haya sido elevada a algo mayor después del pecado. Pues Dios no permite el mal sino por un mayor bien. Por ello San Pablo escribe a los romanos* [22]: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. Y la Iglesia canta en la bendición del cirio pascual: O felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem! ¡O feliz falta, que mereció tener tal y tan grande Redentor!*

En efecto, es claro que Dios no puede permitir el mal, sobre todo el pecado, más que con vistas a un mayor bien; de otro modo el permiso divino, que deja que el pecado llegue, no sería santo. Ciertamente, no se podría decir *a priori* por qué bien mayor permitió Dios el primer pecado del primer hombre. Pero, después del hecho de la encarnación, podemos decir con San Pablo: *Dios no ha permitido que el pecado abundase sino*

---

19 Por ejemplo, Juan de Santo Tomás y Billuart.

20 Ver la exposición de este punto de la doctrina en los carmelitas de Salamanca y en los dominicos Dodoy y Gonet. Ver también lo que dice muy bien Cayetano (in I, q. 22, a. 2, nº 7): *(Si non esset peccatum a Deo permissum) deesset universo hostia illa divini suppositi, quam in cruce obtulit; quod adeo bonum fuit et est, ut excedat in bonitate omne malum culpae non solum hominum, sed daemonum... O felix culpa...*

21 III, q. 1, a. 3, ad 3.

22 Rom 5, 20.

para que sobreabundase la gracia en la persona de nuestro Salvador y por Él en nosotros.

Así, pues, cuando el Verbo se hace carne para rescatarnos, no está en modo alguno subordinado a nosotros (es infinitamente superior y la Encarnación es más preciosa que nuestra redención); pero Él está inclinado hacia nosotros, para levantarnos hacia Él. Lo propio precisamente de la misericordia es inclinar lo superior hacia lo inferior, no, ciertamente para subordinarlo a lo inferior, sino para elevarlo hacia sí. De este modo, el Verbo, encarnándose, se inclina para restaurar el orden primitivo, la armonía original e incluso para elevar el orden primitivo inmensamente, uniéndose personalmente a la naturaleza humana y manifestándonos así, del modo más profundo, su omnipotencia y su bondad[23].

---

[23] Se ha objetado: sería perverso ordenar lo superior a lo inferior. Pues bien, la Encarnación es superior a nuestra redención. Así pues, sería perverso ordenarla a ella.

Los tomistas siempre han respondido: sería perverso e incluso absurdo ordenar lo superior a lo inferior *como a un principio de perfección* y a un fin último; pero no es perverso ordenar lo superior a lo inferior como a un sujeto perfectible que debe ser perfeccionado. Así, aunque nuestro cuerpo sea para nuestra alma, Dios, en cierta manera, ordena el alma al cuerpo para vivificarlo y no crearía tal alma de niño si el cuerpo de ese niño no comenzase a formarse. Del mismo modo, aunque nosotros seamos para Cristo, que es nuestro fin, Él ha venido para salvarnos y no habría venido si no hubiésemos tenido necesidad de ser salvos. Del mismo modo que hay una dependencia mutua entre el cuerpo hecho para el alma y el alma que vivifica al cuerpo, *causae ad invicem sunt causae, sed in diverso genere,* hay también mutua dependencia entre la Encarnación con vistas a la cual el pecado original fue permitido, y este pecado para la liberación del cual la Encarnación redentora fue querida por la misericordia divina.

Dios no permite el mal sino por un mayor bien y no habría permitido el inmenso mal del pecado original si no hubiese previsto ese inmenso bien de la Encarnación redentora. Así, la misericordia divina, lejos de subordinar el Verbo encarnado a nosotros, es la más alta manifestación del Poder de Dios y de su Bondad. Canta la gloria de Dios más que todas las estrellas del firmamento.

El Verbo hecho carne, nuestro Salvador, es infinitamente más grande que el primer hombre inocente. También María es, guardando toda proporción, incomparablemente superior a Eva, y en la más pobre iglesia de una aldea, en el momento en el que se celebra la Misa, se ofrece a Dios un culto infinitamente superior al que le era ofrecido por el primer hombre inocente en el Paraíso terrenal.

El rasgo primordial de la fisonomía espiritual de Jesús

De todo esto se sigue que no es algo accidental que Cristo sea Salvador, Sacerdote y Víctima. Es éste el carácter principal de su vida. No es, ante todo, un Rey y un Doctor sublime, convertido accidentalmente, a causa del pecado del hombre, en Salvador de la humanidad y Víctima [24]. Tal como significa su nombre, Jesús, es ante todo el Salvador, y toda su vida está ordenada a su

[24] Incluso en la Misa del Oficio de Cristo Rey se habla constantemente de Cristo como Salvador, pues Él es rey por derecho de nacimiento y por derecho de conquista; conquistó esta realeza universal durante la Pasión, donde fue coronado de espinas antes.

muerte heroica sobre la cruz por la cual realiza su misión, su destino de redención. El motivo de la Encarnación es nuestra redención por el acto de amor heroico del Calvario. Los estigmatizados como San Francisco han debido penetrar muy profundamente esta verdad.

Cristo aparece, así, más grande, y la unidad de su vida mucho más profunda; está ordenada sobre todo al acto de amor por el cual, ofreciéndose en la Cruz, fue vencedor del pecado, del demonio y de la muerte, acto de amor que agrada a Dios más que le desagradan todos los pecados.

Es esto lo que dice Santo Tomás[25]: *Dios ama a Cristo Jesús más que a todo el género humano, más que a todas las criaturas tomadas en conjunto; pues ha querido para Él un bien mayor al darle un nombre por encima de todo nombre, ha querido que sea verdaderamente Dios. La soberana excelencia de Cristo que queda disminuida por el hecho de que su Padre le haya abandonado a la muerte para nuestra salvación; al contrario, Cristo se convierte así en el glorioso vencedor (del pecado, del demonio y de la muerte), el soberano poder se ha colocado sobre sus hombros, como dice Isaías*[26].

Desde luego, se comprende por qué el pensamiento de la redención por la Cruz es, junto con el de la gloria de Dios, el primer pensamiento que tuvo Nuestro Señor al venir a este mundo, pensamiento que no le abandonó un instante[27] tal como dice San Pablo: *Por lo cual, entrando*

---

25 I, q. 20, a. 4, ad I.
26 Is 9, 5.
27 Ver sobre este punto el bellísimo libro escrito en el siglo XVIII por CHARDON, *La Croix de Jésus.*

en este mundo dice: no quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo... Heme aquí que vengo, para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad[28].

Esta estará siempre viva en su corazón, será como el alma de su predicación y de su sacrificio. Los tres primeros evangelistas nos cuentan que Jesús decía: *El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos*[29].

En una de sus más bellas parábolas, la del buen Pastor, decía: *El buen Pastor da su vida por las ovejas... Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo*[30].

También decía: *Yo he venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda? Tengo que recibir un bautismo, ¡y cómo me siento constreñido hasta que se cumpla!*[31]. Hablaba del bautismo de sangre, el más perfecto de todos[32].

De otra forma expresa el fin de su misión: *Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todo a mí. Esto lo decía indicando de qué muerte había de morir*[33].

Es el pensamiento constante del Salvador, cuando forma a los Apóstoles, cuando dice a Pedro que no puede soportar el anuncio de la Pasión: *No sientes las cosas de Dios, sino las de los*

---

28 Heb 10, 7.
29 Mt 20, 28; Mc 10, 45; Lc 1, 68; 2, 38; 21, 28.
30 Io 10, 11-18.
31 Lc 12, 49.
32 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 46, a. 12.
33 Io 12, 32.

hombres[34]; del mismo modo, cuando dice a los hijos de Zebedeo: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber o ser bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado?*[35]. Es el mismo pensamiento que anima la Cena, en el momento de la institución de la Eucaristía: *Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros... Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros*[36]. *Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por sus amigos*[37].

Finalmente, Jesús llama muchas veces a la hora de la Pasión *su hora*[38], pues es la hora por excelencia a la que toda su vida terrena está ordenada.

Jesús es ante todo Salvador, Sacerdote y Víctima. Es éste el rasgo primordial de su fisonomía espiritual, el carácter fundamental de su vida interior.

¿Qué se sigue de aquí para nosotros?

Se sigue que no es algo accidental, en el plano actual de la Providencia, que las almas, para santificarse, deban llevar su cruz en unión con la del Salvador. Él mismo ha dicho, como lo cuenta San Lucas: *Decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame... Quien perdiere su vida por amor de mí, la salvará*[39]. Ello se realizó de una manera impresionante en los mártires, que, uniendo sus sufrimientos a los del Salva-

---

34 Mt 16, 23.
35 Mc 10, 38.
36 Lc 22, 19-20.
37 Io 15, 13.
38 Io 2, 4; 12, 23; 13, 1; 16, 21; 25, 32; 17, 1.
39 Lc 9, 23.

dor, salvaban a su vez a las almas y, en ocasiones, a las almas mismas de sus perseguidores.

También se sigue que para ser un santo, e incluso un gran santo, no es necesario ser un doctor, ni un hombre de acción; basta con estar verdaderamente configurado en Cristo crucificado, como lo estuvo un San Benito José Labre, quien no tenía más que su pobreza, su sufrimiento heroicamente soportado y que apareció como la viva imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Se sigue, finalmente, y como profundamente lo explica Santo Tomás [40] al hablar del bautismo, que, si la gracia santificante, gracia que poseía el primer hombre en el estado de inocencia, es una participación de la naturaleza divina y hace de nosotros los hijos de Dios, la gracia propiamente cristiana que nos es comunicada después de la caída por Cristo redentor, tiene algo especial que hace de nosotros los miembros vivos de Cristo. Por ello, la gracia cristiana como tal nos inspira sufrir siguiendo el ejemplo de Jesús para expiar y reparar las ofensas hechas a Dios, para cooperar en nuestra salvación y en la del prójimo como los miembros de un mismo cuerpo deben ayudarse entre sí.

Por ello es por lo que ninguna idea cristiana llega a prevalecer, ninguna obra cristiana persevera más que después de ciertas pruebas; *si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto* [41].

De este modo, los cristianos están profundamente configurados en su Cabeza, quien dice de sí mismo a los discípulos de Emaús que aún no

---

[40] III, q. 62, a. 2.
[41] Io 12, 24.

le comprendían: *¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?*[42]. Es lo que había anunciado Isaías en su predicción de la Pasión[43]. Es lo que nos repite todos los días el Sacrificio de la Misa y lo que nos repetirá hasta el fin del mundo.

---

[42] Lc 24, 26.
[43] Cap. 53.

CAPÍTULO X

LA PREDESTINACION DE CRISTO

Lo que esclarece toda la vida de un santo es su predestinación, o el acto de inteligencia y de amor por el que desde toda la eternidad, Dios le ha ordenado y destinado a tal grado de gloria, y ha decidido concederle para que lo consiga las gracias necesarias, desde la primera hasta la de la perseverancia final [1]. Por esas gracias, a veces, en medio de pruebas muy duras, el servidor de Dios deberá libérrimamente merecer la beatitud, la vida eterna a la que ha sido predestinado desde toda la eternidad [2].

Lo que es verdad respecto de todos los elegidos, ángeles y hombres, adultos y niños, es que han sido predestinados a la gloria o a la vida eterna.

---

[1] Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 23, a. 1 y 4.
[2] *Ibid.*, a. 5.

El carácter absolutamente excepcional de la predestinación de Cristo

Cuando se trata de Cristo, el primero de todos los predestinados, su predestinación es absolutamente excepcional. No se trata solamente de la predestinación a la gloria o a la vida eterna, sino de la predestinación a la gracia única de unión personal con el Verbo, gracia incomparablemente superior a la que poseen en el cielo todos los santos y todos los ángeles.

Cristo, como hombre, fue predestinado a convertirse no en hijo de Dios por adopción, sino en Hijo de Dios por naturaleza[3].

San Pablo escribe a los Romanos[4]: *Porque a los que antes conoció, a ésos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos.* Jesús es, así, el primero de los predestinados; desde toda la eternidad Dios ha querido hacer de Él su Hijo por naturaleza y ha querido hacer de los elegidos, ángeles y hombres, sus hijos por

---

[3] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 24, a. 2. Los tomistas que han meditado durante mucho tiempo los artículos de Santo Tomás relativos al motivo de la Encarnación y a la predestinación de Cristo, saben que para él estas dos cuestiones se equilibran, y que la segunda permite insistir sobre lo que en el capítulo precedente hemos llamado el segundo aspecto del misterio: Dios ha permitido el pecado del primer hombre para un mayor bien; la encarnación redentora. Ha permitido que abundara la falta para que sobreabundara la gracia. Se comprende mejor así el sentido de *felix culpa quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem.*

[4] Rom 8, 29.

adopción. La primera filiación sobrepasa inmensamente a la segunda.

Se lee en la Epístola a los Colosenses[5]: *Él es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas..., las visibles y las invisibles... Él es antes que todo y todo subsiste en Él. Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas...*

Es ante todo a la filiación divina por naturaleza a lo que Jesús, como hombre, fue predestinado, y todos los dones que recibió se derivan de éste, el más elevado de todos. En efecto, de ello proviene la beatitud de su alma santa, la luz de gloria que le permite ver la esencia divina con una penetración superior a la de todos los bienaventurados. Jesús no sólo ve a Dios cara a cara, como todos los santos del cielo, sino que es Dios y, ciertamente, es mucho más grande ser Dios que ver a Dios.

La predestinación de Cristo, causa de la nuestra

De aquí se sigue que la predestinación de Cristo es el ejemplar eminente de la nuestra[6], como nuestra filiación divina adoptiva es una similitud participada de la filiación divina por naturaleza. En este sentido, como dice San Pablo: *...A los que de antes conoció, a ésos los predestinó a ser*

[5] Col 1, 15-18.

[6] Cfr. San Agustín, *De Praedestinatione sanctorum*, c. 13; y Santo Tomás, III, q. 24, a. 3.

conformes con la imagen de su Hijo[7]. Pero mientras que nosotros no recibimos más que una participación en la naturaleza divina, la gracia santificante, el Hijo unigénito del Padre ha recibido de Él toda la naturaleza divina por la generación eterna. Es *Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero,* tal como se dice en el Credo. Es el Verbo de Dios hecho carne, y siendo ya Hijo de Dios por naturaleza, no pudo serlo por adopción y por participación; un padre no adopta al que ya es su hijo[8].

Finalmente, al predestinar desde toda la eternidad a los elegidos, Dios decidió que Cristo redentor fuese la causa de su salvación[9] y que les mereciese todos los efectos de la predestinación: la gracia, la perseverancia final y la vida eterna. Esto se deduce de todos los textos de la Escritura en donde Jesús es llamado Salvador, autor de la salvación. *El que cree en el Hijo tiene la vida eterna*[10]. *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante*[11]. *Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie les arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el* Padre somos una sola cosa[12].

Jesús, como Dios, predestina a los elegidos y,

---

7 Rom 8, 29.

8 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 23, a. 4. *Christus qui est Filius Dei naturalis, nullo modo potest dici filius adoptivus.*

9 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 24, a. 4.

10 Io 3, 36; 5, 24, 40; 6, 47.

11 Io 10, 10.

12 Io 10, 27-30.

como hombre, Jesús ha merecido para todos los elegidos los efectos de la predestinación: la gracia habitual, las gracias actuales, la perseverancia final y la gloria [13]. Los elegidos le están subordinados, según las palabras de San Pablo: *Todo es vuestro, y vosotros de Cristo y Cristo de Dios* [14].

Desde luego se entrevé la grandeza del prólogo de la Epístola a los Efesios: *Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él en caridad, y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para la alabanza del esplendor de su gracia, que nos otorgó gratuitamente en el amado, en quien tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso en Él, para rea-*

---

[13] Jesús como Dios ha predestinado a todos los elegidos, tanto ángeles como hombres. Como hombre, mereció a los hombres la gracia y la gloria y mereció a los ángeles por lo menos las gracias accidentales por las que éstos le sirven como ministros suyos en el reino de Dios. Son sus ángeles, como muchas veces se dice en el Evangelio: *Y enviará a sus ángeles, y juntará a sus elegidos de los cuatro vientos, del confín de la tierra hasta el extremo del cielo* (Mc 13, 27; Mt 13, 41; 24, 31); cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 8, a. 4: Cristo es cabeza de los ángeles, que forman parte de la Iglesia triunfante; III, q. 59, a. 6: Cristo juzga a los ángeles, sus ministros, y es terrible con los demonios.

[14] 1 Cor 3, 23.

lizarlo al cumplirse los tiempos, recapitulando todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra; en Él, en quien hemos sido declarados herederos, predestinados según el propósito de aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos para alabanza de su gloria [15].

Esta elevada doctrina sobre la predestinación de Cristo ilumina la de la predestinación de María a ser Madre de Dios. En efecto, la predestinación de Cristo, como hombre, a ser Hijo de Dios por naturaleza, se identifica con el decreto eterno de la Encarnación. Ahora bien, el decreto incide sobre este hecho de modo y manera que éste debía realizarse *hic et nunc,* en tales circunstancias determinadas. Así pues, no sólo comprende a Jesús, sino que también comprende a María. Estaba decidido desde toda la eternidad que el Verbo de Dios hecho carne nacería milagrosamente de María siempre virgen, unida al justo José por los lazos de un verdadero matrimonio. La ejecución de este decreto providencial está así expresada por San Lucas: *En el mes sexto fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María* [16]. *El ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te*

15 Eph 1, 3-13.
16 Lc 1, 26.

cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios[17].

Se ve de este modo que la predestinación de María está íntimamente unida a la de Jesús y cómo Nuestro Señor no es hijo adoptivo del Altísimo, sino Hijo por naturaleza; María, en el orden de la dignidad, es la primera hija adoptiva de Dios, muy superior a los ángeles por el grado de gracia que recibió en el instante de la Inmaculada Concepción, debido a su misión única de Madre de Dios y Madre de los hombres. Su predestinación no es más que una sola cosa, por así decirlo, con la de su Hijo, y del mismo modo su vida aquí en la tierra, y su vida en el cielo.

---

17 Lc 1, 35.

CAPÍTULO XI

LA SANTIDAD DE JESUS

LA SANTIDAD INNATA, SUBSTANCIAL, INCREADA, Y LA PLENITUD DE GRACIA CREADA

Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti a Patre, plenum gratiae et veritatis.

(Io 1, 14.)

Después de haber considerado el motivo de la Encarnación: nuestra salvación, y para penetrar con mayor profundidad en la vida íntima del Salvador, nos falta hablar de su santidad; nos hará comprender cada vez mejor el sentido de las palabras de San Pablo: *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.* Jesús es infinitamente más perfecto que Adán inocente, y aunque después de la caída haya obstáculos que no existían en el estado de inocencia, la gracia que nos viene de Jesús, si no nos resistimos a ella, es mucho más abundante que la que nos hubiese sido transmitida por Adán inocente; introduce a los santos en una intimidad más profunda con Dios, la intimidad de la Comunión Eucarística, que no existía en el paraíso terrenal.

Consideremos, pues, ahora, la perfección radical en Jesús mismo, perfección que penetra toda

su alma y que irradia en todas sus facultades y en todas sus virtudes, es decir, su santidad, y la plenitud de gracia que recibió.

La santidad en general, como muestra Santo Tomás[1], tiene dos características esenciales: en primer lugar, la ausencia de toda mancha, de todo pecado e imperfección directa o indirectamente voluntarios, y, en segundo lugar, una firmísima unión con Dios, lo cual es el carácter principal de la santidad, pues en la medida en la que se está firmemente unido a Dios, en esa medida se evita el pecado directa o indirectamente voluntario, el pecado voluntario y el de omisión o negligencia. A menudo se han expresado estos dos aspectos de la perfección sobrenatural diciendo: la santidad consiste en la separación de todo lo que es impuro, de lo que es terreno en el sentido peyorativo del término[2], y consiste también en la consagración inmutable y fundamental del alma a Dios. Tal separación y tal consagración son perfectas en el cielo, pero existen en menor grado aquí en la tierra y, en ocasiones, se da incluso en los niños, que tienen la santidad correspondiente a su edad, como un San Tarsicio y una bienaventurada Imelda.

¿Pero dónde encontrar aquí la santidad perfecta? Un filósofo griego preguntaba: *¿Dónde encontrar al hombre ideal?* La respuesta se nos da con la vida y la muerte de Jesús.

Contemplemos en Él estos dos aspectos de la santidad: en nosotros, que venimos de la tierra,

[1] II, II, q. 81, a. 8.
[2] En griego *agios*, santo, viene de *desligado de la tierra*.

la progresiva separación del espíritu del mundo conduce a la unión con Dios; en Jesús, que viene de lo alto, es la unión personal de su humanidad al Verbo lo que entraña la separación de todo lo que es impuro y menos perfecto.

Pero para comprender mejor la perfección radical del Salvador, elevémonos progresivamente de nuestras regiones terrenas hacia aquellas en las que Él habita; veamos primero lo que en Él fue la ausencia de pecado y de imperfección y, seguidamente, comprenderemos mejor el carácter totalmente positivo de su santidad y lo que ésta tiene de único.

Jesús no tuvo ningún pecado

Por la historia de la vida de Cristo, los mismos incrédulos están forzados a reconocer que nunca apareció un hombre tan perfecto sobre la tierra. Aquellos que, como Renan, pasaron su existencia —algo terrible por sus consecuencias— negando la divinidad de Jesús, estos mismos deben confesar que Él es incomparablemente superior a todos los sabios del paganismo, que la virtud de un Sócrates en nada se aproxima a su bondad, a su paciencia en las pruebas, a su dulzura para con los verdugos. Muchos racionalistas añaden: nunca habrá aquí en la tierra perfección moral mayor; Jesús quedará siempre como el modelo inigualable, el sabio ideal[3].

[3] Una joven que no tenía fe pero que buscaba la verdad, se puso, bajo el mandato reiterado de su padre, incrédulo, a leer un domingo la *Vida de Jesús* escrita por Renan. El efecto fue totalmente contrario al que

De hecho, no se ha podido descubrir en Jesús ningún pecado, ninguna imperfección. Algunos humanitarios de tono meloso le han reprochado su cólera contra los fariseos y los vendedores del templo; pero es evidente que esa cólera fue la santa indignación del celo. Tan sólo pueden reprobarla quienes, por egoísmo, se han hecho totalmente indiferentes a los derechos de Dios y a la salvación de las almas.

No sólo no se ha podido descubrir en Jesús ninguna falta, sino que el cielo, desde antes de su nacimiento, acumula testimonios en favor de su absoluta inocencia.

Isaías[4] anuncia: *Y se llamará maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz. He aquí a mi Siervo, a quien sostengo yo; mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él; él dará el derecho a las naciones. No gritará, no hablará recio ni hará oír su voz en las plazas. No romperá la caña cascada ni apagará la mecha que se extingue. Expondrá fielmente el derecho, sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca el derecho en la tierra*[5].

Más tarde, en el día de la Anunciación, el ar-

---

esperaba su padre. Leyendo lo que Renan se había visto obligado a escribir sobre la grandeza de Jesús, para oponerse demasiado manifiestamente a la verdad, recibió la joven una gran luz, creyó al instante en la divinidad del Salvador y se convirtió a partir de ese día en una excelente cristiana y en un alma de oración. Obtuvo, finalmente, la conversión de su padre.

[4] Is 9, 6.

[5] Is 42, 1-4.

cángel Gabriel dirá a María: *El hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios*[6].

A José, un ángel le dice: *No temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz a un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados*[7]. Jesús, virginalmente concebido en el seno de María, está, pues, exento de la mancha original y, en previsión de sus méritos, María fue preservada de la misma manera.

El anciano Simeón, divinamente iluminado, ve en el niño Jesús: *La salud de todos los pueblos... la luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel: Lumen ad revelationem gentium et gloriam plebis tuae Israel*[8].

San Juan Bautista rehúsa primero bautizar a Nuestro Señor y le dice: *Soy yo quien debe ser por ti bautizado, ¿y vienes tú a mí? Pero Jesús le respondió: Déjame obrar ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia. En ese día el Espíritu Santo descendió sobre Jesús bajo la forma de una paloma y se oyó una voz del cielo que decía: Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias*[9].

Más tarde, los fariseos, espiando a Nuestro Señor, buscan qué acusación podrán formular contra Él. Jesús, en su dignidad soberana, igual a su humildad, les responde: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?... El que es de Dios oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís,*

---

[6] Lc 1, 35.
[7] Mt 1, 20.
[8] Lc 2, 30-32.
[9] Mt 3, 13-17.

porque no sois de Dios[10]. Por el contrario, para defender a la mujer adúltera a la que se aprestaban a lapidar sin ninguna piedad, Jesús dice: *El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero, y ellos, al oírle, fueron saliendo uno a uno*[11].

Durante la Pasión, Pilato declara: *Yo no hallo en éste ningún delito*[12]. Se lava las manos ante el pueblo diciendo: *Yo soy inocente de esta sangre. Vosotros veáis*[13]. Los judíos sólo pueden decir una cosa: *Nosotros tenemos una ley, y según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios*[14].

La dulzura de Jesús orando por sus verdugos durante la crucifixión y las señales que acompañan a su muerte hacen decir al centurión: *Verdaderamente, éste era Hijo de Dios*[15].

Su resurrección es, finalmente, la manifestación gloriosa de su santidad, los Apóstoles no cesan de proclamarlo. San Pedro, recordando una profecía de Isaías, escribe en su primera Epístola[16]: *Cristo padeció por vosotros... Él, que no cometió pecado ni en cuya boca se halló engaño... Llevó nuestros pecados... Para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia...; por sus heridas habéis sido curados. Y tal convenía,* dice la Epístola a los Hebreos[17], *que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apar-*

---

[10] Io, 8, 46.
[11] Io, 8, 7.
[12] Io 18, 38.
[13] Mt 27, 24.
[14] Io 19, 7.
[15] Mt 27, 54.
[16] Rom 2, 22.
[17] Heb 7, 26.

tado de los pecadores y más alto que los cielos; que no necesita, como los pontífices, ofrecer cada día víctimas, primero por sus propios pecados, luego por los del pueblo, pues esto lo hizo una sola vez ofreciéndose a sí mismo.

Todos estos testimonios del cielo y de la tierra atestiguan que Jesús está sin pecado. Nunca fue rozado por la mancha original y nunca cometió el menor pecado personal.

Además, no sólo el Salvador nunca cometió un pecado, sino que era absolutamente impecable, tal como lo enseñan los Padres y la teología; era impecable por tres razones: en razón de su personalidad divina, en razón de la plenitud de gracia inamisible y en razón de la visión inmediata que tenía de la soberana Bondad de la que no podía desviarse. Del mismo modo que una masa de hierro al rojo y mantenida siempre en el fuego no puede enfriarse, así, el alma de Jesús, unida personal e indisolublemente al Verbo, enriquecido a consecuencia de la plenitud de gracia y siempre iluminado en la cima por la luz de gloria, no podía pecar.

Es absolutamente imposible que el pecado sea atribuible al Verbo hecho carne; ello equivaldría a decir: Dios ha pecado. Pudo morir por nuestra salvación, pero no pudo pecar. Dios no puede desviarse de sí mismo, ultrajarse a sí mismo; es algo patente.

Del mismo modo, un alma que ha recibido la plenitud de gracia de manera inamisible, no puede pecar: ello sería perder esa plenitud o, al menos, disminuirla.

Finalmente, un alma que ve a Dios inmediata-

mente, como los santos en el cielo, no puede desviarse de Él ni cesar un solo instante de amarle.

Jesús, exento de toda imperfección

Además del pecado, no se dio nunca en Jesús el menor desorden involuntario de la sensibilidad ni ninguna imperfección moral. Nunca, en efecto, existió en Él el origen de la concupiscencia que es en nosotros una de las consecuencias del pecado original. No estuvo exento, ciertamente, de los ataques del mundo y del demonio; incluso permitió que la tentación se alzase contra Él, para enseñarnos a vencerla. Fue llevado por el Espíritu al desierto y tentado allí por el diablo durante cuarenta días [18]; tentaciones de vanagloria y de orgullo a las que respondió con la palabra santa y con actos de humildad.

Ninguna imperfección moral vino a disminuir la santidad del Salvador; jamás fue infiel o menos pronto a responder a la menor inspiración de su Padre. *El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado* [19]. Nunca tuvo otro fin más que el de glorificar a Dios salvando las almas según la plenitud de su misión [20].

Tal es el aspecto, que a veces se ha llamado negativo, de la santidad de Cristo: la ausencia de todo pecado. Pero como el pecado es una privación y un desorden, por tanto la ausencia de

---

18 Lc 4, 1.
19 Io 8, 29.
20 Cfr. Io 17, 14.

pecado es un hecho positivo y nos manifiesta ya de cierto modo la intimísima unión con Dios que constituye formalmente la santidad de Jesús.

Antes de abordar este gran tema y siempre en relación con el aspecto de la santidad, la separación del espíritu del mundo, del espíritu de concupiscencia y de orgullo, volvemos a lo que indicábamos al principio de este capítulo: la diferencia que hay entre el Salvador que viene del cielo, y nosotros, que venimos de la tierra.

En su alma santa, Jesús está separado del espíritu del mundo, por su misma elevación, porque viene de lo alto, porque es el Verbo hecho carne, que ha descendido del cielo para salvarnos. Su misma grandeza le separa de todo lo que es inferior, no puede apegarse a ello. Por su elevación misma está desligado de los bienes terrenales, de los honores, de los asuntos del mundo; modelo perfecto de pobreza, no tenía donde reposar la cabeza. Por la misma razón está desligado de los placeres del mundo, libre de las exigencias de la familia, pues acaba de fundar una familia universal: la Iglesia; es, así, el modelo perfecto de la castidad religiosa. Igualmente, su elevación le separa de todo espíritu de voluntad propia; con doce años declara que *ha venido para ocuparse de los asuntos de su Padre*[21] y obedece hasta la muerte y muerte de cruz. No tuvo necesidad de hacer los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, dice Santo Tomás, porque su voluntad, desde el primer instante de su concepción, estaba afirmada e inmu-

[21] Lc 2, 49.

tablemente fijada no sólo en el bien, sino en lo mejor.

Porque Nuestro Señor viene de lo alto, su grandeza le separa de todo lo que es inferior, en ningún modo para aislarle, sino para que actúe sobre el mundo desde lo muy alto, para que, consecuentemente, su acción sea más universal y más profunda. Tal es la acción del sol sobre la tierra cuando está en el cenit, en el punto más alto, por encima del horizonte. Nuestro Señor, porque estaba, por su misma elevación, desligado de todos los lazos que atan al hombre a los bienes terrenales, a su familia, a sus pequeñas ideas personales, a su voluntad propia, no sólo pudo actuar sobre los hombres de un país o de una época, sino sobre toda la raza humana, a la que le ha traído la vida eterna. Por la grandeza del Salvador el Evangelio es accesible a todos, a los más humildes, al mismo tiempo que supera a los mayores genios; por la misma razón el Evangelio no ha envejecido y será siempre actual, con una actualidad inmutable superior a la del tiempo que huye.

Jesús no era del mundo, pero ha sido dado al mundo por la infinita misericordia para salvarlo.

Lo que nos muestra el primer aspecto de su santidad es la exención de toda falta e imperfección.

Hay, desde este punto de vista, una inmensa diferencia entre Nuestro Señor y nosotros. Él, porque viene de lo alto, está separado, por su elevación misma, de todo lo que es inferior, malo o menos bueno. Nosotros venimos de aquí abajo, de la región del pecado, de la mentira, de la concupiscencia y del orgullo; también debemos nos-

otros separarnos progresivamente del espíritu del mundo, de todo lo que en él hay de desorden, para elevarnos progresivamente hacia Dios. Es éste el sentido de los preceptos y de los tres consejos evangélicos.

Aquí, en ocasiones, algunos estarían tentados de pensar que, en este trabajo tan difícil, tenemos nosotros más méritos que el Salvador. Ello sería una aberración, pues nuestros méritos no existirían sin la gracia que proviene de Él y, además, sería olvidar que, en razón de su elevación misma, Nuestro Señor sufrió por el pecado mucho más de lo que nosotros sufriremos nunca. La plenitud de gracia aumentó considerablemente en su alma santa la capacidad de sufrir los mayores males, el pecado mortal, en el que no nos afligimos suficientemente, pues su desorden, demasiado profundo, pasa para nosotros desapercibido. Nuestro Señor sufrió por el pecado en la medida de su amor al Padre a quien el pecado ofende, y en la medida de su amor por nuestras almas, a las que el pecado asola y mata.

Si, pues, nosotros apenas sufrimos para liberarnos del pecado, Nuestro Señor sufrió incomparablemente más que nosotros, en la medida de su pureza y de su amor.

Para mejor comprender este aspecto, tan consolador, de la santidad de Jesús, repitamos la bella plegaria aconsejada como acción de gracias después de la Comunión. *Anima Christi, sanctifica me: Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriágame. Agua del costado de Cristo, purifícame. Pasión de Cristo, fortifícame. Oh buen Jesús, óyeme. Dentro de tus llagas, escóndeme. No permitas que me separe de ti. Del maligno enemigo, de-*

fiéndeme. En la hora de mi muerte, llámame, y mándame ir a ti, para que con tus santos te alabe, por los siglos de los siglos. Amén.

Penetremos ahora en el santuario del alma del Salvador y contemplemos el otro aspecto de su santidad, el más positivo, el que la constituye formalmente.

La santidad innata, substancial, increada e inamisible de Jesús

El alma de Jesús, por su unión personal con el Verbo, tiene una santidad innata, substancial, increada, y en consecuencia, absolutamente perfecta e inamisible. Esta santidad está constituida, ante todo, por la gracia de unión con el Verbo y supera infinitamente la de los mayores siervos de Dios [22].

Sin duda alguna, cuando se lee la vida de esos seres privilegiados que son los santos, nos asombramos del resplandor de sus virtudes, de su bondad, de su generosidad, de su espíritu de sacrificio. Después de ellos, la mayor honestidad queda descolorida y la vida de los héroes del paganismo parece algo externo y sin profundidad.

Lo que caracteriza a los santos es que no sólo se han dado a un ideal terreno, de orden inte-

---

22 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 6, a. 6: *Gratia unionis est ipsum esse personale quod gratis divinitus datus humanae naturae (Christi) in persona Verbi.* Item, III, q. 22, a. 2, ad 3; q. 24, a. 1 y 2, *de praedestinatione Christi ad filiationem divinam naturalem;* q. 26, a. 1 y 2, *de Christo mediatore.* Cfr. JUAN DE SANTO TOMÁS, *De Incarnatione,* disp. 8, a. 1; GONET, *De Incarnatione,* disp. II; BILLUART, *De Incarn.,* disp. 7, a. 1.

lectual o moral, sino que se han dado plenamente a Dios, han sido tomados por Él, poseídos por Él, y no viven más que por Él y por las almas que hay que salvar. Quieren ver órdenes de Dios en los consejos de su amor y se dejan guiar por la inspiración divina, conduciéndoles ésta a los mayores sacrificios. Mientras más se abandonan en Dios, más el Señor les colma con sus dones, y mientras más reciben, más se entregan, dando la vida al prójimo.

Sin embargo, la santidad de los mayores siervos de Dios es infinitamente inferior a la del Salvador.

Poco a poco se desliga de múltiples imperfecciones; en ellos no es en modo alguno una perfección innata; es la coronación de una larga y penosa labor, el fruto del trabajo de la gracia y de sus méritos; es el término de una ascensión en la que, en ocasiones, los mismos guías tropiezan, como Pedro durante la Pasión de su Maestro. Ciertamente, es mucho más fácil marchar en el llano por los senderos ya hechos que hacer esta ascensión, sobre todo allí donde no hay camino y en donde no se sabe dónde poner el pie. En ocasiones se retrocede, parece que uno está perdido y que la oscuridad y el frío van a sorprenderle sin abrigo alguno. En esta ascensión, como señala San Juan de la Cruz, hay como altos y bajos; se dan aquí tres pasos adelante y tres pasos hacia atrás, pero, sin embargo, se avanza, y, después de largas pruebas, en las que el servidor de Dios no queda sin cometer faltas, se llega progresivamente, bajo la iluminación de la fe, a la unión con Dios. Su santidad, mezclada ya de precipitación, ya de pusilanimidad, es una tarea laboriosa y lenta, obra de la gracia y de

la cooperación personal, con signos numerosos de fragilidad humana, tal como lo vemos en la vida de los más grandes santos, los Apóstoles[23].

Además, la santidad de los servidores de Dios es una perfección accidental en el sentido de que está sobreañadida a su ser; consiste en la gracia santificante que han recibido en grado superior, y en la caridad que en ellos ha crecido. Esta perfección es también accidental en el sentido de que aquí en la tierra pueden perderla como Adán la perdió para él y para nosotros. Finalmente, se trata de una perfección que siempre supone la posibilidad de una perfección mayor, de un conocimiento más profundo de los misterios de Dios, y de una caridad más ardiente, fruto de muchas gracias y de muchos esfuerzos.

Por el contrario, la santidad de Jesús no se desligó progresivamente de múltiples imperfecciones: en Él es innata. Jesús nació santo. Lo es incluso desde el primer instante de su concepción por la unión personal de su humanidad con el Verbo. Su alma estuvo, así, desde el origen, santificada por la divinidad del Verbo, por la gracia de unión personal con el Hijo unigénito del Padre. Estuvo sonsagrada, de este modo, incomparablemente mejor que un cáliz, incomparablemente mejor que el alma de un sacerdote marcada por el carácter sacerdotal; Jesús es,

---

[23] Aunque los justos puedan evitar cada pecado venial tomado en particular, no pueden evitarlos tomados en conjunto o continuamente. Para ello sería necesaria la gracia especialísima que recibió la Virgen María.

por excelencia, el ungido del Señor[24]. Está exclusivamente reservado a las cosas de su Padre, tal como lo dice a la edad de doce años en medio de los doctores. Su alma santa es soberanamente agradable al Padre, desde el primer instante, en ella se ejerce en su absoluta plenitud el reino de Dios.

La santidad de Jesús es, pues, innata y anterior incluso a su nacimiento, y en razón de sus méritos, su Madre, la Virgen María, también recibió, por la gracia de la Inmaculada Concepción, una santidad innata.

Lo que sólo pertenece a Cristo, lo que no se encuentra en ninguna otra alma humana y en ningún ángel, es que su santidad no sólo es innata, sino substancial e increada; no es una perfección accidental, sobreañadida a su ser: es la santidad misma del Verbo eterno, que santifica substancialmente el alma de Jesús, dándole el que subsista. La penetra todo lo que es posible. Si los santos son seres tomados por Dios, poseídos por Él, con cuánta mayor razón el ungido del Señor que recibió la plenitud de la unción divina y que por ella subsiste, pues no hay en Jesús, ya lo hemos visto, más que un solo sujeto de atribución, una sola persona y, así, una sola subsistencia o personalidad, la del Verbo, y una sola existencia en razón de la cual decía: *Antes que Abraham naciese era yo*[25].

Es decir, que la santidad de Jesús, como la gracia de unión con el Verbo, no sólo es subs-

---

[24] Ps 44, 8, y 9, 24.
[25] Io 8, 58.

tancial, sino que es increada; está formalmente constituida por la personalidad increada del Verbo, unida para siempre al alma del Salvador, de tal suerte que en Jesús las dos naturalezas existen por la existencia increada. Esto le permite decir: *Yo soy la Verdad y la Vida*, o *Yo soy el que soy*[26].

Jesús es aquel del que hablaba Isaías[27] diciendo: *Vi al Señor sentado sobre su trono alto... Había ante Él serafines, que cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro y con dos se cubrían los pies y con las otras dos volaban, y los unos y los otros se gritaban y se respondían: ¡Santo, santo, santo, Yavé de los ejércitos! Está la tierra llena de su gloria.*

Igualmente, San Juan, en el Apocalipsis[28], dice estas palabras: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, el que era, el que es y el que viene.*

La santidad substancial e increada de Cristo es, pues, la más perfecta que se puede concebir, la más íntima, la más firme. Hace de él el Santo de los santos. ¿Puede estar una persona divina más íntima e indisolublemente unida a un alma, a una naturaleza creada, que comunicándole su propia subsistencia o personalidad y su existen-

---

[26] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 6, a. 6: *Gratia unionis est ipsum esse personale, quod gratis divinitus datur humanae naturae in persona Verbi, quod quidem est terminus assumptionis; gratia autem habitualis, pertinens ad spiritualem sanctitatem illius hominis, est effectus quidam consequens unionem.* III, q. 17, a. 2: *Est unum esse Christo.*

[27] Is 6, 1-4.

[28] Apc 4, 8.

cia? Es imposible concebir una santidad más sublime, hasta tal punto que se puede decir que si los Apóstoles Pedro y Pablo son santos, Jesús es la misma santidad, de la misma manera que es el mismo Dios y la Deidad. Esta santidad es, consecuentemente, inamisible, pues Cristo no pudo dejar de ser Cristo, el ungido del Señor; lo es y lo será siempre, *in aeternum*. Por ello es Sacerdote por toda la eternidad.

En una palabra: la santidad de Jesús está constituida ante todo por la gracia de unión, que es increada y que es la persona misma del Verbo poseyendo para siempre la humanidad del Salvador.

Jesús vive, pues, constantemente en un orden superior, superior al de la naturaleza y al de la gracia o al de la santidad sobrenatural creada. Su alma vive en un orden especial, el orden de la unión hipostática, el de la vida personal y substancial de Dios, en el que le establece la gracia de su unión con el Verbo [29].

Los santos, sobre todo en el cielo, gozan del éxtasis del conocimiento y del amor, su inteligencia y su voluntad están como perdidas en Dios, encantadas por el objeto divino; el alma santa de Jesús, desde el primer instante de su creación, gozó de un éxtasis superior al de la contemplación y al del amor; gozó, como se ha dicho, del éxtasis del ser o de la existencia, éxtasis regular, tranquilo, permanente, pues el alma del Salvador

---

[29] La Virgen María, por la gracia de la maternidad divina, se refiere a este orden hipostático en tanto que es la Madre de Dios, o la Madre de Jesús, que es Dios. Por ello se le debe un culto de hiperdulía.

subsiste por la personalidad y la existencia increada del Verbo[30].

De la afirmación de la Iglesia: que la santidad de Cristo es innata, algunos teólogos han pretendido que, entonces, no tiene dificultades ni méritos.

Es fácil responder que si la santidad de Jesús no es el fruto del mérito, es la fuente de todos sus méritos y de los nuestros[31]. Además, si ha habido alguien que encontrase aquí en la tierra la dificultad, la contradicción, la lucha, ése fue el Salvador. ¿Diremos que los santos, provistos de gracias especiales desde su infancia, han merecido menos que nosotros? El principio del mérito es la caridad o el amor de Dios; aquel, pues, que tenga más amor de Dios, tiene más méritos, y también sufre, mucho más que otros, el mayor mal: el pecado. Desde luego, no podemos supo-

---

[30] Del mismo modo que el alma separada que subsiste después de la muerte comunicará el día de la resurrección su existencia al cuerpo que animará de nuevo, así el Verbo ha comunicado su existencia increada a la humanidad del Salvador en el instante de la encarnación.

[31] Tal como lo demuestra maravillosamente SANTO TOMÁS, III, q. 19, a. 3, es verdad decir tanto para Cristo como para nosotros: Es mucho más noble tener una cosa por mérito que sin mérito; así, Jesús mereció la gloria de su cuerpo, su resurrección, su ascensión, la exaltación de su nombre y la salvación de nuestras almas. Hay que hacer una excepción a este principio cuando se trata de algo cuya privación momentánea disminuye la perfección del Salvador más de lo que aumentase el mérito que supone esa privación. Así, Jesús no mereció la visión beatífica, pues la privación momentánea de esta visión disminuiría su perfección más de lo que la aumentaría el mérito. Con mayor razón, Cristo no pudo merecer lo que en Él es el principio del mérito: su personalidad divina y la plenitud de gracia.

ner cuánto sufrió el Salvador. Su santidad innata, substancial e increada, aumentó considerablemente en su alma la capacidad de sufrir aquí en la tierra por el pecado, una ofensa a Dios que nos mata, apartándonos de Él.

La plenitud de gracia creada

De la santidad substancial e increada del Salvador dimana en Él la gracia santificante creada, cuya plenitud ha recibido, y de la gracia se derivan las virtudes sobrenaturales y los dones: caridad, sabiduría, piedad, humildad, paciencia, dulzura, en un grado proporcionado, muy superior al de los santos y al que se realizó en el alma de María.

¿Cómo el alma del Salvador, que estuvo unida el máximo posible a la divinidad, fuente de toda gracia, no habría estado llena de gracia? ¿Cómo no habría estado adornada con todos los dones sobrenaturales, ella, que debía hacernos partícipes de esos dones?[32].

La gracia creada es una participación de la naturaleza divina que, como una segunda naturaleza, levanta nuestra alma para permitirle producir connaturalmente[33] los actos sobrenaturales y meritorios. Es como un injerto divino en nosotros que nos eleva a una vida superior. Jesús recibió en su alma la plenitud absoluta de esta gracia creada; por eso dice San Juan: *Ya hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*[34]. Algunos gran-

---

32 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 7, a. 9.
33 Es decir: sobrenaturalmente.
34 Io 1, 14.

des santos, como San Esteban, primer mártir, y sobre todo María, han recibido una plenitud relativa de gracia proporcionada a su misión en la Iglesia. Así, el arcángel Gabriel dice a María: *Yo te saludo, llena de gracia*[35]. Jesús recibió una plenitud absoluta de gracia, es decir, el grado supremo.

Esta gracia, según el plan actual de la Providencia, no puede ser más alta, pues está moralmente proporcionada a la más alta dignidad; la de la Persona del Verbo hecho carne[36]. Además, en Jesús coopera en los actos sobrenaturales y meritorios, que son, debido a la personalidad del Verbo, de un valor infinito.

Finalmente, esta gracia no puede tener más extensión, pues responde a la misión más universal, la del Salvador de todos los hombres; se extiende a todos los efectos sobrenaturales y contiene eminentemente, como una fuente superior, todas las gracias necesarias para los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes de todos los países y de todos los tiempos. El alma de Jesús, dice Santo Tomás[37], recibió la gracia habitual como el sol ha recibido la luz, según el más alto grado de intensidad y según la mayor irradiación. Y si hay en el mundo físico un centro luminoso aún más intenso y más radiante que el sol, centro de nuestro sistema planetario, debemos pensar en él para tener un símbolo muy débil de lo que debe ser la plenitud de gracia creada en el alma del Salvador.

Es decir, en Jesús, la gracia habitual supera

---

35 Lc 1, 28.
36 SANTO TOMÁS, III, q. 7, a. 9, ad 3; a. 12, ad 2.
37 III, q. 7, a. 9, ad 12.

en intensidad y en esplendor la de todos los santos y todos los ángeles reunidos, como la luz del sol triunfa sobre la de los planetas y sus satélites.

Cristo recibió la plenitud de gracia desde el primer instante de su concepción, puesto que es una consecuencia inmediata de la unión personal con el Verbo. Incluso en el primer instante la recibió libremente; pues su alma santa fue creada, como los ángeles, no en un estado de sueño, sino en estado de vigilia, y libremente operante [38].

Tan perfecta es esta plenitud desde el primer instante, que no pudo aumentar a lo largo de la vida terrena de Nuestro Señor [39]. Pero con igual grado de gracia cumplió obras cada vez más perfectas, creciendo en edad, y hasta la consumación de su misión sobre la Cruz [40]. Así, en cierto sentido, el sol, cuya luz conserva igual grado de intensidad, ilumina y calienta la tierra tanto más cuanto más se aproxima al cenit, al punto más alto del cielo [41].

De esta plenitud de gracia se derivan desde el primer instante las virtudes y los dones que son

---

38 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 34, a. 3. Así, el adulto que es justificado, recibe libremente la gracia santificante, principio del mérito. Así, los ángeles fueron creados en estado de gracia. Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 62, a. 3.

39 En el segundo Concilio ecuménico de Constantinopla se definió (553), contra Teodoro de Mopsuesta, que el alma santa de Cristo no estuvo sometida a las pasiones y que no se hizo mejor por el progreso de las virtudes y de las obras buenas: *ex profectu operum non melioratus est Christus* (cfr. Dz. 224).

40 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 8, a. 12, ad 3.

41 Por el contrario, en María se dio un aumento de la gracia y de la caridad, desde la plenitud inicial del instante de la Inmaculada Concepción hasta la plenitud final del instante de su muerte antes de la Asunción.

conciliables con la visión beatífica y con la unión personal con el Verbo[42]. Se derivan en grado proporcionado, es decir, en grado supremo[43]. Entrevemos así lo que fue, desde el primer instante, la caridad de Cristo, su amor por su Padre y por las almas, su sabiduría, su prudencia, su piedad, su justicia, su fortaleza, su paciencia, su humildad, su dulzura.

Desde el primer minuto de gracia suprema tuvo todas las virtudes con excepción de las que comportan esencialmente una imperfección inconciliable con la visión beatífica, visión que recibió desde ese primer instante. No tuvo, así, ni fe ni esperanza, virtudes que en nosotros desaparecerán para dejar lugar a la visión de Dios[44]. Tampoco tuvo la virtud de la penitencia, que supone un pecado personal, sino que tomó sobre sí la pena debida por nuestros propios pecados[45].

Esto nos muestra lo falso que sería decir: Cristo, habiendo recibido tanto, no pudo sufrir. Muy al contrario, como ya hemos señalado, la plenitud de gracia aumentó considerablemente en su alma la capacidad de sufrir aquí en la tierra los mayores males: el pecado. Mientras más pura y

---

[42] Cfr. Is 11, 1: *Y brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre el que reposará el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yavé.*

[43] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 7, a. 2.

[44] Se sigue de aquí que nunca hubo fe y esperanza mayor que la que se dio en María. Su fe y esperanza, heroicas, sobre todo al pie de la Cruz, superan con mucho la fe y la esperanza de los ángeles cuando estaban aún éstos en estado de camino.

[45] Por la misma razón, la penitencia no se dio en María, aunque haya llevado junto con su Hijo la pena debida a nuestros pecados.

elevada es un alma aquí en la tierra, más sufre por el desorden radical que es el pecado mortal, pecado que separa las almas de Dios, su fin último.

Este sufrimiento espiritual comenzó en Nuestro Señor desde el primer instante, en el momento de conocer su misión de Salvador[46]. Ofreció entonces su primer acto de amor junto con los que debían seguir hasta su muerte; ofreció su vida desde el principio incomparablemente mejor que lo que lo hace el religioso cuando en su profesión promete obediencia hasta la muerte[47].

La plenitud de gracia se manifestó, finalmente, por la armonía maravillosa de virtudes, en apariencia totalmente opuestas. La armonía, unidad en la diversidad, es tanto más bella cuanto más profunda es la unidad en una diversidad más compleja, cuando la intimidad es más fundamental entre unos términos más separados.

En Jesús se concibe admirablemente el tono sobrenatural más elevado y el plano natural más simple y más espontáneo. Por el contrario, y muy a menudo, nosotros, cuando queremos ser naturales, olvidamos las exigencias de la gracia y caemos en el naturalismo práctico de la tibieza. O bien, cuando queremos llegar a la perfec-

---

[46] Dice San Pablo (Heb 10, 5): *Por lo cual, entrando en este mundo, dice: No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo... Heme aquí que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad.*

[47] Se explica así que el primer acto meritorio de Cristo, aunque de valor infinito, no haya hecho superfluos los actos siguientes. Ofreció el primero unido a los restantes como debiendo conducirle hasta la muerte y muerte de cruz.

ción sobrenatural sin pasar por los intermediarios indispensables, caemos en una rigidez orgullosa que recuerda la de los jansenistas o en la falsedad sobrenatural, falsedad de una exaltación rayana en la extravagancia. En Jesús, naturaleza y gracia se armonizan admirablemente porque Él tiene la plenitud de la gracia y porque su naturaleza está plenamente sometida.

En Él se armonizan tanto la gracia más sublime como el sentido práctico más avisado. A nosotros nos sucede que o bien somos demasiado abstractos, nos perdemos en vagas generalidades o, por el contrario, nos paramos excesivamente en detalles sin ver las cosas desde la altura suficiente.

Igualmente, en Jesús se unen la justicia perfecta y la misericordia inagotable, mientras que en nosotros muy a menudo la justicia se vuelve rígida y la misericordia debilidad. Recordemos el perdón del Salvador a la mujer adúltera: ¡qué firmeza, y, al mismo tiempo, cuánta bondad!

En Él se armonizan igualmente una dignidad soberana y la más profunda humildad, mientras que, en los hombres, los magnánimos son, a menudo, algo altaneros y las almas naturalmente modestas son, frecuentemente, pusilánimes y sin energía.

Finalmente, en Jesús se concilian la fortaleza más heroica y la mayor dulzura en el Crucificado que ora por sus verdugos: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*[48].

Imposible encontrar armonía moral mayor, más profunda, de una irradiación más potente, de un

---

48 Lc 23, 34.

esplendor más brillante con una más noble sobriedad de expresión.

¿Qué se sigue de aquí para nosotros?

Jesús es un sol de santidad que quiere prodigar sus esplendores. Ha recibido la santidad como principio universal de todas las gracias, gracias de luz, de atracción, de fortaleza. No es un vaso, un arroyo, un río de santidad; es la fuente viva.

San Juan nos dice: *Pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*[49]. Contemplamos este resplandor en la vida de los santos, en la de los Apóstoles, en la de los mártires, los confesores, las vírgenes de todos los tiempos comprendido el nuestro.

Digamos que en nuestro bautismo hemos recibido del Salvador el mismo resplandor de vida sobrenatural. Si volvemos a caer en la muerte del pecado, la absolución, el perdón de Cristo, nos resucita espiritualmente y nos devuelve las aguas vivas de la gracia, el río de las misericordias divinas. Si encontramos la prueba, la gracia que nos ofrece es proporcional a los sacrificios pedidos. Dejémonos atraer por el Salvador, iluminar, calentar, vivificar por Él. Dejémonos amar por su amor purísimo y fortísimo, amor que nos purificará cada vez más. Si nos hace sufrir, es para hacernos parecidos a Él y asociarnos al misterio de la Redención por el sufrimiento. Pidámosle gracias siempre nuevas, hasta la de la perseverancia final, y sin resistencia, dejemos que estas gracias nos conduzcan a actos de generosi-

---

[49] Io 1, 16.

dad creciente, para nuestra salvación y para la del prójimo, por la gloria de Cristo. Roguemos también para que haya santos que digan a los hombres de nuestro tiempo lo que tienen más necesidad de oír y que por medio de su vida les revelen el amor de Cristo por nosotros.

Ya en el Antiguo Testamento el Señor decía a sus ministros: *Santos seréis vosotros, porque santo soy yo*[50]. Ahora que hemos recibido al Santo de los santos, digámosle: *Señor, santifícanos, para que santifiquemos vuestro nombre, para que reconozcamos vuestra bondad, y que vuestro reino se establezca más profundamente en nosotros.* Es la primera oración que el niño aprende de su madre, son las primeras palabras del Padre nuestro: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre,* que sea reconocido santo no sólo por nuestras palabras, sino por nuestros actos, por toda nuestra vida, que debería ser un canto de gloria al Creador para reconocer su bondad.

---

50 Lev 11, 44.

Capítulo XII

LA INTELIGENCIA HUMANA DEL SALVADOR Y SU CONTEMPLACION

Numquam locutus est homo, sicut hic homo.

Jamás hombre alguno habló como éste.

(Io 7, 46.)

Hemos visto cuál es la santidad innata, substancial, increada, de Nuestro Señor y cuál es la plenitud absoluta de gracia creada que se deriva de ella para irradiar en todas las almas.

Es necesario considerar ahora las riquezas sobrenaturales de la inteligencia, de la voluntad, del corazón del Salvador. Hablaremos primero de su inteligencia humana, pues no se puede dudar que la tuvo, ya que se trata de un punto definido por la Iglesia contra el apolinarismo: Jesús tiene una inteligencia humana, propiedad de su naturaleza humana, y una inteligencia divina, propiedad de su naturaleza divina. Querer sostener que no tuvo más que una inteligencia divina sería pretender que en modo alguno tuvo alma y que el Verbo ocupa su lugar. Si así fuere, Jesús no sería verdadero hombre, puesto que de la naturaleza humana sólo tendría la parte menos importante, el cuerpo.

Para entrever algo las riquezas espirituales de la inteligencia humana de Jesús, veamos primero qué clase de doctor fue, y seguidamente, bajo qué luz contemplaba lo que enseñaba.

Enseñanza de Cristo

Los racionalistas modernos consienten en ver en Él un moralista profundo, de una delicadeza encantadora, traduciendo en lenguaje figurado, eminentemente popular, las máximas de la antigua sabiduría judaica y dándoles una vida nueva al hacerlas pasar, dice uno de ellos, por su alma impresionable [1]. Pero —dicen— es evidente que Jesús nunca tuvo doctrina; nunca enseñó un conjunto de verdades o de dogmas que ninguno pueda, consciente y voluntariamente, rechazar sin separarse de Dios y perder su alma. Es más tarde, por medio de una lenta elaboración y por la unión de la religión cristiana y de la filosofía griega, cuando se constituirá el dogma católico.

Para que Jesús aparezca como más parecido a nosotros, los protestantes liberales y los modernistas han sostenido que Él ignoró muchas cosas relativas al reino de Dios y que no tuvo desde el principio de su vida conciencia de su mesianidad. Unos y otros reconocen que aportó un fermento que fue el origen de un movimiento

---

1 Para un creyente, la palabra *impresionable* parece haber sido elegida para desnaturalizar lo más posible la altísima inspiración de la que tratamos aquí. La despoja de todo lo que es, pareciendo concederle alguna grandeza poética del orden de la imaginación y de la sensibilidad. ¡Pensar que se han pronunciado estas palabras a propósito de Aquel que es el *Camino, la Verdad y la Vida!*

religioso, pero no habría enseñado una doctrina cuya verdad no se puede dejar de creer sin separarse del camino de la salvación.

Por el contrario, ¿qué vemos en el Evangelio? Leemos en San Lucas[2] que *al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas... Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre?*

Mucho antes del comienzo de su ministerio público conocía, pues, su misión. A lo largo de ese ministerio habla constantemente de su doctrina, de las verdades de las que ha venido a dar testimonio, de la luz que trae al mundo, de la fe debida a sus palabras. Como cuenta San Marcos[3], comienza su ministerio predicando el Evangelio del Reino de Dios diciendo: *Cumplido es el tiempo, y el reino de Dios está cercano; arrepentíos y creed en el Evangelio.* San Mateo[4] dice que *cuando acabó Jesús estos discursos, se maravillaban las muchedumbres de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene poder, y no como sus doctores.* El mismo San Mateo[5] cuenta igualmente que Jesús, antes de abandonar a los Apóstoles, les dice: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles*

---

[2] Lc 2, 46.
[3] Mc 1, 15.
[4] Mt 7, 28.
[5] Mt 28, 19.

a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo. En San Marcos[6] se da cuenta de estas palabras más completamente; se dice: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, se salvará, mas el que no creyere se condenará.* Ésta es, propiamente hablando, la doctrina necesaria para la salvación.

En el Evangelio Jesús aparece constantemente como Maestro que habla de su doctrina. Después de haber lavado los pies el Jueves Santo a sus Apóstoles, les dice: *¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy. Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro..., yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho... Dichosos vosotros si practicáis estas cosas que sabéis*[7]. Muy a menudo dice: *Mi doctrina no es mía, sino de quien me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de Él conocerá si mi doctrina es de Dios o si es mía*[8]. Hasta seis veces dice Jesús en San Juan: *El que cree en mí* (con una fe vivificada por el amor) *tiene la vida eterna*[9]. Y a los fariseos: *Si las hago, ya que no me creéis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre*[10]. *Mientras tenéis luz, creed en la luz*[11].

También los Apóstoles anuncian por todas par-

---

6 Mc 16, 16.
7 Io 13, 13.
8 Io 7, 16.
9 Io 3, 15, 23; 5, 24; 6, 47; 7, 38; 11, 25-26.
10 Io 10, 38.
11 Io 12, 36.

tes la palabra de Jesús como divina. San Pablo declara tener la doctrina del mismo Jesús cuando escribe a los gálatas [12]: *Porque os hago saber, hermanos, que el Evangelio por mí predicado no es de hombres, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo.* San Pablo recuerda aquí su conversión y que su doctrina es conforme a la de los otros Apóstoles, que ha sido aprobada en una conferencia con ellos en Jerusalén. De esta doctrina evangélica vivió toda la Iglesia primitiva, que en modo alguno se cuidó de conciliarla con la filosofía griega. Digan lo que digan los racionalistas, Jesús, pues, tuvo una enseñanza.

Además, la sublimidad de su doctrina aparece desde que se le oye predicar lo que nos dice sobre Dios y sobre la vida humana, y se compara, con lo que dicen los filósofos o el mismo Moisés y los profetas. En su doctrina se descubren fácilmente los dogmas más elevados y la moral más pura. Mientras más se la practica más se nos impone su grandeza; mientras más se vive su doctrina, más se ama, y más se ve su eterna actualidad, mientras que las obras de los mayores genios humanos siempre envejecen de algún modo.

Los eminentes filósofos de la antigüedad, Platón y Aristóteles, se habían elevado, sin duda, sobre el materialismo y el escepticismo de sus predecesores; habían afirmado claramente la existencia de Dios, Inteligencia suprema y soberano Bien; pero no habían podido llegar a la idea ex-

---

12 Gal 1, 11-12.

plícita de la creación *ex nihilo,* no suponiendo ningún sujeto preexistente a transformar; sobre todo, no habían podido llegar a la idea de creación libre, a la idea del *fiat* creador enunciado en las primeras líneas del Génesis. No llegaban a concebir de qué manera tan profunda, los seres de este mundo dependen de Dios. Consecuentemente, su idea de la Providencia resultaba muy tímida; no sólo al afirmar que la Providencia divina puede extenderse hasta los menores detalles de la vida de cada uno. Con más timidez aún hablaban de la vida futura, de sus recompensas y de sus penas. Cuando la afirmaban, su afirmación era, decían, como un bello riesgo que hay que correr [13]. Su moral, bellísima en ciertos momentos, tenía errores bastante groseros; no pensaban, incluso, que se pudiese abolir la esclavitud, su vida personal estaba muy lejos de estar a la altura de su enseñanza y en ocasiones era la negación.

¡Qué diferencia con el Evangelio, con la certeza absoluta según la cual Jesús habla de Dios, su Padre y el nuestro, de la Providencia y de la vida eterna!

¿Se habría naturalmente formado, como se ha pretendido, por la simple lectura meditada del Antiguo Testamento, de Moisés y de los Profetas?

Ciertamente, Moisés y los Profetas superaban con mucho a los filósofos antiguos en cuanto que afirmaban, por la luz de la revelación y con una absoluta certeza, que Dios es El que es, que todo lo ha creado de la nada, que hizo al hombre justo y santo en el origen y que, después de nuestra

---

[13] Incluso en el *Fedón* la vida futura es presentada así.

caída, procura misericordiosamente levantar a su pueblo al que ha prometido un Salvador.

Pero en la enseñanza de Moisés y de los Profetas, la vida íntima de Dios y la Santísima Trinidad permanecía muy velada y la omnipotencia del Creador inspiraba sobre todo temor, principio de la sabiduría. Los preceptos del Señor habían tenido en cuenta la imperfección de las almas, que tenían la dura experiencia de su necesidad de redención y debían ser lentamente conducidas hacia la era nueva del Salvador prometido.

Jesús enseña con la más absoluta certeza, sin timidez alguna, no sólo las verdades de la creación y de la inmortalidad del alma, sino el dogma de la vida eterna, muy superior a la vida futura de la que hablaban los filósofos; no sólo la ha hecho conocer por símbolos como el de la tierra prometida, del que se servía el Antiguo Testamento, sino que, desde sus primeras palabras sobre las bienaventuranzas, anuncia: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos... Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios... Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos... Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa* [14]. Al siervo fiel le dice: *Intra in gaudium Domini tui: Entra en el gozo de tu Señor* [15], es decir: ve a Dios como Él se ve, y ámale como Él se ama.

Desde el comienzo de su ministerio, en el Ser-

---

14 Mt 5, 6-12.
15 Mt 25, 21, 23.

món de la montaña[16], Jesús no sólo nos dice, como Moisés, que Dios es Creador y Señor de todas las cosas, sino que es nuestro Padre, y nos enseña a rezar así: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga tu reino, hágase tu voluntad.* ¡No se puede dar una idea más excelsa de Dios a los hombres ni nada más santificante para su vida! En germen, es todo el dogma y toda la moral cristiana.

El Padre eterno, añade Jesús, tiene un Hijo único, engendrado desde toda la eternidad, *y tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna*[17]. Cada vez más, Jesús se manifiesta como el Hijo único de Dios venido para salvarnos, para rescatarnos por su Pasión y por su muerte[18]. Anuncia que resucitará, que subirá al cielo, pero que, sin embargo, quedará presente en la Iglesia hasta el fin de los tiempos en la Eucaristía[19] y por el Espíritu Santo que nos enviará y que habitará en nosotros para hacernos penetrar el sentido de las palabras evangélicas y conducir, así, a las almas a la vida eterna[20]. Desde luego, ésta aparece como la unión indisoluble con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la claridad de la visión: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

¿Cómo no soportar lo que dicen injustamente de nosotros si pensamos que de Aquel que es

---

16 Mt 6, 9.
17 Io 3, 16.
18 Mt 20, 28: *El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por muchos.*
19 Mt 26, 26; Mc 14, 22; Lc 22, 19.
20 Io 14, 16, 26; 25, 26; 16, 7; Act 1, 8.

el Señor de los seres, de Aquel que es la Verdad y la Vida, se ha escrito que nunca tuvo doctrina?

Su enseñanza no sólo contiene el dogma de la Creación ya claramente enunciado en el Antiguo Testamento, sino los de la Santísima Trinidad, la Encarnación, la Redención, la Eucaristía y la Vida eterna.

Tantos misterios sobrenaturales insondables pero que responden a nuestras más profundas aspiraciones naturales suscitando otras más elevadas; misterios que se armonizan admirablemente entre ellos y en los cuales los incrédulos buscan en vano la contradicción.

¡De qué modo esta doctrina es superior a las tímidas afirmaciones de los filósofos y a las predicciones a menudo oscuras de los profetas!

Esta doctrina, en su simplicidad, es sublime en el sentido más propio del término. En efecto, lo sublime es lo que hay de más elevado, de más extraordinario en el orden de lo bello. Y como lo bello es una armonía espléndida, el esplendor de la unidad en la variedad, lo sublime es la armonía más elevada y lo más íntimo de las cosas más diversas, más separadas y en apariencia inconciliables. Lo sublime es, sobre todo, la íntima unión de la suprema bondad y de la miseria más profunda. Cuando la misericordia divina se inclina así, el reconocimiento no sólo se expresa con palabras, sino con lágrimas: signo de una relación de las más profundas que supera el lenguaje humano. Pues bien, los misterios de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía, son la unión de las riquezas infinitas de la misericordia divina con la universal miseria

de la humanidad, la unión de la pobreza del hombre y de la infinita grandeza de Dios.

Esta sublimidad aparece tanto en Jesús como en los misterios que revela.

¡Qué pequeñas parecen las máximas de los sabios paganos en comparación con el Evangelio! Como Sócrates, decían: *Conócete a ti mismo. Sé hombre. La medida del bien es el hombre de bien que vive según la recta razón.* Y Jesús viene a decir: *Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto*[21]. Sed perfectos, no sólo como ángeles, sino como el Padre celestial es perfecto, pues no sólo habéis recibido una participación en la vida angélica, sino en la vida íntima de Dios, el germen de la vida eterna, que consistirá en ver a Dios como Él se ve, en amarle como Él se ama. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

Los sabios de la antigüedad decían con orgullo: *El hombre fuerte, diestro en las luchas con la adversidad, es un espectáculo divino.* Y Jesús dice con humildad, sencillez y profundidad: *Bienaventurados los que lloran (sus faltas), bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos, y en ellos se realiza.* Palabras que nunca se habían oído; palabras tan altas que los mismos creyentes son muy lentos en comprenderlas cuando viene para ellos la persecución; palabras asombrosas y, sin embargo, totalmente sencillas en la boca del Salvador.

No hay ninguna relación entre las más altas

---

[21] Mt 5, 48.

morales paganas y la de Jesús. Las virtudes de las que hablan los filósofos son virtudes adquiridas, a menudo inestables; las virtudes de las que habla el Salvador son virtudes infusas que deben crecer con el mérito hasta alcanzar la vida sobrenatural de la eternidad.

Igualmente, la ley nueva del Evangelio, que es una ley de amor, es muy superior a la ley del temor promulgada por Moisés: *Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás..., pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio...*[22]. *Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Pues si solamente amáis a los que os aman... ¿No hacen esto también los gentiles? Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial*[23]. Estas últimas palabras son el resumen de todo el Sermón de la montaña al comienzo del ministerio del Salvador.

Tal como se ha dicho, Jesús colma la limitada nobleza de las virtudes humanas con la gran nobleza de la santidad. Predica el hambre y la sed de justicia de Dios o de la unión con Dios[24].

No se sabe qué es lo que hay que admirar más en esta doctrina: si la elevación, o la profundidad, la extensión, el íntimo conocimiento de los secretos de los corazones[25], las visiones infalibles

22 Mt 5, 21.
23 Mt 5, 43-48.
24 Mt 5, 6.
25 Mt 9, 4. Antes de la curación del paralítico, Jesús

sobre el porvenir. Todos estos esplendores sobrenaturales se concilian de manera admirable con las expresiones más naturales, con el sentido práctico más avisado. Es imposible encontrar una armonía más perfecta entre la naturaleza y la gracia; las aspiraciones naturales no sólo son colmadas sino que se superan, y la palabra de Cristo suscita otras muy superiores que se unen en el deseo eficaz y vivísimo de la vida sobrenatural de la eternidad, de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Otras tantas palabras ignoradas por los sabios paganos y solamente balbuceadas por los profetas del Antiguo Testamento.

Verdaderamente, se nos da aquí la plenitud de la revelación divina, de modo oscuro aún, para conducirnos a la revelación definitiva y deslumbrante de la eternidad.

La doctrina de Jesús, por su sublimidad y su conformidad con nuestras más altas aspiraciones, sobrepasa de tal manera todas las otras doctrinas, incluso aquella en la que el pueblo elegido se vanagloriaba justamente de tener a Dios, que es imposible no reconocer el carácter de una originalidad poderosa y sobrehumana. Pero tal originalidad no es la de un innovador que rompe con el pasado. Jesús dice: *No penséis que he venido a abrogar la Ley o los Profetas; no he venido a abrogarla, sino a consumarla*[26].

Se comprende que los judíos, extrañados, dijeran: *¿Cómo éste, sin haber estudiado, sabe*

---

dice a los fariseos: *¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?* Varias veces demuestra que conoce los secretos más íntimos de los corazones: Cfr. Mt 12, 25; 22, 18; 26, 10; Io 2, 25; 6, 65; 7, 20; 13, 11; 14, 9.

[26] Mt 5, 17.

letras?[27]. Y los enviados de los fariseos, no atreviéndose a poner la mano sobre él, confesaron: *Jamás hombre alguno habló como éste*[28].

No se podría pretender, pues, que Jesús haya traído solamente un fermento que ha sido el principio de un movimiento religioso, pero que no ha tenido doctrina. Todo el Credo, completo, se encuentra en su enseñanza y puede ser dicho con sus propias palabras, no sólo con las que cuenta San Juan, sino con las que se encuentran en los tres primeros Evangelios y que están unidas a toda la trama del relato, a todos los hechos de su vida, de su Pasión y de su muerte.

La manera de enseñar de Jesús

La manera en la que Jesús enseñaba no es menos sublime en su simplicidad que el objeto de su doctrina. Se ha dicho que el estilo es el hombre. Jesucristo tiene su propio estilo.

Para poder sospechar vagamente cuál fue su ascendiente sobre las almas habría que haber escuchado la predicación de los grandes santos, como San Bernardo, Santo Domingo, el santo Cura de Ars.

El apóstol, dice Santo Tomás[29], debe expresarse de tal manera que la palabra de Dios ilumine la inteligencia, toque el corazón y mueva la voluntad a cumplir los preceptos. El apóstol debe, pues, hablar con autoridad, en nombre de Dios, con sencillez para ser comprendido por to-

---

27 Io 7, 15.
28 Io 7, 46.
29 II, II, q. 177, a. 1.

das las almas, con unción sobrenatural para tocar los corazones y con fuerza para mover las voluntades hacia Dios.

Pues bien, la manera de enseñar de Jesús nos revela una autoridad soberana sólo igual a la sencillez y a la unción con la que comunica las más altas verdades; de aquí el poder del Evangelio y la profunda atracción que ejerce desde hace cerca de dos mil años pese a su austeridad y a sus exigencias.

La incomparable autoridad de Jesús se manifiesta por su poder de afirmación y por el ascendiente de su santidad. ¿Cómo afirma? No recurre a los procedimientos de la elocuencia humana que halaga al auditor, que intenta agradarle y cautivar su admiración más que esclarecerle; no hay el menor aparato oratorio en los sermones del Maestro. Evita incluso las consideraciones abstractas de los filósofos o las discusiones escriturísticas de los escribas, que tratan de los textos sagrados sin hacer sentir su vida. Jesús no argumenta. Habla con formas breves, claras, penetrantes: *Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo; tu mano, córtatela. Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os bendicen.* Son fórmulas que chocan a las pasiones desordenadas, asombran a la razón, pero que van directas al alma de buena voluntad. Suscitan esa buena voluntad en los que buscan la verdad, o que penetran como un rayo de luz, y son un reproche en los espíritus más exigentes y más rebeldes:

Cuanto quisiereis que os hagan a vosotros los

me ha enviado[43]. No le importan ni el título, ni los honores, ni el papel de doctor. De los escribas y de los fariseos dice: *Gustan de los primeros asientos en los banquetes y de las primeras sillas en las sinagogas, y de los saludos en las plazas, y de ser llamados por los hombres rabbi. Pero vosotros no os hagáis llamar rabbi, porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos*[44]. Y mientras los fariseos gustan sentarse en la cátedra de Moisés, ¿a quién va Jesús a evangelizar preferentemente? A los pobres; a los pobres tan despreciados por los sabios del paganismo. Junto con los milagros, es ello igualmente un signo de su mesianidad: *pauperes evangelizantur,* los pobres son evangelizados[45]. Isaías había anunciado: *Y me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos, y sanar a los de quebrantado corazón*[46]. Jesús predica, así, recorriendo el campo, a orillas del lago de Genesaret, bajo el pórtico de Salomón, sin aparato; nada en Él deja ver el arte ni el esfuerzo humano. *Mis palabras,* dice, *son espíritu y vida*[47].

Cosa asombrosa que se ha señalado varias veces: mientras más sublime es el objeto, más sosegado es el lenguaje de Nuestro Señor; la exaltación no se muestra absolutamente en nada. Como dice Bossuet[48]: *¿Quién no admiraría la condescendencia con que templa la altura de su doctrina? Es leche para los niños y, a la vez, pan para los fuertes. Se le ve lleno de los misterios*

---

43 Io 7, 16.
44 Mt 23, 6-9.
45 Mt 11, 5.
46 Is 61, 1.
47 Io 6, 64.
48 *Discours sur l'Histoire Universelle,* P. II, c. XIX.

de Dios, pero se ve que no está asombrado, como los otros mortales a los que Dios se comunica: habla de ello naturalmente, como habiendo nacido en ese secreto y en esa gloria: y lo que él tiene sin medida[49] *lo da con medida, a fin de que nuestra debilidad pueda soportarlo.*

Después de la Cena, dice a los Apóstoles: *Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa*[50]. Finalmente, con qué sencillez recomienda a los Apóstoles la humildad: *Él, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos*[51], entrará en la intimidad de Dios por la oración y por el amor. Así se concilian admirablemente en la manera de enseñar de Jesús la más alta autoridad, la sencillez y la humildad. ¡Qué complicada parece la abstracta doctrina de los filósofos al lado de esta eminente sencillez!

Finalmente, pese a la austeridad de sus consejos, Jesús habla con una unción totalmente

---

49 Io 3, 34.

50 Io 16, 12.

51 Mt 18, 3. Se trata aquí claramente de la segunda conversión, pues los Apóstoles están en estado de gracia, tres han estado en el Tabor y comulgarán antes de la Pasión. La segunda conversión de Pedro tendrá lugar al final de la Pasión, justo después de su negación. Comenzará entonces a entrar en la intimidad del reino de Dios y, aún más, en Pentecostés.

divina. Vemos realizarse en Él lo que Él dice: *la boca habla de la abundancia del corazón*[52]. Predica constantemente el amor por el que Dios nos amó primero, cuando aún éramos pecadores. Se siente que Él mismo desborda de caridad y quiere ardientemente nuestra salvación. Dice: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante*[53]. Su predicación es la buena nueva: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré*[54]. Esta unción, expresión de su bondad, es particularmente sensible en el diálogo con la Samaritana: *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría a ti agua viva..., que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna*[55]. Lo mismo cuando predica las bienaventuranzas y en su última conversación con los discípulos antes de la Pasión. Sus últimos sermones son como remansos de luz, como una ondulación luminosa que desciende del cielo para propagarse en círculos siempre más extensos sobre las generaciones venideras.

Esta unción divina, efecto de la gracia, hace prever la del Espíritu Santo, de quien se dice: *La unción que de Él habéis recibido... os lo enseña todo*[56]. No tiene nada de sentimentalismo romántico. Se acompaña de renunciamiento, lucha contra el pecado, contra el espíritu del mundo y el espíritu del mal: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz*

---

[52] Mt 12, 34.
[53] Io 10, 10.
[54] Mt 16, 28.
[55] Io 4, 10.
[56] 1 Io 2, 27.

y sígame[57]. Si a menudo Jesús dice que nos trae la paz, la unión con Dios, también dice que para obtener esa paz es necesario saber luchar contra todo lo que nos llevaría al mal, y en este sentido añade: *No vine a poner paz, sino espada*[58]. Los más amados por Dios tendrán que sufrir particularmente la persecución de los que no querrán recibir la buena nueva del Evangelio. Leemos en San Lucas[59]: *Se dividirán el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre, y la madre contra la hija, y la hija contra la madre.* Y en San Mateo: *Los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí*[60]. Se verán tales divisiones en las familias durante los tres siglos de persecución. Sentimos aquí todas las exigencias de la ley divina.

Es esta santa austeridad, unida a la humildad, lo que muestra el origen totalmente sobrenatural de la unción del Salvador. En ocasiones ha dicho a sus santos: *No tengas en cuenta los juicios favorables de los hombres, pues yo te amo con un amor perfecto. Pasé mi existencia en humillaciones, en vida oculta, en desprecio. Así glorificaba a mi Padre, establecía las bases de mi Iglesia y remediaba los males del orgullo. Es ése el camino que debes seguir*[61]. Es éste el estilo de Cristo, su propia manera de actuar.

Como muy bien dice Grou[62]: *Un maestro hu-*

---

57 Mt 16, 24; Lc 9, 23; 14, 27.

58 Mt 10, 34; Lc 12, 51.

59 Lc 12, 53.

60 Mt 10, 36.

61 Cfr. *Vie de la Vénérable Marie-Céleste Crostarosa*, por FAVRE, p. 152.

62 *L'intérieur de Jésus*, c. 24: Modo de enseñar.

hombres, hacédselos vosotros a ellos[30]. *Al que te hiere en una mejilla, ofrécele la otra, y a quien te tome el manto no le impidas tomar la túnica, ganarás el alma de tu hermano, le iluminarás y le salvarás.* Estas máximas son tan nuevas y tan bellas que no se vuelven a olvidar; permanecen en nosotros como la luz de nuestra conciencia que nos lleva al bien y que nos reprocha nuestro egoísmo.

Jesús afirma con la autoridad del Maestro supremo: *Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy*[31]. Se siente superior a cualquier juicio de los hombres, a todo examen, a toda crítica, a toda contradicción. Ningún otro ha empleado sus fórmulas: *Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz*[32]. *En verdad, en verdad os digo... yo hablo lo que he visto en el Padre*[33]. *Creéis en Dios, creed también en mí*[34]. *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida... aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vengo y a dónde voy*[35]. *Yo soy el camino, la verdad y la vida*[36]. No se podría concebir mayor autoridad doctrinal.

La autoridad de su vida venía a confirmar la de su inteligencia. A menudo, la conducta de los filósofos era contraria a su moral. El mismo

---

[30] Mt 7, 12; Lc 6, 31.
[31] Io 13, 13.
[32] Io 18, 37.
[33] Io 8, 38.
[34] Io 14, 1.
[35] Io 8, 12-14.
[36] Io 14, 6.

Moisés no tuvo toda la perfección que el Señor le pedía, y por ello no entró en la tierra prometida [37]. Jesús, en cambio, comenzaba por practicar perfectamente todo lo que enseñaba: *Coepit facere et docere* [38] y cumpliendo perfectamente los preceptos y los consejos sin ninguna imperfección, podía decir: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* [39]. *Porque yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho* [40]. *Si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor* [41]. Su palabra no era más que el reflejo de su conducta y nos pide incomparablemente menos que lo que ha hecho por nosotros: *Se humilló, hecho obediente hasta la muerte, muerte de cruz* [42]. Jamás la autoridad de la vida confirmó mejor la de la doctrina.

Y no es menos asombroso que la mayor sencillez se uniese íntimamente a esta soberana autoridad. Lo que destruye la sencillez en muchos maestros humanos es la falsa grandeza del orgullo, que es, en realidad, una pequeñez y una necedad. Jesús es demasiado grande para experimentar el menor orgullo por su inteligencia y por su vida; él es, en su grandeza, el modelo de la humildad: *Mi doctrina no es mía, sino del que*

---

37 Dt 32, 51.
38 Act 1, 1.
39 Io 8, 46.
40 Io 13, 15.
41 Io 15, 10.
42 Phil 2, 8.

me ha enviado[43]. No le importan ni el título, ni los honores, ni el papel de doctor. De los escribas y de los fariseos dice: *Gustan de los primeros asientos en los banquetes y de las primeras sillas en las sinagogas, y de los saludos en las plazas, y de ser llamados por los hombres rabbi. Pero vosotros no os hagáis llamar rabbi, porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos*[44]. Y mientras los fariseos gustan sentarse en la cátedra de Moisés, ¿a quién va Jesús a evangelizar preferentemente? A los pobres; a los pobres tan despreciados por los sabios del paganismo. Junto con los milagros, es ello igualmente un signo de su mesianidad: *pauperes evangelizantur*, los pobres son evangelizados[45]. Isaías había anunciado: *Y me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos, y sanar a los de quebrantado corazón*[46]. Jesús predica, así, recorriendo el campo, a orillas del lago de Genesaret, bajo el pórtico de Salomón, sin aparato; nada en Él deja ver el arte ni el esfuerzo humano. *Mis palabras*, dice, *son espíritu y vida*[47].

Cosa asombrosa que se ha señalado varias veces: mientras más sublime es el objeto, más sosegado es el lenguaje de Nuestro Señor; la exaltación no se muestra absolutamente en nada. Como dice Bossuet[48]: *¿Quién no admiraría la condescendencia con que templa la altura de su doctrina? Es leche para los niños y, a la vez, pan para los fuertes. Se le ve lleno de los misterios*

---

43 Io 7, 16.
44 Mt 23, 6-9.
45 Mt 11, 5.
46 Is 61, 1.
47 Io 6, 64.
48 *Discours sur l'Histoire Universelle*, P. II, c. XIX.

de Dios, pero se ve que no está asombrado, como los otros mortales a los que Dios se comunica: habla de ello naturalmente, como habiendo nacido en ese secreto y en esa gloria: y lo que él tiene sin medida[49] *lo da con medida, a fin de que nuestra debilidad pueda soportarlo.*

Después de la Cena, dice a los Apóstoles: *Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa*[50]. Finalmente, con qué sencillez recomienda a los Apóstoles la humildad: *Él, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos*[51], entrará en la intimidad de Dios por la oración y por el amor. Así se concilian admirablemente en la manera de enseñar de Jesús la más alta autoridad, la sencillez y la humildad. ¡Qué complicada parece la abstracta doctrina de los filósofos al lado de esta eminente sencillez!

Finalmente, pese a la austeridad de sus consejos, Jesús habla con una unción totalmente

---

49 Io 3, 34.

50 Io 16, 12.

51 Mt 18, 3. Se trata aquí claramente de la segunda conversión, pues los Apóstoles están en estado de gracia, tres han estado en el Tabor y comulgarán antes de la Pasión. La segunda conversión de Pedro tendrá lugar al final de la Pasión, justo después de su negación. Comenzará entonces a entrar en la intimidad del reino de Dios y, aún más, en Pentecostés.

divina. Vemos realizarse en Él lo que Él dice: *la boca habla de la abundancia del corazón*[52]. Predica constantemente el amor por el que Dios nos amó primero, cuando aún éramos pecadores. Se siente que Él mismo desborda de caridad y quiere ardientemente nuestra salvación. Dice: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante*[53]. Su predicación es la buena nueva: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré*[54]. Esta unción, expresión de su bondad, es particularmente sensible en el diálogo con la Samaritana: *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría a ti agua viva..., que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna*[55]. Lo mismo cuando predica las bienaventuranzas y en su última conversación con los discípulos antes de la Pasión. Sus últimos sermones son como remansos de luz, como una ondulación luminosa que desciende del cielo para propagarse en círculos siempre más extensos sobre las generaciones venideras.

Esta unción divina, efecto de la gracia, hace prever la del Espíritu Santo, de quien se dice: *La unción que de Él habéis recibido... os lo enseña todo*[56]. No tiene nada de sentimentalismo romántico. Se acompaña de renunciamiento, lucha contra el pecado, contra el espíritu del mundo y el espíritu del mal: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz*

---

52 Mt 12, 34.
53 Io 10, 10.
54 Mt 16, 28.
55 Io 4, 10.
56 1 Io 2, 27.

y sígame[57]. Si a menudo Jesús dice que nos trae la paz, la unión con Dios, también dice que para obtener esa paz es necesario saber luchar contra todo lo que nos llevaría al mal, y en este sentido añade: *No vine a poner paz, sino espada*[58]. Los más amados por Dios tendrán que sufrir particularmente la persecución de los que no querrán recibir la buena nueva del Evangelio. Leemos en San Lucas[59]: *Se dividirán el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre, y la madre contra la hija, y la hija contra la madre.* Y en San Mateo: *Los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí*[60]. Se verán tales divisiones en las familias durante los tres siglos de persecución. Sentimos aquí todas las exigencias de la ley divina.

Es esta santa austeridad, unida a la humildad, lo que muestra el origen totalmente sobrenatural de la unción del Salvador. En ocasiones ha dicho a sus santos: *No tengas en cuenta los juicios favorables de los hombres, pues yo te amo con un amor perfecto. Pasé mi existencia en humillaciones, en vida oculta, en desprecio. Así glorificaba a mi Padre, establecía las bases de mi Iglesia y remediaba los males del orgullo. Es ése el camino que debes seguir*[61]. Es éste el estilo de Cristo, su propia manera de actuar.

Como muy bien dice Grou[62]: *Un maestro hu-*

---

57 Mt 16, 24; Lc 9, 23; 14, 27.
58 Mt 10, 34; Lc 12, 51.
59 Lc 12, 53.
60 Mt 10, 36.
61 Cfr. *Vie de la Vénérable Marie-Céleste Crostarosa*, por FAVRE, p. 152.
62 *L'intérieur de Jésus*, c. 24: Modo de enseñar.

milde puede enseñar grandes cosas, pero las enseñará con humildad... Si pone el peso de la autoridad en lo que dice, en modo alguno será para hacerse valer, sino para revelar a aquel en cuyo nombre habla y para hacer más impresión en los espíritus. Tal fue Jesucristo en su enseñanza... Es imposible decir cosas tan elevadas y tan divinas de un modo más simple... Así enseñan los que tienen espíritu interior... Hablan con seguridad y, al mismo tiempo, con humildad, pues no hablan de sí mismos... Sus discursos, para los corazones bien preparados, tienen una persuasión, una eficacia que no puede provenir más que de la gracia que los ha dictado.

De aquí la profunda atracción del Evangelio, que choca y cautiva al mismo tiempo: choca a nuestras pasiones desordenadas y cautiva nuestra buena voluntad. Y sin embargo, este libro no fue escrito de modo inmediato por Nuestro Señor mismo. Como dice Santo Tomás [63], *convenía que el más grande de los maestros* (en lugar de escribir un libro) *imprimiese su doctrina en el corazón de sus discípulos* por la gracia de luz y de fortaleza que les concedía. Es el magisterio más elevado, el magisterio viviente. Por ello, tal como también lo señala Santo Tomás [64], *la nueva ley del Evangelio es primero escrita espiritualmente en los corazones de los fieles por la gracia del Espíritu Santo antes de serlo materialmente sobre piedra o pergamino.* Jesús se contentó con

---

[63] III, q. 42, a. 4.
[64] I, II, q. 106, a. 1: *Lex nova principaliter est lex indita, secundario autem est lex scripta.*

escribir en el alma de sus apóstoles una letra viva que ellos han hecho conocer al mundo: *Id y enseñad a todas las naciones.* Y de hecho, su doctrina se extendió, pese a mil dificultades, hasta las extremidades del mundo conocido por los antiguos.

Este poder de comunicación se ejerce hoy después de veinte siglos; así se verifica la afirmación: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*[65]. Sus palabras son, como decía San Pedro, *palabras de vida eterna*[66]. Hasta el fin del mundo, el Salvador suscitará vocaciones sacerdotales, para que siempre el Evangelio dé la salvación de las almas.

Mientras que los libros de los sabios griegos quedan en los estantes de las bibliotecas siendo consultados tan sólo por algunos letrados, el Evangelio, desde hace veinte siglos, es el alimento espiritual de millones de almas, y las sociedades modernos que reniegan de él, quedan, muy a su pesar, impregnadas por él. Mientras los filósofos más sinceros se reconocen impotentes para cambiar las disposiciones interiores de los hombres, Jesús, con unos pobres pescadores de Galilea, pese a tres siglos de persecución, ha logrado cambiar el ideal moral de la humanidad[67]. Mediante su gracia, ha dado a multitud de almas el amor al bien; a muchos, el impulso sobrenatural hacia el sacrificio, y ha extendido por todos los pueblos maravillosas flores de santidad. El martirologio cristiano, que se lee todos los días en el oficio después de *Laudes*, es un gran mo-

---

65 Mt 24, 35.
66 Io 6, 68.
67 Cfr. SANTO TOMÁS, *C. Gentes*, l. I, c. 6.

tivo de credibilidad, un signo inmenso del origen divino de la doctrina de Jesús.

Ningún otro ha podido conservar así una doctrina siempre viva a través de los siglos por una raza inmortal de discípulos, de suerte que, después de dos mil años, nosotros siempre reconocemos en ella *las palabras de vida eterna.*

Cuando se lee con recogimiento el Evangelio, uno se pregunta cómo el Salvador pudo reunir en su enseñanza, en su modo de predicar, cualidades tan diversas: la soberana austeridad, tan penetrada de humildad, la unción que conmueve y la austeridad que exige. La íntima unión de cualidades tan diferentes no se puede explicar naturalmente. La naturaleza nos determina en un sentido, el de nuestro temperamento, que tiene necesidad de ser completado por la virtud. En Jesús, la unión de cualidades tan diversas no puede ser más que el efecto de una altísima virtud y de una altísima contemplación; en otros términos, de una gracia absolutamente excepcional.

Remontémonos ahora a la fuente en la que Jesús bebía ese poder doctrinal y ese ascendiente.

La contemplación del Salvador, superior a cualquier otra, según el Evangelio de San Juan

¿Bajo qué luz contemplaba Jesús lo que enseñaba? Para darnos cuenta, vayamos a Él; veamos a continuación lo que Jesús nos dijo sobre sí mismo en el Evangelio de San Juan, sobre su visión de las cosas divinas.

Los mayores genios del paganismo, como Platón y Aristóteles, contemplaban su doctrina a la

luz natural de la inteligencia, en la de los primeros principios, abstraídos de las cosas sensibles, y en el espejo de esas cosas el poder de su mirada descubría un reflejo de las perfecciones divinas. Así enseñaban que Dios es el Ser primero, la suprema Inteligencia que lo ha ordenado todo, y el soberano Bien; pero, en medio de sus afirmaciones, aún quedaban muchas incertidumbres y oscuridades.

Los profetas del Antiguo Testamento contemplaban la doctrina que anunciaban bajo la luz profética, unida a la luz sobrenatural de la fe, incomparablemente superior a la luz natural de la inteligencia con la que fueron dotados los más grandes pensadores de la filosofía griega. Así, Isaías preveía al Salvador prometido: *Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre sus hombros la soberanía, y que se llamará Maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz*[68].

Pero la luz profética y la de la fe infusa siguen siendo oscuras, en el sentido de que no nos proporcionan la evidencia de los misterios sobrenaturales; sólo hacen que nos adhiramos al testimonio infalible de Dios. Del mismo modo que las más altas estrellas no bastan para manifestarnos las últimas profundidades del firmamento, la luz infusa de la profecía y la de la fe no bastan para esclarecernos lo que San Pablo llama *las profundidades de Dios*[69], su vida íntima, que sólo nos será claramente conocida en el cielo. Sin duda, los dones del Espíritu Santo, dones de inteligencia y de sabiduría, nos dan

68 Is 9, 5.
69 Cor 2, 10.

un conocimiento viviente, como experimental, de los misterios sobrenaturales que nos hacen penetrar en la gloria y gustarla, pero, sín embargo, no salimos mediante ellos de la oscuridad de la fe.

Como los profetas, los Apóstoles recibieron la luz profética y la de la fe infusa en alto grado. Uno de ellos, San Pablo, el Apóstol de los Gentiles, incluso recibió con vistas a su ministerio excepcional una gracia de luz especial, absolutamente extraordinaria, que describe así: *Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años —si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, tampoco lo sé, Dios lo sabe— fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir*[70]. San Pablo parece referirse aquí al éxtasis mencionado en los Hechos de los Apóstoles, en donde se da cuenta de estas palabras del gran convertido: *Cuando volví a Jerusalén, orando en el templo tuve un éxtasis, y vi al Señor, que me decía: Date prisa y sal de Jerusalén, porque éstos no recibirán tu testimonio acerca de mí*[71].

Cuando dice que fue raptado al tercer cielo, entiende, como los hebreos, el cielo espiritual en donde Dios habita, el empíreo, por encima del cielo del aire y hasta por encima del cielo de los astros. Tal como pensaron San Agustín y Santo Tomás[72], es, pues, probable, que San Pablo quiera decir que fue elevado, por un corto momento, a la visión beatífica de la esencia divina. Parece claro, dicen estos grandes Doctores que habían recibido ellos mismos grandísimas gracias de

---

70 2 Cor 12, 2.

71 Act 22, 17 ss.

72 *De Genesi ad litteram*, 12, 28 ecc.; II, II, q. 175, a. 3, 4, 5.

contemplación[73], que Pablo, en ese corto momento, contempló *lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó... lo que Dios ha preparado para los que le aman*[74]. A consecuencia de este éxtasis, el gran Apóstol tenía una convicción tan profunda de la verdad de la doctrina divina que predicaba, que esa convicción superaba siempre las palabras más elevadas que le venían a los labios. Los términos sublimes abundan en su pluma, a veces se precipitan como un torrente que desciende de las montañas, y no pueden expresar lo que ha visto. Sus más excelsas palabras no son más que la moneda en la que se divisa una intuición superior para adaptarse a nuestras inteligencias. A veces, por desgracia, hay más en los labios del predicador que en su fe y en su corazón, y la predicación es entonces teatral, enfática y ampulosa. Por el contrario, San Pablo sabía más de lo que podía decir. Siempre había más en su alma que en sus labios; el espíritu dominaba la letra y la vivificaba.

Hablaba de lo que había contemplado en Dios. Santo Tomás dice que *la predicación debe derivar de la plenitud de la contemplación*[75] para ser vivificante y santificante, para recordar algo ese *ignitum eloquium*, esa palabra de fuego de la que se habla en los Salmos[76]. Para hablar de la vista que se goza sobre el Mont Blanc es necesario haber subido allí, no basta haber hojeado una guía de los Alpes. Para hablar de una manera

---

73 La autoridad de los que rechazan esta opinión es mínima comparada con la de Agustín y la de Tomás de Aquino.

74 1 Cor 2, 9.

75 II, II, q. 188, a. 6.

76 Ps 118, 140.

extremadamente luminosa y viva de Dios y de la Encarnación redentora, Pablo fue elevado, al menos un instante, a la cima de la contemplación divina. Por ello fue el gran Doctor de los gentiles, encargado de transmitirles por primera vez la palabra del Maestro.

Pero si Pablo fue elevado al menos por un instante a la contemplación de la esencia divina, ¿qué decir del propio Jesús?

Jesús, muy ciertamente, por su inteligencia divina, no dejaba de ver a Dios; aún más, su inteligencia divina, común a las tres Personas, se identifica sin ninguna distinción real con la esencia divina siempre conocida; la persona del Verbo es *el esplendor de la luz eterna, candor et lucis aeternae*[77], *la irradiación de la gloria del Padre*[78].

Pero, por su inteligencia humana, ¿sólo en la oscuridad de la fe alcanzaba habitualmente Jesús los misterios sobrenaturales de los que hablaba, la profundidad de Dios, que nos ha hecho conocer oscuramente? ¿Tuvo solamente, como San Pablo, algunos instantes de éxtasis, ignorando muchas cosas sobre el reino de Dios?

El magisterio infalible de la Iglesia ha respondido en parte a esta cuestión. Definió, contra la herejía de los agnoitas, que Jesús como hombre no ignoró nada referente al reino de Dios[79], que

---

77 Sap 7, 26.

78 Heb 1, 3.

79 Cfr. Dz., 248. *Declaratio S. Gregorii* I, an. 600: *Omnipotens Filius nescire se dicit diem (judicii) quem nesciri facit, non quod ipse nesciat, sed quia hunc sciri minime permittat... Diem ergo et horam judicii scit Deus et homo; sed ideo, quia Deus est homo. Res autem valde manifesta est, quia quisquis Nestorianus non est, Agnoita*

se consumará en el cielo y que comprende a todos los elegidos, ángeles y hombres. ¿Puede ignorar algo referente a su función aquel que, como hombre, es la cabeza del reino de Dios? ¿Puede ignorar el día del juicio y el número de los elegidos por los que merece? La Iglesia nos dice que tal ignorancia no pudo darse en Él.

Pero, ¿bajo qué luz la inteligencia humana de Cristo conocía aquí en la tierra todas las cosas del reino de Dios? ¿Sólo a la luz profética unida a la de la fe, o bajo una luz más alta? ¿Estaba privada el alma santa del Salvador, durante su vida terrena, de la luz de gloria por la que los santos ven a Dios cara a cara en el cielo? Si es probable que aquí en la tierra San Pablo recibiese al menos por un instante esa luz, ¿qué hay que decir del alma santa de Cristo?

Los teólogos responden comúnmente: *Bajo la luz de la visión beatífica Jesús veía lo que enseñaba*[80]. La contemplación que parece haber tenido San Pablo durante un éxtasis, Jesús la poseyó en grado muy superior durante toda su vida terrena. Su contemplación desde aquí abajo no era inferior a la que los santos gozan en el cielo. Es ésta, sobre todo desde el siglo XII, la enseñanza común de los teólogos, y la Iglesia ha declarado que sería temerario negarla[81].

---

esse nullatenus potest... Scriptum est: Sciens Jesus, quia omnia dedit ei Pater in manus (Io 13,3). *Si omnia, profecto et diem judicii et horam. Quis ergo ita stultus est ut dicat quia accepit Filius in manibus quod nescit?*

80 No es algo sin importancia el que todos los teólogos estén de acuerdo en este punto, ya sean tomistas, escotistas, de Suárez o molinistas. Su desacuerdo sobre lo que es discutido muestra el precio de su acuerdo en lo que no lo es.

81 Cfr. Dz., 2183 ss. El Santo Oficio, por un decreto

¿En qué se funda esta doctrina comúnmente admitida por la Iglesia?

Se funda, en primer lugar, en muchas frases de Jesús. En San Juan[82] dice a Nicodemo, hablándole de la regeneración espiritual: *En verdad te digo que nosotros hablamos de lo que sabemos, y de lo que hemos visto damos testimono; pero vosotros no recibís nuestro testimonio. Si hablándoos de cosas terrenas no creéis, ¿cómo creeríais si os hablase de cosas celestiales? Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo.*

En estas palabras, *lo que sabemos* es sinónimo de *lo que hemos visto,* como se dice inmediatamente después. Ahora bien, Jesús habla como hombre; es, pues, también en cuanto hombre como ve a Dios y lo que está en el cielo. ¿No debe corresponder el testimonio al conocimiento del que deriva?

Y como en el instante en el que habla Jesús las almas de los justos difuntos esperan su entrada en el cielo, dice, como acabamos de ver: *Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo.* Jesús está, pues, ya en el cielo, no sólo como Hijo de Dios, por su divinidad y su inteligencia divina, sino como *Hijo del hombre,* por su inteligencia humana. No sólo estará en el cielo después de

---

del 5 de junio de 1918, respondió que no se podía enseñar sin temeridad *(non posse tuto doceri)* las proposiciones siguientes: *Non constat fuisse in anima Christi inter homines degentis scientiam, quam habent beati seu comprehensores. Nec certa dici potest sententia quae animam Christi nihil ignoravisse, sed ab initio cognovisse in Verbo omnia, praeterita, praesentia et futura, seu omnia quae Deus scit scientia visionis.*

[82] Io 3, 11.

su muerte, su resurrección y su ascensión, sino que ya lo está. Lo que equivale a decir que desde ahora, por su inteligencia humana, ve a Dios cara a cara, sin intermediario ninguno. Pues el cielo no es otra cosa que la patria espiritual en donde los bienaventurados gozan de la visión inmediata de Dios, o de la vida eterna, que consiste en ver a Dios como Él se ve y en amarle como Él se ama. También la tradición dice comúnmente que Jesús, desde aquí abajo, era al mismo tiempo *viator et comprehensor*, viajero hacia la eternidad y comprensor o bienaventurado, poseyendo ya la vida eterna [83].

Jesús dice también en San Juan [84]: *Todo el que oye a mi Padre y recibe su enseñanza, viene a mí; no que alguno haya visto al Padre, sino sólo el que está en Dios, ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene la vida eterna.* Jesús dice aquí que los creyentes han oído al Padre su palabra, pero que no le han visto; mientras que Él, que viene de Dios, ha visto al Padre; así, pues, Él es más que un creyente, no está reducido a creer en Dios, a creer en su propia divinidad y personalidad divina; posee más que la fe, posee la visión que tienen en el cielo los bienaventurados [85]. Hay una inmensa diferencia entre creer y ver.

Del mismo modo, en la oración sacerdotal, al rezar por sus discípulos, Jesús dice: *Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo*

---

[83] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 15, a. 10.

[84] Io 6, 45.

[85] Se sigue de aquí que la fe más alta que jamás haya existido fue la de María, sobre todo al pie de la cruz; fe superior a la que tuvieron los ángeles en su corto viaje hacia la eternidad.

estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo [86].

Estas últimas palabras son singularmente expresivas: *Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo* (es decir, en el cielo) *estén ellos también conmigo.* Los Apóstoles tienen ya la fe sobrenatural; Jesús pide para ellos la visión beatífica, Jesús pide para ellos la visión de la esencia divina y de la gloria que le ha sido dada a Él mismo como hombre y que se deriva de la gloria increada o beatitud esencial que goza como Dios. Pide para sus Apóstoles la gracia consumada que Él tiene ya, es decir, la vida eterna que consiste en ver a Dios y a Aquel al que Él ha enviado [87].

De esta forma han entendido San Juan Bautista y después San Juan Evangelista el testimonio del Maestro. San Juan Bautista dice a los discípulos de Jesús [88]: *Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado ante Él... preciso es que Él crezca y yo mengüe. El que viene de arriba está sobre todos. El que procede de la tierra es terreno y habla de la tierra* [89]*; el que viene del cielo da testimonio de lo que ha visto y oído, pero su testimonio nadie lo recibe... porque aquel a quien Dios ha enviado habla palabras de Dios,*

---

86 Io 17, 24.

87 Cfr. Io 17, 3: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo.*

88 Io 3, 28-36.

89 *Qui est de terra, de terra est,* es el principio de contradicción o de identidad aplicado al orden de las cosas espirituales para mostrar cómo difieren de las cosas terrenas. La carne es carne, el espíritu es espíritu, no hay que confundirlos.

pues Dios no le dio el Espíritu con medida[90]. El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna, la vida eterna que ya ha comenzado.

Este testimonio de San Juan Bautista no es menos elevado que el de San Juan Evangelista en el prólogo del cuarto Evangelio[91]: *A Dios nadie le vio jamás; Dios unigénito, que está en el seno del Padre, éste le ha dado a conocer.*

¿No es esto decir que, por oposición a los profetas, que no habían visto a Dios, el Hijo unigénito lo ha visto y que lo ha visto como hombre, pues como hombre lo ha hecho conocer? Esta visión es el principio de su testimonio, testimonio incomparablemente superior a todos los precedentes.

San Juan dice en su primera Epístola[92]: *Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es.* Entonces será escuchada la oración sacerdotal de Jesús: *Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que Tú me has dado.*

Mientras más se detiene uno en la contemplación del sentido literal de estas palabras de Cristo, más se capta en la oscuridad de la fe la verdad de que el Salvador poseía, aquí en la tierra, la luz de gloria, luz de la que dio una señal ma-

---

90 Dios le habría dado el Espíritu con medida, si, aquí en la tierra, Jesús, como hombre, sólo hubiese tenido el conocimiento oscuro y limitado de la fe infusa y no el de la visión.

91 Io 1, 18.

92 1 Io 3, 2.

nifiesta a tres de sus discípulos en el Tabor el día de la Transfiguración, cuando, por algunos instantes, esa luz resplandeció en su cuerpo.

¿No es esto, en fin, lo que dice San Pablo: *Y plugo al Padre que en Él habitase toda la plenitud*[93]... *En Él se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia?*[94]. *Para que podáis comprender... cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad*[95]. *Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos, que, siendo la irradiación de su gloria y la impronta de su substancia... hecho tanto mayor que los ángeles cuanto heredó un nombre más excelente que ellos*[96]. Si Jesús fue constituido aquí en la tierra heredero de todo, gozó aquí en la tierra de la herencia eterna. Sin esto, su inteligencia humana hubiese estado menos iluminada que la de los ángeles, a los que llamaba ya sus ángeles o sus ministros en el reino de Dios. Finalmente, si Jesús no hubiese tenido aquí en la tierra la visión beatífica, habría sido más perfecto al recibirla después de su muerte, su caridad habría crecido con el conocimiento de Dios, lo que es contrario a la enseñanza de toda la Tradición, enseñanza según la cual *non melioratus est Christus, Cristo no se hizo mejor o más perfecto*[97]. No pasó, pues, de

---

[93] Col 1, 19.
[94] Col 2, 3.
[95] Eph 3, 18.
[96] Heb 1, 1-14.
[97] Cfr. *Concilium Constantinopolit. II, oecum.* V, ann. 553, Dz. 224.

la fe a la visión de la esencia divina; en ese instante, su caridad o su amor de Dios habría aumentado al igual que la gracia habitual creada, lo que es contrario a toda la enseñanza tradicional relativa a la plenitud absoluta de gracia que recibió desde el primer instante de su concepción [98].

La contemplación del Salvador según la teología

¿Puede precisar aún más la teología el alcance de las palabras escriturísticas que acabamos de citar?

Lo hace con argumentos de altísima conveniencia, que Santo Tomás expuso admirablemente [99]; Jesús, dice, debía tener aquí en la tierra la visión que poseen millares de bienaventurados en el cielo. En efecto, todo ser inteligente debe tener la ciencia que conviene a su estado; es el caso del médico, del magistrado, del sacerdote. Demasiado a menudo, ciertamente, hombres incapaces, imprevisores, ocupan muy altas funciones con gran detrimento de aquellos a los que dirigen. Pero no puede ocurrir lo mismo con aquellos inmediatamente elegidos por Dios para ser sus ministros extraordinarios en la transmisión de la revelación. La Providencia estaba obligada a dar a Jesús una ciencia o conocimiento proporcionado a su misión.

Ahora bien, la misión de Jesús es la del Maestro de la humanidad, encargado de conducirla a

---

98 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 7, a. 12: *Gratia Christi non potuit augeri, quia Christus, secundum quod homo, a primo instanti suae conceptionis fuit verus et plenus comprehensor.*

99 III, q. 10, a. 4.

la vida eterna. Fue constituido como Maestro de maestros, de los Apóstoles, de los Doctores, de los más grandes contemplativos, y esto para siempre. Después de Él ningún otro más esclarecido debe venir para enseñarnos mejor el camino que lleva a la beatitud eterna. ¿No debe el Maestro perfecto tener la evidencia de lo que enseña, sobre todo si es Él mismo *el Camino, la Verdad y la Vida?*

La divina Providencia estaba, pues, obligada a dar a Jesús la evidencia de los misterios sobrenaturales que enseñaba, y esa evidencia no puede ser más que la de la visión del cielo.

El gran Sembrador de verdad, encargado de decir a todas las generaciones humanas hasta el fin de los tiempos las palabras de vida eterna, debía conocer aquí en la tierra la vida eterna. Conocía la esencia divina *non per speculum in aenigmate,* no en un espejo y oscuramente, sino *facie ad faciem,* cara a cara, según la expresión de San Pablo [100].

La esencia divina que probablemente San Pablo vio por un corto momento, Jesús, por su inteligencia humana, la veía siempre aquí en la tierra sin tener necesidad de interrumpir su conversación con sus apóstoles. Estaba por encima del éxtasis, y su palabra era tan luminosa porque su inteligencia estaba perpetuamente iluminada por ese sol espiritual que no se eclipsó nunca, ni siquiera en el sueño, ni en la hora tenebrosa de la Pasión.

Millares de almas en el cielo gozan de esa contemplación y sólo han llegado a ella por los méritos de Jesucristo. ¿Podía, pues, estar privado

---

100 1 Cor 13, 12.

de lo que dio a otros por sus méritos? El Maestro de toda la humanidad debía poseer la visión del fin hacia el que la conducía. Tal es la principal razón dada por Santo Tomás.

Además, existe una segunda razón: tal visión le convenía para que tuviese claramente conciencia de su propia divinidad y no estuviese reducido a creer en ella oscuramente. Aún no podemos nosotros darnos cuenta plenamente de la inmensa diferencia que hay entre creer y ver; tendremos clara conciencia de ello en el instante de nuestra entrada en el cielo.

Finalmente, una tercera razón: como dice San Pablo[101], *Jesús es el heredero natural de Dios;* Jesús, incluso como hombre, es Hijo de Dios por naturaleza y no por adopción como nosotros. Pues bien, el heredero natural goza inmediatamente de su herencia. Poseyó, pues, la vida eterna por derecho de nacimiento. La plenitud de gracia que recibió en el instante de su concepción debía florecer así desde ese instante; de lo contrario, Jesús habría sido más perfecto después, y en oposición, ya lo hemos visto, con lo que dice el segundo Concilio de Constantinopla[102], su caridad y su amor de Dios habrían aumentado luego, cuando hubiese salido de la oscuridad de la fe y hubiese recibido la luz de gloria.

La visión beatífica que gozaba la cumbre del alma de Cristo aquí en la tierra no era incompatible con el hecho de que Jesús fuese aún, en

---

101 Heb 1, 2: *... a quien constituyó heredero de todo.*
102 Cfr. *Concilium Constantinopolit. II,* oecum. V, ann. 553. Dz. 224.

cierto sentido, viajero hacia la eternidad. Caminaba hacia la vida eterna con su cuerpo mortal, sujeto aún al sufrimiento; también con su alma, en tanto que también ella era aún capaz de sufrir y conocía, como nosotros, por la ciencia adquirida que es fruto de la experiencia y de la reflexión. De este modo, Jesús era al mismo tiempo *viator et comprehensor:* bienaventurado por la cumbre de su alma santa, y viajero por las partes menos elevadas en contacto con las durezas de su vida de Salvador y de Víctima[103].

No perdió, incluso durante su Pasión, la visión beatífica, pero libérrimamente impedía la irradiación de la luz de gloria sobre la razón inferior y las facultades sensitivas; no quería que esa luz y la alegría que de ella se deriva suavizasen, fuera en lo que fuera, la tristeza que le venía de todas partes, y se abandonaba plenamente al dolor para que el holocausto fuese perfecto[104]. Del mismo modo, aunque de un modo mucho menos perfecto, los mártires, en medio de sus sufrimientos, se regocijan por dar su sangre en testimonio de su fe en Cristo.

¿Qué contemplaba la inteligencia humana de Jesús bajo la luz de gloria? La esencia divina, la Santísima Trinidad, a la que conocía ya mucho más perfectamente que los ángeles, pues su santa alma estaba, por la unión personal con el Verbo, mucho más cerca de Dios. También contemplaba en la esencia divina todo lo que concernía a su misión universal de Cabeza del Reino

---

[103] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 15, a. 10.
[104] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 46, a 8, ad 2.

de Dios, de los hombres y de los ángeles, de juez de vivos y muertos. Es decir, conocía ya en Dios a todas las criaturas, a todas las almas, todo lo que han hecho, hacen y harán. Conocía el número de los elegidos, en qué día y a qué hora ese número se completará; en otros términos, cuál será la hora del fin del mundo. Tampoco ignoraba nada del mundo angélico, pues los ángeles son sus ministros en el reino de su Padre: ha dicho que son *sus ángeles* y que los enviará el último día para reunir a los elegidos [105].

Desde luego, se comprende lo que escribió San Juan de la Cruz para los contemplativos en *La subida al Monte Carmelo* [106]: *No es voluntad de Dios que las almas quieran recibir por vía sobrenatural cosas distintas de visiones, locuciones, etcétera... Se usaba el dicho trato con Dios en la Ley Vieja y era lícito... Pero una vez fundada la fe en Cristo y manifiesta la ley evangélica en esta era de gracia, no hay para qué preguntarle de aquella manera... Porque en darnos, como nos dio, a su Hijo, que es una palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez... Porque lo que hablaba antes en partes a los Profetas, ya lo ha hablado en Él todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiere preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o*

---

105 Mc 13, 27: *Y enviará a sus ángeles, y juntará a sus elegidos de las cuatro partes del mundo, del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.*

106 L. II, c. 20.

novedad... Pon los ojos sólo en Él, porque en Él te lo tengo dicho todo, dice el Padre, y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas. Porque tú pides locuciones y revelaciones, en parte; y si pones en Él los ojos, lo hallarás en todo; porque Él es toda mi locución y mi respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación; lo cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándoosle por hermano, compañero y maestro, precio y premio; desde aquel día que bajé con mi espíritu sobre Él en el monte Tabor, diciendo: Éste es mi amado Hijo, en que me he complacido: a Él oíd (Mat 17, 5).

Jesús es el Maestro de los maestros, el de los más grandes contemplativos; veía de modo inmediato en la esencia divina lo que enseñaba y, por este motivo, cuanto más avanzan las almas, más abandonan los demás libros para no alimentarse más que del Evangelio o de las palabras del Salvador.

En un orden inferior al de la visión beatífica, Jesús tenía también ciencia infusa, ciencia que poseen los ángeles y que en ocasiones se otorga en una cierta medida a los santos, cuando por ejemplo, como los Apóstoles en Pentecostés, predican en una lengua extranjera sin haberla aprendido. Jesús conocía incluso los diversos dialectos mejor que los conocieron los Apóstoles por la gracia de Pentecostés [107].

---

107 Según diversos teólogos, la ciencia infusa permitió a Cristo merecer desde el primer instante de su vida, cuando aún no tenía conocimiento adquirido e, igualmente, más tarde, merecer durante el sueño, pues

Finalmente, Cristo Jesús tuvo, como todos los hombres, el conocimiento experimental, conocimiento que adquirió pronto mediante el ejercicio de sus sentidos y de su inteligencia. Era en Él una perfección más, que no resultaba inútil por sus conocimientos superiores, pues incluso si le hacía conocer las mismas cosas, le hacía conocerlas de otro modo. Preveía con mucha antelación y de modo infalible, que sería crucificado tal día, a tal hora; pero cuando llegó el momento de la crucifixión, la experiencia del dolor le enseñó, en un cierto sentido, algo nuevo que ninguna previsión podía revelarle en el mismo grado. Así, dice San Pablo: *Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia, y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna*[108].

Tal fue aquí en la tierra la contemplación de la inteligencia humana de Cristo bajo la iluminación de su inteligencia divina. Oremos pensando en la luz de su alma santa, en las riquezas so-

---

la ciencia infusa no supone necesariamente el concurso de la imaginación (III, q. 11, a. 2).

Sin embargo, tal como dicen JUAN DE SANTO TOMÁS *(De Incarnatione,* d. 17, a. 3, n. 14) y los Salmaticenses (*De Incarnatione,* disp. 27, dub. 3, 55), Jesús pudo merecer incluso por los actos de amor regulados inmediatamente por la visión beatífica. En efecto, ésta deja la libertad de amar a Dios, si no en sí mismo y por Él mismo, al menos en tanto que Él es la razón de amar a las criaturas. Así, Dios se ama necesariamente y libremente quiere crear para manifestar su bondad. Así, también los bienaventurados, amando necesariamente a Dios visto cara a cara, ruegan libremente por nosotros. Ver más adelante el capítulo sobre *La libertad de Cristo.*

108 Heb 5, 8.

brenaturales que contiene desde el primer instante de su vida. Nos conocía de antemano y conoce toda nuestra existencia tal y como está en el libro de vida. Sabía y sabe todas las influencias hereditarias que han contribuido a formar nuestro temperamento, conoce todas nuestras aptitudes naturales, todas las gracias sobrenaturales que hemos recibido y las que hemos rehusado. Ve todos nuestros actos pasados, presentes y futuros. Ve lo que será nuestra alma dentro de treinta años, de trescientos años, de tres mil años. Conoce nuestras faltas mucho mejor que nosotros y la profunda humildad que debería ser su feliz consecuencia. Sabe la hora exacta y las circunstancias de nuestra muerte y lo que para cada uno de nosotros le seguirá.

Señor, Jesús, danos tu luz en la oración, llévanos de la meditación razonada de tus perfecciones a la oración del corazón que nos unirá más íntimamente a Ti. Tú eres el buen Pastor que conduce a sus ovejas a los pastos eternos. Haz que se realicen en nosotros tus palabras: *Las ovejas oyen la voz del pastor, y él llama a las ovejas por su nombre y las saca fuera... Yo soy el buen Pastor y conozco a las mías, y las mías me conocen a mí... Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa*[109].

---

109 Io 10, 3-14; 27-30.

Capítulo XIII

LA VOLUNTAD HUMANA DEL SALVADOR. SU IMPECABLE LIBERTAD

Sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio.

Según el mandato que me dio el Padre, así hago.

(Io 14, 31.)

Después de haber hablado de la inteligencia humana y de la contemplación de Jesús, es necesario considerar su voluntad humana y la perfección eminente de su libertad.

Es verdad definida por la Iglesia que Jesús tuvo dos voluntades, como tuvo dos inteligencias: una voluntad divina e increada, propiedad de su naturaleza divina, y una voluntad humana, propiedad de su naturaleza humana [1]. En efecto, si no hubiese tenido, por debajo de su voluntad divina, una voluntad humana, no hubiera sido verdadero hombre y no habría podido obedecer, ni merecer, pues la obediencia y el mérito suponen la sumisión de una voluntad inferior a otra más elevada.

[1] Cfr. el III Concilio de Constantinopla, contra los monotelistas, definición de las dos voluntades de Cristo. Dz. 289.

El misterio

La voluntad humana de Jesús contiene una altísima perfección y un gran misterio: su voluntad era, aquí en la tierra, impecable y, sin embargo, perfectamente libre al obedecer y al merecer.

Jesús no sólo no desobedeció de hecho a su Padre, sino que no podía desobedecerle, era impecable, impecable en razón de su personalidad divina, en razón de la plenitud inamisible de gracia y en razón de la visión beatífica: por estas tres razones era absolutamente impecable; y sin embargo, obedecía libremente, con una libertad perfecta, que no sólo es espontaneidad, sino que es ausencia de necesidad en la elección *(libertas non solum a coactione, sed a necessitate)*[2].

---

[2] El animal actúa espontáneamente cuando se encamina al alimento que le conviene, pero no actúa libremente, está necesitado por su instinto. En otro orden, infinitamente superior, Dios se ama espontánea y necesariamente, no libremente. Los bienaventurados que ven a Dios le aman espontánea, pero necesariamente, con un amor superior a la libertad, pues están infaliblemente extasiados por la bondad divina inmediatamente conocida como es en sí; cfr. SANTO TOMÁS, I, II, q. 4, a. 4: *Voluntas videntis Dei essentiam ex necessitate amat quidquid amat sub ordine ad Deum,* y q. 5, a. 4.
El mérito, que ya no existe en el cielo, no sólo supone la espontaneidad, sino la verdadera libertad, la ausencia de necesidad en la elección y el amor. Por ello la Iglesia ha condenado la proposición jansenista: *Ad merendum et demerendum in statu naturae lapsae non requiritur in homine libertas a necessitate, sufficit libertas a coactione* (Dz. 1094). El libre arbitrio psicológico tampoco es la liberación moral del desorden, pues puede existir sin ella y ella puede existir sin él, como

¿Cómo es libre y meritoria la obediencia cuando no es posible la desobediencia?

Este misterio es tan grande a los ojos de algunos teólogos que, no sabiendo cómo evitar la contradicción, han pretendido que Jesús no había recibido de su Padre el precepto, la obligación de morir por nosotros. Su Padre sólo le habría sugerido, aconsejado el sacrificio sin obligarle, y Jesús lo habría aceptado libremente.

Este modo de ver, extraño a la doctrina de los grandes maestros, no tiene ningún fundamento en la Escritura. Por el contrario, en muchas ocasiones en el Evangelio Jesús habla del precepto que ha recibido de su Padre, precepto de morir por nosotros: *Nadie me quita la vida, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido*[3]. Del mismo modo, después de la Cena, justo antes de la Pasión, Jesús dice: *Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque viene el príncipe del mundo, que en mí no tiene nada; pero conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago*[4]. San Pablo habla de esta orden, y no sólo de un consejo, cuando dice a los filipenses que Cristo

---

en el amor que los bienaventurados tienen a Dios contemplado cara a cara.

[3] Io 10, 17. En este texto de San Juan se afirma el precepto de morir por nosotros e inmediatamente antes la libertad con la que Jesús cumplió ese precepto. San Agustín dice también que por estas palabras Jesús muestra que dio su vida porque quiso, cuando quiso, como lo quiso: *Quia voluit, quando voluit, quomodo voluit* (*De Trin.*, l. IV, c. 13, n. 16).

[4] Io 14, 30.

se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz[5].

Por lo demás, Jesús habló de otros preceptos divinos que constituían una obligación para su libertad humana: *Si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor*[6].

¿Cómo, pues, se concilia la libre y meritoria obediencia de Jesús con su absoluta impecabilidad?

En la tierra, para nosotros siempre existirá aquí un misterio, pero esto sólo les parece imposible a los que conciben la libertad a la manera del mundo y no a la manera de los santos. La libertad, según el mundo, es tanto la de desobedecer como la de obedecer, es tanto la del mal como la del bien. La verdadera libertad, según los santos, no es la de desobedecer, sino sólo la de obedecer, no es la del mal, sino sólo la del bien. Pues bien, la libertad del bien es soberana en Jesús.

La libertad, según el mundo, es el poder escoger entre el bien y el mal, entre el deber y el capricho del egoísmo, entre la obediencia y la rebeldía. Es el poder decir como el demonio: *Non serviam:* No serviré; con este criterio, es lo lo mismo pretender que la razón es la facultad de conocer lo falso tanto como lo verdadero.

Si se comprende así la libertad, es evidente que no se puede entender cómo Jesús era libre, Él, que jamás se sustrajo a la autoridad divina, a los preceptos de su Padre, y que no podía sustraerse.

---

5 Phil 2, 8.
6 Io 15, 10.

Pero como la razón es la facultad de conocer lo verdadero y no lo falso, aunque se puede hacer un mal uso de ella juzgando mal, así, la verdadera libertad, según Dios y los santos, es el poder escoger, no entre el bien y el mal, sino entre varios bienes cuya atracción no necesita a la voluntad [7]. Tal es el libre arbitrio que existe en Dios, en el alma santa del Salvador y en el cielo de los bienaventurados.

Para entenderlo bien, elevémonos un instante a la contemplación de la libertad impecable de Dios; comprenderemos seguidamente que la libertad humana de Jesús es la imagen más pura, en el orden creado, de la libertad divina.

La libertad impecable de Dios

Es claro que Dios es a la vez soberanamente libre y absolutamente impecable. En modo alguno tiene la libertad de pecar, es decir, de desviarse de sí mismo, de su divina bondad, a la que ama necesariamente. Sin embargo, goza de soberana libertad en el orden del bien, en tanto que su divina bondad le lleva a amar a las cria-

---

7 Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 62, a. 8, ad 3: *Liberum arbitrium sic se habet ad eligendum ea quae sunt ad finem, sicut se habet intellectus ad conclusiones. Manifestum est autem quod ad virtutem intellectus pertinet, ut in diversas conclusiones procedere possit secundum principia data; sed quod in aliquam conclusionem procedat, praetermittendo ordinem principiorum hoc est defectu ipsius. Unde, quod liberum arbitrium* DIVERSA *eligere possit,* SERVATO ORDINE FINIS, *hoc pertinet ad perfectionem libertatis ejus, sed quod eligat aliquid divertendo ab ordine finis, quod est peccare, hoc pertinet ad defectum libertatis.*

turas a las que puede crear o no crear. Nos ha creado libérrimamente para manifestar su bondad; tal es el dogma de la libertad divina[8].

Ciertamente, hay aquí un misterio, pero ninguna contradicción: Aunque fuese verdaderamente conveniente para Dios crear, sin embargo lo ha hecho libérrimamente, de tal suerte que no habría habido inconveniente para él en no crear. Los teólogos dicen con toda justicia: *Creatio ita conveniens est ut non creatio non sit inconveniens.* Contrariamente a lo que dijo Leibniz[9], Dios, si no hubiese creado, no hubiese sido menos bueno, ni menos sabio, porque, como dice Bossuet, *Dios no es más grande por haber creado el universo*; antes de la creación Dios era ya infinito, hasta el punto que después de la creación ya no hay más ser, sino sólo varios seres; ya no hay más vida, sino sólo varios vivientes. *Como la bondad divina*, dice Santo Tomás, *es de suyo soberanamente perfecta y no se aumenta por la existencia y la bondad de las criaturas, se sigue que Dios nos creó libérrimamente*[10].

Igualmente, Dios ha elevado libremente a los ángeles y a los hombres a la vida de la gracia,

---

[8] Cfr. Concilio Vaticano: *Deus bonitate sua et omnipotenti virtute, non ad augendam suam beatitudinem nec acquirendam, sed ad manifestandam perfectionem suam per bona quae creaturis impertitur, liberrimo consilio simul ab initio temporis utramque de nihilo condidit creaturam, spiritualem et corporalem, angelicam videlicet et mundanam ac deinde humanam quasi communem ex spiritu et corpore constitutam.* Cfr. *Conc. Lateran.*, IV, *ibid.*, n. 428.

[9] Leibniz erró en este punto al decir que Dios no sería ni bueno, ni sabio, si no hubiese creado.

[10] Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 19, a. 3, c. y ad 5; *C. Gentes*, l. I., c. 76 y 82.

y habría podido, sin inconveniente, no haberlo hecho. También del mismo modo, Dios ha querido libremente la Encarnación, y habría podido no quererla y redimir el pecado de otra manera.

Así, Dios arroja en las almas la semilla divina, más o menos hermosa, según su beneplácito. *El Espíritu sopla donde quiere.* Con toda seguridad, Dios escogió libérrimamente a tal pueblo para preparar por los patriarcas y los profetas el misterio de la Redención; libérrimamente escogió en ese pueblo a María en vez de a otra virgen para que fuese la Madre del Salvador, y a José en lugar de a otro justo para que fuese el padre nutricio de Jesús. Libérrimamente también eligió tal siglo en lugar de tal otro para la venida del Mesías, como libérrimamente eligió tal hora para la creación o el comienzo del universo, y tal otra para el fin del mundo, cuando el número de los elegidos esté completo.

Tal es la libertad soberana que se concilia admirablemente con la impecabilidad absoluta. Dios no puede desviarse de sí mismo, es absolutamente impecable, pero es perfectamente libre respecto de todo lo creado. No tiene la libertad del mal, una forma de nuestra defectibilidad, sino la del bien en su plenitud absoluta.

La impecabilidad de Cristo, imagen perfecta de la de Dios

La libertad humana que goza el alma santa del Salvador y que gozaba aquí en la tierra, es, por la gracia, superior a la de los ángeles, y ninguna libertad creada fue ni será nunca más con-

forme a la libertad divina, de la cual es, desde el primer instante, la viva imagen.

En efecto, acabamos de decirlo, Dios es libre, no de amar su divina bondad, sino de querer manifestarla creándonos a nosotros, que no teníamos ningún derecho a la existencia; y como es infinitamente bueno y sabio en sí mismo desde toda la eternidad, no se ha hecho mejor al crear libremente el universo. Dios goza así, a la vez, de la impecabilidad absoluta y de la soberana libertad, que no puede ejercerse más que en el orden del bien.

Pues bien, la voluntad humana de Cristo es la purísima imagen de la voluntad increada, ya que es la voluntad humana del Verbo de Dios hecho carne, superior a los ángeles y a todos los bienaventurados.

Es necesario, por tanto, concluir que la voluntad humana de Cristo es, a la vez, como la de Dios, de la que es imagen, absolutamente impecable y perfectamente libre, con una libertad que no puede ejercerse más que en el orden del bien.

Como Dios, el alma santa de Cristo era libre aquí en la tierra, no de amar la bondad divina en sí misma, claramente conocida por la visión beatífica, sino de amar la manifestación de la divina bondad en las criaturas [11].

El alma santa de Cristo amaba a Dios visto

---

[11] SANTO TOMÁS dice, I, q. 19, a. 3: *Bonitatem suam esse Deus ex necessitate vult... cum (autem) bonitas Dei sit perfecta et esse possit sine aliis, cum nihil ei perfectionis ex aliis accrescat, sequitur quod alia a se eum velle non sit necessarium absolute. Sic Deus necessario diligit bonitatem suam in se, et libere diligit bonitatem suam (manifestandam), ut est ratio diligendi creaturas.*

cara a cara aquí en la tierra con un amor superior a la libertad, como Dios se ama necesariamente a sí mismo, pero amaba libremente a las criaturas, manifestaciones finitas de la bondad infinita. De este modo, Jesús era libre para llamar al apostolado a sus doce primeros discípulos en lugar de a otros pescadores de Galilea; era libre de escoger a Pedro, en vez de a otro de sus apóstoles, para hacer de él su vicario. Era libre para llamar a San Juan a una amistad de predilección. Era libre para convertir a Saulo en el camino de Damasco en tal día y tal hora y para hacer o no hacer de él el Apóstol de los gentiles. Era libre para escoger entre diversos bienes, en el orden mismo del bien, pero no para querer el mal; su libertad impecable no podía desviarse, al igual que su inteligencia humana, iluminada siempre por la luz divina, no podía errar.

Queda, sin embargo, una dificultad: para Dios había una conveniencia en crear, pero no un precepto. Para la voluntad humana de Cristo existía el precepto de morir por nosotros.

El precepto que exige un acto libre, ¿puede destruir la libertad de éste?

Un precepto propiamente dicho quita, ciertamente, la libertad moral de actuar de otro modo, puesto que constituye una obligación moral; el acto contrario es ilícito y prohibido. Pero ningún precepto quita la libertad psicológica de actuar conforme a lo que pide; por el contrario, lo que pide es un acto libre de obediencia, y si destruyese la libertad psicológica de ese acto, se des-

truiría a sí mismo como precepto. Por ejemplo, el precepto de amar al prójimo hace que sea ilícito o prohibido el acto contrario, el odio; pero lejos de destruir la libertad de nuestro acto de amor del prójimo, pide ese acto libre y meritorio[12].

Ahora bien, el Salvador tenía y tiene siempre una libertad psicológica impecable, purísima imagen de la de Dios, respecto de todo bien cuya atracción no necesitaba su voluntad.

Es, pues, necesario concluir que la libertad psicológica impecable no era destruida por el precepto divino de morir por nosotros; de otro modo, ese precepto, que exigía un acto libre de amor y de obediencia, se habría destruido a sí mismo[13].

---

[12] Así, el hombre no es libre para elegir la religión que le plazca; debe escoger la verdadera, pero la escoge libremente.

[13] Jesús amaba necesariamente a Dios contemplado cara a cara, lo que tiene una conexión necesaria e intrínseca con la beatitud suprema; así, el alma quiere necesariamente existir, vivir y conocer, sin lo que no podría ver a Dios. Pero Jesús escogía libremente los medios que no tenían más que una conexión accidental (en virtud de un precepto extrínseco) con el fin último, por ejemplo, la muerte en la Cruz. Esa muerte, terrible en un aspecto, salutífera para nosotros en otro, no le atraía necesariamente. El precepto que se añadía no cambiaba su naturaleza de muerte horrible y no destruía la libertad del acto libre que exigía. Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 18, a. 4, ad 3: *Voluntas Christi, licet sit determinata ad bonum* (confirmada en el bien), *non tamen est determinata ad hoc vel illud bonum. Et ideo pertinet ad Christum eligere per liberum arbitrium confirmatum in bono, sicut ad beatos.* La libertad de Cristo (aquí en la tierra) está determinada al bien, pero no está, sin embargo, determinada a tal bien particular en lugar de a tal otro. Como los bienaventurados, también le

Ante el precepto de morir por nosotros y respecto del cumplimiento de ese deber inevitable, Jesús era libre, con la libertad del bien, no con la del mal. No podía desobedecer, pero obedeció libremente, dice San Pablo, *hasta la muerte, y muerte de Cruz*. Él mismo había expresado esa libertad al decir: *Nadie me la quita la vida, soy yo quien la doy de mí mismo..., tal es el mandato que del Padre he recibido* [14].

¿Dónde se encuentra, precisamente aquí, la libertad de esta obediencia heroica?

Para comprenderlo es necesario considerar lo siguiente: La muerte en la Cruz, bajo un cierto aspecto, es terrible; y bajo otro, va a ser eminentemente salutífera para nosotros, para la salvación de las almas. No atrae invenciblemente a la voluntad humana del Salvador, como lo atrae la voluntad de su Padre al que ve cara a cara. De un lado, esta muerte espantosa repugna a la sensibilidad y a toda la naturaleza humana de Cristo; de otro, atrae al Salvador como la consumación de su misión. El precepto que se añade no cambia la naturaleza de esa muerte a la vez temible y salutífera, y tampoco puede destruir la libertad del acto que exige.

En estas condiciones, ¿qué es lo que hará prevalecer uno u otro de los aspectos, contrarios, de una muerte a la vez horrible y atrayente? La voluntad de Jesús interviene aquí libremente para dar al bien, al sacrificio heroico, la prefe-

---

pertenece escoger por un acto del libre arbitrio confirmado en el bien. *Item* III, q. 15, a. 1.

Ver también, entre los comentadores de Santo Tomás, a Juan de Santo Tomás, los carmelitas de Salamanca, Gonet, Billuart, etc.

[14] Io 10, 18.

rencia; pero como es funcionalmente recta, la voluntad del Salvador interviene siempre como debe. Interviene libremente, porque la muerte en la Cruz no es en sí misma un bien que atraiga invenciblemente, al contrario; pero la voluntad humana de Jesús interviene infaliblemente y de un modo impecable, porque es la voluntad del Verbo hecho carne, porque está iluminada por la visión beatífica, porque está llena de gracia y recibe siempre una gracia actual poderosísima y suavísima que lejos de violentar la libertad la actualiza o la pone en ejercicio como conviene.

Así, aunque no pudiera desobedecer, Jesús obedeció libremente. Se entrevé de lejos el misterio cuando, por ejemplo, se pide un acto de obediencia muy penoso a un buen religioso: obedece libremente incluso sin pensar que podría desobedecer. Se le prohíbe, por ejemplo, que vaya a asistir a un agonizante muy querido, que le reclama, porque sería una viaje demasiado largo y porque otro sacerdote podrá sustituirle. Se trata, probablemente, de un dolorosísimo acto de obediencia que se le exige, y lo cumple libremente, e incluso ni tan siquiera se le ocurre que podría desobedecer. Al crecer, la virtud de la obediencia aleja cada vez más el acto contrario, y quita, así, la libertad del mal, pero no, ciertamente, la del bien. Pues bien, en Jesús esta virtud, como su caridad, era absolutamente eminente e inamisible [15].

---

[15] Los tomistas dicen: *Christus non potuit non obedire privative, scilicet recusando mortem ut praeceptam; sed potuit non obedire negative, recusando mortem secundum se.* Así, el buen religioso obedece libremente una orden muy penosa, incluso sin que se le ocurra ir contra esa orden. Siente que lo que se le pide es penoso

Aunque no pueda merecer más, pues la hora del mérito ha pasado, Jesús conserva en el cielo la libertad del bien. Ha llegado al término del viaje, ya no es *viator;* pero conserva la libertad del bien, si no en el acto de amor de Dios visto cara a cara, sí en el amor por las criaturas. Ocurre lo mismo con los santos. En el cielo, Santo Domingo ama a Dios claramente conocido con un amor superior a la libertad, pero ruega libremente por tal o cual de sus hijos, para obtenerle tal o cual gracia. Si esto es cierto para cada uno de los bienaventurados, con mucha mayor razón lo es para el Salvador [16].

---

en sí, pero incluso ni tan siquiera tiene la idea de ir contra la orden recibida.

[16] Los tomistas se han preguntado si Cristo, aquí en la tierra, cumplía libremente el precepto de amor de Dios. Sobre este punto hay dos opiniones entre ellos.

Capreolus, el Ferrariensis, Medina, Soto, dicen que, en Él, el amor de Dios regulado por la visión beatífica, era necesario, por encima de la libertad, pero que el acto de amor de Dios regulado por la ciencia infusa, similar al conocimiento natural de los ángeles, era libre. Eran, dicen ellos, dos actos distintos, como los actos de conocimiento de los que se derivan. Así, es probable que Jesús mereciese, no sólo al amar a las criaturas por Dios, sino amando al mismo Dios conocido por ciencia infusa, distinta de la visión beatífica. Esta solución no excluye la siguiente, que parece más probable.

Alvarez, Juan de Santo Tomás, los Salmanticenses, Gonet, piensan que en Jesús, el amor de Dios, regulado por la visión beatífica, era necesario, por encima de la libertad en tanto que terminaba en la bondad divina tomada en sí misma, y que era libre, en tanto que se terminaba en la divina bondad, como razón de amar a las criaturas, *ut est ratio diligendi creaturas seu media non intrinsice necessaria ad beatitudinem.* En efecto, dicen, si como enseña Santo Tomás, I, q. 19, a. 3, Dios ama necesariamente su divina bondad considerada en sí misma, quiere libremente la manifestación de su bondad.

Añadamos que, en Nuestro Señor, la sensibilidad estaba aquí en la tierra perfectamente sometida a su inteligencia infalible y a su voluntad impecable. Los movimientos de la sensibilidad, llamados emociones, o pasiones, como la tristeza, el temor, la alegría sensible, no sobrepasaban nunca en Él la justa medida; no se adelantaban, como sucede en nosotros, al juicio de la razón y al consentimiento de la voluntad; por el contrario, los seguían. Si Jesús se indignó contra los mercaderes del templo es porque juzgó necesario manifestar una santa cólera, el celo de la gloria de Dios. Y si estuvo triste hasta la muerte en Getsemaní, es porque quiso conocer ese quebrantamiento para que el holocausto fuese completo [17].

¡Qué gran lección se desprende para nosotros de la doctrina de la impecabilidad de Cristo!

Nos dice que la verdadera libertad es la de poder escoger el bien, no el mal, como la razón es la facultad de conocer lo verdadero, no lo falso, aunque a veces se extravíe. Cuando la Iglesia condena un error, como el jansenismo o el modernismo, en ocasiones se ha dicho: hay que someterse o irse. Al contrario, hay que decir: sólo se puede hacer una cosa: obedecer, y no desobedecer.

Pudo suceder algo parecido en el alma santa de Jesús. Y en el cielo, todos los bienaventurados, amando necesariamente a Dios visto cara a cara, ruegan libremente por tal pecador todavía en la tierra, para obtener tal o cual gracia. Cfr. JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus Theol. de Incarnatione*, d. 17, a. 3, nº 14, y *Salmaticenses, de Incarn.*, disp. 27, dub. 3, nº 55.

17 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 15, a. 4, 6, 9.

Esta doctrina también nos dice que mientras más amemos a Dios, como Nuestro Señor y como los santos, más libres seremos respecto de todos los bienes creados para dominar la atracción de todos los bienes terrenos y para no dejarnos atemorizar por las amenazas de los impíos. Los mártires han mostrado cuál es la fuerza de la libertad cristiana, que soporta todos los suplicios antes que ser infiel a Dios y que aprecia más la unión con Dios que la unión con el cuerpo.

Pidamos al Señor que disminuya cada vez más en nosotros la inclinación al mal, haciéndonos crecer en la virtud y confirmando nuestra voluntad en el bien, para que un día sea confirmada definitivamente en el cielo, en donde el pecado no será posible y en donde por la fuerza de Cristo seremos, con Él, impecables y verdaderamente libres, con la libertad de los hijos de Dios.

SEGUNDA PARTE

EL AMOR DEL SALVADOR POR NOSOTROS Y EL MISTERIO DE LA REDENCION

Hasta aquí hemos hablado del misterio de la Encarnación, de la personalidad de Jesús, de su santidad, de la contemplación de su inteligencia humana, de su voluntad humana, a la vez libre e impecable. Es necesario considerar ahora el misterio de la Redención según el testimonio del Evangelio y de las Epístolas de los Apóstoles y ver lo que fue, con relación a este misterio, la vida interior del Salvador, Sacerdote y Víctima.

CAPÍTULO PRIMERO

EL TESTIMONIO DE JESUS SOBRE EL MISTERIO DE LA REDENCION

En la enseñanza de Nuestro Señor, el misterio de la Encarnación está íntimamente unido al de la Redención, pues Jesús significa Salvador o Redentor y, como se dice en el *Credo:* el Verbo se hizo carne para salvarnos. *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem... Et in unum Dominum nostrum Jesum Christum, Filium Dei, natum ex Patre unigenitum... qui propter nostram salutem descendit (de caelis), incarnatus est et homo factus est* (Symbolum Nicaenum).

Como es conocido, los modernistas han pretendido, sin embargo, que la doctrina relativa al carácter expiatorio de la muerte de Cristo no es evangélica, sino que sólo es paulina, o el fruto de las reflexiones personales de San Pablo sobre la muerte de Jesús[1].

---

[1] Entre los errores modernistas condenados por Pío X en el decreto *Lamentabili,* el 38 es el siguiente: *Doctrina*

¿Cómo han llegado los modernistas a sostener esto? Porque siguiendo a los protestantes liberales que se habían hecho casi racionalistas, han querido suprimir todo lo sobrenatural en el misterio de la Redención y reducirlo a una verdad de orden natural.

Al seguir este camino, han pretendido que la Redención, tal como la Iglesia católica la ha entendido siempre, es contraria a la misericordia de Dios y a su justicia.

Es contraria a su misericordia, dicen, porque un Dios infinitamente misericordioso no puede exigir, como reparación del pecado, una satisfacción rigurosa, superior a la que el hombre puede ofrecerle. Esto es querer olvidar que Dios, si exige tal reparación, nos ha dado en su infinita misericordia a su propio Hijo para redimirnos; ha amado al mundo hasta darle no sólo la gracia y el perdón, sino al mismo autor de la gracia.

Los modernistas han añadido que la Redención tal como la concibe la Iglesia católica, es contraria a la justicia divina, pues es injusto y cruel castigar a un inocente en lugar de a los culpables. ¿No es esto olvidar que el Salvador es una víctima voluntaria, que se ofreció generosamente por nosotros?

Apartándose así de las verdades fundamentales del cristianismo, los modernistas y los protestantes liberales han quitado a la muerte de Jesús en la cruz todo carácter sobrenatural. Para ellos Jesús es solamente un sabio, un santo incomprendido por sus contemporáneos, que murió valerosamente en lugar de renegar de sus

---

de morte piaculari Christi non est evangelica, sed paulina. Dz. 2038.

ideas. No ha muerto para expiar en lugar nuestro, para darnos una gracia sobrenatural, para merecernos la vida eterna. Su muerte sólo tiene valor de ejemplo, como la de un Sócrates o la de un Leónidas. Es el mayor ejemplo de fortaleza y de grandeza de alma en medio de las peores pruebas.

He aquí en lo que se convierte un misterio sobrenatural a los ojos de la sabiduría humana que, queriendo explicarlo todo naturalmente, no encuentra más que tinieblas en lo que es la fe de la Iglesia, la fe de todos los mártires y de todos los santos.

Por el contrario, vamos a ver que la doctrina de la Iglesia se encuentra claramente expresada en las palabras de Nuestro Señor conservadas en los cuatro Evangelios; seguidamente veremos cómo se encuentra en los Hechos de los Apóstoles y en San Pablo.

El misterio de la Redención en los tres primeros Evangelios

En primer lugar, es necesario recordar que Jesús manifestó poco a poco el misterio de la Encarnación, pues las almas no habrían podido comprender de golpe una revelación tan elevada. Hizo lo mismo para anunciar su dolorosa Pasión, pues era aún más difícil comprender la revelación de este misterio, en particular para los judíos, quienes, a consecuencia de sus prejuicios nacionales, esperaban un Mesías temporal y conquistador, que les diese el dominio sobre los demás pueblos.

Del mismo modo, Jesús sólo comenzó a anun-

ciar a sus discípulos su dolorosa Pasión después de haberles llevado a creer en su filiación divina, en su divinidad. Sólo después de la confesión de Pedro en Cesarea, confesión por la que reconocía que Jesús era *el Hijo de Dios vivo*, Nuestro Señor comenzó, dice San Mateo[2], *a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho... y ser muerto*. Este misterio, anunciado, sin embargo, en muchas ocasiones y claramente por los profetas, sobre todo en ciertos Salmos mesiánicos[3] y por Isaías[4], era difícil de comprender. Para ello era necesario un gran espíritu de fe.

Veamos, según los tres primeros Evangelios y luego según el de San Juan, cómo Nuestro Señor lo fue manifestando progresivamente.

Es como un *leit-motiv*, primero muy suave, pero muy poderoso, que se acentúa poco a poco y que termina por estallar y por dominarlo todo[5].

Al principio de su ministerio[6], en la sinagoga de Nazaret, Jesús lee en el libro del profeta Isaías el lugar en el que estaba escrito: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia*

---

[2] Mt 16, 21.
[3] Ps 39; 21; 68.
[4] Is 50 y 53.
[5] Así, en la obertura de *Tannhaüser*, el *leit-motiv* del canto de los peregrinos, primero casi imperceptible, se eleva poco a poco por encima del *leit-motiv* de placer y de infierno y termina por dominarlo completamente.
[6] Lc 4, 16

del Señor. Es más que un ejemplo de gran virtud. El anuncio es general; pero, sin embargo, ya es bien claro, y se va a precisar cada vez más.

Un poco más tarde, tal como se lee en San Mateo[7], después de la vocación de Mateo el publicano, estando Jesús sentado a la mesa en casa de aquél, vinieron muchos publicanos y pecadores a sentarse con Jesús y sus discípulos. Viendo esto, los fariseos decían a los discípulos: *¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores?* Él, que los oyó, dijo: *No tienen los sanos necesidad de médicos, sino los enfermos. Id y aprended qué significa: Misericordia quiero y no sacrificio. Porque no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores.* Lo mismo recoge Marcos[8]. Pero no se trata aún de la dolorosa Pasión. Ello sería demasiado pronto.

Solamente después de que Pedro en Cesarea hubo confesado que Jesús era *el Cristo, el Hijo de Dios vivo,* tal como se cuenta en el Evangelio de San Mateo[9], *Jesús comenzó a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y al tercer día resucitar. Pedro, tomándole aparte, se puso a amonestarle, diciendo: No quiera Dios, Señor, que esto suceda. Pero Él, volviéndose, dijo a Pedro: Retírate de mí, Satanás; tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres.* En efecto, Pedro tenía tan poca inteligencia de las cosas de Dios, que hablaba aquí, sin sa-

---

7 Mt 9, 10-13.

8 Mc 2, 17.

9 Mt 16, 21. *Item* Mc 8, 31-33.

berlo, contra todos los designios de Dios referentes a la salvación de la humanidad, contra el motivo de la Encarnación o de la venida del Verbo hecho carne a este mundo. Y lo hacía por afecto natural hacia Jesús, no pudiendo comprender el anuncio de la dolorosa Pasión. Por oposición, leemos en el *Stabat: Fac ut portem Christi mortem:* Haz que lleve la muerte de Cristo, a ejemplo de María, que permaneció firme al pie de la Cruz.

Notemos que es después de esta primera predicción de la Pasión, cuando Jesús dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* [10]. Expresión aún oscura, *tomar su cruz,* que va a hacerse cada vez más clara.

Aludiendo todavía a su sacrificio y a sus frutos, Jesús dice en San Lucas [11]: *Yo he venido a traer fuego en la tierra, ¿y qué quiere sino que se encienda? Tengo que recibir un bautismo, ¡y cómo me siento constreñido hasta que se cumpla!*

De un modo mucho más preciso anuncia también su Pasión al subir a Jerusalén, antes de su entrada triunfal. Lo narra San Mateo [12]: *Subiendo Jesús a Jerusalén, tomó aparte a los doce discípulos y les dijo por el camino: Mirad, subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas que le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le*

---

10 Mt 16, 24; Mc 8, 34-39; Lc 9, 23-27. En este sentido se ha dicho: *Todo destino que no tiene su calvario es un castigo de Dios. La vida, a decir verdad, no engaña más que a quienes no esperan suficientemente de ella.*

11 Lc 12, 49.

12 Mt 20, 17-38.

azoten y le crucifiquen, pero al tercer día resucitará[13]. Los Apóstoles debieron quedar impresionados por estas últimas palabras, y, sin embargo, las olvidaron durante la Pasión. Es entonces cuando la madre de los hijos de Zebedeo se aproximó a Jesús con sus hijos y pidió que se sentasen uno a su derecha, y otro a la izquierda en su reino. Jesús, haciendo todavía alusión a su Pasión, que acababa de anunciar, les respondió: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?* Luego añadió que mientras que los jefes de las naciones les mandan como señores, *el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos*[14]. He aquí el misterio de la Redención enunciado por el mismo Jesús. No se podría, pues, pretender con los modernistas que es ésta una idea personal de San Pablo, debida a su reflexión, sobre la vida y la muerte de Jesús. Es Nuestro Señor mismo quien ha dicho que Él venía a dar su vida en rescate por muchos.

Del mismo modo, en San Marcos: *...pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos*[15]. Es éste el carácter expiatorio de la muerte de Jesús.

Encontramos también un anuncio de la Pasión en la parábola de los viñadores homicidas[16]: *Finalmente los envió a su hijo... Pero los agricultores, cuando vieron al hijo, se dijeron: Es el heredero; vamos a matarle, y tendremos su herencia. Y, agarrándole, le sacaron fuera de la viña y le mataron.*

Finalmente, la última predicción de la Pasión se

---

13 Igualmente Mc 10, 34; Lc 18, 31.

14 Mt 20, 28.

15 Mc 10, 45.

16 Mt 21, 37.

produce durante la Cena, tal como se cuenta en San Mateo[17], en San Marcos[18] y en San Lucas[19]. Se lee en San Mateo: *Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y, dándoselo a los discípulos, dijo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo. Y tomando un cáliz y dando gracias, se lo dio, diciendo: Bebed de él todos, que ésta es mi sangre de la alianza, que será derramada por muchos para remisión de los pecados.* Era clarísimo, sobre todo después de las predicciones precedentes de la Pasión. De tal modo que durante la misma Cena Jesús dice: *El Hijo del hombre se va, según está escrito de Él; pero ¡ay del hombre por quien el Hijo del hombre será entregado*[20]. Para advertir aún más a sus Apóstoles, yendo al huerto de los Olivos, añadió: *Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, porque escrito está*[21]*: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas de la manada. Pero después de resucitado os precederé a Galilea*[22]. Y San Lucas[23] añade que el Señor dijo a Pedro: *Simón, Simón, Satanás os busca para ahecharos como trigo*[24]*; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.*

Este último anuncio de la Pasión era singularmente claro, y por las palabras de la Consagración en la Cena, sobre todo por las relativas a la sangre de la nueva alianza, que será derra-

[17] Mt 26, 26-35.
[18] Mc 14, 24.
[19] Lc 22, 19-20.
[20] Mt 26, 24.
[21] Zach 13, 7.
[22] Mt 26, 31.
[23] Lc 22, 31.
[24] Como había reclamado al santo Job (cfr. Iob 1, 11).

mada por muchos para remisión de los pecados [25], era manifiesto que Jesús, durante la Pasión y la crucifixión anunciadas, ofrecería su Sangre en sacrificio de reparación o de redención Y sin embargo, a pesar de todas las predicciones, que venían a confirmar las de los Salmos mesiánicos y las de Isaías [26] sobre el Mesías sufriente, varón de dolores, a pesar de todas estas luces, cuando el sacrificio comenzó en Getsemaní, los Apóstoles se durmieron y, al principio de la Pasión, se separaron, temerosos, de Nuestro Señor. En el momento en que sobre la Cruz se cumplió el misterio de la Redención, en el momento del *Consummatum est,* no comprendieron que se estaban realizando las promesas, y muchos incluso pensaron que todo estaba perdido. Y si ocurrió así con los Apóstoles durante la noche oscura de la Pasión, ¿qué ocurriría con nosotros si estuviésemos en circunstancias que tuviesen alguna relación con aquéllas?

El anuncio del misterio de la Redención es, pues, clarísimo en los Evangelios sinópticos, en donde también se cuenta que Jesús, después de su resurrección, dijo a los discípulos de Emaús: *¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?* [27].

---

25 Mt 26, 28.
26 Is 53.
27 Lc 24, 25.

El testimonio de Jesús en el cuarto Evangelio

El testimonio de la Redención aún está mucho más perfectamente expresado en el Evangelio de San Juan. En él, Jesús repite con insistencia que Él es el enviado del Padre, cuya voluntad ha venido a cumplir, y a concluir su obra [28]. Esa obra consiste en dar testimonio de la verdad [29] y en salvar a los hombres, en comunicarles la vida eterna. Dice Jesús a Nicodemo: *...es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en Él tenga la vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna* [30].

Desde el principio, Jesús, el buen Pastor, da su vida por sus ovejas. Nada más sencillo y más grande para expresar el misterio de la Redención que la parábola del buen Pastor [31]: *Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por sus ovejas... Yo soy el buen pastor y conozco a las mías y las mías me conocen a mí... Y pongo mi vida por mis ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido.* He aquí la oblación espontánea de la

---

28 Io 4, 34; 5, 30; 6, 38...
29 Io 18, 37; 17, 8.14.26.
30 Io 3, 15-16.
31 Io 10, 10-18.

Víctima voluntaria, esa Víctima es el mismo buen Pastor, es el Sacerdote por excelencia, que pronunciará antes de morir la oración sacerdotal[32]. Jesús no muere a consecuencia de unas circunstancias imprevistas, como un Sócrates por no renegar de sus ideas. Ha sido enviado por Dios para sufrir por nosotros.

Cuando hace su entrada triunfal en Jerusalén, Jesús anuncia a sus discípulos que su muerte será un triunfo, pero que antes debe ser inmolado. En efecto, les dice[33]: *Es llegada la hora en que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto... Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí. Esto le decía,* añade San Juan, *para indicar de qué muerte habría de morir.*

Algo más adelante[34]: *Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por sus amigos.* Y añade en la oración sacerdotal[35]: *Y yo por ellos me santifico, para que sean santificados en verdad.*

El demonio es expulsado por los frutos de la muerte del Salvador; pierde el derecho y el poder que tenía sobre la humanidad culpable[36], y la gracia es devuelta a los hombres. Jesús es la vid, nosotros los sarmientos: *El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto*[37]. San Juan

---

32 Io 17.
33 Io 12, 23-25; 31-32.
34 Io 15, 13.
35 Io 17, 19.
36 Io 12, 31.
37 Io 15, 5.

habla del mismo modo en la primera Epístola: *...Estamos en comunión unos con otros y la sangre de Jesús, su hijo, nos purifica de todo pecado...* [38]. *Él es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo...* [39]. *El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por Él* [40]. La doctrina de la Preciosa Sangre está admirablemente desarrollada por San Juan en el Apocalipsis en el cántico al Cordero... *fuiste degollado y con tu sangre has comprado para Dios hombres de toda tribu, lenguas, pueblo y nación, y los hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinan sobre la tierra* [41].

Encontramos la misma enseñanza en los primeros discursos de San Pedro, después de Pentecostés, recogidos en los Hechos de los Apóstoles: *Él es la piedra rechazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular. En ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvados* [42]. *Pues a ése le ha levantado Dios a su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel penitencia y la remisión de los pecados* [43].

Finalmente, San Pedro dice en su primera Epístola: *Habéis sido rescatados... no con plata y oro, corruptibles, sino con la sangre preciosa de*

---

38 Io 1, 7.
39 Io 2, 2.
40 1 Io 4, 9.
41 Apc 5, 9.
42 Act 4, 11.
43 Act 5, 31. Item 8, 37; 10, 43; 15.

Cristo, como cordero sin defecto ni mancha[44]. *Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que, muertos al pecado, viviéramos por la justicia, y por sus heridas habéis sido curados*[45].

Tal es el testimonio de los Evangelios, de los Hechos de los Apóstoles y de las Epístolas de San Pedro sobre el misterio de la Redención. No se puede pretender, pues, que el carácter expiatorio de la muerte de Cristo no es evangélico, sino tan sólo el resultado de las reflexiones personales de San Pablo sobre la muerte de Jesús, comparándola a los sacrificios de la antigua Ley. Las palabras del Salvador mismo, tal cual son recogidas en San Mateo y en San Marcos, nos dicen que dio su vida en rescate de muchos, y antes que San Pablo, San Juan Bautista saludó en Él: al *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*[46]. Incluso si no tuviéramos las Epístolas de San Pablo, este testimonio bastaría para hacernos conocer, en la oscuridad de la fe, la esencia misma del misterio de la Redención.

44 1 Pet 1, 18.
45 Is 53, 8; 1 Pet 2, 24.
46 Is 1, 19.

Capítulo II

LA REDENCION SEGUN SAN PABLO. EL SENTIDO DE ESTE DOGMA Y LOS ERRORES CONTRARIOS

El testimonio del Evangelio completado por el de los Hechos de los Apóstoles muestra ya muy claramente, como hemos visto, que Jesús *dio su vida en rescate por muchos*[1], según sus propias palabras, que su *sangre será derramada por muchos para remisión de los pecados*[2], y que Él es el *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo,* tal como decía San Juan Bautista designando a Jesús desde el principio de su ministerio[3]. Veamos ahora lo que nos dice San Pablo sobre el sujeto de este dogma para determinar bien su sentido.

---

1 Mt 20, 28; Mc 10, 45.
2 Mt 26, 28.
3 Io 1, 29.

El testimonio de San Pablo sobre la Redención

Si es falso pretender que el carácter expiatorio de la muerte de Cristo no es evangélico sino tan *sólo* el fruto de las reflexiones personales de San Pablo, es cierto que el gran Apóstol ha hecho ver todo el esplendor de esta doctrina. Innumerables pasajes de sus Epístolas muestran que la Redención y la santificación de los hombres han sido operadas por la muerte de Jesús. En efecto, Dios, dice, ha entregado a su Hijo a la muerte por nosotros[4], por nuestras ofensas[5], por todos los hombres[6], incluso por los impíos[7]. Esta muerte fue muerte de obediencia[8], un don voluntario del amor de Jesús. Se lee en la Epístola a los Efesios: *Caminad en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragante y suave olor*[9]. *Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola, mediante el lavado del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e inmaculada*[10]. *Nuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolada*[11], en otros términos, Jesús es el Cordero pascual cuya inmolación ha quitado los pecados del mundo tal como lo había anunciado Juan Bautista.

San Pablo precisa que se trata de un sacrificio

---

[4] 1 Thes 5, 10; Rom 5, 9.
[5] 1 Cor 15, 3.
[6] Gal 2, 20; 2 Cor 5, 14; Rom 8, 32.
[7] Rom 5, 6-7.
[8] Phil 2, 8; Rom 5, 19.
[9] Eph 5, 2.
[10] Eph 5, 25-26.
[11] 1 Cor 5, 7.

de expiación y, en efecto, escribe a los romanos: *Todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, siendo justificados donosamente por su gracia mediante la redención que (se realizó) en Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre; quem proposuit Deus propitiationem per fidem in sanguine ipsius*[12].

También muestra San Pablo que la muerte de Jesús sobre la cruz fue un rescate por sustitución: *Habéis sido comprados a gran precio, empti enim estis pretio magno*[13]. *Cristo nos redimió de la maldición de la Ley haciéndose por nosotros maldición*[14]. Es la misma idea que Jesús expresa en San Marcos: *Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos*[15].

Y es la misma doctrina que afirma San Pablo cuando dice: *Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos*[16], es decir, que nos liberó mediante un rescate, con el precio de su Sangre[17], suprema expresión de su amor.

Contrariamente a lo que sostienen varios protestantes liberales[18], Cristo, según San Pablo, al morir, substituyó al hombre pecador, pues dice: Cristo nos redimió de la maldición... haciéndose

---

12 Rom 3, 23-25.
13 1 Cor 6, 20.
14 Gal 3, 13.
15 Mc 10, 45; Mt 20, 28.
16 1 Tim 2, 5-6.
17 Cfr. PRAT, *La Théologie de saint Paul,* t. I, nota L: Expiation, propitiation, rédemption.
18 SABATIER, *L'apôtre Paul,* 3 ed., p. 328; *La doctrine de l'expiation et son évolution historique,* París, 1903.

por nosotros maldición[19] *sobre la cruz. A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros para que en Él fuéramos justicia de Dios*[20]; es decir: Dios le trató como pecado por nosotros y, de hecho, Jesús cargó con todas nuestras faltas para expiarlas. *Fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación*[21].

Así, por su muerte, Cristo nos ha librado del pecado[22], liberado de la esclavitud del demonio[23], nos ha salvado de la Ley mosaica, que era una ocasión de pecado[24]. De aquí nace, para el cristiano, la verdadera libertad[25], de manera que sirvamos en espíritu nuevo, no en la letra antigua[26].

Igualmente, los cristianos se han reconciliado con Dios[27]: Por la Sangre de Cristo, han sido lavados, santificados, justificados[28], han sido hechos hijos adoptivos de Dios, herederos del cielo[29]. La victoria será definitiva en el fin del mundo, la muerte será completamente vencida por la resurrección[30] y la redención será completa *cuando este ser mortal se revista de inmortalidad... Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por Nuestro Señor Jesucristo*[31].

---

19 Gal 3, 13-14.
20 2 Cor 5, 21.
21 Rom 4, 25.
22 Rom 4, 25; 6, 1-12, etc.
23 2 Tim 2, 26; Col 2, 15.
24 Rom 7, 4; Gal 3, 13; 4, 5-7; Col 2, 13-14.
25 Gal 4, 31.
26 Rom 7, 6.
27 Rom 5, 10-11.
28 Rom 3, 24; 5, 9-11.
29 Rom 8, 14-17; Gal 3, 26 ss.; 4, 4-7.
30 1 Cor 15, 24-27.
31 1 Cor 15, 54-58.

La doctrina del carácter expiatorio de la muerte de Jesús en la cruz no es el fruto de las reflexiones personales de San Pablo; es una doctrina evangélica claramente formulada en diversas ocasiones por el mismo Jesús; pero San Pablo, debido a su misión, mostró todo su esplendor no sólo por los textos que acabamos de citar, sino por lo que nos dice sobre los sacramentos, especialmente sobre el Bautismo[32] y sobre la Eucaristía[33], pues la Misa perpetúa en sustancia, incruentamente, el sacrificio de la Cruz para aplicar sus frutos a las generaciones que transcurren hasta el fin del mundo.

El dogma de la Redención y su explicación teológica

Del testimonio de San Pablo, que completa y precisa el del Evangelio, se desprende claramente la verdadera noción de redención.

En el sentido más general del término, la redención o rescate es el acto por el cual se adquiere de nuevo, pagando su precio, lo que se había poseído antes y que ahora ya no se posee. Así, se habla de rescate de una casa, de una propiedad, y se habla también de rescate de cautivos o de prisioneros de guerra.

La redención del género humano puede entonces definirse como el acto por el que el Salvador, al precio de su sangre, expresión de su amor, ha arrancado al género humano de la servidumbre

---

[32] Eph 4, 5; 5, 26; Tit 3, 5; Rom 6, 3-12; Gal 3, 27; 1 Cor 12, 13.

[33] 1 Cor 10, 15-21; 11, 17-34.

del pecado y del demonio y lo ha reconciliado con Dios. En otras palabras, y según expresiones caras a San Anselmo[34] y a Santo Tomás[35]: Satisfizo por nuestros pecados, pagó la deuda a la justicia divina y nos mereció la salvación. El Concilio de Trento definió así este dogma: *La causa meritoria de nuestra justificación es el Hijo unigénito de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, que cuando éramos enemigos*[36], *por el gran amor con el que nos amó*[37], *por su santísima Pasión ha merecido en el árbol de la Cruz nuestra justificación y ha satisfecho por nosotros a Dios Padre*[38].

La redención así concebida era necesaria, después de la caída del hombre, si Dios quería levantarnos y exigir una reparación equivalente a la gravedad de la ofensa que es el pecado mortal.

Ciertamente, convenía que después de la caída, Dios quisiera levantarnos, pues el pecado del hombre, menos grave que el del demonio, no es irremisible, y porque el pecado original sólo fue voluntario en el primer hombre.

Pero Dios habría podido elevarnos perdonándonos y exigiendo sólo una reparación imperfecta[39]. Habría podido contentarse con enviarnos a un profeta que nos hiciese conocer las condiciones del perdón.

Ha hecho infinitamente más, y al exigir una reparación equivalente a la gravedad de la ofensa nos ha dado a su Hijo como Redentor. Si su

---

34 S. Anselmo, *Cur Deus homo*, P. L., t. 158, pp. 361-430.
35 Santo Tomás, II, q. 1, a. 2; q. 46, a. 1-4.
36 Rom 5, 10.
37 Eph 2, 4.
38 Cfr. *Concilium Trid.*, ses. VI, cap. 7. Dz. 799 y 820.
39 Santo Tomás, III, q. 1, a. 2.

Justicia exigió esa reparación, su Misericordia nos ha dado al Salvador, el único capaz de reparar plenamente la ofensa o el desorden del pecado mortal.

En efecto, la injuria es tanto más grave cuanto más digna es la persona ofendida; es más grave insultar a un magistrado que insultar al primero que pase. El pecado mortal, por el que el hombre, con advertencia y pleno consentimiento, desprecia en materia grave la ley divina, actuando contra ella, el pecado mortal por el que el hombre se separa de Dios, tiene, así, una gravedad infinita, pues niega prácticamente a Dios la dignidad infinita de fin último y sitúa falsamente este bien en un miserable bien creado. Si la ofensa aumenta por la dignidad del ofendido, la injuria hecha a Dios por el pecado mortal tiene una gravedad sin límite; le rehúsa la dignidad de Soberano Bien [40]. Para comprender toda la gravedad de esta ofensa haría falta haber visto a Dios; los ángeles y los santos la comprenden mejor que los demonios y que los seres más perversos.

Para reparar ese desorden hacía falta un acto de amor de Dios de un valor infinito. Ahora bien, ninguna criatura, que sigue siendo sólo una criatura, puede dar a su acto de amor tal valor infinito; su acto, aunque fuese sobrenatural, fruto de la gracia y de la caridad infusa, es finito, como la criatura de la que procede, como la gracia y la caridad creadas, aunque se dirija a un objeto infinito, al mismo Dios. Podemos amar a Dios, pero no podemos amarle infinitamente, sólo Él es capaz de amarse así.

---

[40] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 1, a. 2, ad 2; y *De Veritate*, q. 28, a. 2.

Así, pues, para que se diese en la tierra, en un alma humana, un acto de amor de Dios de valor infinito, era necesario que esa alma humana fuese la de una persona divina. Tal fue el alma del Verbo hecho carne: su acto de amor tomaba en la personalidad divina del Verbo un valor infinito para satisfacer y para merecer. Era el acto de amor de un alma humana, pero también de una personalidad divina; por esta razón, se le llama un acto teándrico, divino y humano a la vez.

Aquí está la esencia misma del misterio de la Redención que Santo Tomás expresa en los siguientes términos: *Para satisfacer propiamente hablando por una ofensa, es necesario ofrecer al ofendido algo que le agrade por lo menos tanto como le desagrada la ofensa. Pues bien, Cristo, sufriendo por amor y obediencia, ofreció a Dios más de lo que exigía la reparación de toda la ofensa del género humano. Y ello a causa de la grandeza del amor por el que sufría, a causa de la dignidad de la vida ofrecida que era la de Dios y la de hombre, por la generalidad de la pasión o del dolor voluntariamente soportado. Así, la pasión del Salvador tuvo una satisfacción por los pecados del género humano no sólo suficiente, sino sobreabundante, según las palabras de San Juan: Él es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo* [41].

En resumen: El amor de Cristo muriendo por nosotros en la Cruz, agradaba a Dios más de lo

---

41 Io 2, 2. SANTO TOMÁS, III, q. 48, a. 2: *Utrum passio Cristi causaverit nostram salutem per modum satisfactionis.*

que pueden desagradarle todos los pecados de todos los hombres juntos. En este punto debe, sobre todo, detenerse nuestra contemplación: Todo lo demás converge hacia el contraste expresado por estas dos palabras: pecado y Amor redentor.

La oscuridad de este misterio y los errores opuestos

Ciertamente, aquí hay un gran misterio. Como dice el Catecismo del Concilio de Trento[42]: *Si el espíritu humano encuentra dificultades exteriores, es, sin duda, en el misterio de la Redención donde encuentra las mayores. Difícilmente concebimos que nuestra salvación depende de la Cruz y de Aquel que se dejó clavar en ella por nuestro amor*[43]. Pero es precisamente en esto, según la enseñanza del Apóstol, en donde hay que admirar la soberana Providencia de Dios. *Pues por cuanto no conoció en la Sabiduría de Dios el mundo a Dios por la humana sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación... nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos*[44].

Puede decirse —continúa el Catecismo— *que el misterio de la Cruz, humanamente hablando, está más que el resto, fuera de las concepciones de la razón; he aquí por lo que, después del pecado*

---

42 I Parte, IV artículo del Símbolo, & I.

43 Tenemos dificultad en creer que la vida surge de la muerte y que la victoria procede del anonadamiento.

44 1 Cor 1, 21-24.

de Adán, Dios no cesó de anunciar la muerte de su Hijo, ya por medio de figuras, ya por los oráculos de los profetas.

En este misterio hay un claroscuro de los más sorprendentes, sobre todo si también se considera la aplicación de los méritos del Salvador.

Por una parte, es claro que la Misericordia de Dios se inclina hacia nosotros para levantarnos. Pero lo oscuro es la íntima conciliación de esta Misericordia tan tierna con las exigencias de la infinita Justicia; nosotros creemos firmemente que se unen en Dios y en el corazón desgarrado de Jesús, víctima voluntaria que muere por amor a nosotros. Lo creemos, pero no lo vemos, y a nuestra mirada superficial le parece que una Justicia tan rigurosa limita la infinita Misericordia; tampoco vemos cómo se trata de dos formas o de dos virtudes del Amor increado, que en Él se identifican sin ninguna distinción real [45]. Entrevemos, sin embargo, que la misma Justicia vengadora es la proclamación de los derechos del Bien soberano a ser amado por encima de todo.

Si uno se aparta de la recta vía que conduce a esas alturas, nos desviamos hacia dos errores opuestos entre sí: Ya sea hacia el de los primeros protestantes, ya sea hacia el de sus sucesores quienes han reaccionado contra ellos.

Los primeros protestantes, Lutero, Calvino y sus discípulos, falsearon el misterio de la Redención diciendo: Cristo tomó sobre sí nuestros pecados hasta el punto de hacerse odioso a su Padre, y sobre la cruz o en el descenso a los infiernos, sufrió los tormentos de los condena-

---

45 Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 20 y 21.

dos. Desde entonces, añaden, ya no nos queda nada que hacer ni que sufrir por la salvación, sino tan sólo creer en los méritos de Cristo.

Esta manera de entender la Redención hace de ella un misterio, no superior, sino contrario a la recta razón. ¿Cómo se habría hecho odioso a su Padre el Verbo de Dios encarnado? ¿Cómo habría padecido, en la parte superior de su alma santa, el tormento de los condenados, la privación de Dios, Él, que es Dios mismo, la Verdad y la Vida? Lutero y Calvino quisieron encontrar, así, en el misterio de la Redención, una compensación penal, un tormento físico en lugar de una obra de amor espiritual, y han suprimido la necesidad del amor en nuestra vida al decir que basta con creer. ¿Cómo podría bastar para la salvación la fe sin amor, sin obediencia a los preceptos? [46].

---

[46] Después de una conferencia en una ciudad protestante sobre la gracia santificante: vida eterna comenzada, un hombre de mirada honda vino a mí y me dijo: Soy hijo de una familia luterana: mi padre y mi abuelo eran pastores; le he seguido con vivo interés. ¿Cómo puede explicarse, le dije, que Lutero haya llegado a escribir: *Pecca fortiter et crede fortius:* peca fuertemente y cree aún más firmemente?, ¿cómo pudo desconocer hasta ese punto el precepto del amor que es el alma del Evangelio: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu?* Es muy simple, me respondió. Era diabólico.

Yo no habría osado decírselo, y comprendí que este hijo de familia luterana que juzgaba a Lutero con tal libertad de espíritu iba a entrar, después de grandes pruebas, en la Iglesia católica.

En cambio, en algunas ocasiones el demonio está obligado a decir la verdad: así, un día confesó en un exorcismo que lo que constituye el precio del sufrimiento es el amor y que los sufrimientos de Cristo no hubiesen

Los excesos, manifiestamente inadmisibles, de los primeros protestantes han provocado la reacción de los protestantes liberales actuales, que caen en el error contrario al decir: Cristo no ha muerto para expiar nuestras faltas y obtenernos la gracia y la vida eterna; nos ha salvado tan sólo por su doctrina y su ejemplo, como los profetas y los mártires, aunque su heroísmo haya superado al de éstos.

Por encima de estos dos errores opuestos entre sí, la doctrina católica se eleva como una cima. Nos dice que Jesús no sólo nos ha rescatado por su ejemplo y su doctrina, sino satisfaciendo por nuestros pecados y mereciéndonos la gracia y la vida eterna. Se ofreció por nosotros, particularmente en la Cruz, como una verdadera hostia.

Ciertamente, aquí hay un gran misterio. Pero este dogma, al afirmar las exigencias de la Justicia divina, en modo alguno es contrario a la bondad de Dios, como pretenden los protestantes liberales. Por el contrario, veremos que Dios Padre, al pedir a su Hijo que como Víctima muriese por nosotros, le amó con un amor superior, pues así quiso hacer de Él el vencedor del pecado, del demonio y de la muerte. Aquellos que han aceptado sufrir por la salvación de las almas penetran en las profundidades del misterio. Dios quiso, al mismo tiempo, proclamar los derechos del Bien soberano a ser amado por encima de todo, y perdonar nuestras ofensas por el amor de su Hijo, víctima voluntaria por nos-

---

tenido valor si no los hubiese soportado por amor por Dios y por nosotros. He aquí lo que algunas veces está obligado a decir *aquel que no ama,* como le llamaba Santa Teresa.

otros. Al unirse así en la Cruz, muy lejos de destruirse, la Misericordia y la Justicia divina de algún modo se apoyan una sobre otra, como los dos arcos del círculo que forman una ojiva y las exigencias de la Justicia aparecen allí como las consecuencias de las del Amor. El Amor del bien exige que el mal sea reparado, y nos da al Redentor, para que sea ofrecida la reparación y devuelta la vida eterna.

Toda la grandeza de este misterio aparece ante nosotros en lo que San Pablo escribió a los efesios[47]: *Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo —por su gracia habéis sido salvados—, y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús.*

---

47 Eph 2, 4.

CAPÍTULO III

EL AMOR DE DIOS POR SU HIJO EN EL MISTERIO DE LA REDENCION

Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum.

Yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todo a mí.

(Io 12, 32.)

Hemos visto cuál es el sentido exacto, según Santo Tomás[1], del dogma de la Redención: el amor de Cristo que muere por nosotros en la cruz agradaba a Dios más de lo que le pueden desagradar todos los pecados de los hombres.

Para penetrar más íntimamente en este misterio hace falta considerar cómo es la manifestación del Amor increado de Dios por su Hijo y por nosotros.

En primer lugar, puede parecer que Dios Padre se muestra cruel con su Hijo castigando a un inocente en lugar de a los culpables, como dicen los protestantes liberales actuales por reacción contra el pensamiento de Lutero y Calvino.

También puede parecer que Dios Padre nos ama más que a su Hijo, puesto que entregó a su Hijo por nosotros.

---

[1] III, q. 48, a. 2 y 4.

Nada de esto es así, y no es más que una apreciación muy inferior de las cosas. Este misterio es incomparablemente superior.

Dios ha querido para su Hijo la gloria de la Redención

Santo Tomás de Aquino[2] ha escrito estas profundas palabras: *El amor increado de Dios es causa de la bondad de todas las cosas y, consecuentemente, nadie sería mejor que otro si no fuese más amado por Dios, si Dios no quisiera para él un bien mayor. Así, Dios, no sólo amó a Cristo más que a todo el género humano, sino más que a todas las criaturas tomadas en conjunto, pues quiso para él un bien superior y le dio un nombre por encima de todo nombre, pues él es Hijo de Dios y verdadero Dios. La excelencia de Cristo no quedó disminuida en nada por el hecho de que Dios le entregase a la muerte para la salvación del género humano; al contrario, Cristo se ha convertido así en el vencedor glorioso (del pecado, del demonio y de la muerte) y todo poder le ha sido dado*[3].

En el tratado de la Encarnación, Santo Tomás desarrolla esta profundísima idea cuando se pregunta[4]: *¿Es que el mismo Dios Padre entregó a su Hijo a la pasión y a la muerte?* Y responde explicando las palabras de San Pablo[5]: *El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros... Dios Padre* —explica San-

---

[2] I, q. 20, a. 4, c. y ad I.
[3] Is 9, 9.
[4] III, q. 47, a. 3.
[5] Rom 8, 32.

to Tomás— *entregó a su Hijo de tres maneras: primero, queriendo ordenar, desde toda la eternidad, la Pasión del Salvador a la liberación del género humano, según las palabras de Isaías*[6]*: El Señor le ha cargado sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros... Quiso el Señor consumirle con trabajos. En segundo lugar le entregó inspirándole la voluntad de sufrir por nosotros y dándole la plenitud de gracia y caridad (para que desborde sobre nosotros). Así, Cristo se ofreció voluntarísimamente (para responder a su misión redentora). En tercer lugar, Dios le entregó sin protegerle contra los perseguidores durante la Pasión. En este sentido Cristo pudo decir las palabras del Salmo*[7]*: ¡Oh Dios! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?, es decir, entregado al poder de los perseguidores, tal como explica San Agustín*[8].

Lo que hay que considerar aquí es el amor de Dios Padre por su Hijo, incluso cuando le entrega por nosotros. Se encierra en esto una altísima verdad que a menudo pasa desapercibida a causa de su misma elevación y debe constituir el objeto de la contemplación de las almas reparadoras.

A pesar de todas las apariencias, la Cruz sobre la que Jesús parece vencido, es el trofeo de su victoria. Jesús ha dicho: *Yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todo a mí*[9]. Dios Padre, por amor a su Hijo, quiso para él, desde toda la eternidad, ese doloroso triunfo, esa victoria sobre el pecado y el espíritu del mal. Pero esto

---

6 Is 53, 6-10.
7 Ps 11, 2.
8 Epist. 140, ad Honorat., c. 10.
9 Io 12, 32.

supera nuestras ideas humanas y apenas encontraremos aquí en la tierra un símbolo de las sublimidades del amor divino.

Sin embargo, durante una guerra, cuando un general, para salvar a la patria, tiene necesidad de sacrificar a un puñado de hombres, ¿a quiénes elige? Elige a los más bravos y a los que más ama; hace venir al mejor de sus lugartenientes y le dice sin rodeos: se trata de hacerse matar para salvar a la patria y el ejército. Le abraza y le envía a la muerte. Muerte tanto más gloriosa cuanto mayor es el peligro y cuanto que no hay posibilidad de escapar de él. El joven oficial parte contento de haber sido escogido; su general no podía darle mayor prueba de estima; cumple su destino de soldado.

Cuenta la historia que en una de las últimas guerras, en Japón, un general en circunstancia parecida escogió, entre sus lugartenientes, a su propio hijo y le pidió que fuese a la muerte por la salvación del ejército. El joven comprendió con qué amor le amaba su padre e inmediatamente se sacrificó.

Del mismo modo, ¿a qué oficial se escoge para que lleve la bandera en una batalla? A uno de los más bravos; a él apunta el enemigo y no puede defenderse; los tiros van sobre él y él no los devuelve; sostiene la bandera [10].

Estos ejemplos de heroísmo humano nos permiten entrever algo lo que fue el heroísmo del

---

[10] Sería materializar la vida del soldado pensar que, ante todo, es un hombre que mata; el verdadero soldado es un hombre que ofrece su vida para salvar a la patria, para defender los hogares y el patrimonio intelectual y moral.

Salvador y lo que fue el amor de su Padre al entregarle por nuestra salvación.

Después de haber enviado a sus profetas, muchos de los cuales fueron muertos, Dios envió a su Hijo unigénito, tal como se dice en la parábola de los viñadores homicidas. Dios Padre envió a su Hijo a la gloriosa muerte de la Cruz por la salvación de la humanidad y, como dice San Pablo: *Por lo cual, entrando en este mundo, dice: ... Heme aquí que vengo... Los holocaustos (de la antigua Ley) por el pecado no los quieres... He aquí que vengo para hacer tu voluntad* [11].

Dios, por amor, pidió a su Hijo el amor más heroico

Es fácil amar un país cuando no cuesta nada. Es heroico amarle a pie firme en las batallas. Es fácil amar a Dios cuando todo nos lleva a Él. Es heroico amarle cuando todo se vuelve contra nosotros, cuando los amigos nos abandonan y cuando el mismo cielo parece que se nos cierra. Pues bien, ¿qué se le pidió al Salvador?

El Amor del bien pide la reparación del mal; mientras más fuerte es, más la pide. El amor de Dios por el bien pide la reparación del pecado, que asola las almas, que las separa de su fin último para hundirlas en la concupiscencia de la carne, en la de los ojos, en el orgullo de la vida y, finalmente, en la muerte eterna.

Dios Padre, al darnos a su Hijo para rescatarnos, habría podido contentarse con el más pequeño acto de caridad del Verbo encarnado,

---

11 Heb 10, 5-9.

pues el menor de sus actos adquiría en la personalidad divina del Verbo un valor infinito para satisfacer y para merecer, pero no habríamos comprendido el profundo desorden que es el pecado; incluso ahora lo comprendemos muy poco, después de todos los sufrimientos que, por nosotros, soportó nuestro Salvador.

Dios Padre no retrocedió ante la dolorosa muerte de su propio Hijo y le pidió que expiase nuestras faltas por sufrimientos atroces; que reparase, soportándolos por amor, todos los placeres criminales; que mediante su desnudez absoluta nos mostrase toda la vergüenza de la concupiscencia de los ojos y del egoísmo que busca gozar; que con sus humillaciones nos hiciera sentir toda la necedad del orgullo y que, por su amor heroico, borrase el desorden de los odios que dividen a los hombres, a las familias, a las clases y a los pueblos.

Yendo, así, hasta las extremas exigencias de su Justicia, Dios no encuentra, ciertamente, ningún placer en castigar; por el contrario, muestra hasta dónde llega su amor del bien y su adversión santa del mal, la cara inversa del amor. Nadie puede amar sinceramente el bien sin detestar el mal; nadie puede amar la verdad sin detestar la mentira. Dios no puede tener el amor infinito del Bien sin tener esta santa adversión del mal. Ello nos muestra que las exigencias de la Justicia se identifican con las del Amor: *El amor es fuerte como la muerte, su ardor es inflexible como la morada de los muertos*, dice el Cantar de los Cantares [12].

Este amor increado del bien, unido a la santa

---

[12] 8, 6.

adversión del mal, pidió al Salvador el más heroico de los actos enviándole a la muerte gloriosa de la Cruz.

Volvemos así a lo que es, lo hemos dicho antes, la esencia misma del misterio de la Redención: Dios Padre ha pedido a su Hijo un acto de amor que le agrada más que lo que le desagradan todos los pecados juntos, un acto de amor redentor, de un valor infinito y sobreabundante.

El *Consummatum est* será el coronamiento de la vida de Cristo, la victoria sobre el pecado y sobre el espíritu del mal. La victoria del Viernes Santo es muy superior a la del día de Pascua, pues la resurrección o victoria sobre la muerte es más que el signo del triunfo de Cristo sobre el pecado.

Así, pues, por amor a su Hijo, Dios Padre le pidió que muriese por nosotros. Le predestinó por amor a la gloria de la Redención. ¿Qué sería la vida de Jesús sin el Calvario? Del mismo modo y guardando toda proporción, ¿qué sería sin su martirio la vida de una Santa Juana de Arco y la de todos aquellos que han sido llamados a derramar su sangre en testimonio de la verdad del Evangelio? Sin ese coronamiento su vida nos aparecería ahora como una vida truncada. Y comprendemos que es una predestinación de amor lo que les ha enviado a ese martirio

La liturgia canta admirablemente la victoria de Cristo el día de Viernes Santo:

Pange, lingua, gloriosi *Lauream certaminis,* *Et super Crucis trophaeo* *Dic triumphum nobilem:* *Qualiter Redemptor orbis* *Immolatus vicerit.*	Canta, oh lengua, la victoria del más glorioso combate, y celebra el noble triunfo de la Cruz, y cómo el Redentor del mundo venció, siendo en ella inmolado.

Agnus in crucis levatur *Immolandus stipite.*	El Cordero fue levantado en la Cruz para ser inmolado.
Crux fidelis, inter omnes *Arbor una nobilis:* *Sola digna tu fuisti* *Ferre mundi victimam:* *Atque portum praeparare* *Arca mundo naufrago:* *Quam sacer cruor perunxit,* *Fusus Agni corpore.*	Oh Cruz fiel, entre todos los árboles el más noble: Tú fuiste el único árbol digno de sostener la víctima del mundo, de ser para el universo naufragado, el puerto de salvación, el arca santa, rociada con la bendita sangre del Cuerpo del Cordero.
Dulce lignum, dulces clavos, *Dulce pondus sustinet.*	Dulce leño, dulces clavos, un dulce peso sostienen.

Las profundidades del misterio de la Redención nos permiten entender por qué Dios, por amor, envía a ciertas almas tan grandes sufrimientos para hacerlas trabajar, en unión con Nuestro Señor y un poco como Él, en la salvación de los pecadores. Es la más alta de las vocaciones, superior a la que consiste en enseñar, del mismo modo que Jesús es más grande sobre la Cruz que cuando pronuncia el Sermón de la Montaña.

¿Qué mayor prueba de amor puede dar Dios a un alma que hacer de ella una víctima de amor, en unión con el Crucificado? Como la causa primera no hace inútil la causa segunda, sino que le comunica la dignidad de la causalidad; los méritos y los sufrimientos del Salvador no hacen inútiles los nuestros, pero los suscitan para hacernos participar en su vida.

Entre muchos ejemplos recordemos el de Santa Catalina de Ricci. Tuvo cada semana, durante doce años, de 1542 a 1554, un éxtasis de dolor de veintiocho horas, desde el mediodía del jueves hasta el viernes a las cuatro de la tarde, éxtasis en el que revivía todos los momentos de

la Pasión del Salvador. Inmóvil, la cara pálida o radiante, los ojos y los brazos extendidos hacia el Amado invisible para las otras personas, ella le seguía paso a paso y corazón a corazón en todas las estaciones de ese largo sacrificio[13]. Los testigos de ese hecho comprendían los sufrimientos de la santa por el estremecimiento de su naturaleza que se notaba en ella durante ese doloroso camino de la Cruz. Cuando al jueves siguiente los sufrimientos recomenzaban, la naturaleza debía pedir gracia; pero Nuestro Señor hacía entender a este alma grande que debía unirse así a su Pasión para la salvación de tal pecador que le era muy querido, o por la liberación de tal alma del Purgatorio. Así hace entrar Jesús en las profundidades del misterio de la Redención a las almas que más ama.

Una de estas almas, que se había ofrecido y que, a consecuencia de esa oblación, veía todos los sucesos volverse, por así decirlo, contra ella, bajo el golpe de una nueva desgracia, exclamó un día: *Pero, Señor, ¿qué te he hecho?*, y oyó interiormente estas palabras: *Me has amado*. Pensó en el Calvario y comprendió un poco mejor que el grano de trigo debe morir para dar mucho fruto.

Estos hechos extraordinarios son suscitados por la divina Providencia no para que los consideremos con curiosidad, sino para hacernos comprender mejor la grandeza de la Pasión de Jesús, que debemos meditar todos los días. También nos recuerdan que si los santos han aceptado ta-

---

[13] Ver en la excelente *Vie de Sainte Catherine de Ricci* escrita por BAYONE el capítulo consagrado a este éxtasis de la Pasión.

les sufrimientos en unión al Salvador, nosotros debemos saber aceptar cada día un poco mejor las contrariedades cotidianas para la expiación de nuestras faltas, para nuestra santificación y para trabajar también nosotros en la salvación de las almas. De aquí que estos hechos extraordinarios tengan por fin hacernos entrever toda la hondura que debe haber en lo ordinario de una vida verdaderamente cristiana, desde la Misa y la Comunión, por la mañana, hasta la oración de la noche.

Debemos comprender un poco mejor cada día los esplendores de la liturgia de la Pasión, esos versos sublimes que expresan una alta contemplación y un gran amor:

Vexilla regis prodeunt: *Fulget crucis mysterium,* *Qua vita mortem pertulit,* *Et morte vitam protulit.*	Ya se enarbola el estandarte del Rey: resplandece el misterio de la Cruz, el Autor de la Vida padece muerte, y con ella nos reparte la vida.

He aquí el objeto habitual de la contemplación de los santos.

Vemos, así, que las exigencias de la Justicia terminan por identificarse con las del Amor, y es la Misericordia quien triunfa, porque es la más inmediata y profunda expresión del Amor de Dios a los pecadores [14]. La Justicia terrible,

---

[14] SANTO TOMÁS, I, q. 21, a. 4: *En Dios toda obra de justicia supone una obra de misericordia o de pura bondad. Si, en efecto, Dios debe algo a su criatura, es en virtud de un don precedente (si debe recompensar nuestros méritos, porque nos ha dado la gracia para merecer y porque, en primer lugar, nos creó por pura bondad). La Misericordia divina es, así, como la raíz o el principio de todas las obras de Dios, las penetra con su virtud*

que detiene al principio nuestra mirada, no es más que el aspecto secundario de la Redención: ésta es ante todo obra de Amor y de Misericordia.

La Justicia divina es apaciguada por el Justo que lleva el peso del pecado humano en su totalidad, por la Víctima de amor que es afligida en nuestro lugar, por el Verbo encarnado muerto por nosotros.

Pero la Misericordia triunfa: en Jesús, Dios Padre se reconcilia con los pecadores y les da la gracia; ofrece a todos, incluso a los perversos, la vida eterna y glorifica al Redentor dándole la victoria sobre el pecado, sobre el demonio y sobre la muerte. Es esto lo que le hace decir a San Pablo: *Todo es vuestro; y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios* [15].

Un gran pintor ha expresado admirablemente esta idea en el Oratorio de los Dominicos en Roma. Sobre el altar ha representado a Jesús muriendo en la Cruz y ofreciendo la vida a su Padre por nuestra salvación. El Padre aparece recibiendo su último suspiro. El pintor ha querido señalar el acuerdo de las voluntades del Padre y del Hijo en el Calvario; ha querido decir que Nuestro Señor, sobre la Cruz, no sólo cumplió la voluntad del Padre, sino que no cesa de expresarle su amor. Por otra parte, por amor a su Hijo y por nosotros, el Padre ha enviado a Jesús a la muerte heroica de la Cruz, para hacer de Él el vencedor glorioso del pecado, del demonio y de la muerte, el Salvador de los hombres.

Por ello, en este bellísimo cuadro, sólo hay un

---

y las domina. Por esto supera a la Justicia, que viene sólo en segundo lugar.

[15] I Cor 3, 23.

gesto: el Padre con los brazos extendidos para sostener y aceptar el sacrificio de su Hijo y sobre el corazón del Padre, y en sus brazos, Nuestro Señor crucificado expira: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* La expresión del Padre es extremadamente noble y plena de bondad; la del Hijo manifiesta toda la heroicidad de su amor por su Padre y por nosotros [16]. Verdaderamente, aquí está todo lo que el tema puede expresar, la esencia misma del misterio de la Redención.

---

[16] Este cuadro ha sido muy bien reproducido en la revista trimestral de arte religioso de DOM GASPAR LEFEBVRE, «L'Artisan liturgique», octubre-diciembre 1932, página 571: *Trois tableaux du Père M. A. Coutourier*, y en «L'Année Dominicaine», junio 1933.

CAPÍTULO IV

EL AMOR REDENTOR DE CRISTO

Fortis est ut mors dilectio.

El amor es fuerte como la muerte.

(Cant 8, 6.)

Para seguir penetrando en el misterio de la Redención, después de haber hablado del amor de Dios por su Hijo, a quien envió a la muerte gloriosa de la Cruz, para hacer de Él el vencedor del pecado y nuestro Salvador, conviene considerar el amor redentor de Cristo, expresado por su Corazón abierto, que vertió toda su sangre por nosotros [1].

Lo que quizá más asombra en este amor de Jesús, que se inclina hacia su Padre y hacia nuestras almas, es la unión admirable y muy íntima de la más profunda ternura y de la fortaleza más heroica en el sufrimiento y en la muerte.

Estas dos cualidades del amor están en nosotros separadas demasiado a menudo y, sin em-

[1] Al exponer la doctrina común sobre este punto, nos inspiramos en un sermón de Monsabré, que, después de muchos años, aún no se ha borrado de nuestra memoria.

bargo, sólo pueden vivir muy íntimamente unidas. La ternura sin la fortaleza resulta languidez y amaneramiento; la fortaleza sin la misericordiosa bondad se convierte en rudeza y amargura. Dios dispone todo con fortaleza y dulzura, *fortiter et suaviter*[2].

Consideremos la unión de estas cualidades tan diversas en el amor de Jesús por su Padre y en su amor por nosotros.

La ternura y la fortaleza del amor de Jesús por su Padre

El amor de Jesús por su Padre nace desde el primer instante de su concepción en toda la plenitud de su ternura y de su fortaleza.

Por el contrario, en nosotros, el amor espiritual de Dios ordinariamente sólo se despierta muy lentamente. En nosotros, la vida de los sentidos y de la imaginación se desarrolla antes que la vida espiritual y, demasiado a menudo, nuestro primer movimiento es el de gozar de los bienes sensibles que nos rodean. El amor generoso que desea el bien de otro, que se da, que se prodiga y se olvida de sí, ese amor que consuma la perfecta unión de los corazones, en ocasiones se hace esperar mucho tiempo, incluso entre los miembros de una misma familia. Sin duda, hay en nuestra voluntad una inclinación natural que nos lleva a amar más que a nosotros al Autor de nuestra naturaleza, a amar también lo verdadero y el bien[3] y aprendamos poco

---

2 Sap 8, 1.
3 Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 60, a. 5.

a poco que Dios es la Belleza suprema, totalmente sobrenatural; pero el amor eficaz de Dios, el deseo de su reino y de su gloria tiene dificultades en dominar en nosotros el egoísmo, el amor más o menos desordenado de las criaturas, en inspirar todos nuestros afectos para vivificarlos y ennoblecerlos. Nuestro pobre corazón es lento en darse a Dios para siempre.

El corazón de Cristo no esperó para ir con todo su ímpetu hacia su Padre. Desde el primer instante de su existencia tuvo toda su generosidad. Como dice San Pablo: *Por lo cual, entrando en este mundo, dice: No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos (de la antigua Ley) y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad*[4].

Nadie puede expresar la ternura del amor filial de Jesús niño para con su Padre. Ciertamente, amó con profundidad a su Santa Madre y a San José; desde sus primeros instantes amó ardientemente a las almas, ¡pero cuánto más a su Padre del cielo, a su solo y único Padre!

Este vivísimo amor era, desde el primer minuto, la consecuencia de la luz sobrenatural que iluminó siempre su alma santa. La luz le reveló sin oscuridad el infinito esplendor y la infinita bondad del Padre celestial. La luz le dirigió en sus preferencias, no pudo perderse en sus afectos.

Tiernísimo y muy esclarecido, el amor de Jesús por su Padre inspiraba e inspira siempre en Él la adoración y la acción de gracias. Él nos dice:

---

[4] Heb 10, 5.

Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad[5].

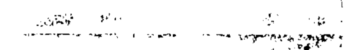
La adoración se eleva espontáneamente de su corazón. Se complace en reconocer que Dios es infinitamente bueno en sí mismo, que es nuestro Creador y nuestro Padre; le reconoce prácticamente, inclinándose con amor ante su majestad infinita. Jesús gozó incluso de su propio abatimiento, de su pobreza, de su vida oculta, ignorada de los hombres; de alguna manera se aniquiló, en su humanidad, para reconocer mejor la infinita santidad de Dios. Así, nosotros nos inclinamos y nos ponemos de rodillas, al entrar en una iglesia, para reconocer nuestra nada ante la infinita grandeza del Altísimo; pero ésta es nuestra actitud de un momento; tenemos horas de adoración y horas de olvido y de indiferencia; Cristo no cesó un instante de adorar a su Padre, desde el primer instante de su vida hasta su muerte sobre la Cruz. Y tal adoración dura y durará siempre en su alma santa, para reconocer la infinita bondad de su Padre y cantar su gloria. Cristo salvador es la alabanza de Dios.

Este amor muy tierno también inspira constantemente en Él acciones de gracias, pues Dios no sólo es bueno en sí mismo, sino que es nuestro benefactor, y nadie recibirá nunca más que lo que Cristo recibió. ¿Cuál fue su acción de gracias? Agradece a su Padre por sí mismo y por toda la creación, por el tesoro de vida sobrenatural dado a las almas: *Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste es-*

---

[5] Io 4, 24.

tas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre porque así te plugo[6].



En el amor de Jesús por su Padre, la fortaleza y la generosidad no ceden en nada a la ternura. Desde el primer instante, este amor no sólo inspira en Él la adoración y la acción de gracias, sino la reparación. En efecto, Dios no es sólo benefactor, sino también un Padre ultrajado por sus hijos; es el Creador y el Señor que millares de almas rehúsan reconocer, siendo así que han sido creadas para cantar su gloria mejor que las estrellas del firmamento.

Igualmente, desde el primer instante de su vida, Jesús, diciendo a su Padre: *Heme aquí que vengo*[7], se ofrece como víctima reparadora en lugar de los culpables, en lugar de pueblos enteros, que, por orgullo y extravío, no quieren tan siquiera pronunciar el nombre de Dios en el momento en el que más necesidad tendrían de su socorro.

Algunos santos han sido iluminados desde su infancia sobre su misión providencial, apostólica o reparadora; ¿cómo no lo habría sido Jesús sobre la suya? Y desde el primer instante, previendo el Calvario, Jesús ama a su Padre, ofreciéndole de antemano toda su vida y su muerte sobre la cruz. Es el amor más fuerte, el más generoso, amor del Verbo encarnado que agrada a Dios más de lo que le desagradan todos los pecados.

Cor Jesu, fornax ardens caritatis, miserere nobis. ¡Corazón de Jesús, horno ardiente de cari-

---

[6] Mt 11, 25.
[7] Heb 10, 5.

dad, ten piedad de nosotros! ¿Hay algo más dulce y más tierno que la caridad divina? ¿Algo más fuerte que el fuego de un horno, que quema y todo lo consume? El infierno se encarniza con rabia contra el Salvador, pero esa rabia no hace más que llevar al amor a actos más heroicos, que transforman en incienso de adoración el oprobio con el que está cubierto. *Cor Jesu, saturatum opprobiis, miserere nobis.* Es el mayor grado de la fortaleza, unido a la más profunda humildad y a la mayor dulzura. *Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus aemulatio:* El amor es fuerte como la muerte, su ardor es más inflexible que el infierno[8]. *Jesu potentissime, miserere nobis. Jesu, mitis et humilis corde, miserere nobis.* Este amor es la fuente de todas las virtudes, de todas las energías: *Cor Jesu, virtutum omnium abyssus, miserere nobis.* Ya sea un ángel o un hombre el que toque el Corazón del Salvador, ya sea el mismo demonio quien le golpee, él responde siempre por el amor de Dios. El amor creado del alma de Cristo es la más alta manifestación del amor increado de Dios.

La fortaleza y la ternura del amor del Salvador por nosotros

Desde las alturas de la visión de Dios, el amor de Cristo desciende sobre nuestras almas y en el amor de Jesús por nosotros volvemos a encontrar las mismas características tan diferentes: la más profunda ternura y la fortaleza más heroica.

---

[8] Cant 8, 6.

La tierna misericordia del Salvador por las almas no cedió ni un instante, pese a todas las ingratitudes, las contradicciones y los odios que encontró en su camino.

Nosotros tenemos fácilmente un tierno afecto por algunas personas de nuestra familia o amigos nuestros: pero a menudo esa ternura es totalmente sensible, superficial; no llega, prácticamente, al alma de aquellos que amamos. ¿Rezamos mucho por ellos? ¿Les deseamos intensamente la vida eterna? Además, muy a menudo esa afección es tan estrecha como superficial: la reservamos para algunos íntimos; como es débil, pierde intensidad, intensidad muy relativa, al extenderse. Nuestro corazón es pobre, avaro de su afecto: los indiferentes quedan fuera y con mayor razón los que nos han ofendido o herido; incluso somos duros con ellos y, en ocasiones, despiadados.

La ternura sobrenatural de Cristo por las almas es profunda, porque, en primer lugar, se inclina al alma, para desearle la vida eterna y, al mismo tiempo, es universal, inmensa, se extiende a todos.

Como Él mismo dice, Jesús es el Pastor de las almas; todas pueden ser ovejas de su rebaño, Él las conoce a todas, las llama *nominatim,* a cada una por su nombre[9], las protege contra el enemigo; se inquieta por las ausentes, corre en su busca y las toma sobre sus espaldas.

Una de las mayores señales de su venida es ésta: *Los pobres son evangelizados*[10]. Tienen,

---

[9] Io 10, 3: *Y las ovejas oyen su voz, y llama a sus ovejas por su nombre y las saca fuera.*
[10] Mt 11, 5; Lc 7, 22.

como los niños, un lugar preferente en su afecto. No teme comprometer su dignidad admitiéndoles cerca de Él. Les expone con bondad la doctrina de la salvación e, incluso, les sirve. Entre los pobres y los humildes escogió a sus Apóstoles; el día de Jueves Santo se humilla ante ellos, les lava y les besa los pies para hacerles comprender mejor el precepto del amor fraterno. *Cor Jesu, deliciae Sanctorum omnium, miserere nobis.*

¿Qué es lo que dice a los pecadores? *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré*[11]. Tiene piedad de la gran miseria a la que les ha conducido el pecado; le lleva al arrepentimiento sin juzgarles con severidad. Es el padre del hijo pródigo, abraza al hijo desgraciado por su falta; perdona a la mujer adúltera a la que se disponían a lapidar; recibe a la Magdalena arrepentida y le abre en seguida el misterio de su vida íntima; habla de la vida eterna a la Samaritana a pesar de su conducta; promete el cielo al buen ladrón. Verdaderamente, en Él se realizan las palabras de Isaías: *La caña cascada no la quebrará; ni apagará el pábilo que aún humea*[12].

Sin duda, reprende muy vivamente a los fariseos, que se obstinan en su orgullo; pero es porque quiere preservar a las almas, sustraerlas de su influencia y quiere también dar a los mismos fariseos una última advertencia que aún les salvaría si no se endureciesen en su orgullo. Advirtiéndoles así, Jesús aún les ama; les da incluso una gracia que les hace realmente posible el cumplimiento de su deber.

---

11 Mt 11, 28.
12 Is 42, 1-4; Mt 12, 20.

El amor de Cristo no pierde su ternura al extenderse a todas las almas; abraza a todas las naciones y a todos los tiempos. Sin duda, tiene sus preferencias por un San Juan, por Zaqueo, por el buen ladrón, pero permanece abierto a todos. *Ha muerto por todos los hombres,* dice San Pablo[13]. Muchos se apartan de Él, pero Él no expulsa a nadie. Y cuando nos hemos apartado, intercede por los ingratos, como rogó por sus verdugos. Es el grado supremo de la bondad y de la dulzura en la humildad. Dijo a Pedro que hay que *perdonar setenta veces siete,* es decir, siempre, y Él es el primero en hacerlo.

Al mismo tiempo, el amor de Jesús por nosotros es de una fortaleza que hace de su Corazón el más grande de todos. *Cor Jesu, rex et centrum omnium cordium, miserere nobis.* No sólo por la gloria de su Padre, sino también por nuestra salvación, quiso ser Víctima en nuestro lugar: *Cor Jesu victima peccatorum, miserere nobis.*

La fortaleza, la generosidad de su amor por nosotros se manifiesta cada vez más desde el pesebre hasta la Cruz. *Me amó,* dice San Pablo, *y se entregó por mí*[14], y cada uno de nosotros puede decirlo. Los incrédulos no quieren ver en Cristo que muere más que a un gran hombre aplastado por mediocridades celosas. Es infinitamente más: es la víctima voluntaria que se ofrece para salvarnos. *Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por sus amigos,* ha dicho[15].

---

13 2 Cor 5, 14-15.
14 Gal 2, 20.
15 Io 15, 13.

En ocasiones, almas generosas se ofrecen como víctima para obtener la conversión de un pecador o para abreviar a un ser querido los sufrimientos del purgatorio. Jesús se ofrece como víctima por millones de almas, por todas sin excepción y por cada una en particular, y ningún adulto está privado del beneficio de la redención más que si lo rehúsa por orgullo o por satisfacer su concupiscencia. Jesús cargó con la pena que cada uno de nosotros debía padecer. Sufrió por el pecado en la medida de su amor por Dios, a quien el pecado ofende, y en la medida de su amor por nuestras almas a las que el pecado asola y mata. *Cor Jesu, atritum propter scelera nostra, miserere nobis:* Corazón de Jesús, triturado por nuestros pecados, tened piedad de nosotros. El corazón doloroso e inmaculado de María estuvo íntimamente asociado a esta oblación y nos ayuda a penetrar el misterio.

Nunca nadie nos amó ni nos amará como Cristo. Por ello, cuando los fieles de Corinto estaban divididos diciendo uno: yo soy de Pablo, y otros: yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo, San Pablo les escribe: *¿Ha sido Pablo crucificado por vosotros?* [16].

En Getsemaní, Jesús quiso tomar para sí el amargo cáliz de expiación de los pecados, de los crímenes, para darnos el cáliz de su preciosa Sangre que se eleva por todos en el altar. Estos dos cálices representan la historia del mundo y de las almas, son como los dos platos de la balanza del bien y del mal, y es el bien quien triunfa; la preciosa Sangre puede borrar todos los crímenes, si se implora su perdón.

---

16 1 Cor 1, 3.

Jesús, por su victoria sobre el pecado lograda en la Cruz, es la fuente de la vida y de la santidad, la fuente de toda consolación, la salvación de los que esperan en él, la esperanza de los agonizantes, las delicias de los santos, como dicen las letanías del Sagrado Corazón. Finalmente, nos dejó la Eucaristía, para quedarse con nosotros hasta el fin del mundo y darse en alimento a cada uno de nosotros en particular.

A sus privilegiados amigos que siguen su ejemplo les dice: *Quien deja abierta la llaga de mi Corazón es mi amor. Quiero probar a las almas que mi Corazón no se cierra. Muy al contrario, mi mayor deseo es que las almas entren por la llaga de mi Corazón, abismo de caridad y misericordia. Sólo en el Corazón de Dios encontrarán el remedio para apaciguar sus sufrimientos y fortalecer su debilidad. Que me tiendan la mano; yo mismo les conduciré.*

Nosotros seguimos siendo egoístas porque nuestro amor es demasiado débil, demasiado pobre, demasiado estrecho, y se repliega miserablemente sobre nosotros. El Corazón de Cristo dilatará nuestros corazones enseñándonos a amar por encima de todo la gloria de Dios y la salvación de las almas.

¿Por qué nos dejamos llevar por el odio, por la envidia? Porque nuestro amor no se eleva lo bastante alto, hasta el Bien supremo que todos debemos poseer conjuntamente sin dañarnos.

En lugar de dejarnos llevar por el odio, agradezcamos al Señor haber dado a nuestro prójimo cualidades que no tenemos, y regocijémonos en nuestro interior como la mano saca provecho de lo que el ojo ve.

¿Por qué somos flojos? Porque no amamos

lo suficiente, porque nuestro corazón tiene frío; porque contamos con frecuencia únicamente con nuestras fuerzas cuya poca firmeza es manifiesta y porque no contamos suficientemente con el Corazón de Jesús, con su amor por nosotros.

El Corazón del Salvador puede y quiere darnos santas energías, las de la confianza y las del amor, que inspira adoración, acción de gracias y reparación, poniendo por encima de todo la gloria de Dios.

Cor Jesu, de cujus plenitudine omnes nos accepimus, miserere nobis. Vamos al Padre, por Él, con Él y en Él.

CAPÍTULO V

LA HUMILDAD DE JESUS Y SU MAGNANIMIDAD

Discite a me quia mitis sum et humilis corde.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

(Mt 11, 29.)

Decíamos que el misterio de la Redención fue, sobre todo, la manifestación del Amor de Nuestro Señor por nosotros. Ahora bien, el amor sobrenatural de caridad contiene virtualmente todas las virtudes que le están subordinadas; las vivifica, las inspira y ordena sus actos hacia el fin supremo, que es su objeto propio: amar a Dios sobre todas las cosas. Entre las virtudes de Nuestro Señor hay una, la humildad, que conviene considerar más en particular porque por ella Jesús nos cura especialmente del orgullo que es, según la Escritura, el principio de todo pecado: *Initium omnis peccati est superbia*[1].

Los filósofos de la antigüedad, que describieron largamente casi todas las virtudes morales, no hablaron nunca de la humildad porque ignoraron el doble fundamento que se encuentra en

---

[1] Eccli 10, 15.

el dogma de la creación *ex nihilo* (hemos sido creados de la nada) y en el de la necesidad de la gracia actual para el menor acto salutífero.

La sabiduría mundana también pretende bastante a menudo que la humildad no es más que un aire de virtud que se da en el débil, en el pusilámine, en el que no tiene fortaleza. La humildad, piensa, esconde falta de inteligencia, de saber hacer y de energía. Según el mundo, el hombre avisado y decidido debe saber lo que vale para afirmarse e imponerse; no tiene relación con una actitud humilde que denotaría falta de vigor y de dignidad. Se confunde, así, humildad y pusilanimidad.

Ahora bien, sucede que el Salvador, el fuerte por excelencia, pudo decir a sus discípulos: *Confiad: yo he vencido al mundo*[2]. Jesús, verdadero Dios, Verbo encarnado, que podía imponerse a todos por el ascendiente de la inteligencia y del carácter, por su poder y sus milagros; Jesús, el más grande de los hombres por el espíritu y por el corazón, nos dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas*[3]. Dios quiere que aprendamos la virtud del ocultamiento por medio de Aquel cuya grandeza supera todas las grandezas de aquí abajo.

En efecto, para Nuestro Señor, la humildad, lejos de ser indicio de falta de inteligencia o de energía, proviene, al contrario, de un altísimo conocimiento de Dios y se alía a una inmensa dignidad; y hasta tal punto, que un escritor como Pascal, queriendo enseñar que Jesús es infinita-

---

[2] Io 16, 33.
[3] Mt 11, 29.

mente superior a todos los héroes y a todos los genios de la humanidad, se contenta con escribir: *No inventó nada, no reinó, pero fue humilde, paciente, santo, santo para Dios, terrible para los demonios, sin ningún pecado. ¡Oh, con qué prodigiosa magnificencia vino para los ojos del corazón y de los que ven la Sabiduría!* [4].

Veamos cuál es el principio de la humildad en Jesús, cómo practicó esta virtud y cómo se unían en Él la magnanimidad o grandeza de alma con la humildad.

El principio de la humildad de Cristo

La verdadera humildad, lejos de provenir de una falta de clarividencia, de saber hacer, se deriva de un profundo conocimiento de la grandeza infinita de Dios y de la nada de la criatura que, por sí misma, es nada. Este doble conocimiento se unifica cada vez más, pues la infinita majestad de Dios manifiesta la fragilidad de la criatura e, inversamente, nuestra impotencia nos revela, por contraste, la fuerza de Dios. Estos dos conocimientos, dice Santa Catalina de Siena, son como el punto más bajo y el más alto de un círculo que crecería siempre. Cuando se sabe o se encuentra el punto más bajo, se ve por contraste dónde se encuentra también el punto diametralmente opuesto. El círculo que siempre crece es el símbolo de la contemplación.

La humildad nace de la visión del abismo que separa a Dios de la criatura. El Padre celestial, queriendo grabar profundamente ese pensamien-

---

[4] *Pensées.*

to en el alma de Catalina de Siena, le dice: *Yo soy el que es, tú eres la que no es.* Había hablado del mismo modo a Moisés.

Dios es el mismo Ser, que no puede no ser, que es desde toda la eternidad, sin comienzo, sin límite alguno, el infinito océano del ser. Dios es también la soberana Sabiduría, que no ignora nada del futuro más lejano y para la que no hay misterio. Es el mismo Amor, sin decaimiento alguno, impecable. Es el Poder mismo al que nada resiste sin su permiso.

Por el contrario, la criatura, por muy dotada que esté, por sí mismo no es. Si un día recibió de Dios la existencia, la recibió gratuitamente, porque Dios la amó libérrimamente creándola de la nada. Los filósofos antiguos nunca se elevaron a la idea explícita de la creación *ex nihilo;* no pensaron en la libertad absoluta del acto creador. Dios habría podido no crearnos, no tenía ninguna necesidad de nosotros, porque Él es el Bien infinito y la Beatitud suprema.

La criatura por sí misma no es nada, y una vez que existe, en comparación con Dios no es nada. El resplandor de una vela aún es algo, por poco que sea, en comparación con el sol más refulgente, porque el esplendor del sol no es infinito, mientras que la más alta criatura nada es en comparación con la Infinitud de Dios, en comparación con la infinita perfección de su sabiduría y de su amor. Después de la creación hay diversos seres, pero no hay más ser, ni más sabiduría, ni más vida, ni más amor. Del mismo modo, con relación al Altísimo, el ángel, el hombre, la mota de polvo, son igualmente ínfimos, pues entre toda criatura y Dios hay siempre una infinita distancia.

Además, para la dirección de su vida, la criatura inteligente depende de Dios, quien le asigna su fin, la vida eterna. *¿De qué sirve ganar el universo si se pierde el alma?* ¿Y cuál es el buen camino para ganar la vida eterna? El que la Providencia divina nos ha trazado desde toda la eternidad. A nosotros nos toca reconocer humildemente esa vía; no nos pertenece determinarla. Puede ser una vía oculta, para preservarnos del orgullo y del olvido de Dios. Puede ser una vía de sufrimiento, más fecunda que ninguna otra en frutos de vida. El apostolado por la oración y el sufrimiento no es menos fecundo que el de la doctrina e incluso fecunda a este último llevándole a buscar la doctrina no sólo en los libros, sino en la fuente de vida. Debemos aceptar humildemente el camino, quizá oculto y doloroso, que el Señor ha escogido para nosotros en su bondad, la vida que nos ha sido indicada por las circunstancias y por los que el Señor nos ha dado como guías.

Finalmente, ¿qué puede hacer la criatura por sí sola para avanzar en ese camino que lleva a la vida eterna? Nada. Aunque hubiese recibido ya la gracia santificante en alto grado, no podría hacer el menor acto salutífero, dar el menor paso adelante, sin un nuevo socorro actual de Dios; ese socorro le es ofrecido, pero no puede recibirlo si se deja cautivar por la atracción del placer o la tentación del orgullo. Los que ven mejor la elevación del fin a alcanzar, también sienten mejor su fragilidad. ¿Quiénes lo han conocido nunca mejor que los santos? No se han fiado de sí mismos y han depositado su confianza en Dios.

Tal es el principio de la humildad: el conocimiento de la infinita grandeza de Dios y el de

nuestra nada. Si esto es así, ¿cuál fue la humildad de Jesús?

Para saber lo que fue la humildad de Cristo haría falta haber profundizado como Él en el misterio del acto creador y en el misterio de la gracia.

Jesús, tanto aquí en la tierra como en el cielo, es aún más humilde que María y que todos los santos, porque conoce mejor la infinita distancia que separa a toda naturaleza creada de su Creador, porque conoce mejor que nadie la grandeza de Dios y la fragilidad de toda alma humana y de todo espíritu creado.

En efecto, en la tierra, Jesús tenía la visión beatífica. Veía a Dios cara a cara mediante su inteligencia humana por un reflejo del esplendor del Verbo. En lugar de tener necesidad, como nosotros, de razonar y de emplear palabras humanas para decirse que Dios es el Ser mismo, la Sabiduría misma, el Amor mismo, Jesús veía inmediatamente la esencia divina, la Deidad. La parte más excelsa de su alma santa estaba como en un éxtasis perpetuo, cautivada por el Esplendor divino. Y con la misma mirada, muy superior al razonamiento y a la fe, veía la nada de toda criatura y de su propia humanidad. Como un pintor de genio, que en seguida distingue la obra de un maestro de una pálida reproducción, Jesús veía aquí en la tierra y constantemente la infinita distancia que separa la eternidad del tiempo.

Mientras que el hombre que comienza por su propio impulso una obra humana difícil, a menudo toma un aire decidido y dominante, Jesús

sólo piensa en cumplir humildemente, bajo la dirección de su Padre, la misión divina que ha recibido: *Padre mío..., no se haga como yo quiero, sino como quieres tú*[5].

Jesús también ve constantemente que por sus solas fuerzas humanas no puede absolutamente nada con vistas a alcanzar el fin divino que persigue: conducir a las almas a la vida eterna. Es feliz por esa impotencia, porque glorifica a Dios y muestra la elevación del fin sobrenatural al que la Providencia nos destina: *Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado*[6]. *Pater in me manens ipse facit opera: El Padre, que mora en mí, hace sus obras,* los milagros que confirman la doctrina que os doy en su nombre[7].

Se trata de un acto especial de humildad que consiste en reconocer no sólo nuestra nada, sino nuestra miseria, consecuencia del pecado. Este acto, necesario para la contrición, por la pena de haber ofendido a Dios, no pudo existir en Nuestro Señor, impecable. Pero Él, la inocencia misma, quiso tomar sobre sí todas nuestras faltas y, mejor que nadie, comprendió la infinita gravedad del pecado mortal, sufrió por él más que nadie en la medida de su amor por Dios ofendido y por nuestras almas. Experimentó, más que nadie, un desagrado inexpresable ante tantas manchas acumuladas, ante tantas cobardías, injusticias, traiciones, sacrilegios. Este desagrado se dio en Getsemaní hasta la náusea: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz*[8].

---

5 Mt 26, 39.
6 Io 7, 16.
7 Io 14, 10.
8 Mt 26, 39.

La unión de la humildad y de la magnanimidad en Jesús

Más que en ninguna otra criatura, Jesús, aquí en la tierra, en su alma santa, conoció la grandeza de Dios, la debilidad del hombre y la gravedad del pecado que venía a reparar. Por ello, más que persona alguna, fue humilde. Esta humildad, lejos de esconder una falta de inteligencia y de energía, era el signo de la contemplación más excelsa y la condición de una fortaleza espiritual única. Se unía, igualmente, a la más perfecta dignidad, a la magnanimidad sobrenatural más elevada, que hace tender, como conviene, hacia grandes cosas, aunque sea necesario atravesar todas las pruebas y todas las humillaciones.

Estas dos virtudes, aparentemente opuestas, la humildad y la magnanimidad, son conexas, se prestan a un mutuo apoyo como los dos arcos de una ojiva. Crecen juntas: Nadie es profundamente humilde si no es magnánimo y nadie es verdaderamente magnánimo sin una gran humildad [9].

Los rasgos de estas dos virtudes se encuentran

---

[9] Cfr. SANTO TOMÁS, II, II, q. 129, 1, 3; q. 161, a. 1, 2, ad 3. La humildad impide la presunción y el orgullo; la magnanimidad nos fortalece contra el desaliento. La humildad nos inclina ante Dios y ante lo que hay de Dios en nuestro prójimo; la magnanimidad nos lleva a hacer grandes cosas, las que el Señor quiere que hagamos, aunque incurramos en la reprobación de los hombres. Es lo que entreveía el poeta ALFRED DE VIGNY cuando decía: *El honor es la poesía del deber*, y cuando escribía *Servitude et Grandeur militaires*, recordando el heroísmo, a menudo oculto, de los mejores soldados.

admirablemente unidos en la fisonomía del Salvador.

Recordemos el retrato del magnánimo trazado por Santo Tomás que perfecciona el esbozo de Aristóteles.

El magnánimo sólo busca grandes cosas dignas de honor, pero estima que los honores mismos no son prácticamente nada. No teme el desprecio si hay que soportarlo por una gran causa. El éxito no le exalta, y la falta de éxito no puede abatirle. Para él, los bienes externos son poca cosa. No se entristece en el caso de perderlos. El magnánimo da con largueza a todos lo que puede dar. Es verdadero y no hace ningún caso de la opinión desde el momento en que ésta se opone a la verdad por más formidable que pueda llegar a ser. Está dispuesto a morir por la verdad [10].

Esta grandeza de alma, que se encuentra en todos los santos íntimamente unida a su profunda humildad, se encontraba en grado eminente en Jesús [11], y nunca fue mayor que durante la Pasión, en el momento de las últimas humillaciones. Recordemos su respuesta a Pilatos, quien le pregunta si es rey: *Mi reino no es de este mundo... Tú dices que soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz* [12].

---

10 Cfr. SANTO TOMÁS, II, II, q. 129, a. 1-8.

11 En los más magnánimos santos, como San Pablo, descubrimos una profunda humildad, y en los más humildes, como San Vicente de Paúl, una elevada magnanimidad.

12 Io 17, 36-38.

Estas dos virtudes, humildad y magnanimidad, están siempre en la vida del Salvador.

Quiso nacer en la condición más humilde aunque fuese de estirpe real.

Es hijo de una virgen, pero, a juicio de los hombres, pasa por el hijo del carpintero.

Hasta alrededor de los treinta años, Él, el Verbo de Dios, que podía imponerse a todos, no quiere conocer más que la vida oculta y el oficio más ordinario, para mostrarnos que nada grande se hace sin recogimiento y humildad. ¿No nos sucede que nos quejamos, nosotros, por recibir funciones inferiores a nuestras capacidades?

Al salir de su vida oculta, Jesús, que es la inocencia misma, va a pedir a San Juan Bautista el bautismo de penitencia, como si fuese pecador. Juan se opone y dice: *Soy yo quien debe ser por ti bautizado, ¿y vienes tú a mí? Pero Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia;* es decir, conviene que el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, se ponga voluntariamente en el rango de los pecadores. Entonces Juan no se resistió más y, habiendo sido bautizado Jesús, el Espíritu de Dios descendió sobre Él bajo la forma de una paloma y una voz del cielo se hizo oír: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias* [13].

Después del bautismo, Jesús quiere ser tentado en el desierto, para parecerse más a nosotros, en una nueva prueba de humildad; al mismo tiempo nos enseña a vencer al espíritu del mal y a responder a sus seducciones con la palabra de Dios.

---

13 Mt 3, 17.

¿Cuáles son sus primeras palabras al comienzo de su ministerio? *Bienaventurados los pobres de espíritu,* los humildes, y les promete grandes cosas: *El reino de los cielos.*

¿Qué Apóstoles escoge? A pescadores sin cultura, a un publicano como Mateo, y les hace *pescadores de hombres;* ¡nada más grande!

¿Cómo los forma, cuando se preguntan cuál es el primero entre ellos? Hace venir a un niño, lo coloca en medio de ellos y les dice: *En verdad os digo, si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos*[14]. He aquí la unión de la humildad y de la magnanimidad sobrenatural, unión que tiende hacia grandes cosas que no se obtienen más que por la gracia de Dios cuando se pide humildemente cada día. Como decía un gran escritor católico, Hello, *es tiempo de ser humilde, pues es tiempo de ser orgulloso,* o magnánimo, en el sentido querido por Dios.

Estas dos virtudes se aúnan también en lo que Jesús dice a sus Apóstoles el día de Jueves Santo al lavarles los pies, señal suprema de humildad: *Vosotros me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, porque de verdad lo soy. Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habréis de lavaros vosotros los pies unos a otros... No es el siervo mayor que su señor, ni el enviado mayor que quien le envía*[15].

Su gloria y una de las señales de su misión es *evangelizar a los pobres.* Se deja rodear por los

---

[14] Mt 18, 2-4.
[15] Io 13, 13.

publicanos, por Magdalena la pecadora y la hace una gran santa.

Si entra triunfalmente en Jerusalén, lo hace subido en un asno e injuriado por los fariseos. Permite esa contradicción; no nos irritemos por las que nos salgan al encuentro.

La Pasión es la hora de las supremas humillaciones aceptadas por nuestra salvación, para curarnos de nuestro orgullo. Se prefiere a Barrabás, el desecho del pueblo, al Verbo de Dios hecho carne. Se burlan del Salvador, se le abofetea, se le escupe en la cara, se le insulta hasta su último suspiro en la cruz. Pero su grandeza estalla a los ojos del centurión que no puede dejar de decir: *Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios* [16].

Nunca humildad más profunda estuvo tan íntimamente unida a una magnanimidad más excelsa.

Ello es lo que hace decir a San Pablo a los filipenses: *Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, a pesar de tener la forma de Dios, no reputó como botín (codiciable) ser igual a Dios; antes se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres...; se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en las regiones subterráneas, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre* [17]. Humildad y magnanimidad, anonadamien-

---

[16] Mt 27, 54.
[17] Phil 2, 5.

to y grandeza totalmente sobrenatural, estas dos notas se volverán a encontrar, aunque en una tonalidad menor, en todos los santos.

Del mismo modo, la Iglesia se humilla constantemente, tiene el aspecto de estar vencida mientras que es siempre victoriosa.

Es preciso que ciertas almas interiores tengan parte, más particularmente, en las humillaciones de la Iglesia y trabajen por la salvación de los pecadores pareciendo constantemente que van a fracasar. Es el camino del amor puro.

Ciertas obras son y serán siempre una fuente de humillaciones y de gracias para los que se ocupan en ellas. No deben quejarse si las cosas, teniendo el aspecto de fracasar, van bien a los ojos del Señor; si Él mismo ha puesto su mano en esas obras y acepta la oblación reparadora que por ellas se le ofrece cada día. San Felipe Neri decía: *Te agradezco, Dios mío, el que las cosas no vayan como yo quisiera.*

Las humillaciones y los sufrimientos son buenos; y si todas las consolaciones de la tierra llegasen, no consolarían; el Señor no lo quiere, pues hay una cierta dosis de sufrimiento que si nos la quitase nos quitaría la mejor parte.

A veces nos quejamos de la inferioridad de nuestra condición y deseamos una apariencia de grandeza; Dios nos ama mucho más de lo que pensamos; ya nos ha dado grandísimos bienes mediante el bautismo, la absolución, la comunión, nos ha dado ya bienes infinitamente superiores a los que tenemos la necedad de desear y nos promete aún mayores: verle por toda la eternidad como Él se ve y amarle como Él se ama.

Capítulo VI

LA ORACION DEL SALVADOR

Para penetrar aún más en el alma santa del Salvador y en el misterio de la Redención conviene hablar de la oración de Cristo. Nosotros sentimos, sobre todo en los momentos en los que somos probados, la necesidad de orar, pues nos ha sido dicho: *Pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá.* Pero también sentimos que, demasiado a menudo, nuestras oraciones no son dignas de ser oídas, tal como está escrito en el *Dies irae: Preces meae non sunt dignae; sed tu bonus fac benigne*... mis oraciones no son dignas; pero tú, que eres bueno, concédeme la gracia... A menudo, nuestras oraciones no tienen la humildad, la confianza, la perseverancia necesaria, son superficiales y no son suficientemente un grito del fondo del alma. También sentimos la necesidad de apoyarnos en una oración más profunda, más fuerte que la nuestra; pedimos a los santos, a la Santísima Virgen, que interceda por

nosotros; experimentamos sobre todo la necesidad de apoyarnos en la gran oración de Cristo, como lo hace la Iglesia al final de cada una de las oraciones de la misa: *Per Christum Dominum nostrum.* Y de hecho, es la gran oración de Cristo la que continúa en la Iglesia hasta el fin de los tiempos, cada día en la santa Misa y en el oficio litúrgico.

Veamos cómo oró Jesús en la tierra y si su oración continúa en el cielo.

¿Cómo rezó Jesús sobre la tierra?

Se lee en San Lucas[1] que, antes de escoger a los doce Apóstoles, Jesús *se retiró a la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios.* Un poco antes, en el mismo Evangelio[2], se dice que se iba al desierto con el mismo fin. Todos conocemos su plegaria sacerdotal después de la Cena, narrada por San Juan[3], y la que hizo en el huerto de los Olivos: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú*[4]. Un poco más tarde ruega a su Padre por sus verdugos. Y su último suspiro es una oración de adoración, de súplica por nosotros, de reparación y de acción de gracias.

Es cierto que Jesús ha orado, no como Dios, sino como hombre, pues la oración es una elevación del alma a Dios y la expresión de un deseo que le pedimos que ejecute. Jesús como

---

1 Lc 6, 12.
2 Lc 5, 16.
3 Io 17.
4 Mt 26, 39.

hombre sabía que la Providencia había ordenado desde toda la eternidad que ciertas gracias no se obtuviesen más que por su oración; sabía que Él conseguiría así la conversión de la Magdalena, la del buen ladrón, la del centurión. Convenía también que orase para darnos el ejemplo de la oración humilde, filial, confiada, perseverante, ya que Él nos ha dicho: *Oportet semper orare:* Es preciso rezar siempre, sin cansarse nunca, como se respira incesantemente [5]. Cuando nos ha enseñado a decir el *Pater,* lo decía con nosotros y para nosotros, recordándonos así que Dios es el autor de todo bien.

¿Cuáles fueron las grandes intenciones de su oración? ¿Ha orado por sí mismo? Ciertamente lo hizo en Getsemaní, diciendo, postrado cara en tierra: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú* [6]; es decir, no como lo desea mi sensibilidad y la inclinación de la naturaleza, a la que repugna la muerte, sobre todo tal muerte, sino como quieres tú. Es la oración de súplica, que expresa un deseo condicional, *si es posible,* deseo dominado por la plena conformidad de la voluntad libre a la voluntad divina. *Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad* [7].

Nuestro Señor, que había anunciado varias veces que sería muerto y que resucitaría [8], sabía bien que esta *oración condicional* no sería escuchada; pero la hizo para mostrar que era verdaderamente hombre, y que nos está permitido ex-

5 Lc 16, 1.
6 Mt 26, 39.
7 Mt 26, 42.
8 Mt 16, 21.

presar el dolor que siente nuestra naturaleza conformando, sin embargo, nuestra voluntad a la de Dios.

Pero lo que Jesús pidió, no de un modo condicional, sino absoluto, lo obtuvo siempre. La oración, que era en Él la expresión de su voluntad humana, deliberada y absoluta, fue siempre escuchada[9]. Así, pedía lo que a sus ojos estaba manifiestamente dentro del sentido de las intenciones divinas, y que era inspirado a pedir firmemente: Las gracias que según el plan de la Providencia debían ser obtenidas por su intercesión. Por eso creemos todos en la infalible eficacia de la oración por Pedro, cuando le dijo antes de la Pasión: *Simón, Simón, Satanás os busca para zarandearos como el trigo; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos*[10]. Y de hecho, después de su falta, que Jesús le predijo entonces, Pedro fue convertido por una gracia muy intensa, que le obtuvo la oración de Cristo y que le condujo hasta el martirio. Nadie duda en la Iglesia, que, siempre, en virtud de esta oración de Cristo, el sucesor de Pedro confirma en la fe a sus hermanos.

Los discípulos conocían este poder de la oración del Salvador.

Después de la muerte de Lázaro su hermana Marta le dijo a Jesús: *Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará. Díjole Jesús: Resucitará tu hermano... Yo soy*

---

[9] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 21, a. 4.

[10] Lc 22, 32.

la resurrección y la vida[11]. En el momento de la resurrección de Lázaro, Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: *Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas*[12]. San Pablo escribe en la Epístola a los Hebreos: *Fue escuchado por su reverencial temor... Y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna*[13]. Su oración es escuchada todos los días y lo será hasta el fin del mundo[14].

¿Cómo oró aquí en la tierra por sus Apóstoles y por la Iglesia?

Lo vemos en la oración sacerdotal referida en el Evangelio de San Juan, después de la Cena, momentos antes de la Pasión.

Comienza por estas palabras: *Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique.* ¿Cómo pide ser así glorificado el que es manso y humilde de corazón? Lo pide, en el momento de las últimas humillaciones, para glorificar a su Padre, por su muerte, por sus mismas humillaciones, que, aceptadas por amor, le darán la victoria sobre el pecado y sobre el demonio.

Esta oración pide el resplandor de la gloria de Dios; es escuchada durante la Pasión, pues ja-

---

11 Io 11, 21.

12 Io 11, 42.

13 Heb 5, 7.

14 Esta distinción entre la oración condicional y la oración incondicional también se nos aplica a nosotros guardando toda proporción. Así, debemos pedir de manera incondicional las gracias claramente necesarias para nuestra salvación y, de manera condicional, los bienes temporales en la medida en que son útiles para nuestra salvación.

más fue más grande Jesús que en esa suprema hora; es escuchada por la conversión del buen ladrón, por la del centurión, por la resurrección gloriosa, y más tarde por la conversión del mundo al Evangelio.

Jesús continúa su oración sacerdotal suplicando a su Padre que guarde a sus Apóstoles: *Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno como nosotros. Mientras yo estaba con ellos, yo conservaba en tu nombre a estos que me has dado, y los guardé, y ninguno de ellos pereció, si no es el hijo de la perdición, para que la Escritura se cumpliese. Pero ahora yo vengo a ti, y hablo estas cosas... para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos... No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal... Santifícalos en la verdad... y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en verdad.*

Jesús conoce el gran abatimiento en el que van a caer sus discípulos dentro de unas horas, durante la Pasión; pero su oración les sostendrá; será oída; les obtendrá la fuerza para ser fieles hasta el martirio.

También prevé Jesús las grandes persecuciones que van a venir. Se les ha anunciado ya: *Seréis entregados aun por los padres, por los hermanos, por los parientes y por los amigos, y harán morir a muchos de vosotros, y seréis aborrecidos todos a causa de mi nombre. Pero no se perderá un solo cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas*[15].

En la oración sacerdotal, todavía suplica Jesús a su Padre por todos los que creerán en Él por la

---

15 Lc 21, 16.

predicación de los Apóstoles y de sus sucesores, *para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti... y el mundo crea que tú me has enviado... y amaste a éstos como me amaste a mí.*

Así, Jesús pide para su Iglesia dos cosas: la unidad aquí en la tierra y la visión de gloria en el cielo.

Pide que la multitud de los creyentes forme un solo corazón y una sola alma. Es lo que se realizará en la Iglesia naciente tal como lo dicen los Hechos de los Apóstoles [16]. Pide que la Iglesia, a pesar de la diversidad de razas, lenguas, costumbres, instituciones humanas, aparezca como un milagro moral permanente, por la unidad de fe, de culto, de esperanza, de caridad y de jerarquía. Esto se realiza en la Iglesia, sobre todo en las almas más santas de cada generación, sea cualquiera la nación a la que pertenezcan. Si constatamos en la Iglesia la debilidad humana, hay también siempre en ella almas muy santas cuyo gran espíritu de fe, de confianza y de amor es, en cada generación, la realización del deseo expresado por Nuestro Señor.

Finalmente y para la Iglesia pide la gloria del cielo: *Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado... para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos* [17].

Jesús quiere que seamos miembros de su Cuerpo místico y que, después de haber participado aquí en la tierra en su vida oculta y en cierta

---

16 Act 4, 32.
17 Io 17, 24-26.

medida en su vida dolorosa, participemos en su vida gloriosa por toda la eternidad.

¿Continúa el Salvador orando en el cielo por nosotros?

San Pablo escribe: *Cristo Jesús... el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo?* [18], ¿de Aquel que tiene por nosotros y que suscita en nosotros un amor recíproco?

El gran Apóstol dice también: *Jesús, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio perpetuo. Y es, por tanto, perfecto su poder de salvar a los que por Él se acercan a Dios y siempre vive para interceder por ellos* [19].

El mismo Jesús nos aseguró, antes de dejarnos, que oraría por nosotros, cuando dijo: *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre* [20].

Ciertos teólogos [21] han dicho que Jesús, en el cielo, propiamente hablando, ya no reza por nosotros, sino que sólo muestra a su Padre su humanidad y sus llagas gloriosas, signos de sus méritos pasados.

Según otros muchos teólogos [22], seguidores de San Agustín y de Santo Tomás, este modo de

---

18 Rom 8, 34.
19 Heb 7, 24.
20 Io 14, 15.
21 Medina y Vázquez.
22 Cfr. Gonet, *De Incarnatione*, disp. 22, a. 2, item: Salmanticenses, Billuart, Tolet, Suárez, etc.

ver atenúa sin motivo las inspiradas palabras que acabamos de referir. Cuando San Pablo dice que *Cristo Jesús... el que resucitó... es quien intercede por nosotros,* no hay ninguna razón para decir que esto no es una oración propiamente dicha. Si Nuestro Señor continúa pidiendo que se apliquen sus méritos pasados a tales y cuales almas, no hay en ello ninguna imperfección para Él; por el contrario, es una nueva expresión de su amor por nosotros[23].

Es cierto que la Virgen y los santos en el cielo ruegan por nosotros; al recitar las letanías les pedimos que intercedan en nuestro favor. Y a este propósito Santo Tomás[24] señala: *Como la oración por los demás proviene de la caridad, cuanto más perfecta es la caridad de los santos*

---

23 Santo Tomás dice *in Epistolam ad Hebraeos,* VII, 25, a propósito de este texto: *Semper vivens...: Aliter enim sacerdotium ejus finiretur... Excellentiam pietatis ostendit, quia dicit: Ad interpellandum pro nobis, quia licet sit ita potens ita altus, tamen cum hoc est pius, quia interpellat pro nobis. Advocatum habemus apud Patrem, Jesu Christum* (1 Io 2, 1) *interpellat autem pro nobis, primo humanitatem suam, quam pro nobis assumpsit, repraesentando. Item sanctissimae animae suae desiderium, quod de salute nostra habuit exprimendo, cum quo interpellat pro nobis.*

Santo Tomás dice también, *In Epist. ad Rom.,* 8, 34, a propósito de este texto: *Jesus, qui est ad dexteram Dei, qui etiam interpellat pro nobis: Nunc autem ejus interpellatio pro nobis est voluntas ipsius de nostra salute: Volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum* (Io 17, 24).

Ver también *In IV Sent.,* dist. 15, q. 4, a. 6, q. 2, ad 1: *Christus in quantum homo, orat pro nobis; sed ideo non dicimus: Christe, ora pro nobis, quia Christus supponit suppositum aeternum, cujus non est orare, sed adjuvare; et ideo dicimus: Christe, audi nos vel miserere nobis, et in hoc etiam evitamus haeresim Arii et Nestorii.*

24 II, II, q. 83, a. 11.

que están en la patria, más oran por nosotros, para ayudarnos en nuestro viaje; y cuanto más unidos están a Dios más eficaz es su oración... Por esto se dice de Cristo[25]*: el que resucitó... es quien intercede por nosotros.*

San Ambrosio[26] dice también: *Semper causas nostras agit apud Patrem, cuius postulatio contemni non potest:* siempre defiende nuestra causa delante de su Padre y su ruego no puede ser despreciado.

Y San Agustín[27]: *Et modo orat pro nobis; ut Sacerdos noster, orat pro nobis; ut caput nostrum, orat pro nobis; ut Deus noster, oratur pro nobis:* aún ahora ruega por nosotros; como nuestro Sacerdote, ruega por nosotros; como nuestra cabeza, ruega por nosotros; como nuestro Dios, nosotros le rezamos.

San Gregorio el Grande[28] se expresa del mismo modo: *quotidie orat Christus pro Ecclesia.* Permanece siempre siendo nuestro abogado y nuestro mediador[29].

Sin duda, en el cielo, Jesús ya no reza como lo hizo en el huerto de los Olivos, prosternado y anonadado por la tristeza; el holocausto perfecto fue ofrecido. Pero continúa pidiendo que sus frutos nos sean aplicados en el momento oportuno, sobre todo a la hora de la muerte[30].

---

25 Heb 7, 25.

26 *In Epist. ad. Rom.* 8, 34.

27 *In Psalm.* 85.

28 *In V Psalm. poenitent.*

29 1 Io 2, 1.

30 Como dice Gonet, *De Incarnatione,* disp. 22, a. 2, nada impide que Cristo, incluso en el cielo, rece por nosotros en el sentido propio de esta palabra. Si no pudiera orar por nosotros, porque es Dios, tampoco hubiera podido hacerlo sobre la tierra; si no pudiera hacerlo,

Si en las letanías no decimos: *Christe, ora pro nobis,* sino: *Christe, miserere nobis; Christe, exaudi nos;* es para recordar que Jesús no es solamente hombre, sino que es Dios, y al dirigirnos a su divina persona, es al mismo Dios a quien nos dirigimos, rogándole que nos escuche[31].

Además, es absolutamente cierto que siempre vive en el Corazón de Cristo glorioso la oración de adoración y de acción de gracias, es como el alma del santo sacrificio de la Misa. Aún más, la oración de adoración y de acción de gracias durará eternamente, incluso cuando se haya dicho la última Misa. Es esto lo que se dice todos los días en el Prefacio: *Vere dignum et justum est... Nos tibi semper et ubique gratias agere: Domine sancte, Pater omnipotens, aeterne Deus, per Christum Dominum nostrum:* Verdaderamente es digno y justo... darte gracias siempre y en

---

porque es bienaventurado, la bienaventurada Virgen María, tampoco. Por el contrario, conviene que haga este acto de religión, para honrar a Dios y obtenernos lo que conviene para nuestra salvación, por la aplicación de sus méritos pasados.

Jesús continúa siendo Sacerdote por toda la eternidad, y una de las principales funciones del sacerdote es orar por el pueblo que le ha sido confiado.

No ora por indigencia, sino para que nos sea aplicada la superabundante redención ya cumplida. Los infinitos méritos de Cristo no impiden que la Virgen y los santos recen para que nos sean aplicados los méritos de la Pasión; tampoco impiden que Cristo continúe orando por nosotros.

Sin duda, Jesús, llegado al término de su camino, no merece; y por lo tanto, su oración, como la de los santos y la de María, ya no es meritoria (ha pasado el tiempo del mérito), pero es muy digna de ser escuchada.

Item Salmanticenses, *De Incarnatione: de Oratione Christi.*

[31] Cfr. SANTO TOMÁS, IV, dist. 15, q. 4, a. 6, q. II, ad 1.

todo lugar, Señor Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo Nuestro Señor. A quien alaban los ángeles... que no cesan de aclamarte.

Este culto de adoración y de acción de gracias durará toda la eternidad, aun cuando la oración de petición habrá cesado con la última Misa en el fin del mundo.

¡Qué consuelo pensar que *Cristo, siempre vivo, no cesa de interceder por nosotros*, que esta oración y esta oblación es como el alma del santo sacrificio de la Misa, y que a ella podemos siempre unir la nuestra! A menudo, a nuestra oración le falta la humildad, la confianza, la perseverancia que le serían necesarias; apoyémosla en la de Cristo; pidámosle que nos inspire orar como conviene, según las intenciones divinas, que haga brotar la oración de nuestros corazones y la presente a su Padre, para que seamos uno con Él por toda la eternidad. Pidámosle, así, para nosotros y para los moribundos, la gracia de las gracias: la de una buena muerte o de la perseverancia final, que es el preludio de la vida del cielo.

Capítulo VII

EL SACERDOCIO DE CRISTO

La oración sacerdotal del Salvador, de la que acabamos de hablar, no se puede entender bien si no se considera el sacerdocio de Cristo en sí mismo. Sobre este punto hay que recordar la enseñanza que nos da San Pablo en la Epístola a los Hebreos, lo que a continuación nos dice la Iglesia en sus Concilios, y lo que añade la teología para ayudarnos a penetrar el sentido y el alcance de esta enseñanza, tan fecunda desde el punto de vista espiritual.

El testimonio de San Pablo

La Epístola a los Hebreos nos muestra toda la grandeza del Sacerdocio de Cristo a la luz de las ideas enunciadas por San Pablo en las Epístolas a los Romanos, a los Corintios, a Timoteo, sobre Cristo Redentor, Mediador universal, Ca-

beza de la Iglesia, y sobre la necesidad de la fe en Cristo para salvarse: *Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos*[1].

La primera parte de la Epístola a los Hebreos tiene como fin mostrar la superioridad del sacerdocio de Jesucristo, mediador de la nueva alianza, sobre todos los medios de que Dios se sirvió en el Antiguo Testamento para manifestarse a los hombres. Jesús, en su calidad de Hijo de Dios, es declarado superior a todos los sacerdotes de la antigua Ley, a todos los profetas que le han anunciado, superior a Moisés, superior incluso a los ángeles, que no son más que los servidores de Dios, mientras que Jesús es Hijo de Dios por origen y por naturaleza, Creador y Señor de todas las cosas[2].

Y tal convenía, dice San Pablo, *que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos; que no necesita, como los pontífices (de la antigua Ley), ofrecer cada día víctimas, primero por sus propios pecados, luego por los del pueblo, pues esto lo hizo una sola vez ofreciéndose a sí mismo*[3], no por sí mismo, sino por todos los pecadores, por todos los hombres.

San Pablo, para iluminar a los judíos recientemente convertidos y tentados a veces a volver a los ritos del sacerdocio levítico, les muestra que los ritos, las ofrendas y los sacrificios del culto mosaico eran sin duda múltiples, variados,

---

[1] 1 Tim 2, 5.
[2] Heb 1, 5, 13; 2, 28; 4, 24.
[3] Heb 7, 26-27.

que muchos estaban acompañados de una gran magnificencia externa, pero que eran ineficaces por sí mismos y tan sólo la figura de un gran sacrificio futuro, que debía llevarse a cabo no en la magnificencia externa, sino en la más perfecta desnudez sobre el Gólgota.

Pero Cristo, dice San Pablo, *constituido Pontífice de los bienes futuros..., ni por la sangre de los machos cabríos y de los becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el santuario, realizada la redención eterna... Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros y la aspersión de la ceniza de la vaca santifica a los inmundos y les da la limpieza de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno a sí mismo se ofreció inmaculado a Dios, limpiará nuestra conciencia de las obras muertas para dar culto al Dios vivo!* [4]. Tal es la eficacia, el infinito valor del sacrificio de Cristo.

Finalmente, mientras que los grandes sacerdotes de la antigua Ley se sucedían, segados por la muerte, *Éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio perpetuo. Y es, por tanto, perfecto su poder de salvar a los que por Él se acercan a Dios y siempre vive para interceder por ellos* [5]. Él es el Sacerdote principal del sacrificio eucarístico, memorial de la Pasión, que será ofrecido hasta el fin del mundo.

Esta elevada doctrina sobre el sacerdocio de Cristo fue claramente formulada por la Iglesia en el Concilio de Trento, que nos dice: *Puesto que la obra de la Redención no podía llevarse a*

---

[4] Heb 9, 11-14.
[5] Heb 7, 24-25.

cabo bajo el Antiguo Testamento, a causa de la debilidad del sacerdocio levítico, fue necesario, según la misericordia de Dios Padre, que otro sacerdote... surgiese: Jesucristo Nuestro Señor, que pudo conducir a la salvación y a la perfección a todos los que debían ser santificados. Él mismo, nuestro Dios y Señor, antes de ofrecerse de una vez por todas a su Padre sobre el altar de la Cruz... en la última Cena dejó a la Iglesia, su esposa, un sacrificio visible que recuerda hasta el fin de los tiempos el sacrificio cruento de la cruz y nos aplica sus frutos[6].

El sacerdocio de Cristo es el más perfecto que pueda concebirse

Apoyándose en el testimonio de San Pablo, San Agustín[7] y el conjunto de los teólogos, particularmente San Alberto Magno[8] y Santo Tomás[9], han demostrado que el sacerdocio de Cristo es el más perfecto que pueda concebirse.

La razón que dan es sencilla y profunda y se deriva de la definición misma del sacerdocio dada por San Pablo cuando dice: *Pues todo pontífice tomado de entre los hombres, en favor de los hombres es instituido para las cosas que miran a Dios, para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados*[10]. El oficio propio del sacerdote

---

6 Sesión 22, cap. 1.
7 *De Trinitate*, l. IV, c. 14.
8 *De Eucharistia*, dist. V, c. 3, ed. Borgnet, t. 38, p. 347.
9 *Summa Theologica*, III, q. 22, a. 1, 2, 3, 4; q. 48, a. 3; q. 50, a. 4, ad 3; q. 83, a. 1, ad 3.
10 Heb 5, 1.

es ser, tal como lo explica Santo Tomás[11], un mediador entre Dios y los hombres, para ofrecer a Dios las plegarias del pueblo, sobre todo el sacrificio, que es el acto más perfecto de la virtud de la religión, para dar también al pueblo las cosas divinas *(sacerdos = sacra dans)*: por la predicación, la luz de la verdad y por los sacramentos, la gracia necesaria para el cumplimiento de la ley de Dios.

Esta doble mediación, ascendente y descendente, se cumple, sobre todo, por el sacrificio, la acción sagrada por excelencia: la mediación ascendente por la oblación del sacrificio de una víctima; la mediación descendente por el don hecho a los fieles de una parte de la Víctima ofrecida, para que participen así del Señor.

La oblación e inmolación externas de la Víctima deben expresar sensiblemente la oblación interior del sacerdote, su adoración, su súplica, los sentimientos de *su corazón contrito y humillado*[12] y, también, su acción de gracias. Así, por el sacrificio, acto exterior y público de la virtud de la religión, se elevan a Dios la adoración, la súplica, la reparación y la acción de gracias del pueblo entero, que se une al sacerdote, para no formar en cierta manera más que una sola alma con él.

¿Qué consecuencias se siguen en el tema de la perfección del sacerdocio y particularmente del sacerdocio de Cristo?

Se sigue, tal como lo ha demostrado San Agustín[13], que el sacerdocio es tanto más perfecto

---

11 III, q. 22, a. 1.
12 Ps 50, 19.
13 *Loc. cit.*

cuanto más unido a Dios está el sacerdote, mediador entre Dios y los hombres, más unido mediante la inmolación y la oblación interiores a la víctima ofrecida, y más unido a los hombres por los que se ofrece.

En efecto, es evidente que mientras más unido a Dios esté el sacerdote, o más santo sea, más perfecto será el sacrificio, acto principal de su sacerdocio, puesto que el sacerdote, por su calidad de mediador, debe suplir con su santidad la imperfección de la adoración, del acto de acción de gracias, de reparación y de súplica del pueblo.

Del mismo modo, mientras más unidos estén el sacerdote y la víctima, más perfecto será el sacrificio, pues la inmolación y la oblación externas de la víctima no son más que el signo de la oblación y de la inmolación del corazón del sacerdote, que cumple, así, el acto más grande de la virtud de la religión. Igualmente, mientras más pura, preciosa y enteramente consumada en honor de Dios sea la víctima, más perfecto será el sacrificio. De este modo, el holocausto era el sacrificio más perfecto de la antigua Ley: toda la víctima era consumada en honor de Dios.

Finalmente, mientras más unidos están el sacerdote y el pueblo, más perfecto es el sacrificio, pues el sacerdote debe reunir todas las adoraciones, los ruegos, las reparaciones y las acciones de gracias de sus fieles en una elevación hacia Dios que sea como el alma del pueblo entero. Consecuentemente, mientras más numeroso sea el pueblo así unido al sacerdote, más grande será el homenaje, el culto de adoración y más universales y extensos serán los efectos del sacrificio.

Basta considerar el sacerdocio del Salvador a la luz de estos principios para ver en seguida que es el más grande que pueda concebirse.

Cristo Jesús es Sacerdote, no como Dios, sino como hombre, pues el mediador debe ser un intermediario entre Dios y los hombres y, con este título, inferior a Dios. Sin embargo, nadie puede estar más unido a Dios que el alma santa de Cristo. Hemos visto que su santidad era innata, sustancial e increada[14]. Jesús no sólo es puro respecto de toda falta original y personal y respecto de toda imperfección. Es la Santidad misma. Es el Verbo de Dios hecho carne. Su humanidad está santificada en primer lugar por la unión personal al Verbo, por el Verbo mismo que la posee íntimamente y para siempre. Por ello, los actos sacerdotales de Jesús, que proceden de su inteligencia y de su voluntad humanas, tenían, aquí en la tierra, un valor meritorio y satisfactorio infinito, provenían de la personalidad divina del Hijo de Dios. Y todavía es el Verbo encarnado quien, por su alma humana, no cesa de intervenir por nosotros[15].

No se puede concebir un sacerdote que esté más íntima e indisolublemente unido a Dios, más santo. Además, Nuestro Señor, en tanto que cabeza de la Iglesia, recibió la plenitud de gracia creada, que debe desbordar sobre nosotros, y el poder de excelencia para instituir los sacramentos, darles la fuerza de producir y aumentar la vida divina, para instituir también un sacerdocio

---

[14] Cfr. 1ª parte, c. 10.
[15] Heb 7, 25.

indefectible hasta el fin del mundo, sacerdocio que es una participación del suyo [16].

Él es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo [17] por su sacrificio perfecto. Si el pecado continúa, no es porque la virtud de ese sacrificio sea insuficiente, como la de los sacrificios de la antigua Ley, sino porque, a menudo, los hombres no quieren recibir sus frutos. No se puede concebir un sacerdote más santo.

Además, el sacerdocio de Cristo no puede ser más perfecto en razón de la unión del Sacerdote y de la Víctima y de la dignidad de ésta. Jesús no podía ofrecer por nosotros a su Padre otra víctima que Él mismo. Imagen de Cristo, el joven Isaac se había dejado ofrecer en sacrificio; Jesús se ofrece Él mismo cuando se le crucifica: *Por esto el Padre me ama,* ha dicho, *porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Tengo poder para darla, y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido* [18].

Nosotros nos hemos habituado de tal modo a esta idea que no podemos representarnos a Nuestro Señor inmolando a un cordero distinto de Él, o a una paloma. Él mismo es la Víctima.

Esta purísima Víctima tiene un valor infinito, pues es el Cuerpo del Verbo de Dios que, desgarrado, clavado sobre la cruz, derrama toda su Sangre. No puede ser más perfecta la unión de

---

16 Cfr. SANTO TOMÁS, q. 64, a. 4, y Suplemento, q. 35, a. 2.

17 Io 1, 29.

18 Io 10, 17.

Sacerdote y Víctima, pues Jesús es Víctima hasta en su alma, totalmente sumergida en el dolor y el abandono universal: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Es la inmolación completa, el holocausto perfecto en reparación del orgullo de la vida, de la concupiscencia de la carne y de la de los ojos. El Sacerdote y la Víctima no pueden unirse más perfectamente que en Nuestro Señor inmolado por nosotros.

Finalmente, la unión del Sacerdote y del pueblo fiel no puede ser más estrecha. Jesús es Cabeza del cuerpo místico del que somos miembros. De Él a nosotros fluyen incesantemente los frutos del sacrificio de la Cruz, la vida de la gracia. Al mismo tiempo y por Él, nuestras oraciones suben hacia Dios unidas a la suya en el momento de la Misa, momento que perpetúa en sustancia el sacrificio de la Cruz.

Es sobre todo en la Misa, en el momento de la Consagración y en el de la Comunión, cuando se verifican las palabras de San Pablo: *Cristo es cabeza de la Iglesia y salvador de su cuerpo*[19]. *Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros parciales*[20]. *Abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo*[21]. *El Salvador es así el Sacerdote de toda la humanidad, pues murió por todos los hombres*[22] de todos los lugares y de todos los tiempos y todos pueden serle progresivamente incorporados a lo largo de todas las

---

19 Eph 5, 23.
20 1 Cor 12, 27.
21 Eph 4, 15.
22 2 Cor 5, 15.

generaciones humanas, y ser los miembros de su cuerpo místico para la eternidad.

Así, ha satisfecho y merecido por todos los hombres, continúa rogando por nosotros, y su santa humanidad, como el instrumento unido siempre a su divinidad, nos comunica todas las gracias que recibimos. De este modo, el influjo vital de la gracia pasa constantemente de Él a nosotros [23].

No se podría, pues, concebir un sacerdocio más perfecto, un Sacerdote más unido a Dios, más unido a la purísima Víctima que aún se ofrece todos los días en el altar, más unido, en fin, al pueblo cristiano que se renueva hasta el fin de los tiempos y cuyos miembros vivos deben quedarle incorporados para siempre, *sacerdos in aeternum;* su adoración y su acción de gracias nunca cesará [24] y la gloria de los elegidos será la consumación de su sacrificio *.

---

23 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 62, a. 5.
24 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 22, a. 5.
* Cfr. Apéndice II: *¿Qué es lo que constituye formalmente el sacerdocio del Salvador?*

Capítulo VIII

LOS INFINITOS MERITOS DE CRISTO

De plenitudine ejus nos omnes accepimus et gratiam pro gratia.

Pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia.

(Io 1, 16.)

Después de haber hablado del Sacerdocio de Cristo, conviene considerar en qué consiste el valor infinito de los actos meritorios y satisfactorios que cumplió por nuestra salvación. Entramos, así, en la esencia misma del misterio de la Redención o en la fuente de todas las gracias que recibimos y recibiremos.

Más que la satisfacción [1], consideraremos aquí el mérito de Cristo. Entre ambos hay la siguiente diferencia: la satisfacción atiende al derecho del ofendido que pide reparación, mientras que el mérito se dirige a la recompensa a obtener y, de este modo, al bien del que merece o de aquellos por los que merece. Se puede, pues, distinguir entre la consideración del mérito y la de

---

[1] Hemos hablado ya de la satisfacción en varias ocasiones, y volveremos a ella al hablar del sacrificio de la Cruz.

la satisfacción, aunque, sin embargo, se encuentran íntimamente unidos en los actos de amor de Cristo, y en Él, el valor infinito del mérito y el valor infinito de la satisfacción derivan del mismo principio.

Sobre el valor de los méritos de Cristo veamos primero lo que nos dice la revelación; seguidamente diremos cómo lo explican, por regla general, los teólogos.

El testimonio de San Pablo

San Pablo escribe a los romanos: *Pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros. Con mayor razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por Él salvos de la ira; porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida... Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte... pues como, por la transgresión de uno, esto es, por obra de uno solo, reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia reinarán en la vida por medio de uno solo, Jesucristo... Pues como, por la desobediencia de un solo hombre, muchos se constituyeron en pecadores, así también, por la obediencia de uno, muchos se constituirán en justos*[2]. San Pablo[3] muestra que el cristiano, inserto en Jesucristo por el bautismo, está muerto al pecado y resucitado a una vida nueva en la

[2] Rom 5, 8-19.
[3] Rom 6, 1-11.

medida en que creen con una fe viva, unida a la caridad, en los méritos de Cristo: *Mas ahora se ha manifestado la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen, sin distinción*[4].

En la Epístola a los Efesios[5], San Pablo desarrolla de modo sublime la misma idea: *Todos nosotros fuimos también contados en otro tiempo y seguimos los deseos de nuestra carne, cumpliendo la voluntad de ella y de los pensamientos, siendo por naturaleza hijos de ira, como los demás; pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo —de gracia habéis sido salvados—, y nos resucitó y nos sentó en los cielos en Cristo Jesús*[6]*, a fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús. Pues de gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no os viene de vosotros, es don de Dios; ... que hechura suya somos, creados en Cristo Jesús, para hacer buenas obras, que Dios de antemano preparó, para que en ello anduviésemos*[7].

La Iglesia resume esta doctrina diciendo: *Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, cuando éramos enemigos o pecadores*[8]*, por el gran amor*

---

4 Rom 3, 22.

5 Eph 2, 3.

6 San Pablo contempla aquí el supremo florecimiento de la gracia recibida en el bautismo, germen de la gloria.

7 Las buenas obras de las que aquí se trata, muestran que, para ser justificado, no basta la fe, es necesario también el amor de Dios y del prójimo o el cumplimiento de los dos grandes preceptos. El gran error de Lutero fue negarlo.

8 Rom 5, 10.

con que nos amó[9], *en su santa Pasión sobre la cruz, mereció nuestra justificación*[10].

El papa Clemente VI dice que *los méritos de Cristo son infinitos y que una sola gota de su sangre, por la unión (personal) con el Verbo, habría bastado para la redención de todo el género humano*[11]. Lo había dicho Santo Tomás en el *Adoro te devote:*

Pie pellicane, Jesu Domine,
Me immundum munda tuo sanguine:
Cujus una stilla salvum facere
Totum mundum quit ab omni scelere.

Misericordioso pelícano, Señor Jesús,
purifica mis manchas con tu Sangre,
de la cual una sola gota es suficiente
para borrar todos los pecados del mundo entero.

Esto equivale a decir, tal como se enseña comúnmente en la Iglesia, que el menor acto de amor de Jesús, aun siendo niño, tenía un valor meritorio infinito para obtener a todos los hombres pasados, presentes y por venir, la gracia santificante, la vida eterna y todas las ayudas necesarias para llegar a ella. Con mayor razón, el más heroico acto de caridad cumplido por Jesús, muriendo por nosotros en la cruz, nos mereció la justificación y la salvación; *donde*

---

[9] Eph 2, 4.
[10] Concilio de Trento, ses. VI, c. 7; Dz. 799, item números 795, 812, 820.
[11] Cfr. Dz. 550, 552: *Gutta ejus sanguinis modica... propter unionem ad Verbum pro redemptione totius humani generis suffecisset.*

abundó el pecado sobreabundó la gracia[12]. *Pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*[13].

Contemplar los méritos infinitos del Salvador, la fuente de toda nuestra vida espiritual, debe darnos una gran fuerza y un gran consuelo. No podríamos reanimar mejor nuestra confianza en los períodos de cansancio, de depresión, o cuando vemos que las almas a las que queremos van a la deriva y sentimos la necesidad de rezar por ellas con más ardor.

Para entender bien la doctrina revelada que la Iglesia propone sobre este punto, elevémonos progresivamente de lo más ordinario, de nuestros imperfectos méritos a los infinitos méritos de Cristo; veremos seguidamente cuál es su influencia en toda nuestra vida.

El mérito en general y sus condiciones

El mérito en general o la obra meritoria es todo acto digno de una recompensa. El mérito propiamente dicho *(de condigno)* es aquel por el que se debe una retribución, en justicia, o al menos, en virtud de una promesa; así, en el orden natural, el oficial merece su sueldo. En lo que hace referencia al mérito de conveniencia *(de congruo)*, éste es el acto por el que se debe una recompensa, no en justicia o a consecuencia de una promesa, sino por razones de conveniencia como la amistad, la estima, la liberalidad. Así, en el orden natural, el soldado valiente merece ser condecorado.

---

12 Rom 5, 20.
13 Io 1, 16.

En el orden sobrenatural hay un mérito incomparablemente superior. Se trata de un acto que da derecho a una recompensa sobrenatural mucho más preciosa que todo el honor y la gloria que el mundo puede ofrecernos. Tal recompensa es muy superior incluso a la vida natural de los espíritus mejor dotados, incluso a la vida intelectual de los ángeles que poseen por su naturaleza misma, muy inferior a la gracia.

El mérito sobrenatural es un acto sobrenatural realizado por amor de Dios y que, según un orden divino, da derecho a una recompensa sobrenatural. De este modo, todo cristiano en estado de gracia merece por sus actos de amor de Dios y del prójimo y por el ejercicio de todas las virtudes, inspirado por la caridad, un aumento de gracia santificante y la vida eterna. Es éste un mérito propiamente dicho *(de condigno)* y en este sentido dice San Pablo: *Pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de incalculable gloria*[14]. Así, también, Jesús, al predicar las bienaventuranzas, anuncia los méritos de los justos y su recompensa: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos... Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos... Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios... Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos... Alegraos y regocijais, porque grande será en los cielos vuestra recompensa*[15].

Tal es la grandeza del mérito sobrenatural pro-

[14] 2 Cor 4, 17.
[15] Mt 5, 3-12.

piamente dicho. Además, existe un mérito de conveniencia fundado no en la justicia o sobre una promesa, sino en la amistad divina: Un justo puede obtener la conversión de un amigo y una santa madre cristiana, como Mónica, la conversión de su hijo.

Si tal es el valor del mérito sobrenatural, ¿de dónde puede provenir? Penetremos en el secreto de nuestras almas en donde se forman nuestros actos de amor de Dios y del prójimo para elevarnos así, gradualmente, a la contemplación de los méritos de Cristo que son la fuente de los nuestros.

¿Cuáles son las condiciones requeridas para que un acto sea sobrenaturalmente meritorio, para que nos dé derecho a una recompensa sobrenatural?

Generalmente, las condiciones del mérito sobrenatural propiamente dicho se reducen a las siguientes: Debe ser un acto libre, que proceda de la caridad, durante la vida terrena y por el que Dios ha prometido una recompensa.

El acto meritorio debe ser libre, debe proceder del libre arbitrio[16]. Es preciso que el alma dé libremente algo suyo y la ofrezca a Dios.

La segunda condición del acto meritorio so-

---

[16] Este punto ha sido definido contra los jansenistas. Dz. 1.094: Tercera proposición de Jansenio condenada: *Ad merendum et demerendum in statu naturae lapsae non requiritur in homine libertas a necessitate, sed sufficit libertas a coactione.* La *libertas a coactione* es la simple espontaneidad que ya existe en el animal, la *libertas a necessitate* o libre arbitrio es el principio de una elección no necesaria.

brenatural es que proceda de la caridad, que supone el estado de gracia. En efecto, debe haber una proporción entre el mérito y la recompensa; un mérito de orden natural puede obtener una recompensa del mismo orden, pero no una recompensa sobrenatural, y no bastaría la fe y la esperanza, es preciso la caridad, pues, como dice San Pablo: *Y si teniendo el don de profecía... y tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada*[17]. Efectivamente, sin la caridad, nuestra voluntad, cautiva del pecado, está vuelta en sentido inverso a la voluntad divina, vuelta hacia la sensualidad y el orgullo. Nuestra alma, privada de la gracia santificante y de la caridad, no vive la vida divina; ¿cómo podría producir frutos sobrenaturales? Por el contrario, la caridad ordena, inspira, vivifica las demás virtudes y, mientras más crece, mayor es el mérito. El valor sobrenatural del acto meritorio, ya sea inmediatamente producido por la caridad, ya por las virtudes que ésta inspira, aumenta con el amor de Dios del que da testimonio; la manera de ofrecer dobla el precio de lo que se ofrece. De este modo, la Santísima Virgen merecía más por actos sencillos que nosotros por actos difíciles, pues ponía más amor de Dios y de las almas en una sonrisa dirigida a un pobre que lo que nosotros ponemos en nuestro más generoso esfuerzo. Es preciso, pues, que el acto meritorio proceda de la caridad, que sea bueno, con una bondad sobrenatural, o realizado por amor de Dios.

La tercera condición del acto meritorio es que sea hecho durante la vida terrena o en estado

17 1 Cor 13, 2.

de viaje hacia la eternidad. En el cielo no se merece, se goza de la recompensa. Tampoco se merece en el purgatorio, allí sólo nos purificamos.

Finalmente, la cuarta condición del mérito es que Dios haya prometido una recompensa por el acto que le ofrecemos.

Así, ha prometido a los justos que hagan actos de caridad, un aumento de esa virtud, de las demás virtudes infusas, de los dones del Espíritu Santo y la vida eterna si mueren en estado de gracia.

Tales son las condiciones del mérito: un acto libre que proceda de la caridad durante la vida terrena y por el que Dios ha prometido una recompensa. Si esto es así, ¿cuál es el valor de los méritos de Cristo?

¿Tienen los méritos de Cristo un valor infinito por sí mismos, intrínsecamente, o sólo lo tienen por la aceptación divina?

Los actos libres que durante la vida terrena de Cristo procedían de su amor a Dios y a las almas, tenían ya un grandísimo valor en razón de su eminente caridad que superaba la de todos los santos y todos los ángeles juntos puesto que había recibido la plenitud de la gracia creada. Sin embargo, la caridad, eminente en el alma de Jesús, era aún algo creado que no podía dar un valor estrictamente infinito a sus actos meritorios.

Los méritos de Cristo adquieren sobre todo su valor absolutamente excepcional del hecho de ser los actos humanos de una persona divina cuya divinidad es infinita. *La sangre de Jesús,*

Hijo de Dios, nos purifica de todo pecado, dice San Juan[18], porque es la Sangre del Hijo de Dios derramada por amor por nosotros y por la cual Dios ha prometido la recompensa de la justificación y la salvación de los que creen en Cristo y le siguen.

Sin embargo, algunos teólogos, los escotistas, han sostenido que los actos de amor de Cristo no tenían por sí mismos, o intrínsecamente, un valor meritorio y satisfactorio infinito en razón de la personalidad divina del Verbo, sino que convenía, para nuestra salvación, que fuesen extrínsecamente aceptados por Dios.

Casi todos los recientes teólogos admiten, por el contrario, que el menor de los actos de amor del Salvador tenía en sí, o intrínsecamente, un valor infinito en razón de la persona divina del Verbo encarnado. Se llama a tales actos «actos teándricos» o divino-humanos, porque son los actos humanos de un alma unida personalmente al Verbo, los actos humanos de la persona del Hijo de Dios. Ahora bien, el valor de un acto meritorio o satisfactorio no sólo depende de la nobleza de su objeto, sino mucho más de la dignidad de la persona que lo produce. En este caso, la persona del Verbo es de una dignidad infinita. Es el mismo Hijo de Dios quien se ofrece por nosotros.

Si la gravedad de la ofensa aumenta con la dignidad de la persona ofendida, el precio de la satisfacción y del mérito aumenta con la dignidad de la persona que satisface y merece.

Los actos humanos del Salvador están unidos a una persona divina por un lazo indisoluble,

---

18 Io 1, 7.

fuerte como la eternidad, por la unión personal, de suerte que se puede decir: es Dios, el Hijo, quien actúa, quien sufre, quien merece, quien satisface en la naturaleza humana que ha tomado para salvarnos.

Estos actos reparadores tienen la más íntima unión física con Dios; consecuentemente, su infinito valor supera la infinita gravedad de todos los pecados mortales, que sólo pueden ofender a Dios moralmente, sin que le alcancen en su realidad física e íntima.

El más pequeño de los méritos de Jesús agradaba, pues, a Dios más de lo que le desagradan todos los pecados juntos. Así, y guardando toda proporción, los más preciosos testimonios de afecto para nosotros son los que nos dan las personas que mayor intimidad guardan con nosotros. La más pequeña de sus atenciones tiene para nosotros un gran precio y basta para hacernos olvidar grandes injusticias.

Esta doctrina, sin exagerar nada, hace que estimemos por encima de toda expresión el menor acto de amor de nuestro Salvador.

En ocasiones, y a propósito de esta enseñanza, se ha propuesto la siguiente dificultad: Si todos los actos del Salvador tienen un precio infinito, parece que todos son absolutamente iguales y, de este modo, que la muerte de Jesús en la Cruz no sea más meritoria que los actos de su infancia e, incluso, que no les añada nada, pues su valor era ya infinito. Consecuentemente, la Cruz sería superflua.

Tal conclusión, que choca fuertemente con el sentido cristiano, proviene de una confusión. Es

fácil responder: todos los actos de Jesús, tanto los menores como los más heroicos, tienen el mismo valor personal, valor que resulta de la unión de su humanidad con el Verbo, pero no tienen el mismo valor objetivo, valor que proviene del objeto y de las circunstancias de esos actos. Efectivamente, hay una subordinación en los diversos objetos de las virtudes. Así, los supremos actos de la Pasión, que tenían un objeto muy elevado y circunstancias muy excepcionales y dolorosas, sobrepasaron en valor objetivo a los actos precedentes, se añadieron al tesoro ya acumulado, colmaron la medida de los méritos y satisfacciones de Cristo porque iban hasta el extremo del sacrificio, del sufrimiento y del amor. Nada es superfluo para el amor que intenta glorificar a Dios el máximo posible y manifestarse a las almas de un modo irresistible. Finalmente, Jesús ofreció a su Padre sus primeros actos de amor no en forma separada, sino como el comienzo de su sacrificio que debería cumplirse plenamente en la Cruz. Entrando en el mundo ofreció toda su vida *usque ad mortem, mortem autem crucis*. Así debe actuar el cristiano, siguiendo el ejemplo de Cristo, y más particularmente el religioso cuando hace profesión de vivir en la obediencia, la castidad y la pobreza hasta la muerte.

Tal fue el valor del mérito de Cristo. Es una fuente espiritual en donde todas las almas pueden beber sin que ésta se agote nunca. *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*[19].

---

19 Rom 5, 20.

¿Qué ha merecido Nuestro Señor para Él y para nosotros?

Para Él no mereció ni la Encarnación, ni la gracia habitual, ni la gloria esencial del alma, pues tales dones son anteriores a su mérito; le preceden y son como su raíz. En efecto, el acto meritorio supone la gracia, la caridad y un conocimiento sobrenatural que en Cristo no era la fe, sino la visión de Dios.

¿Quiere decir esto que Jesús no mereció nada para sí? En modo alguno. Mereció su resurrección gloriosa, su ascensión, la exaltación de su nombre, la expansión de la Santa Iglesia y el reconocimiento y el amor de los fieles. Podía pretenderlo por derecho de nacimiento, pero quiso obtenerlo por derecho de conquista. Por ello dice a los discípulos de Emaús: *¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y así entrase en su gloria?*[20]. Y San Pablo añade: *Se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en las regiones subterráneas, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre*[21]. Jesús sólo fue coronado Rey de gloria después de haber sido coronado de espinas. El orgullo del demonio sufre más, así, al ser vencido por la humildad del Salvador y de la Virgen que al ser inmediatamente aplastado

---

20 Lc 24, 26.
21 Phil 2, 8-11.

por la omnipotencia divina, tal como dice San Grignon de Montfort. El Salvador mereció que el poder de su nombre y de la señal de la Cruz expulse al espíritu del mal y libere a las almas.

Jesús mereció para nosotros la vida de la gracia y la de la eternidad, es decir, todos los auxilios sobrenaturales que llevan a las almas a convertirse, y perseverar hasta término de su destino. *De su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia,* dice San Juan[22]. Y Él mismo ha dicho: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*[23]. *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva manarán de sus entrañas*[24]. *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día*[25]. El Salvador nos ha merecido todos los efectos de la predestinación y ha podido decir: *Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa*[26].

Jesús nos ha merecido estas inmensas gracias no sólo con un mérito de conveniencia, como la Virgen, sino en estricta justicia, porque era el Verbo encarnado constituido en Cabeza de la humanidad. Por su personalidad divina sus mé-

22 Io 1, 16.
23 Io 14, 6.
24 Io 7, 38.
25 Io 6, 40, 44, 54.
26 Io 10, 27.

ritos tenían un valor infinito y porque era Cabeza de la humanidad podía comunicárnoslos, como en nuestro organismo la cabeza comunica a los miembros el influjo nervioso. Así, Jesús mereció para todos nosotros, como cada justo merece para sí. Y como dice San Pedro, iluminado por la gracia de Pentecostés, a los judíos: *Él es la piedra rechazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular. En ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos*[27].

La Pasión, que mereció la salvación de todos los hombres, salva de hecho a todos los que no se resisten a la gracia de Cristo. Hace llegar a los más degradados paganos gracias de luz, de atracción, de fortaleza, y si no se resisten, son conducidos de gracia en gracia hasta la fe, la justificación y la salvación. El género humano entero fue consagrado al Sagrado Corazón por León XIII a comienzos de este siglo para que sea más dócil a esas gracias de luz y de atracción. El niño infiel, que, llegado plenamente al uso de razón, escoge el camino del bien y se desvía del mal, no lo hace sin una gracia de Cristo[28].

En la sociedad evangelizada, en la Iglesia, la Pasión nos hace llegar constantemente la gracia mediante los sacramentos, el bautismo, la confirmación, la absolución, la eucaristía, la extrema unción; santifica el hogar por la gracia del sacramento del matrimonio; modela el alma sacerdotal por la gracia del sacramento del orden y aparte de los sacramentos, el Salvador nos sos-

---

27 Act 4, 11.
28 Cfr. SANTO TOMÁS, I, II, q. 89, a. 6.

tiene por mil inspiraciones interiores y auxilios que nos llevan a buenas resoluciones y nos confirman. Después de habernos merecido estas gracias en la cruz, su santa humanidad nos las comunica hoy como el instrumento unido siempre a la divinidad [29].

En ocasiones algunos incrédulos han objetado: pero si los méritos del Salvador fuesen infinitos, los nuestros serían superfluos.

A lo que hay que responder: del mismo modo que la causa primera, lejos de hacer superfluas las causas segundas, les comunica la dignidad de la causalidad [30], y del mismo modo que Dios, autor de la vida, ha creado los seres vivos mientras que un escultor no puede hacer más que obras sin vida, así, el Salvador, por sus méritos suscita los nuestros, y nos hace trabajar en nuestra propia salvación y en la del prójimo. A los seres libres no les salva en contra de su voluntad; es preciso que nos dejemos salvar por Él, que no nos resistamos a nuestro Salvador, y precisamente porque sus méritos son infinitos, tiene la fuerza de hacernos merecer con Él y de asociarnos a su acción redentora para salvar a otras almas con Él, por Él y en Él. Así, en cierto modo revive en los santos y, a través de ellos, manifiesta al mundo que siempre está vivo.

En todo momento, y particularmente en las horas de tristeza y de tentación, apoyémonos en los méritos infinitos de Cristo, como hace la Iglesia, terminando todas sus oraciones con es-

---

29 SANTO TOMÁS, III, q. 62, a. 5.
30 Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 105, a. 5.

tas palabras: *Per Christum Dominum nostrum.* Como el hijo pródigo, como el buen ladrón arrepentido, las almas más extraviadas deben pensar en apoyarse en los méritos de Cristo. De este modo, tal penitente que, no habiéndose confesado desde hacía cuarenta años, después de la confesión de sus faltas oyó al sacerdote decirle: *Pero entonces, ¿qué bien ha hecho usted?* Respondió: *He conservado la fe en el valor infinito de los méritos de Cristo y por ello he venido a confesarme.* Por la fe en Cristo ese hombre había tocado las profundidades de Dios.

Igualmente, el Señor le decía en medio de una gran oscuridad, de donde brotaba luz para otros, a un alma muy probada que hemos conocido: *Tu pobreza es extrema, pero no temas: Si eres pobre, yo soy rico y mi riqueza te basta. ¿Qué podrías darme tú? ¿No soy yo quien pongo en ti el bien que en ti quiero ver? Camina en mi presencia, pues yo no te abandono nunca.*

Vemos de este modo cómo está unido el misterio de Cristo al de nuestros destinos.

CAPÍTULO IX

LA CENA Y EL CORAZON EUCARISTICO DE JESUS

Al referir lo que fue la última Cena, para completar lo que dicen los tres primeros Evangelios [1], San Juan [2] escribe: *Viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.* Un padre que va a morir quiere dejar a sus hijos un supremo testimonio de su amor. Con frecuencia, no encuentra la palabra capaz de expresárselo y a veces guarda un silencio más elocuente que todos los discursos. En el momento de morir, Jesús no sólo encontró las palabras, sino que realiza lo que éstas significan, la palabra transustanciadora. Como testamento nos dio la Eucaristía y en este sacramento se dejó a sí mismo en persona.

---

[1] Cfr. Mt 26, 26-29; Mc 14, 22-25; Lc 22, 15, 20; 1 Cor 11, 23.
[2] Io 13, 1.

El don de sí mismo, expresión del amor

La mayor manifestación del amor es el perfecto don de sí mismo. La bondad es esencialmente comunicativa y el bien es naturalmente difusivo de sí mismo. Santo Tomás incluso dice: *El bien no sólo es naturalmente difusivo de sí, sino que mientras es más perfecto, más se comunica abundante e íntimamente, y lo que procede de él le queda también más estrechamente unido*[3].

Del mismo modo que el sol esparce la luz y un calor beneficioso, la planta y el animal adulto dan la vida a otra planta y a otro animal, el gran artista concibe y produce sus obras maestras, el sabio comunica sus intuiciones, sus descubrimientos, y da a sus discípulos su espíritu; así, el hombre virtuoso alcanza la virtud, y el apóstol, que tiene la santa pasión del bien, da a las almas lo mejor de sí mismo para llevarlas a Dios. La bondad es esencialmente comunicativa, y mientras más perfecto es el ser, más íntima y abundantemente se da.

Aquel que es el Bien Soberano, plenitud del ser, se comunica lo más plena e íntimamente posible por la eterna generación del Verbo y la espiración del Espíritu de amor, como nos enseña la Revelación. El Padre, engendrando a su

---

[3] *Pertinet ad rationem boni, ut se aliis communicet. Unde ad rationem summi boni pertinet, quod summo modo se creaturae communicet* (III, q. 1, a. 1). *Secundum diversitatem naturarum, diversus emanationis modus invenitur in rebus, et quanto aliqua natura est altior, tanto id quod ex ea emanat magis est intimum.* (*C. Gentes*, l. IV, c. 11, initio.)

Hijo, no sólo le comunica una participación en su naturaleza, en su inteligencia y en su amor, sino toda su naturaleza indivisible, sin multiplicarla de ningún modo; le da el ser *Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero,* y el Padre y el Hijo comunican al Espíritu de amor, que procede de ellos, esta misma naturaleza divina indivisible y sus perfecciones infinitas. El bien es naturalmente difusivo de sí y mientras más perfecto, más plena e íntimamente se da.

En virtud del mismo principio convenía, ya lo hemos visto[4], que Dios no se contentase con crearnos, con darnos la existencia, la vida, la inteligencia, la gracia santificante, participación en su naturaleza, sino que se nos diese a sí mismo en persona por la Encarnación del Verbo[5].

Incluso después de la caída del primer hombre, Dios habría podido querer levantarnos de otro modo[6], enviándonos, por ejemplo, a un pro-

---

[4] Cfr. supra, I P., c. 6.

[5] III, q. 1, a. 1: *Utrum conveniens fuerit Deum incarnari* (es la cuestión de la posibilidad y de la conveniencia de la Encarnación, antes de la de su motivo del que se habla en los artículos 2 y 3). Santo Tomás responde: *Unicuique rei conveniens est illud, quod competit sibi secundum rationem propriae naturae, sicut homini conveniens est ratiocinari... Ipsa autem natura Dei est essentia bonitatis... Pertinet autem ad rationem boni ut se aliis communicet... Unde ad rationem summi boni pertinet quod summo modo se creaturae communicet, quod quidem maxime fit per hoc, quod naturam creatam sic sibi conjugit, ut una persona fiat ex tribus, Verbo, anima et carne, sicut dicit Augustinus in* l. XIII *De Trinitate,* c. 17. *Unde manifestum est, quod conveniens fuit Deum incarnari.*

[6] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 1, a. 2: *Deus per suam omnipotentem virtutem, poterat humanam naturam multis aliis modis reparare.*

feta que nos hubiese hecho conocer las condiciones del perdón. Pero ha hecho infinitamente más, ha querido darnos a su propio hijo en persona como Redentor, *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*[7].

Jesús, Sacerdote por toda la eternidad y Salvador de la humanidad, quiso también dársenos perfectamente Él mismo a lo largo de su vida terrena, sobre todo en la Cena, en el Calvario, y no cesa de hacerlo todos los días por la santa Misa y la santa Comunión. Nada puede mostrarnos mejor las riquezas del corazón sacerdotal y eucarsítico de Nuestro Señor Jesucristo que este don tan perfecto de sí mismo. Y nada puede motivarnos mejor la acción especial de gracias debida a Nuestro Señor por la institución de la Eucaristía y del sacerdocio.

El efecto que ha producido la Encarnación sobre el mundo entero o sobre la humanidad en general, la Eucaristía debe producirlo respecto de cada uno de nosotros a lo largo de las generaciones, pues por ella Jesús se nos da a cada uno[8].

El Corazón eucarístico de Jesús y el don de sí mismo en la institución de la Eucaristía

Tal como Dios Padre da toda su naturaleza en la generación eterna del Verbo y la espiración del Espíritu Santo, tal como Dios quiso darse en persona en la Encarnación del Verbo,

---

[7] Io 3, 16.

[8] SANTO TOMÁS, III, q. 79, a. 1: *Christus sicut in mundum visibiliter veniens contulit mundo vitam gratiae, ita in hominem sacramentaliter veniens vitam gratiae operatur.*

así Jesús ha querido darse en persona en la Eucaristía. Y su corazón sacerdotal es llamado eucarístico precisamente porque nos dio la Eucaristía, como se dice del aire puro, que es sano en tanto que da la salud.

Nuestro Señor habría podido contentarse con instituir un sacramento, signo de la gracia, como el bautismo y la confirmación; sin embargo, ha querido darnos un sacramento que contiene no sólo la gracia, sino al Autor de la gracia.

La Eucaristía es, así, el más perfecto de los sacramentos, superior incluso al del orden[9]. Y Jesús instituyó en el mismo instante el sacerdocio con vistas a la consagración eucarística[10].

El verdadero y generoso amor por el que se quiere y se hace un bien a los demás, nos lleva a inclinarnos hacia ellos si son más pequeños que nosotros, a unirnos a ellos en una perfecta unión de pensamiento, de deseo, de querer, de consagrarnos a ellos, a sacrificarnos si es pre-

---

[9] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 65, a. 3: *Sacramentum Eucaristiae est potissimum omnium aliorum*. El sacramento de la Eucaristía es el más perfecto de todos porque no sólo contiene la gracia, sino al mismo Autor de la gracia. Y el sacramento del Orden debe su grandeza a que está ordenado a la consagración de la Eucaristía. Cfr. *ibidem ad 3um*.

[10] La expresión *Corazón eucarístico* es superior a *Corazón sacerdotal*, pues este término está contenido en el anterior, ya que Jesús, al darnos la Eucaristía, ha instituido el sacerdocio. Además, se puede llamar corazón sacerdotal al del ministro de Cristo —así se habla, por ejemplo, del corazón sacerdotal del Cura de Ars—, mientras que el Corazón eucarístico sólo se puede decir del Corazón que nos ha dado la Eucaristía.

ciso, para hacerlos mejores, para llevarles a superarse a sí mismos y a alcanzar su destino.

En el momento de privarnos de su presencia sensible, Nuestro Señor quiso dejarse a sí mismo en persona entre nosotros bajo los velos eucarísticos. En su amor, no podía inclinarse aún más hacia nosotros, hacia los más pequeños, los más pobres, los más desamparados, unirse y darse aún más a nosotros y a cada uno en particular.

A veces desearíamos la presencia real de seres muy queridos que han desaparecido. El Corazón eucarístico del Salvador nos ha dado la presencia real de su cuerpo, de su sangre, de su alma y de su Divinidad. Por todas partes, en la tierra, hay una Hostia consagrada en un tabernáculo, hasta en las misiones más lejanas permanece con nosotros como el dulce compañero de nuestro exilio. Está en cada tabernáculo esperándonos pacientemente, con prisa por salvarnos, deseando que se le ruegue. Va incluso a los criminales arrepentidos que van a subir al cadalso.

El Corazón eucarístico de Jesús nos ha dado la Eucaristía como sacrificio para perpetuar en substancia el sacrificio de la Cruz en nuestros altares hasta el fin del mundo y para aplicarnos sus frutos. En la santa Misa, nuestro Señor, que es el Sacerdote principal, continúa ofreciéndose por nosotros.

Cristo siempre vive para interceder por nosotros, dice San Pablo [11]. Lo hace sobre todo en la santa Misa en donde, según el Concilio de Trento, el mismo sacerdote continúa ofreciéndo-

---

[11] Heb 7, 25.

se por sus ministros de modo incruento después de haberse ofrecido cruentamente en la Cruz[12].

Esta oblación interior, siempre viva en el Corazón de Cristo, es como el alma del santo sacrificio de la Misa y le da su infinito valor. Cristo Jesús continúa, así, ofreciendo a su Padre nuestras adoraciones, nuestras súplicas, nuestras reparaciones y nuestras acciones de gracias. Pero, sobre todo, es siempre la misma Víctima, purísima, la que se ofrece, el mismo Cuerpo del Salvador que fue crucificado, y su preciosa Sangre está sacramentalmente extendida en el altar para continuar borrando los pecados del mundo.

El Corazón eucarístico de Jesús, dándonos la Eucaristía como sacrificio, nos ha dado también el sacerdocio. Después de haber dicho a sus Apóstoles: *Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres*[13], y: *No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca*[14], les dio en la Cena el poder de ofrecer el sacrificio eucarístico diciendo: *Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía*[15]. Les dio el poder de la santa consagración que renueva sin cesar el sacramento de amor[16]. En efecto,

---

12 Cfr. *C. Trid.*, ses. 22, cap. 2: *Una enim eadem est hostia, idem nunc offerens, sacerdotum ministerio, qui se ipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa. Cujus quidem oblationis (cruentae inquam) fructus per hanc incruentam uberrime percipiuntur.*

13 Mc 1, 17.

14 Io 15, 16.

15 Lc 22, 19.

16 El oficio del Corazón eucarístico indica bien las diferentes manifestaciones del amor de Cristo por nosotros, manifestaciones que están íntimamente unidas.

la Eucaristía, sacramento y sacrificio, no puede ser perpetuada sin el sacerdocio, y por ello la gracia del Salvador hace germinar y florecer a lo largo de las generaciones desde hace cerca de dos mil años vocaciones sacerdotales, y será así hasta el fin del mundo.

Finalmente, el Corazón eucarístico de Jesús se nos da en la santa Comunión.

El Salvador se nos da en alimento no para que lo asimilemos, sino para que seamos cada vez más parecidos a Él, cada vez más vivificados, santificados por Él, incorporados a Él. A Santa Catalina de Siena le dijo un día: *Tomo tu corazón y te doy el mío;* era el símbolo sensible de lo que ocurre espiritualmente en una ferviente comunión en la que nuestro corazón muere a su estrechez, a su egoísmo, a su amor propio, para dilatarse y hacerse parecido al Corazón de Cristo por la pureza, la fuerza, la generosidad. En otra ocasión el Salvador concedió a la misma santa la gracia de beber de la llaga de su Corazón: otro símbolo de una comunión ferviente, en donde el alma bebe espiritualmente, por así decirlo, del Corazón de Jesús, *hogar de nuevas gracias, dulce refugio de la vida oculta, señor de los secretos de la unión divina, corazón de aquel que duerme, pero que vela siempre.*

San Pablo había dicho: *El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?, y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?* [17]. Y tal como lo señala Santo Tomás, en la santa Misa, cuan-

[17] 1 Cor 10, 16.

do el sacerdote comulga con la preciosa Sangre, comulga por él y por los fieles [18].

El Corazón eucarístico de Jesús y el don cotidiano e incesante de sí mismo

Finalmente, Jesús vuelve a darnos todos los días la Eucaristía como sacramento y como sacrificio. Habría podido querer que la Misa sólo fuese celebrada una o dos veces por año, en ciertos santuarios a los que se llegaría desde muy lejos. Por el contrario, incesantemente, en cada minuto del día se celebran numerosas misas en la superficie de la tierra, por doquiera que salga el sol. Es la incesante manifestación del Amor misericordioso de Cristo respondiendo a las necesidades espirituales de cada época y de cada alma. *Cristo amó a la Iglesia,* dice San Pablo [19], *y se entregó por ella para santificarla, purificándola, mediante el lavado del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable.*

Así, le concede, sobre todo por la santa Misa y la Comunión, las gracias que necesita en los diversos momentos de su historia. La Misa ha sido un foco de gracias siempre nuevas en las catacumbas, más tarde durante las grandes invasiones de los bárbaros, en las diversas épocas

---

[18] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 80, a. 12, ad 3: *Potest a populo corpus sine sanguine sumi. Nec exinde sequitur aliquod detrimentum: Quia sacerdos in persona omnium sanguinem offert et sumit, et sub utraque specie totus Christus continetur.*

[19] Eph 5, 26.

de la Edad Media, y lo es siempre hoy en día para darnos la fuerza de resistir a los grandes peligros que nos amenazan, a las ligas ateas que el bolchevismo propaga en el mundo para destruir toda religión. Pese a las tristezas de la hora presente, la vida interior de la Iglesia de nuestro tiempo, en lo que tiene de más excelso, es, ciertamente, bellísima, vista desde lo alto, como la ven Dios y los ángeles.

Todas las gracias nos vienen del Corazón eucarístico de Jesús, que nos ha dado la santa Misa y la Comunión, que nos da siempre su Sangre sacramentalmente derramada sobre el altar.

Esto lo comprendió profundamente hace algunos años Charles de Foucauld, al rezar y morir por la conversión del Islam o de los países musulmanes. Lo comprenden las almas que rezan hoy de todo corazón y hacen celebrar Misas por los países asolados por el materialismo y el comunismo. Una sola gota de la preciosa Sangre del Salvador puede regenerar millares de almas que se pierden y que arrastran a las otras en su perdición [20].

Ciertamente, no pensamos en esto suficientemente. El culto de la preciosa Sangre del Salvador y el sufrimiento profundo de verla manar en vano sobre las almas rebeldes puede contribuir mucho a inclinar el Corazón eucarístico de Jesús hacia sus pobres pecadores; sí, hacia sus

---

20 Es lo que dice Santo Tomás en el *Adoro te devote:*

Me immundum munda tuo sanguine,
Cujus una stilla salvum facere
Totum mundum quit ab omni scelere.

Purifica mis manchas con tu sangre, pues una gota sola basta para quitar todos los pecados del mundo.

pobres pecadores. Son los suyos, y apóstoles como San Pablo, San Francisco, Santo Domingo, Santa Catalina de Siena y tantos otros, aman lo suficiente al Salvador para bregar con Él por la salvación de esas almas.

Cuando se piensa en el amor de Cristo por nosotros, deberíamos agonizar al ver a las almas alejarse de su corazón, de la fuente de su preciosa sangre. La derramó por ellas, por todas, por muy alejadas que estén, por el comunista que blasfema y que quiere borrar su nombre de todas partes. Dígnese el Señor, que no desea la muerte del pecador, conceder, por la santa Misa, como una nueva efusión de la sangre de su Corazón y de todas sus santas llagas.

Algunos santos han visto a veces, al asistir a Misa, en el momento de la elevación del cáliz, desbordarse la preciosa Sangre, derramarse por los brazos del sacerdote, como si fuera a correr por el santuario y a los ángeles venir a recogerla en copas de oro para llevarla a distintos países del mundo, sobre todo a aquellos donde el Evangelio es poco conocido. Era el símbolo de las gracias que se derraman del Corazón de Cristo sobre las almas de los pobres infieles; puesto que también por ellos murió Cristo en la Cruz.

De aquí se sigue, prácticamente, que el Corazón eucarístico de Jesús, lejos de ser objeto de una mínima devoción, es el ejemplo eminente del don perfecto de sí mismo, don que debería ser en nuestra vida más generoso cada día. En la Misa y para el sacerdote, cada consagración debería marcar un aumento en el espíritu de fe, de confianza, de amor de Dios y de las almas.

Y para los fieles, cada Comunión debería ser, en substancia, más ferviente que la anterior, puesto que cada una debe aumentarnos la caridad, hacer que nuestro corazón sea más parecido al de Nuestro Señor y, como consecuencia, disponernos a recibirle mejor al día siguiente. De la misma manera que la piedra cae tanto más de prisa cuanto más se acerca a la tierra que la atrae, las almas deben ir hacia Dios tanto más de prisa cuanto más se acercan a Él y Él más las atrae.

El Corazón eucarístico de Jesús quiere atraer nuestras almas. A menudo es humillado, abandonado, olvidado, despreciado, ultrajado, y sin embargo, es el Corazón que ama nuestros corazones, el Corazón silencioso que quiere hablar a las almas para mostrarles el precio de la vida escondida y el precio del don de sí mismo más generoso cada día.

El Verbo encarnado vino a los suyos *y los suyos no le recibieron*[21]. Bienaventurados los que reciben todo lo que su Amor misericordioso quiere darles y no se resisten a las gracias que, por medio de ellos, deberían brillar sobre otros menos favorecidos. Bienaventurados los que, después de haber recibido, y a ejemplo de Nuestro Señor, se dan siempre con más generosidad por Él, con Él y en Él.

Si incluso entre los infieles más alejados de la fe hay una sola alma en estado de gracia, verdaderamente fervorosa y sacrificada, como fue la de Charles de Foucauld, un alma que recibe todo lo que el Corazón eucarístico de Cristo quiere darle, antes o después el resplandor de esa alma transmitirá a los extraviados algo de lo que

---

[21] Io 1, 11.

ha recibido. Es imposible que la preciosa Sangre no se desborde del cáliz en la santa Misa, para purificar un día u otro, por lo menos en el momento de la muerte, a los extraviados que no se resisten a las prevenciones divinas, a las gracias actuales que les impulsan a convertirse. Pensemos algunas veces en la muerte del musulmán, en la muerte del budista o, más cercano a nosotros, en la muerte del anarquista que, quizá, fue bautizado en su infancia. Todos tienen un alma inmortal por la que el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo dio toda su Sangre.

CAPÍTULO X

LA PAZ DE JESUS DURANTE LA PASION

Pacem meam do vobis.

Mi paz os doy.

(Io 14, 27.)

Para penetrar más profundamente en el misterio de la Redención, conviene considerar cómo en el amor del Salvador durante la Pasión, se unieron muy íntimamente el mayor sufrimiento que haya sido soportado en la vida presente y la más alta paz que pueda existir en un alma, incluso en el cielo.

Dos efectos de la plenitud de gracia que recibió Nuestro Señor desde el primer momento de su vida que son aparentemente contrarios; dos efectos que son como los dos polos extremos de su vida interior aquí en la tierra [1].

---

[1] Esta altísima idea es como el núcleo del libro escrito en el siglo XVII por LOUIS CHARDON, *La Croix de Jésus*, en donde muestra cómo estos dos efectos, aparentemente contrarios, se derivan de la plenitud de gracia del Salvador y los miembros de su Cuerpo místico participan de ellos en diversos grados.

La plenitud de gracia y el sufrimiento redentor

La plenitud de gracia se deriva, ya lo hemos visto, de la personalidad increada del Verbo encarnado. Es moralmente proporcionada a su dignidad de Hijo de Dios y a su misión de Mediador universal. Se trata de una plenitud absoluta, intensiva y extensiva y resulta evidente que inclinó a Nuestro Señor Jesucristo a querer cumplir lo más perfectamente posible su misión de Salvador, de Sacerdote y de Víctima. Todo servidor de Dios, como se ve en la vida de los fundadores de órdenes, es llevado por una gracia especial a cumplir lo mejor posible la misión que ha recibido; esta gracia le da el espíritu de esa misión, es decir, el modo de ver, de juzgar, de sentir, de querer y de actuar para realizarla como hace falta. Si esto es así con los fundadores de órdenes como un San Benito, o un Santo Domingo, o un San Francisco, ¡qué debió ser respecto del Salvador!

La plenitud de gracia que recibió desde el primer instante producía en Él una sed ardiente de nuestra salvación y un vivo deseo de ofrecerse como víctima para rescatarnos. *Amor meus, pondus meum,* dice San Agustín: Mi amor es como un peso que me arrastra hacia el objeto amado. El amor de Cristo le llevaba a ofrecerse en sacrificio para salvar nuestras almas.

Este deseo se expresa constantemente en la predicación del Salvador e, incluso, antes de ésta, en sus primeras palabras: *¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?*[2].

[2] Lc 2, 49.

Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí[3]. *Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda?*[4]. *Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer... Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros... Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros*[5].

La sed de nuestra salvación, el deseo de la Cruz, responden en Nuestro Señor al motivo mismo de la Encarnación: *Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis*, decimos todos los días en el *Credo*.

El deseo se afirma tanto más cuanto más próxima está la hora de la Pasión, hora que Jesús llama *su hora*, fijada desde toda la eternidad por la Providencia, sin que su libertad ni la de sus verdugos sea violentada.

Mientras más se aproxima esa hora, más se afirma en Nuestro Señor su voluntad de morir por nosotros. Después del discurso que sigue a la Cena, dice: *Pero conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago. Levantaos, vámonos de aquí*[6].

En Getsemaní, su alma estaba sin duda triste hasta la muerte, pero Él quiere experimentar esa tristeza para mostrar que es verdadero hombre y que nos está permitido quejarnos en los momentos dolorosos. También quiere experimentar esa angustia para que el holocausto sea perfec-

---

3 Io 12, 32.
4 Lc 12, 49.
5 Lc 22, 15-20.
6 Io 14, 31.

to, y dice a su Padre: *Que se haga tu voluntad y no la mía.*

Poco después responde a Pedro que quiere defenderle con su espada: *El cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberle?*[7]. Lo que recuerda las palabras dichas antes de llegar a Getsemaní: *Nadie tiene mayor amor que este de dar uno la vida por sus amigos*[8].

En efecto, se trata aquí de la plenitud de gracia que lleva al Salvador a querer cumplir lo más perfectamente posible su misión de Sacerdote y de Víctima.

De hecho, y como lo explica Santo Tomás[9], su sufrimiento fue el mayor de todos los que se pueden padecer en la vida presente. Ciertamente que no experimentó todos los sufrimientos posibles, pues hay suplicios que se oponen, la muerte en la cruz difiere de los tormentos por el hierro o el fuego; pero Jesús experimentó todos los géneros de sufrimientos físicos y morales. Sufrió en todo su cuerpo que, a consecuencia de la flagelación, no era más que una llaga, y que de nuevo fue dejado en carne viva cuando le arrancaron su vestido, de nuevo pegado a las heridas antes de la crucifixión, sufrimientos aumentados singularmente por la delicadeza de su constitución, la de un cuerpo milagrosamente concebido en el seno de la Virgen.

Experimentó todos los sufrimientos morales provenientes de su pueblo que se apartaba del camino de la salvación, de los sacerdotes de la Sinagoga que se habían encarnizado contra Él,

---

7 Io 18, 11.
8 Io 15, 14.
9 III, q. 46, a. 6, c. y ad 4º.

de sus amigos que le abandonaban y de la justicia divina que le golpeaba en nuestro lugar.

Fue también el mayor de los sufrimientos porque provenía del mayor de los males, del pecado, cuya gravedad y extensión Jesús conocía mejor que nadie; sufrimiento tan intenso como su amor del bien; sufrimiento al que no quería buscar ningún paliativo y al que, libremente, se abandonaba por entero para tener en nuestro lugar ese santo odio del mal, esencia de la contrición.

Se ha objetado: la desolación del pecador que ha perdido la gracia, como Pedro después de la negación, parece mayor aún, pues Jesús conserva al menos la alegría de su inocencia.

Santo Tomás responde[10]: *el sufrimiento de Jesús superaba al de todos los corazones contritos, pues provenía de una sabiduría mayor (que le mostraba mejor que a nadie la infinita gravedad de la ofensa hecha a Dios y la multiplicidad de los crímenes de los hombres); provenía también de un inmenso amor de Dios y de las almas y, en fin, sufría por los pecados no de un solo hombre, como el pecador arrepentido, sino de todos los hombres juntos.*

No podemos hacernos idea del sufrimiento que debió producir en Jesús la vista precisa y penetrante de los crímenes de los hombres. Si una Santa Catalina de Siena experimentaba náuseas al ver el estado de ciertas almas, qué habrá que decir de Nuestro Señor: veía la concupiscencia de la carne y de los ojos y el orgullo de la vida en las almas como nosotros vemos las llagas purulentas en un cuerpo roído por la enfermedad.

Sufría en la medida de su amor por Dios, a

---

10 III, q. 46, a. 6, ad 4.

quien el pecado ofende, y en la medida de su amor por nuestras almas, a las que el pecado asola y mata. Y no se contentaba con ver los pecados con una profunda tristeza, sino que los había tomado sobre sí: *En verdad, Él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias morales, y cargó con nuestras penalidades*[11].

Si al pie de la cruz María sufrió por el pecado en la medida de su amor por Dios, por su Hijo y por nosotros, ¿qué habrá que pensar del sufrimiento de Cristo?

La plenitud de gracia y de caridad le aumentó considerablemente la capacidad de sufrir por los mayores males, males por los que nuestro egoísmo nos impide afligirnos.

La paz en el sufrimiento

Pese a este dolor tan intenso, Jesús conservó una profunda paz durante toda su Pasión.

Se ve por las siete últimas palabras que pronunció. Sin duda, una de ellas parece ser, sobre todo, un grito de angustia: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*[12]. Calvino ha querido ver aquí un grito de desesperación, pero se comprueba que no hay nada de eso por las palabras de confianza y de acción de gracias: *Consummatum est*[13], que siguen inmediatamente después.

En realidad, esas palabras: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*, son el primer

11 Is 53, 4.
12 Mt 27, 46; Mc 15, 34.
13 Io 19, 30.

versículo de un salmo mesiánico que vuelve y debe volver a los labios de Cristo, y por el que Jesús habla en nombre de los pecadores cuyas faltas soporta. Esas palabras están tan lejos de ser un grito de desesperación que continúan en el mismo salmo con una oración totalmente confiada y una acción de gracias por los bienes de la Redención.

En efecto, se lee en el Salmo 21:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desampa-
Clamo de día y no me respondes; [*rado?...*
De noche, y no hallo remedio.
Con todo, tú eres el Santo,
Tú habitas entre las alabanzas de Israel.
En ti esperaron nuestros padres,
Esperaron y tú los libraste.
A ti clamaron y fueron salvados;
En ti confiaron y no fueron confundidos.
Verdad que yo soy ya un gusano, no un hombre,
El oprobio de los hombres y el desprecio del
Búrlanse de mí cuantos me ven, [*pueblo.*
Abren los labios y mueven la cabeza.
Se encomendó a Yavé —dicen—, libérele él,
Sálvele él, pues que le es grato.
Y en verdad, tú eres mi esperanza desde el útero...
Ya desde que colgaba de los pechos de mi madre,
[*tú eres mi Dios.*
No te estés apartado de mí, porque se acerca el
Y a nadie tengo que me socorra. [*peligro*

....

Me cerca una turba de malvados,
Han taladrado mis manos y mis pies,
Puedo contar todos mis huesos...
Se han repartido mis vestidos
Y han echado suertes sobre mi túnica.

Tú, pues, oh, Yavé, no retrases tu socorro,
Apresúrate a venir en mi auxilio.
....
Que pueda yo hablar de tu nombre a mis her-
[manos,
Y ensalzarte en medio de la congregación.
¡Los que teméis a Yavé, alabadle!
¡Descendencia toda de Jacob, glorificadle!...
Porque no desdeñó ni despreció la miseria del
Ni apartó de él su rostro, [mísero,
Antes oyó al que imploraba su socorro.
....
Y vivirá su corazón por toda la eternidad.
Se acordarán, y se convertirán a él todos los con-
[fines de la tierra,
Le adorarán todas las familias de las gentes.

Tal es el salmo de confianza y de alabanza que comienza por el grito de dolor: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Jesús, muriendo, vivió este salmo en unas profundidades que no podemos sospechar.

En cuanto a las restantes palabras, son manifiestamente palabras de paz, las más bellas que un sacerdote mártir pueda decir; no sólo prueban que Jesús tiene una profunda paz en su corazón, sino que tiene una paz centelleante que comunica a los que le rodean, a los que fortifica en el momento de ser crucificado por ellos.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen[14]. Esto se dice para los verdugos en el momento en que le clavan en la cruz. Serán las

[14] Lc 23, 24.

palabras repetidas por los mártires, especialmente por San Esteban, primer mártir, que por su oración obtendrá la conversión de Saulo que estaba guardando los vestidos de los que le lapidaban.

Igualmente las palabras dichas al buen ladrón; le promete la paz en el cielo: *En verdad te digo, hoy serás conmigo en el Paraíso*[15]. Después de estas palabras la cruz del buen ladrón ya no es un castigo, como la del otro; es una reparación que le abre las puertas del cielo. Estas palabras serán repetidas frecuentemente por los ministros de Cristo que han de preparar a los condenados a muerte a entregar su alma a Dios.

Palabras de paz también las que están dirigidas a María y a Juan; se derraman como un bálsamo en su corazón tan profundamente dolorido: *Mujer, he ahí a tu Hijo*[16]; María se hace así, más que nunca, Madre de todos los hombres, personificados por Juan, mediadora y distribuidora de todas las gracias. *He ahí a tu Madre*[17]; estas palabras plenas de bondad producen en el alma de Juan lo que significan; el más filial y respetuoso afecto por María, de quien recibirá tantas gracias para su ministerio apostólico.

Después de las primeras palabras del salmo 21, Jesús dice: *Tengo sed... Todo está acabado*[18]. Tiene sed de almas, pero Él mismo les lleva en ese momento las aguas vivas de la gracia. Tiene la inmensa alegría de consumar la obra de la Redención. Hay mayor alegría en dar que en recibir, y Jesús da aquí la reconciliación con Dios,

15 Lc 23, 43.
16 Io 19, 26.
17 Io 19, 27.
18 Io 19, 28-30

la paz profunda del alma a todos los hombres que quieran recibirla, a todos los que no opongan obstáculo.

Las últimas palabras: *Padre, en tus manos entrego mi espíritu* [19], es como la consagración del sacrificio de la Cruz, que restaura todo y lleva a las almas el río de las misericordias divinas.

¿Cómo conservó Jesús esta profunda y radiante paz en medio de sus tormentos, con un dolor tan intenso?

Es éste, según opinión de todos los teólogos [20], un milagro y un misterio sobrenatural del orden de la gracia, que provenía del hecho de ser Jesús al mismo tiempo *viator* y *comprehensor*, viajero hacia la eternidad y comprensor gozando de la visión de la esencia divina.

La misteriosa unión del más profundo sufrimiento y de la más excelsa paz ha sido explicada de diferentes maneras por los teólogos [21].

---

19 Lc 23, 46.

20 Cfr. Salmanticenses, *De Incarnatione*, disp. 17, dub. 4, nº 47.

21 Algunos teólogos nominalistas, como Auréolo en el siglo XIV, han dicho que Jesús, durante la Pasión, no sufrió más que en la parte sensitiva del alma, la que es común al hombre y al animal. Es esto contrario a la doctrina de la Escritura y de la Tradición, pues Jesús sufrió sobre todo por el pecado, sufrimiento que, como el de la contrición, es esencialmente espiritual e incluso sobrenatural en el sentido de que proviene de la caridad, del amor de Dios ofendido y de las almas que se pierden.

Otros teólogos han dicho lo contrario: Jesús en la Cruz, conservando la visión beatífica, no quiso conservar el gozo que normalmente se deriva de ella en la cima del alma. Así hablan Salmerón, Melchor Cano y algunos

La explicación más verdadera es la que da Santo Tomás. Tiene sus oscuridades, pero guarda también una gran luz [22].

Si se consideran, dice, *las diferentes facultades del alma... es preciso afirmar que en Cristo* viator, *viajero aún hacia la eternidad, no había redundancia de la gloria ni del gozo de la parte superior del alma sobre la parte inferior* [23].

Sólo estaba beatificada la cima de la inteligencia y de la voluntad humana del Salvador. Jesús quería libérrimamente abandonar al dolor las regiones menos elevadas de sus facultades superiores y su sensibilidad [24]. En otros términos, el

---

otros. Esta opinión es contraria a Santo Tomás (III, q. 46, a. 6 y 8), y parece inadmisible, pues no se concibe que un alma vea a Dios cara a cara, lo posea por esta visión, y no experimente en la cima de sus facultades un inmenso gozo.

Otros, como Théophile Raynaud, han dicho: *La soberana beatitud y la más profunda tristeza son contrarias y, sin embargo, por un milagro, estuvieron unidas en Jesús.* A lo que se ha respondido: Un milagro no puede ser una contradicción realizada. Las dos primeras explicaciones disminuían el misterio: ésta hace de él una contradicción.

22 SANTO TOMÁS, III, q. 46, a. 7 y 8, da primero una respuesta abstracta que prepara la solución. Señala que si se considera la esencia del alma, que como esencia es indivisible, se puede decir: Jesús sufrió en toda su alma, que estaba toda en cada parte de su cuerpo herido y gozaba en toda su alma, que, entera, era el sujeto de las facultades superiores cuya cima estaba beatificada. Pero para hablar más concretamente, no sólo hay que considerar la esencia del alma, sino las diferentes facultades.

23 III, q. 46, a. 8, c. y ad 1.

24 Cfr. SANTO TOMÁS, *Compendium Theologiae,* cap. 232: *Ratio superior Christi plena Dei visione fruebatur... (Sed Christus) permittebat unicuique inferiorum virium moveri proprio motu, secundum quod ipsum decebat.*

Salvador impedía libremente la irradiación de la luz de gloria sobre la razón inferior y las facultades sensitivas; no quería que esta luz y el gozo que de ella se deriva variasen en lo que fuera por su radiación el dolor físico y moral que debía padecer por nuestra salvación.

Él, que muchas veces preservó a sus mártires del dolor incluso en medio de sus tormentos, concediéndoles gracias abundantes, quiso abandonarse plenamente al sufrimiento para salvarnos por el holocausto más perfecto[25].

Del mismo modo que una gran montaña cuya cumbre soleada se pierde en el azul del cielo y cuyas regiones menos altas son asoladas por la tempestad; sólo no sufría la cima de las facultades superiores del alma santa de Cristo, porque se abandonaba libérrimamente al dolor sin querer buscar un alivio en la visión de la esencia divina.

Ciertamente aquí hay un misterio; y, sin embargo, algo nos permite entreverlo: el penitente que está profundamente contrito goza, dice San Agustín, de estar afligido por sus faltas, y esto tanto más cuanto más afligido está por ellas[26].

El sufrimiento y la paz de Cristo, lejos de ser contrarios, se armonizan admirablemente; en su alma santa el amor de Dios le daba paz y le

---

25 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 47, a. 1: *Christus poterat suam passionem et mortem impedire: Primo quidem adversarios reprimendo, ut eum non vellent, aut non possent interficere; secundo, quia spiritus ejus habebat potestatem conservandi naturam carnis suae, ne a quocumque laesivo inflicto opprimeretur... Sic dicitur suam animam posuisse vel voluntariae mortuus esse.*

26 SAN AGUSTÍN, *De vera et falsa Poenitentia*, c. 13: *Semper doleat poenitens et de dolore gaudeat.* Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 84, a. 9, ad 2.

hacía sufrir a la vista del pecado; el amor de las almas también le hacía sufrir por nuestros pecados y le daba el gozo de nuestra salvación. Este pensamiento no le abandonó jamás: incluso sobre el Tabor habla de su Pasión con Moisés y Elías e inmediatamente después de la transfiguración anuncia a sus discípulos que morirá [27].

La gran lección que debemos sacar de este misterio es que, a ejemplo del Señor y en unión con Él, debemos llevar nuestra cruz para participar en los frutos de la suya. Hay en el mundo muchas cruces que no le sirven de nada al alma que las sufre, tal la cruz del mal ladrón. Por el contrario y en unión con el Salvador, debemos llevar nuestra cruz con paciencia e incluso con reconocimiento y amor: Penetraremos así, poco a poco, en la inteligencia profunda del misterio de la Redención y recibiremos sus frutos de vida, que duran eternamente.

---

27 Lc 9, 31-44.

CAPÍTULO XI

JESUS, SACERDOTE Y VICTIMA EN LA CRUZ

Christus dilexit nos et tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis. (Eph 5, 2.)

Cristo nos amó y se entregó a Dios por nosotros en oblación y sacrificio de suave olor.

Acabamos de hablar de la paz de Jesús durante la Pasión. Es uno de los contrastes más sublimes que hace entrever la profundidad de su amor. Hay otro contraste no menos asombroso: el de la fortaleza divina en la debilidad; Jesús, durante la Pasión y en la Cruz, es al mismo tiempo la Víctima quebrantada, como aniquilada por nuestra salvación, y el Sacerdote más poderoso por su mérito y su intercesión.

La fortaleza divina en la debilidad

En el Antiguo Testamento muchas veces se ve esta fortaleza y esta debilidad en las más bellas figuras del Cristo que ha de venir, más en particular en la persona de Isaac, que llevó la leña de su sacrificio y que se dejó atar sobre un altar por su padre Abraham para ser inmolado. Una

voz celestial se hizo entonces oír y dijo a Abraham: *Porque no has perdonado a tu hijo único por amor mío, yo te llenaré de bendiciones, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo...; en un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido a mi voz*[1]. La grandeza de Isaac viene de que obedeció junto con su padre y de que se dejó atar sobre el altar del sacrificio como una víctima que se inmola.

La fortaleza divina en la debilidad también aparece en otra figura de Cristo, una de las más conmovedoras: José, vendido por sus hermanos, vendido por celos, porque tenía sueños proféticos y porque era particularmente amado por su padre, Jacob. José, vendido por algunas monedas de plata, se convierte en la salvación de sus hermanos cuando se hace reconocer y les dice: *Yo soy José. ¿Vive todavía mi padre?*[2]. El Salvador fue perseguido por celos, porque poseía un mensaje divino, fue deshonrado por los sacerdotes del sacerdocio levítico, figura de su Sacerdocio eterno; fue vendido por treinta monedas y se convirtió en la salvación de todos nosotros, de todos los que creen y esperan en Él.

El Señor dijo a San Pablo: *Te basta mi gracia, ya que en la flaqueza culmina mi poder*[3]. Y el gran Apóstol escribe: *Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados ya judíos, ya griegos...*

---

1 Gen 22, 16-18.

2 Gen 37; 45, 3-9.

3 2 Cor 12, 9. En este texto, según el griego, se trata primero de la fuerza divina más que de la virtud del hombre.

Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios más poderosa que los hombres[4].

El maravilloso contraste entre el poder de Jesús y su anonadamiento constituye la austera y sublime belleza de su fisonomía espiritual, que escapa a los ojos del mundo y se muestra cada vez más a la contemplación de los santos. Si lo bello, que es una armonía, proviene de la unidad en la diversidad, lo sublime, que es lo extraordinario en el orden de lo bello, proviene de la más íntima diversidad en la mayor unidad. Se trata de la profunda conciliación de dos extremos que sólo Dios puede armonizar.

Este misterio ha sido totalmente desfigurado por herejías contrarias. En el siglo II, los docetas se escandalizaron de la Pasión del Salvador, que juzgaron indigna de un Dios y declararon que los dolores de Jesús sólo habían sido aparentes. En Getsemaní y en la Cruz, Jesús no habría sufrido realmente; no fue víctima. La Pasión dolorosa no habría sido más que un simulacro. Para sostener esta insensata aserción, contraria a los hechos más ciertos, los docetas llegaron a decir que, en Jesús, el Verbo no había tomado un cuerpo real, sino tan sólo un cuerpo aparente, como un fantasma. ¡A qué errores llegamos cuando nos escandalizamos de la Cruz!

Por el contrario, más tarde, otros herejes, como Calvino, sostuvieron, como hemos visto, que en el Calvario Jesús había sufrido de tal modo que se había abandonado en un momento a la desesperación y que había padecido las penas del infierno en el instante en que dijo: *Dios mío, Dios*

---

[4] 1 Cor 1, 22.

mío, ¿por qué me has desamparado? Calvino parece figurarse que Jesús nos redimió por lo atroz de sus sufrimientos más que por el amor de valor infinito con que los padeció.

El error pasa a menudo, así, de un extremo a otro porque ignora o quiere ignorar el punto culminante en que se concilian las verdades aparentemente contrarias.

La doctrina de la Iglesia se mantiene, por el contrario, en las alturas en que se armonizan los diversos aspectos de la verdad. Afirma que Jesús, en la Cruz, fue el sacerdote más fuerte por su oblación y la víctima voluntaria más aniquilada. Dice mucho más: el poder divino nunca se ha manifestado más excelsamente que en la Pasión del Salvador, la mayor acción de su vida, la consumación de su obra. Hay en ella una ley admirable del mundo espiritual que continúa realizándose en las almas: *Mi poder,* dice el Señor, *culmina en la flaqueza.*

Consideremos primero a Jesús Víctima, hasta donde llega su inmolación. Veremos seguidamente la fortaleza del Salvador en la inmolación misma.

Jesús, Víctima: ¿hasta dónde llega su inmolación?

Nuestro Señor quiso experimentar todos los sufrimientos del cuerpo y del alma que convenían para su misión de Redentor y de Víctima. Quiso pasar por todas nuestras pruebas, llegar hasta los últimos límites del sacrificio para expiar nuestras faltas y merecernos la vida eterna, dejándonos el ejemplo de las más altas virtudes en la mayor adversidad.

Fue Víctima en su cuerpo: le han sido quitados sus vestidos, se han burlado de Él, abofeteado, flagelado, le han puesto en carne viva, le han coronado de espinas, se le ha escupido en la cara. Se le ha tratado como un criminal, han preferido a un asesino, se le ha clavado en una cruz entre dos ladrones; le han dado a beber hiel, se han reído de Él mientras agonizaba.

Fue Víctima en su corazón: se le arrancó el afecto de su pueblo, ese pueblo que ocho días antes, cuando su entrada en Jerusalén, le aclama cantando: *¡Hosanna al Hijo de David!* Cuál debió ser el sufrimiento de su Corazón cuando dejó escapar esta queja: *Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y matas a los que a ti son enviados, cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo las alas, y tú no lo has querido.* En su sabiduría, el mundo rehúsa los dones excepcionales que el Señor le envía, y expresando este sufrimiento, Jesús prevé todas las ingratitudes futuras, ingratitudes que a veces vendrán de las almas más colmadas por Él.

Fue Víctima en su misma alma, pues su mayor dolor fue aquel que provenía de la visión del pecado, de los innumerables crímenes que iba a expiar, del deicidio que iba a cometerse por orgullo y ciegamente voluntario. Tal sufrimiento moral, espiritual, alcanzaba íntimamente al Salvador en su caridad, en su amor de Dios y de las almas. Sufría por el pecado en una medida que no podemos comprender: en la medida de su amor por Dios a quien el pecado ofende, en la medida de su amor por nuestras almas a las que el pecado mata.

Los estigmatizados, como San Francisco y San-

ta Catalina de Siena, que participaron en esos sufrimientos espirituales, dicen que son inexpresables.

Pues bien, el Salvador sufrió por los pecados de todos los hombres, no sólo porque veía su gravedad sin límite, sino porque los había tomado sobre Él para expiarlos y porque quiso padecer en nuestro lugar el peso de la maldición divina debida al pecado.

Jesús no podía ser Víctima más plenamente. La inmolación no podía llegar más allá.

Como dice Isaías[5]:

Ha sido despreciado y abandonado por los hom-
[bres,
Varón de dolores, que sabe lo que es padecer;
Como alguien ante el que uno se cubre el rostro;
Ha sido afrentado, por lo que no hicimos ningún
[caso de él.
En verdad, Él mismo tomó sobre sí nuestras
[dolencias,
Y cargó con nuestras penalidades;
Pero nosotros lo reputamos como un leproso,
Y como un hombre golpeado por Dios y humillado.

Mas por causa de nuestras iniquidades fue él
[llagado,
Y despedazado por nuestras maldades;
El castigo del que debía nacer por nuestra paz
[fue descargado sobre él,
Y con sus cardenales fuimos nosotros curados.

Como ovejas descarriadas hemos sido todos nos-
[otros;

5 Is 53, 3.

Cada cual se desvió para seguir su propio camino,
Y a él le ha cargado el Señor sobre las espaldas
La iniquidad de todos nosotros.

Jesús, como Víctima, sintió en qué grado el Amor de Dios por el bien detesta el mal: *Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus aemulatio,* dice el Cantar de los Cantares: El amor es fuerte como la muerte, su ardor es inflexible como el infierno[6]. El Corazón de Jesús, Víctima por los pecadores, soportó los rigores del Amor de Dios. Verdaderamente, como dice San Pablo, *se anonadó... haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz*[7].

La fortaleza del Salvador en su inmolación

En esta debilidad y en este aniquilamiento el poder del Señor se muestra totalmente.

Si, en efecto, Jesús es Víctima, es también Sacerdote, y la oblación que hace de sí mismo tiene un valor infinito. Como dice San Pablo: *Lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres... Dios ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios; y Dios ha escogido a los flacos según el mundo, para confundir a los fuertes... a fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento.*

El admirable contraste del soberano poder de Jesús en la mayor debilidad es anunciado por los profetas, por la predicación del Salvador y

[6] Cant 8, 6.
[7] Phil 2, 7.

vemos que se realiza no sólo en la Pasión y en la Cruz, sino en la vida de la Iglesia y en la de las almas más unidas al Crucificado.

Entre los profetas, David[8], después de haber anunciado: *Han traspasado mis manos y mis pies,* añade: *Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra.* Igualmente se lee en Isaías[9]:

Y quiso el Señor consumirle con trabajos;
Mas luego que Él ofrezca su vida por el pecado,
Verá una descendencia larga...
Justificará a muchos...
E intercederá por los pecadores.

La predicación del Salvador ilumina progresivamente esta gran ley del mundo sobrenatural. Desde el comienzo, en el Sermón de la Montaña, anuncia: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos*[10].

En la parábola del Buen Pastor, anuncia claramente su sacrificio: *Yo pongo mi vida por las ovejas... y habrá un solo rebaño y un solo pastor... por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido*[11].

El Hijo del hombre no ha venido a ser servido,

---

[8] Ps 21, 17-28.
[9] Is 53, 10-12.
[10] Mt 5, 10.
[11] Io 10, 11-18.

sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos[12].

Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí. Esto lo decía, añade San Juan, *indicando de qué muerte había de morir*[13].

A los hijos de Zebedeo: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*[14].

Instituyendo la Eucaristía: *Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros... este cáliz es la nueva alianza de mi sangre, que es derramada por vosotros*[15].

Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por sus amigos[16]. La oración sacerdotal referida por San Juan[17] es como el Introito de la Misa cruenta de la Cruz.

Iluminados por todas estas palabras, parece que los Apóstoles habrían debido comprender que la hora del aniquilamiento sería la de la suprema victoria. Pero cuando los hombres armados conducidos por Judas se apoderaron de Jesús, los Apóstoles, no pudiendo llevar el misterio de la muerte cruel del Salvador, abandonaron a su Maestro por un instante, en el mismo momento en que iba a consumar su obra. No vieron en ese instante más que el lado malo de las cosas y no lo que Dios realizaba en ellas.

Y sin embargo, en el mismo instante en el que

---

12 Mt 20, 28; Mc 10, 45; Lc 1, 68; 2, 38; 21, 28.
13 Io 12, 32.
14 Mc 10, 38.
15 Lc 22, 19-20; Mt 26, 26-27; Mc 14, 22-25; 1 Cor 11, 23-25.
16 Io 15, 13.
17 Io 17.

es colmado de ultrajes, aniquilado bajo el peso de nuestras faltas, Nuestro Señor aparece con una dignidad soberana y con una fortaleza invencible. Es Él quien dirige los acontecimientos, haciendo servir para la gloria de Dios incluso a sus enemigos y al encarnizamiento del espíritu del mal, haciendo de la Cruz con la que se le aniquila el mayor medio de salvación. Transforma los más grandes obstáculos en medios.

En el instante de su arresto, cuenta San Juan[18], pregunta a los soldados que acompañaban a Judas: *¿A quién buscáis?* Respondiéronle: *A Jesús Nazareno.* Él les dijo: *Yo soy...*, y al oír estas palabras retrocedieron y cayeron a tierra, como derribados por una fuerza invisible. Algunos minutos después dice a Pedro que quiere defenderle con su espada: *Mete la espada en la vaina; el cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo?*[19].

En casa de Caifás confiesa que Él es el Hijo de Dios y que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos[20].

En el palacio de Herodes no responde a las preguntas del voluptuoso monarca, deseoso de ver algún prodigio[21].

En casa de Pilatos, cuando el gobernador le pregunta si Él es rey de los judíos, responde: *Mi reino no es de este mundo... Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz*[22].

En el Calvario, su fortaleza aparece en su pa-

---

18 Io 18, 5.
19 Io 18, 11.
20 Mt 26, 64.
21 Lc 23, 9.
22 Io 18, 36-38.

ciencia y en su heroica constancia; el principal acto de la virtud de la fortaleza, dice Santo Tomás[23], es soportar la prueba, mantenerse firme bajo los golpes, no dejarse abatir por la adversidad, y la fortaleza heroica, en conexión con las otras virtudes, debe acompañarse de aquellas mismas que parecen las más opuestas, la bondad y la dulzura. He aquí lo que falta en los falsos mártires. Vemos esta fortaleza y esta dulzura en Jesús cuando le clavan las manos y los pies mientras ruega por sus verdugos diciendo: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*[24]. Tal dulzura en ese momento manifiesta el más alto dominio de sí, el completo olvido de sí mismo por la salvación de las almas. Verdaderamente Jesús entregó su vida, tal como lo dijo en la parábola del Buen Pastor: *Yo pongo mi vida por mis ovejas... Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla*[25].

Esta oblación interior es el alma del sacrificio de la Cruz.

El soberano poder de Jesús que muere en la Cruz aparece también en las palabras del buen ladrón: *En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso*[26].

La oblación se expresa también cuando dice: *Todo está acabado*[27]. Finalmente, como cuenta San Lucas: *Obscurecióse el sol y el velo del tem-*

---

[23] II, II, q. 123, a. 6: *principalior actus fortitudinis est sustinere, id est immobiliter sistere in periculis, quam aggredi.*
[24] Lc 23, 34.
[25] Io 10, 15.
[26] Lc 23, 43.
[27] Io 19, 30.

plo se rasgó por medio. Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos entrego mi espíritu; y diciendo esto, expiró[28].

Estas últimas palabras fueron la consagración en el sacrificio de la Cruz, la expresión suprema de la oblación.

En el mismo momento, dice San Mateo, *la tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de santos que dormían, resucitaron... El centurión y los que con él guardaban a Jesús, viendo el terremoto y cuanto había sucedido, temieron sobremanera y se decían: Verdaderamente, éste era Hijo de Dios*[29].

Para la razón limitada, Jesús en la Cruz puede parecer vencido, mientras que, por el contrario, es el vencedor omnipotente del pecado y del demonio. *Es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo,* tal como su resurrección lo demostrará de forma sensible y luminosa: la victoria sobre la muerte, consecuencia del pecado, será el signo de la victoria sobre el pecado.

El admirable contraste de la fortaleza en la inmolación se volverá a encontrar en todas las almas profundamente marcadas por la efigie del Crucificado: En María, madre de dolores, en los Apóstoles perseguidos, *considerados como la basura del mundo*[30].

Aprendamos de aquí la maravillosa fecundidad del sufrimiento sobrenaturalmente soportado en unión con el Salvador. El apostolado por la oración y el sufrimiento profundo, por encima de

---

28 Lc 23, 45.
29 Mt 27, 52.
30 1 Cor 4, 13.

todo lo que pensamos, el que se hace por la predicación, la enseñanza y las obras externas. *Sed, en fin,* dice San Pablo, *imitadores de Dios, y caminad en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en sacrificio de fragante y suave olor*[31].

Vemos que la Pasión del Salvador fue un verdadero sacrificio y el más grande de todos, tal como lo expone largamente San Pablo en la Epístola a los Hebreos[32]. En la Cruz, Jesús era al mismo tiempo Sacerdote y Víctima, pues se ofrecía voluntariamente[33] y, desde la oración en Getsemaní hasta su último suspiro, todas sus palabras y todos sus actos expresan tal oración voluntaria que es como el alma del sacrificio de adoración, de súplica, de reparación y de acción de gracias: *Consummatum est.*

Todos los sacrificios de la antigua Ley, desde el de Abraham aprestándose a inmolar a su hijo Isaac, hasta el del cordero pascual, eran la figura de éste, el único que podía borrar el pecado, pues solamente él tiene un valor infinito, por la persona del Sacerdote que lo ofrece y por el precio de la Víctima ofrecida[34].

Jesús en la Cruz es la hostia por el pecado, hostia por el que éste es perdonado, la hostia pacífica que conserva la gracia, el holocausto perfecto, que nos eleva hacia Dios. Es el holocausto simbolizado por todos los sacrificios pasados[35]

[31] Eph 5, 2.
[32] Heb 8 y 9.
[33] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 48, a. 3.
[34] Cfr. SANTO TOMÁS, *ibid.*
[35] SANTO TOMÁS, III, q. 22, a. 2; I, II, q. 102, a. 3.

y que será conmemorado y perpetuado en substancia hasta el fin del mundo por todas las Misas en las que el Salvador será siempre el Sacerdote principal y la Víctima realmente presente en el altar y será sacramentalmente inmolado.

Como dice San Pablo: *Pero Cristo, constituido Pontífice de los bienes futuros..., ni por la sangre de los machos cabríos y de los becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el santuario, realizada la redención eterna* [36]. *No entró Cristo en un santuario hecho por mano de hombre, figura del verdadero, sino en el mismo cielo, para comparecer ahora en la presencia de Dios a favor nuestro* [37].

El sacrificio de la Cruz aparece, así, como el más perfecto de todos, vale por sí mismo, por él solo, sin los otros, y los demás sólo valen por él [38].

---

36 Heb 9, 11-12.

37 Heb 11, 24.

38 En estos últimos años se ha sostenido que el sacrificio de la Cruz no sería completo sin la Cena, que faltaría en él la expresión suficiente y ritual de la oblación. En realidad, toda la Epístola a los Hebreos y después toda la Tradición, los más grandes teólogos, especialmente Santo Tomás (III, q. 48, a. 13), hacen ver en la Cruz, sin alusión a la Cena, el mayor de los sacrificios, que vale por sí mismo y por él solo. Es eminentemente ritual, como la realidad figurada contiene eminentemente todas las figuras, sobre todo si tal realidad es la del Sacerdote y la de la Víctima por excelencia escogidos desde toda la eternidad por Dios. Evitemos aquí todo formalismo litúrgico. La figura sólo tiene valor con relación a la realidad figurada; Melquisedec sólo conserva un nombre en la historia religiosa por relación a Cristo. Hay sacrificio real y completo en donde Dios y Cristo han querido que hubiese, en donde hay inmolación y oblación interior manifestada por todas las palabras y los actos de la víctima que se ofrece. De este modo habla el Concilio de Trento (Dz. 938) de la obla-

Cada día, al asistir al santo sacrificio de la Misa, aprendamos a vivir el sacrificio de la Cruz, perpetuado en sustancia en el altar. Mas en particular, pidamos la inteligencia de la Cruz y el amor de aquella que la Providencia, desde toda la eternidad, nos reserva hasta nuestra entrada en el cielo. Recordemos esta ley de la vida cristiana: *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto*[39].

Repitamos a menudo, pidiendo su inteligencia a María, las siete últimas palabras de Cristo, que son como su testamento: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Hoy estarás conmigo en el paraíso. Mujer, he ahí a tu hijo. He ahí a tu madre. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Tengo sed. Todo está consumado. Padre, en tus manos pongo mi espíritu.*

---

ción que Cristo hizo de sí mismo *in ara crucis*, en el altar de la cruz.

[39] Io 12, 24.

Capítulo XII

LA VICTORIA DE CRISTO SOBRE LA MUERTE

Si Christus non resurrexit, vana est fides vestra; adhuc enim estis in peccatis vestris.

Si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, pues aún estáis en vuestros pecados.

(1 Cor 15, 17).

El día de Pentecostés, como cuentan los Hechos de los Apóstoles[1], Pedro, iluminado y fortalecido por el Espíritu Santo, dice a los judíos: *A este Jesús de Nazaret..., entregado según el designio determinado y la aquiescencia de Dios, después de fijarlo (en la Cruz) por medio de hombres sin ley, le disteis muerte. Al cual Dios le resucitó después de soltar las ataduras de la muerte, por cuanto no era posible que fuera dominado por ella.* Pedro lo repite los días siguientes: *Disteis muerte al príncipe de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos*[2]*... En ningún otro hay salvación*[3].

Así, la resurrección les parece a Pedro y a los otros Apóstoles como la confirmación definitiva

[1] Act 2, 23.
[2] Act 2, 15.
[3] Act 4, 12.

de la fe en Cristo. Y cosa singularmente asombrosa, los mayores adversarios de Nuestro Señor lo habían presentido; sin quererlo, sirvieron de un modo sorprendente a los designios de la Providencia. Del mismo modo que, durante la Pasión, el sumo sacerdote Caifás, profetizando sin saberlo, había dicho: *Conviene que un hombre muera por el pueblo*[4], así, como cuenta San Mateo[5], los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, acordándose de que Jesús había dicho: *Después de tres días resucitaré, fueron y pusieron guardia al sepulcro después de haber sellado la piedra*[6]. Fueron estos soldados, quienes quedaron espantados en el momento de la resurrección ante la vista del ángel que había descendido del cielo[7] y quienes anunciaron a los príncipes de los sacerdotes lo que había sucedido[8].

La resurrección del Salvador era la señal decisiva de su misión divina. Pedro y los Apóstoles no cesaron de afirmarlo.

Del mismo modo, San Pablo escribe en su primera Epístola a los Corintios, hacia el año 55: *Pues a la verdad os he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo he recibido, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció a Cefas, luego a los doce. Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales mu-*

4 Io 18, 14; 11, 51.
5 Mt 27, 62-66.
6 Mt 27, 66.
7 Mt 28, 5.
8 Mt 28, 11.

chos permanecen todavía, y algunos durmieron; luego se apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles; y después de todos, como a un aborto, se me apareció también a mí... Pues tanto yo como ellos, esto predicamos y esto habéis creído[9]. Luego San Pablo añade: *Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación... Seremos falsos testigos... Si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, aún estáis en vuestros pecados*[10].

¿Qué quiere decir San Pablo con estas últimas palabras? Quiere decir que, en tal caso, nuestra fe en Cristo resucitado, fe que es la raíz de la justificación[11], es vana y falsa y, consecuentemente, nuestros pecados no nos han sido perdonados.

Quiere decir también que, como señala San Juan Crisóstomo: *Si Cristo no resucitó, no tenemos la garantía de que Dios haya aceptado su muerte como redención. No hay, pues, nada hecho, la obra de la salvación está aún por realizarse*[12].

Para profundizar en las palabras de San Pablo, entendidas así por San Juan Crisóstomo y por numerosos intérpretes después de él, recordemos primero lo que debe ser nuestra fe en Cristo para nuestra salvación: comprenderemos entonces cómo

---

9 1 Cor 15, 3-11.
10 1 Cor 15, 14-18.
11 Rom 4, 25.
12 San Juan Crisótomo dice: *Si mortuus non potest resurgere, neque ablatum est peccatum, neque mors est perempta, nec ablatum est maledictum.* P. G., t. 61, p. 335. Item Teofilacto Ecumenio. Este último escribe: *Si deletum esset peccatum, utique mors etiam, quae per ipsum erat, extincta esset.* En otros términos: El pecado sólo es borrado verdaderamente si su efecto, la muerte, es abolida.

su victoria sobre la muerte es la gran señal de su victoria sobre el pecado y sobre el espíritu del mal.

¿Cómo hay que creer en la victoria de Cristo sobre el pecado?

Lo que debemos creer, después de la existencia de Dios, autor de la gracia y remunerador supremo [13], es que Jesús, Hijo de Dios, es el Salvador, el *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo* [14]. Hay que creer con una fe viva en la verdad de su palabra: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré* [15], reharé vuestras almas librándolas del pecado, dándoles la vida de gracia, germen de la vida eterna.

En nosotros, este acto de fe viva no sólo debería ser como una certeza especulativa sin influencia sobre la vida, sino como una convicción profunda y constante que transforma todo lo que hay que hacer o sufrir cada día. En nosotros, este acto de fe es a menudo demasiado débil. Si en medio de nuestras penas permanecemos abatidos, replegados sobre nosotros mismos, es que no tenemos suficiente fe y confianza en Jesucristo, nuestro Salvador.

Los Apóstoles fueron los primeros en sentir, pocos días antes de Pentecostés, la debilidad de su fe; el Señor les dijo un día durante una tempestad en el lago de Genesaret: *¿Por qué teméis,*

---

[13] Heb 11, 6: *Es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y que es remunerador de los que le buscan.*

[14] Io 1, 29.

[15] Mt 11, 28.

hombres de poca fe?[16]. Experimentaron aún más su fragilidad durante la Pasión. Sin duda alguna, habían sido arrebatados por la sublime enseñanza del Maestro; le habían visto hacer milagros, resucitar a Lázaro, expulsar a los demonios, caminar sobre las aguas; tres de entre ellos incluso habían asistido a su transfiguración en el Tabor; pero también le vieron triste hasta la muerte en Getsemaní, le vieron insultado, flagelado, cubierto de saliva, y el mismo Pedro se separó por un momento llegando a negar tres veces que le conocía.

Lo que hay que creer, lo que había que creer al pie de la Cruz, es que Jesús agonizante, precisamente por su agonía, más que por sus sermones y sus milagros, es el Salvador de las almas. Agonía quiere decir combate, y la agonía de Cristo fue el gran combate contra el espíritu del mal, combate del que Jesús fue definitivamente vencedor.

Había dicho a sus discípulos después de la Cena: *Confiad: yo he vencido al mundo*[17]. En la Cruz logró la definitiva victoria sobre el más grave mal, el más profundo que haya habido en el mundo, sobre el pecado y sobre el demonio.

Pero hablando humanamente, en la Cruz Jesús parece vencido: su obra, condenada por la Sinagoga, puede parecer destruida para siempre; crucificado entre dos ladrones, está abandonado por su pueblo, por la mayoría de sus discípulos que parecen pensar que el cielo no oye más su súplica.

En la hora del *Consummatum est*, María, sin duda alguna, hizo el mayor acto de fe que jamás

---

16 Mt 8, 26. Item, 14, 31.
17 Io 16, 33.

haya existido sobre la tierra, no dejó un solo minuto de creer que su Hijo crucificado era el Salvador de todos los hombres; en la gran fe de María participaron las santas mujeres que estaban cerca de ella, y San Juan, y el buen ladrón, y el centurión. Creyeron, en diversos grados, que la obra de la salvación se consumaba en ese aniquilamiento de la Víctima escogida desde toda la eternidad para llevar en nuestro lugar el peso de nuestras faltas.

Pero fueron raros los que creyeron así en esa hora suprema. La mayor parte no pudieron soportar la muerte de Cristo: *Fac ut portem Christi mortem,* se dice en el *Stabat.*

Lo que había que creer, lo que siempre hay que creer, es que el objeto de irrisión, considerado como el desecho de la humanidad, ante el que meneaban la cabeza burlándose, es la fuerza y la luz de las almas, aquel que ha venido al mundo. Lo que hay que creer es que la hora de las tinieblas y de la ignominia es al mismo tiempo, vista desde lo alto, la hora gloriosa de la salvación, la más fecunda de todas para las almas.

Pues bien, en esa hora, muchos discípulos, como lo muestran las palabras de los discípulos de Emaús, se sintieron desfallecer, como puede sucedernos a todos en las horas de persecución y de odio.

He aquí, sin embargo, lo que hay que creer, que el Crucificado, que parece totalmente vencido, es el vencedor del pecado, el que quita los pecados del mundo.

Tal victoria, tan misteriosa, tan oculta, debe ser confirmada por una señal, por una prueba tangible y radiante, que restablezca la confianza de los discípulos.

La divina Providencia había decidido desde toda la eternidad que ese signo radiante no sería un milagro cualquiera, sino la Resurrección del Salvador.

¿Por qué? A causa de las profundísimas relaciones que existen entre el pecado y la muerte. Es ésta una de las grandes verdades de la Revelación.

La victoria de Cristo sobre la muerte, señal de su victoria sobre el pecado

En la Epístola a los Romanos[18], San Pablo recuerda que *por el pecado entró la muerte en el mundo* y que, del mismo modo que Adán fue el representante de la humanidad para su pérdida, así, Cristo es el representante y la cabeza de la humanidad para su salvación, la fuente inagotable de la gracia: *Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte... Pues si por la transgresión de uno mueren muchos... por la transgresión de uno, esto es, por obra de uno solo reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por medio de uno solo, Jesucristo... Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.*

San Pablo añade: *El pago del pecado es la muerte; pero el don de Dios es la vida eterna de Nuestro Señor Jesucristo*[19].

En el plan actual de la Providencia, si Adán no hubiese pecado no habría habido tal desor-

---

[18] Rom 5, 12-21.
[19] Rom 6, 23.

den, tal ruina, la corrupción moral que consiste en la separación del alma y de Dios, no habría habido esta ruina, esta corrupción física que consiste en la separación del cuerpo y del alma. La muerte es la consecuencia y el castigo del pecado.

Sin duda, el hombre, por naturaleza, como el animal, es mortal; pero, por gracia, el primer hombre había recibido para él y sus descendientes, si permanecía fiel a Dios, el privilegio de la inmortalidad. Como cuenta el Génesis[20], el Señor, poniéndole en el jardín del Edén para cultivarlo y guardarlo, le dijo: *Come de todos los árboles del paraíso; mas del fruto de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás.* Esto sólo era, como dice Bossuet[21], una dulce prueba de sujeción, un freno ligero del libre arbitrio para apercibirle de que tenía un señor, un señor lleno de bondad.

Por el contrario, el demonio dijo: *Si coméis de ese fruto, ciertamente no moriréis. Bien sabe Dios que en cualquier tiempo que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal*[22], es decir: seréis capaces de conduciros solos, sin tener necesidad de obedecer. El mismo demonio había dicho: *No obedeceré.*

¿Qué sucedió inmediatamente después de la falta de obediencia y de orgullo? Como cuenta la Escritura, *al punto se les abrieron a ambos los ojos*[23]. Tuvieron la ciencia del bien y del mal, pero en absoluto la que sabiamente per-

---

20 Gen 2, 17.
21 *Elévations sur les Mystères*, 6ª semana, 7ª elevación.
22 Gen 3, 5.
23 Gen 3, 7.

mite conducirse solo, sino otra que no es más que la acre experiencia del mal cometido y de su profunda diferencia con el bien, con la santidad que acababan de perder para ellos y para sus descendientes [24]. Vieron cuánta verdad había en las palabras del Señor y cuánta mentira en las del demonio.

Sintieron su alma muerta; gustando por orgullo el mal, el alma acababa de perder la vida divina, la amistad de Dios; se había retirado de Dios que la vivificaba y Dios se había retirado de ella. Como consecuencia perdía el dominio de sus pasiones; la sensibilidad, hasta entonces sometida a la recta razón y a la voluntad, se rebeló, como la voluntad se había rebelado contra Dios. Finalmente, no habiendo permanecido el alma bajo el imperio de Dios, también el cuerpo dejó de permanecer bajo el imperio del alma. El alma se había retirado de Dios que la vivificaba, el cuerpo iba a separarse del alma de la que tiene la vida. El alma había faltado a la amistad divina, Dios retiraba del cuerpo los privilegios totalmente gratuitos de impasibilidad y de inmortalidad. El hombre había preferido la naturaleza a la gracia y la naturaleza aparecía en su pobreza; por el juego de las leyes naturales el cuerpo humano iba a estar expuesto en adelante a las injurias del aire, a las intemperies, sometido al dolor, a la enfermedad y a la muerte. Hasta entonces el hombre dominaba la muerte; ahora era dominado por ella. El Señor dijo a Adán: *Mediante el sudor de tu rostro comerás*

---

24 El Concilio de Trento dice: *Adán perdió para él y para nosotros la santidad y la justicia original que había recibido de Dios.* Dz., 789.

el pan, hasta que vuelvas a la tierra de que fuiste formado; puesto que polvo eres, y en polvo te convertirás[25]. Esto es lo que la Iglesia nos recuerda el miércoles de Ceniza.

La muerte del cuerpo, consecuencia y castigo del pecado, era también su símbolo, pues el pecado mortal es como la muerte del alma. La pérdida de la vida de la gracia era seguida de la vida física. El horror de la muerte debería inspirarnos el horror del pecado que ha introducido la muerte en el mundo.

Inmediatamente después de la caída, el Señor prometió un Redentor, diciendo a la serpiente: *Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu raza y la descendencia suya; ésta quebrantará tu cabeza*[26]. Como precisan todas las profecías, Jesús representa eminentemente la posteridad de la mujer. En el Viernes Santo, Cristo fue el vencedor del pecado y del demonio. Pero esta victoria oculta, lograda por el que podía aparecer como el vencedor y que era realmente víctima por nosotros, debía ser manifestada mediante una señal resplandeciente. Se ve aquí la lógica sobrenatural de los misterios según el plan de la Providencia. Convenía altamente que la señal resplandeciente fuese la resurrección del Salvador. Si la muerte es la consecuencia del pecado, convenía grandemente que la victoria de Cristo sobre la muerte fuese el signo de su victoria sobre el pecado.

En otros términos, si Cristo es vencedor de

---

[25] Gen 3, 19.
[26] Gen 3, 15.

la muerte, como lo prueba su resurrección, es porque en la Cruz fue el vencedor del pecado.

He aquí por qué San Pablo escribe a los corintios: *Si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, aún estáis en vuestros pecados*[27]. Es decir: no tenemos la garantía de que Dios haya aceptado su muerte como redención. Y San Pablo añade que la resurrección del Salvador es la prenda de nuestra futura resurrección: *Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Pues así como en Adán mueren todos, así también en Cristo serán todos vivificados*[28]. Jesús había dicho en la tumba de Lázaro: *Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá*[29]. También había dicho en tres ocasiones, al prometer la Eucaristía: *Esta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en Él tenga la vida eterna, y yo lo resucitaré el último día*[30]. Esta fórmula vuelve en diversas ocasiones en este discurso de Jesús, que está llamado a salvarnos en cuerpo y alma y a hacernos participar en su vida gloriosa.

Por esto San Pablo escribe todavía a los corintios: *El último enemigo destruido será la muerte*[31]. *Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad..., entonces se cumplirá lo que está escrito*[32]: *La muerte ha sido sorbida por la victoria, ¿dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El agui-*

---

27 1 Cor 15, 17.
28 1 Cor 21-22.
29 Io 11, 25.
30 Io 6, 40-55.
31 1 Cor 15, 26.
32 Os 13, 14.

jón de la muerte es el pecado... Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por Nuestro Señor Jesucristo[33]. Del mismo modo, en el Apocalipsis[34], está escrito que Jesús, apareciéndose a San Juan, le dijo: *No temas, yo soy el primero y el último, el viviente que fui muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno...*[35]. Escribe: *Esto dice el Santo..., el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre*[36].

Es éste el triunfo que canta la liturgia del día de Pascua en la secuencia *Victimae paschali laudes:*

Agnus redemit oves: *Christus innocens Patri* *Reconciliavit peccatores.*	El Cordero ha rescatado a las ovejas; Cristo inocente con su Padre ha reconciliado a los pecadores.
Mors et vita duello *Conflixere mirando;* *Dux vitae mortuus* *Regnat vivus*	La muerte y la vida han librado maravilloso combate; el Autor de la vida, después de muerto, vive y reina.
....	....
Scimus Christum surrexisse *A mortuis vere:* *Tu nobis, victor Rex,* *Miserere. Amen.*	Sabemos que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos; Tú, victorioso Rey, ten piedad de nosotros. Así sea.

Que cada uno piense cuán diferentes serían la historia de la humanidad y su propia vida si no hubiese habido Redención y Resurrección.

Es totalmente evidente que la victoria de Cristo sobre el pecado es muy superior a la victoria

33 1 Cor 15, 54-57.
34 Apc 1, 18.
35 Cfr. Heb 2, 14; Apc 20, 13; Rom 14, 9.
36 Ibid., 3, 7. Cfr. Is 22, 22.

sobre la muerte. La primera es la esencia misma del misterio de la Redención; la segunda no es más que un signo sensible de ese misterio sobrenatural invisible en sí. El signo toma su valor de la grandeza de lo significado. La hora del *Consummatum est* fue la más grande y la más gloriosa de toda la historia de la humanidad; pero esa victoria era tan misteriosa, tan oculta, que escapó a la mayoría de los mismos Apóstoles; por eso debió ser manifestada mediante una señal sensible incontestable. Lo fue por el triunfo de Cristo sobre la muerte, consecuencia del pecado. De aquí que nosotros celebremos el día de Pascua con gran magnificencia, para reconocer la gran victoria lograda por el Salvador el Viernes Santo. El acto de amor del Viernes Santo, conmemorado en cada Misa, supera con mucho la resurrección corpórea que lo manifiesta.

Los Apóstoles fueron iluminados. La muerte del Salvador les había quebrantado, como aniquilado; iban a volver a sus ocupaciones terrenas, a olvidar el reino de Dios. Desde el día en que conocieron la Resurreción, su fe ya no tuvo desfallecimiento alguno e, iluminados de nuevo por la gracia de Pentecostés, se extendieron en el mundo para predicar la buena nueva y, a ejemplo de su Maestro, la predicaron hasta el martirio. En medio de sus tormentos, pusieron toda su confianza, como San Esteban, en Cristo glorioso y entraron en la eterna bienaventuranza por el mismo camino que Él.

En un cierto sentido, el misterio de la Resurrección continúa en la Iglesia. Jesús la ha hecho a imagen suya, y si permite terribles pruebas, le

da el hecho de resucitar de alguna manera y más gloriosamente después de los golpes mortales que sus enemigos le han asestado. Esto se vio durante las persecuciones de Nerón, Diocleciano, Juliano el Apóstata; la sangre de miles de mártires hacía nacer miles de iglesias cristianas.

Asimismo, la Iglesia triunfó de las grandes herejías arriana y pelagiana, que fueron ocasión de obras inmortales de los Padres griegos y de San Agustín.

En la Alta Edad Media, los bárbaros llevaron la desolación a todas partes, pero la Iglesia supo domarlos y convertirlos. En el siglo XIII los albigenses quisieron renovar el maniqueísmo; surgieron entonces nuevas y grandes órdenes religiosas, y el siglo XIII fue la edad de oro de la teología.

En el XV y en el XVI algunos pudieron creer que la Iglesia moriría bajo los golpes del Renacimiento pagano y del protestantismo. Perdió gran parte de Alemania y de Inglaterra; pero en el mismo instante surgía en Europa una pléyade de santos fundadodes o reformadores, la Iglesia se establecía en las Indias, en donde San Francisco Javier renovaba los prodigios de la era apostólica; en América, donde San Luis Bertrand y Las Casas hacían conocer la caridad de Cristo, y la verdadera reforma se organizaba en el Concilio de Trento. La Revolución francesa intentó una vez más destruir la Iglesia: masacró a los sacerdotes, suprimió las órdenes religiosas, profanó los altares, puso las bases de un mundo nuevo, de una nueva religión. Pero en 1801 se firmaba el Concordato, reaparecía el culto en las iglesias, las órdenes dispersas se restablecían poco a poco, santos como el Cura de Ars recor-

daban toda la vitalidad del cristianismo y las Misiones de Oriente, Asia, Africa y América hacían progresos asombrosos.

Ello será así hasta el fin de los tiempos: en la Iglesia se reproduce en un sentido el misterio de la resurrección del Salvador. La vida de la Iglesia es una vida que ha pasado por la muerte y que en medio de las peores pruebas vuelve a encontrar una juventud siempre nueva. Sucede así con los santos que pueden decir con San Pablo: *Quotidie morior:* Cada día estoy en trance de muerte [37], y que, después de haber conocido el martirio del corazón, para trabajar en la salvación de las almas en unión con Nuestro Señor, aparecen más vivas que nunca y sobreviven con sus obras que, a su vez, producen frutos para la eternidad.

Así se verifican las palabras del Maestro: *Yo soy la resurrección y la vida* [38]. *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba... ríos de agua viva manarán de sus entrañas* [39], *y yo le resucitaré el último día* [40].

---

[37] 1 Cor 15, 31.
[38] Io 11, 25.
[39] Io 7, 38.
[40] Io 6, 40.

Capítulo XIII

EL SACERDOTE PRINCIPAL DEL SACRIFICIO DE LA MISA

Christus semper vivens ad interpellandum pro nobis.

Cristo, siempre vivo, para interceder por nosotros.

(Heb 7, 25.)

Después de la Resurrección y de la Ascensión, el Salvador, Sacerdote para la eternidad, *sacerdos in aeternum* [1], no cesa de ejercer el acto principal de su sacerdocio, y lo ejerce sobre todo por el sacrificio de la Misa.

La Misa es un sacrificio sacramental, que perpetúa en sustancia de modo incruento el sacrificio de la Cruz, del que es el memorial, y nos aplica sus frutos. Tal es la doctrina de fe claramente formulada por el Concilio de Trento [2].

Como explica el Concilio, el sacrificio de la Misa es sustancialmente el mismo que el de la Cruz, porque se ofrece la misma Víctima, realmente presente en nuestros altares y porque es el mismo Sacerdote principal quien la ofrece [3].

---

1 Ps 109, 4. Heb 5, 6; 7, 17.

2 Sess. 22, caps. 1 y 2.

3 Cfr. *Concilium Trid.*, sess. 22, cap. 2: *Una enim eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotum mi-*

Esta Víctima, que fue clavada en la Cruz, es ofrecida ahora bajo las apariencias del pan y del vino y es inmolada sacramentalmente por la consagración separada del Cuerpo y de la Sangre del Salvador, presente en el altar como en el estado de muerte. Sin duda, su preciosa Sangre ya no está físicamente separada de su Cuerpo, pero se puede decir que está sacramentalmente derramada, pues en virtud de las palabras de la primera consagración es sólo el Cuerpo del Salvador

---

nisterio, qui seipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa. Cujus quidem oblationis (cruentae, inquam) fructus per hanc incruentam uberrime percipiuntur: Tantum abest, ut illi per hanc quovis modo derogetur.

SANTO TOMÁS había dicho (III, q. 83, a. 1, ad 1): *Sicut dicit Ambrosius (aut potius Chrysostomus, Homilia 17 in Ep. ad Hebr.), una est hostia, quam scilicet Christus et nos offerimus, et non multae; quia semel oblatus est Christus... Sicut enim quod ubique offertur, unum est corpus et non multa corpora, ita et unum sacrificium.* Ibid., ad. 3: *En la misa, el sacerdote principal es Cristo, que continúa ofreciéndose.*

Item III, q. 22, a. 3, ad 2: *Sacrificium quod quotidie in Ecclesia offertur,* NON EST ALIUD *a sacrificio, quod ipse Christus obtulit, sed ejus commemoratio.* Los tomistas dicen por regla general: *Missa et sacrificium Crucis sunt idem numerice sacrificium quoad substantiam (ratione hostiae oblatae, principalis offerentis, ac finis) non vero quoad modum* OBLATIONIS EXTERNAE *(quae nunc est incruenta, et olim fuit cruenta).* Filosóficamente hablando, la identidad numérica de la víctima y del sacerdote principal, domina sobre la diversidad del modo externo de la oblación, del mismo modo que la humanidad de Cristo permanece siendo sustantancialmente la misma, aunque ahora sea impasible. Así pues, es importante conservar el máximo posible la terminología del Concilio de Trento; es eminentemente filosófica y expresa admirablemente este caso único sin perder de vista su elevación y lo que es superior al tiempo; de este modo, la sustancia de ese sacrificio está perpetuada más bien que renovada.

el que está presente bajo las especies del pan; y formalmente, por las palabras de la segunda consagración, es sólo la preciosa Sangre la que está bajo las especies del vino [4].

La Misa es, así, un verdadero sacrificio, incruento. No sólo es un sacrificio figurado o la simple representación de un sacrificio pasado, pues la Víctima está realmente, y no tan sólo la imagen de la Víctima. Existe también la oblación real de la Víctima, y no tan sólo la imagen de esa oblación. Pero en el sacrificio incruento, la inmolación real y cruenta del Calvario sólo está figurada y conmemorada, y sus frutos nos son aplicados. Como dicen los teólogos: La Misa es un verdadero sacrificio, incruento, que representa sacramentalmente la inmolación cruenta del sacrificio de la Cruz [5].

---

[4] Sin embargo, *por concomitancia*, por el hecho de que el cuerpo y la sangre ya no están separados en Cristo glorioso, uno y otra se encuentran bajo cada una de las dos especies. Pero, *vi verborum*, formalmente, por las palabras mismas de la primera consagración, es el Cuerpo quien se hace presente, y por las palabras de la segunda consagración, lo es la preciosa Sangre.

[5] La principal objeción de los protestantes era ésta: Todo sacrificio verdadero exige esencialmente una inmolación real de la víctima ofrecida. Ahora bien, en la Misa no hay inmolación real del cuerpo de Cristo, hoy impasible. Así pues, la Misa no es un verdadero sacrificio, sino sólo el memorial de un sacrificio pasado.

Diversos teólogos, olvidando, parece ser, que esta dificultad ya había sido examinada por Santo Tomás y por San Alberto Magno, concedieron inconsideradamente la premisa mayor y no llegaron a encontrar en la Misa, para negar la menor, una inmolación real del Cuerpo de Cristo hoy imposible.

Era necesario, según la doctrina formulada por el Concilio de Trento, distinguir la mayor: Todo verdadero sacrificio cruento implica una inmolación real de la víc-

De este modo, la Misa es muy superior a los sacrificios del Antiguo Testamento, pues la inmolación, incluso sacramental, del Verbo de Dios encarnado, es un signo mucho más expresivo de la adoración reparadora debida a Dios, que lo que lo era la inmolación cruenta del cordero pascual y de todas las víctimas de la antigua Ley. Además, esta inmolación sacramental es mucha más eficaz que todos los sacrificios antiguos.

La Misa es el gran memorial de la Pasión. Sin

---

tima ofrecida, sí; pero no es esto cierto respecto de un sacrificio incruento y sacramental. Puede haber un verdadero sacrificio sin inmolación real, pues en el sacrificio en general la inmolación exterior es *in genere signi;* es el signo de la inmolación interior del *corazón contrito y humillado* y sólo vale por esta última. Como dice San Agustín en un texto citado a menudo por Santo Tomás: *Sacrificium visibile invisibilis sacrificii sacramentum, id est sacrum signum est (De Civitate Dei,* l. 10, c. 5). Cfr. SANTO TOMÁS, II, II, q. 81, a. 7; q. 85, a. 2, c. y ad 2.

Incluso en el sacrificio cruento, en la inmolación exterior de un animal se requiere, propiamente hablando, como *signo* de una oración, de una adoración, de una contrición interior, sin las cuales no tiene ningún sentido, ningún valor. Así, el sacrificio de Caín no tenía ningún valor a los ojos de Dios. *Sacrificium externum est* IN GENERE SIGNI; cfr. JUAN DE SANTO TOMÁS, in III, q. 83, a. 1.

Si esto es así, se comprende que pueda haber un sacrificio real e incruento cuya inmolación sea sólo sacramental, sin separación real del Cuerpo y de la Sangre del Salvador. Esta inmolación sacramental, memorial de la inmolación cruenta del Calvario, es un signo de adoración reparadora mucho más expresivo que la inmolación cruenta de todas las víctimas del Antiguo Testamento. San Agustín y Santo Tomás (III, q. 83, a. 1) ciertamente, no requieren para la Misa nada más, como inmolación, que la inmolación sacramental. Ver en el artículo de Santo Tomás que acabamos de citar, arg. *Sed contra,* el importante texto de San Agustín.

ella, el sacrificio de la cruz se olvidaría, se perdería en la noche de los tiempos.

La Santa Eucaristía permite a las generaciones que se suceden guardar el recuerdo vivo, cotidiano y fructífero del sacrificio del Calvario. Hace que cada uno de nosotros participemos, si queremos, en ese sacrificio, mediante la santa Comunión. La fuente de todas las gracias queda, así, abierta hasta el fin del mundo, y todos pueden venir a saciarse en ella [6].

¿En qué sentido Jesús es el Sacerdote principal del sacrificio de la Misa?

El Concilio de Trento dice: *Una eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotum ministerio, qui seipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa* [7]. Es la misma Víctima que en el Calvario, el mismo Sacerdote que se ofrece en la Cruz y que se ofrece ahora con sus ministros; sólo difiere el modo externo de la oblación:

---

[6] Además, ninguna religión puede subsistir sin sacerdocio y sin sacrificio; el sacrificio es incluso el acto más perfecto de la religión, del culto a la vez interior y exterior. Hoy parecería insensato aquel que, encontrando insuficiente la inmolación sacramental de Cristo, quisiera inmolar de modo cruento un cordero o una becerra. Sólo puede haber una víctima digna del sacerdocio de Cristo: Él mismo. Y su inmolación sacramental sobre el altar, aunque sólo sea sacramental, expresa mucho mejor el amor de Dios y el detestar el pecado que lo que pudieran hacerlo todos los sacrificios cruentos de la antigua Ley. En efecto, se trata de la inmolación sacramental del Verbo encarnado.

[7] Sess. 22, cap. 2.

en el Calvario era cruenta, aquí es sacramental e incruenta [8].

¿Basta con decir, junto con ciertos teólogos [9], que Cristo ofrece, no actualmente, sino virtualmente, la Misa, en cuanto que la instituyó antaño ordenando ofrecer el sacrificio hasta el fin del mundo? No disminuyamos la influencia actual de Cristo redentor.

De hecho, si estamos atentos en la Misa a las palabras de la doble consagración, vemos que, ciertamente, el sacerdote no las pronuncia en su nombre, ni en nombre de la Iglesia, sino en nombre del mismo Cristo, del que es ministro, instrumento, portavoz. Al consagrar no dice: *Éste es el cuerpo de Cristo,* sino que dice: *Esto es mi*

---

[8] Es preciso señalar el texto más desarrollado que fue propuesto primero a los Padres del Concilio de Trento, y sencillamente abreviado después. Cfr. *Concilii Tridentini Actorum, Pars* V (*Stephanus Ehses, Friburgi Brisgoviae,* Herder, 1919), p. 752: *Doctrina de sacrificio missae* proposita examinanda patribus die 6 Aug. 1563: Caput I, fine: *Quare nemo negare audeat, missam, quo nomine oblationem hanc exprimere communi consensu consuevit Ecclesia, esse opus bonum; est enim ipsius Christi opus, qui simul est offerens et oblatus, sacerdotum tamen ministerio, qui, dum digne sacrificant, opus certe Deo gratum ideoque meritorium exercent.*

Caput 2, fine: *Quemadmodum assiduae atque perpetuae Christi preces, quas ipse apud Patrem pro nobis in caelis advocatus existens fundere creditur, nihil potentissimae illi orationi detrahunt, qua in cruce cum lacrimis Patrem pro nobis oravit et exauditus est pro sui reverentia (Heb 5, 7); ita profecto confitendum est, nihil cruento illi crucis tametsi efficacissimo derogare.*

[9] Es la opinión sostenida por DE LA TAILLE, *Mysterium Fidei,* elucid. 9, p. 103; elucid. 23, p. 295 ss. Fue enseñada por Escoto, por los escotistas y por Amicus; cfr. infra, cap. 14, p. 376, n. 1.

cuerpo, Hoc est enim corpus meum. Es Cristo quien habla por boca de su ministro [10].

Además, es Nuestro Señor mismo quien no sólo antaño, sino actualmente, da a las palabras de la consagración la virtud transustanciadora, capaz de convertir *hic et nunc,* aquí y ahora, la sustancia del pan en la de su cuerpo y la del vino en la de su sangre. La santa humanidad del Salvador, dice Santo Tomás [11], sigue siendo el instrumento consciente, siempre unido a la divinidad, para producir la transustanciación, la presencia real y todas las gracias que se derivan de la Eucaristía.

Al mismo tiempo, y es éste el punto sobre el que aquí conviene insistir, Cristo, Sacerdote para la eternidad, continúa ofreciéndose sacramentalmente, para aplicarnos la satisfacción y los méritos de su Pasión. Como hombre, es causa principal de esta oblación continuada, que es el acto

---

[10] SANTO TOMÁS incluso distingue, en el caso de la misa válida, celebrada por un ministro indigno, entre las oraciones que dice el sacerdote en nombre de la Iglesia y que conservan su valor, y la consagración que pronuncia, no en nombre de la Iglesia, sino en nombre de Cristo. Dice (III, q. 82, a. 5): *Sacerdos consecrat hoc sacramentum non virtute propria, sed sicut* MINISTER CHRISTI, IN CUJUS PERSONA CONSECRAT HOC SACRAMENTUM. *Non autem ex hoc ipso desinit aliquis minister esse Christi, quod malus est.*

Santo Tomás añade (ibid., a. 6): *Quantum ad sacramentum non minus valet missa sacerdotis mali, quam boni, quia utrobique idem conficitur sacramentum... Oratio in missa, in quantum profertur a sacerdote in persona totius Ecclesiae..., fructuosa est, licet orationis ejus privatae non sint fructuosae.* Item III, q. 83, a. 1, ad 3. Evidentemente, Santo Tomás ha distinguido voluntariamente en la Misa lo que se hace en nombre de Cristo de las plegarias dichas en nombre de la Iglesia.

[11] Cfr. III, q. 62, a. 5.

principal de su sacerdocio, acto al que sus ministros deben unirse como instrumentos cada día más conscientes de la grandeza del sacrificio.

Esta enseñanza de que Cristo continúa actualmente queriendo ofrecerse en cada Misa no es tan sólo de la generalidad de los teólogos; Su Santidad Pío XI, en la Encíclica sobre Cristo Rey, ha escrito: *Christus sacerdos se pro peccatis hostiam obtulit, perpetuoque se offert*[12]. Se precisan así las palabras del Concilio de Trento que hemos citado más arriba: *Idem nunc offerens sacerdotum ministerio, qui seipsum tunc in cruce obtulit...;* después de haberse ofrecido cruentamente en la Cruz, Cristo continúa ofreciéndose sacramental e incruentamente mediante el ministerio de sus sacerdotes.

Se sigue que incluso si la Misa es celebrada por un mal sacerdote, aun en ese caso la consagración se pronuncia en nombre de Cristo, quien, por ella, convierte la sustancia del pan en la de su Cuerpo, y el sacrificio conserva, así, su infinito valor. El ministro, aunque estuviese en estado de pecado mortal, suponiendo que quiera hacer el acto instituido por Nuestro Señor, como lo entiende la Iglesia, también aquí es instrumento de Cristo.

Así, pues, el Salvador es Sacerdote principal en el sacrificio de la Misa, no sólo porque ha concurrido de una manera remota, en tanto que instituyó la Eucaristía, sacramento y sacrificio;

---

12 Dz., 2.195. Encíclica: *Quas primas,* 11 de diciembre de 1925, *De principatu Christi: Cum autem Christus et Ecclesiam Redemptor sanguine suo acquisiverit et Sacerdos se ipse pro peccatis hostiam obtulerit perpetuoque offerat, cui non videatur regium ipsum munus utriusque illius naturam muneris induere ac participare?*

ni sólo en cuanto que antaño ordenó ofrecer el sacrificio en su nombre hasta el fin del mundo, sino en cuanto que concurre en él actualmente, en la hora presente y de dos maneras [13]; efectivamente, Cristo continúa queriendo ofrecerse por el ministerio de sus sacerdotes, como dice el Concilio de Trento, y, además, como hombre, es el instrumento consciente y voluntario, siempre unido a la Divinidad para producir actualmente la transustanciación y las gracias que se derivan del sacrificio de la Misa.

Sin duda alguna, cuando el sacerdote pronuncia en el altar en nombre del Señor las palabras de la doble consagración, Jesús quiere actualmente que sean pronunciadas *hic et nunc,* aquí y ahora, y Él mismo les comunica el poder transustanciador. Si es necesario el acto de voluntad del ministro, con mayor razón el del Sacerdote principal. Además, si el sacerdote a veces está algo distraído en el momento de la consagración, el Salvador no lo está. Quiere continuar ofreciéndose así para aplicar a las generaciones humanas que se sucedan y a las almas del purgatorio los méritos de su Pasión y de su muerte.

En ocasiones, algunos santos, al asistir a Misa, han dejado de ver al celebrante y, en su lugar, han visto al mismo Salvador celebrando la Misa. Era una gracia especial que venía a recordarles lo que todos debemos creer: que Jesús es el Sacerdote principal del sacrificio que se ofrece en el altar.

Al continuar ofreciéndose así, Él mismo *no cesa de interceder por nosotros,* como se dice

[13] Cfr. SALMANTICENSES, *De Euch.,* disp. 13, dub. 3, números 49-50.

en la Epístola a los Hebreos[14], totalmente consagrada a exponer la grandeza de su Sacerdocio. Es importante insistir en este punto.

La oblación interior, siempre viva en el Corazón de Cristo

¿Cómo debe concebirse esta oblación?

Ciertamente, es de fe que el alma santa de Cristo glorioso, en el cielo, no cesa de ver a Dios inmediatamente, de amarle por encima de todo, de amarnos, de querer nuestra salvación. No es menos cierto que Cristo, en el cielo, no cesa de adorar a Dios y de ofrecerle una acción de gracias que no terminará nunca. Es esto lo que se dice en el Prefacio de la Misa: *Sí, es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, Señor Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Por Él, los Angeles y los Arcángeles, las Dominaciones y todos los coros celestiales, alaban sin cesar el himno de tu gloria... Dígnate ordenar que nuestras voces suplicantes puedan unirse a las suyas, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo.* El culto de adoración y de acción de gracias durará eternamente; será siempre ofrecido por Cristo y su Cuerpo místico[15]. Igualmente, de Cristo se dice

---

[14] Heb 7, 25.

[15] Sin embargo, según SANTO TOMÁS (III, q. 22, a. 5), el culto de adoración y de acción de gracias, que será *la consumación del sacrificio de Cristo,* ya no será, después de la celebración de la última Misa, un sacrificio propiamente dicho. En efecto, éste pide una inmolación

en la Misa, antes del *Pater: Por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos.*

Recordemos lo que ha dicho Santo Tomás a propósito de la oración de Cristo.

¿Continúa el Salvador en el cielo no sólo adorando y dando gracias, sino rogando por nosotros como lo hizo sobre la tierra? En las horas graves nos encomendamos a la oración de los santos; ¿podemos encomendarnos a la oración de Cristo? Es cierto que ya no merece ni satisface más por nosotros, pues ha llegado al término de su viaje, ya no es más *viator*, viajero hacia la eternidad, pero ¿continúa rezando para que los méritos de la Pasión nos sean aplicados? Con toda certeza, la Santísima Virgen, que tampoco merece ya más por nosotros, continúa rezando para que los méritos de su Hijo nos sean aplicados; nosotros le pedimos todos los días en el *Ave María* y en las Letanías. ¿Por qué el mismo Cristo no habría de continuar rezando por nosotros, en este sentido?

Para explicar las palabras de San Pablo: *Cristo está siempre vivo, para interceder por ellos* [16],

---

al menos sacramental de la víctima ofrecida, y tal inmolación sacramental cesará en el fin del mundo. Del mismo modo, ahora, Jesús, realmente presente en un tabernáculo, no cesa de adorar a su Padre, y de darle gracias; pero estos actos interiores no bastan para constituir un sacrificio propiamente dicho; éste sólo existe en la Misa, y no por el simple hecho de que la presencia real perdura luego en las hostias consagradas.

[16] Heb 7, 25.

Santo Tomás nos dice: *Cristo intercede por nosotros, como nuestro abogado*[17], *y esto de dos maneras: primero presentando a su Padre su humanidad, humanidad que tomó por nosotros y en la que sufrió por nosotros; intercede también expresando a su Padre el deseo que tiene de nuestra salvación*[18]. Santo Tomás habla del mismo modo en su Comentario de la Epístola a los Romanos[19], para explicar las palabras: *¿Quién acusará a los elegidos de Dios?... ¿Quién condenará? Cristo Jesús, el que murió; aún más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo?* En el mismo sentido, San Juan dice: *Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo, justo*[20].

En la Suma Teológica[21], Santo Tomás dice: *Como la oración por los demás procede de la caridad, mientras más alta es la caridad de los santos en el cielo, más ruegan por nosotros, y sus plegarias son más eficaces en tanto que están más unidos a Dios*[22]. *Según el orden establecido por la Providencia, la excelencia de los seres superiores redunda sobre los inferiores, como la luz del sol resplandece alrededor suyo.* Así de Cristo se dice que intercede por nosotros cerca del Padre[23].

---

17 1 Io 2, 1.
18 Cfr. SANTO TOMÁS, in *Epist. ad Hebr.*, 7, 25.
19 Rom 8, 34.
20 1 Io 2, 1.
21 II, II, q. 83, a. 11.
22 Si nos encomendamos a las oraciones de personas aún vivas a las que estimamos santas, ¡con cuánta mayor razón, digan lo que digan los protestantes, conviene encomendarnos a los santos del cielo!
23 Heb 7,25. En el *Comentario sobre las Sentencias*

Entre los tomistas, Gonet y los Carmelitas de Salamanca, al tratar de la oración de Cristo[24], han mostrado particularmente bien que Cristo, aun ahora en el cielo y en la Eucaristía, ora, propiamente hablando por nosotros, para que los méritos de su Pasión sean aplicados a tal o cual pecador, en el momento más oportuno, como en el de la muerte[25].

En este sentido, ruega, no por indigencia, sino por sobreabundancia, y por piedad filial para dar a su Padre el culto que le es debido, del mismo modo que adora y da gracias.

San Ambrosio ha dicho: *Cristo resucitado defiende siempre nuestra causa cerca del Padre*[26]; San Gregorio Magno: *Cristo ruega todos los días por la Iglesia*[27].

La oblación interior, que no cesa en el alma santa de Cristo, es, pues, una oración de adoración, de petición y de acción de gracias.

(IV, d. 15, q. 4, a. 6, q. 2, ad 1), SANTO TOMÁS dice: *Christus, in quantum homo, orat pro nobis; sed ideo non dicimus: Christe, ora pro nobis, quia Christus supponit suppositum aeternum, cujus non est orare, sed adjuvare, et ideo dicimus: Christe, audi nos vel miserere nobis, et in hoc etiam evitamus haeresim Arii et Nestorii.*

24 In III, q. 21.

25 Cfr. GONET, *De Incarnatione*, disp. 22, a. 2: *Christus etiam nunc in caelo existens, vere et proprie orat, nobis divina beneficia postulando.* Item SALMANTICENSES, ibid., Toledo, Suárez, etc.

26 SAN AMBROSIO, *In Ep. ad Rom.* 8: *Christus resurgens, semper causas nostras agit apud Patrem, cujus postulatio contemni non potest, quia in dextera Dei est.*

27 SAN GREGORIO MAGNO, *In 5º Ps. poenit.*: *Quotidie Christus orat pro Ecclesia, de quo testatur Ap. Paulus Hebr.* 7, 25.

¿Es esta oblación interior, siempre viva en el corazón de Cristo, numéricamente la misma que aquella por la cual se ofreció desde su venida a este mundo y, sobre todo, después de la Cruz, al aceptar morir por nosotros?

Algunos teólogos lo han negado, porque dicen que el acto interior de oblación en la Cruz era meritorio, mientras que éste por el que Cristo glorioso se ofrece en la Misa como Sacerdote principal, ya no es meritorio. A consecuencia de esto, otros han pensado que Cristo se ofrecía en cada Misa mediante un nuevo acto.

Esta opinión, que multiplica así los actos sucesivos de oblación en Cristo glorioso, es extraña a la enseñanza de los grandes maestros y, por varias razones, no parece deba admitirse.

En primer lugar, no es del todo conforme con la vida unitiva del alma santa del Salvador, vida eminentemente simple, por la que alcanza la eternidad divina, en donde no hay ni sucesión, ni innovación, sino inmutable continuación de lo que ya era [28].

Por otra parte, la opinión que multiplica los actos de oblación en el alma del Salvador tampoco es conforme, prácticamente, con las palabras de San Pablo: *Cristo... se ofreció una vez para quitar los pecados de todos* [29], y: *Con una sola oblación perfeccionó para siempre a los san-*

---

[28] Cuando nosotros mismos decimos una decena del Rosario, contemplando, por ejemplo, el misterio de la Resurrección del Salvador, no hay ya más que un acto continuo en nuestra inteligencia, un acto de fe viva, unido a un acto de amor y de oración; la multiplicidad de los *Ave María* no existe prácticamente más que para las facultades inferiores, los sentidos y la imaginación.

[29] Heb 9, 28.

tificados[30]. Cristo no ofrece un sacrificio nuevo y, por otra parte, su ministro sólo actúa en su nombre. Conviene, pues, admitir que es esta única oblación interior, que fue el alma del sacrificio de la Cruz, la que perdura siempre en el Corazón de Cristo[31]. Además, admitir un segundo acto de oblación sería decir que el primero fue insuficiente. En fin, el que es Sacerdote *in aeternum* debe tener un acto sacerdotal que dure siempre, sin interrupción ni innovación[32].

---

30 Heb 10, 14.

31 Por otra parte, hay varias Misas que se celebran en el mismo momento, varias consagraciones que se hacen en el mismo instante, en virtud de una misma voluntad actual de Cristo que, sin embargo, se multiplica virtualmente en razón de las diferentes Misas.

32 Se ha objetado: Lo que ya fue ofrecido el máximo posible y aceptado, no puede ser ofrecido más veces; pues el movimiento cesa en su término. Cristo se ofreció como *viator* y ahora no se ofrece más.

Según lo que acabamos de decir, es preciso responder que no se trata de una oblación interior nueva, sino de la continuación de la oblación, de la adoración, de la acción de gracias y de la oración. El movimiento, como movimiento *(ut via)* ordenado a un término, cesa en ese término; pero lo que no cesa es el acto ordenado al fin último; Santo Tomás incluso dice que el acto del don de consejo (que alcanza a los medios) dura en el cielo. Finalmente, Cristo se ofrece, meritoriamente, como *viator*, pero continúa ofreciéndose, sin merecer ya más, como hombre y como Sacerdote *in aeternum*, ofreciendo consigo todo su cuerpo místico, como dice S. S. Pío XI: *Christus sacerdos se pro peccatis hostiam obtulit perpetuoque offert* (Dz. 2.195). Es éste el sentido de las palabras del Concilio de Trento: *Idem nunc offerens ministerio sacerdotum, qui seipsum tunc in cruce obtulit.*

También se ha objetado: El amor por el que Cristo en la tierra mereció, le convenía en tanto que *viator*, y no podía, pues, estar regulado por la visión beatífica.

Varios tomistas, como Alvarez, Gonet, Billuart, han respondido: Este amor no podía estar regulado por la

Sin duda alguna, esta oblación ahora ya no es meritoria, pero nada impide que un mismo acto, que antaño fue meritorio, no lo sea más. Por ejemplo, cuando un agonizante hace un último acto de amor de Dios, tal acto es meritorio, ¿y por qué no podría continuar, después de la muerte, en el purgatorio, donde ya no existe el mérito? Ese acto espiritual no cesa por el simple hecho de que el alma se separe del cuerpo. Del mismo modo, en el alma santa de Cristo, aquí en la tierra, el acto de amor a los hombres era meritorio; ¿y por qué no podría continuar, sin la modalidad del mérito, después de su muerte? [33]. En la tierra, este acto se producía en el alma santa de Cristo bajo la luz de gloria, y la visión beatífica nunca cesó en Él.

La visión beatífica, de la que gozaba siempre en la tierra, estaba ya medida, no por el tiempo, sino por la eternidad participada, tal como lo admiten muchos teólogos [34]. ¿Por qué no podría

---

visión divina tomado en sí mismo, que atrae invenciblemente a la voluntad, pero así por la visión de Dios, en tanto que es la razón de amar libremente a las criaturas, a los hombres que hay que salvar. Ese amor, a la vez libre y meritorio, convenía a Cristo como *viator.* Ahora ya no es meritorio. Por otra parte, incluso si estuviese regulado por la ciencia infusa, puede durar, como dura ésta. Aún más, el acto de amor de Dios que hace todo elegido en el momento de morir puede durar después de la muerte.

33 Sin duda, el acto de virtud de fortaleza por el que Cristo sufría heroicamente, ha cesado; pero no ocurre lo mismo con su acto de amor por nosotros, ni tampoco con el acto interior de oblación por el que quiso ofrecerse primero cruenta y luego sacramentalmente.

34 Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 10, a. 5, ad 1, a. 3, ad 1 y 3. Dice, *Contra Gentes,* l. III, c. 61: *Quod per visionem Dei aliquis sit particeps vitae aeternae. In hoc enim aeternitas a tempore differt, quod tempus in quadam succes-*

ocurrir lo mismo con el acto de amor por el que el alma santa de Cristo ama a Dios y a los hombres?[35]. El acto de amor de Cristo por nosotros fue meritorio en la tierra, no lo es ahora, pero continúa sin la modalidad del mérito, del mismo modo que el acto de caridad del alma humana que se separa de su cuerpo puede durar[36].

---

sione habet esse; aeternitatis vero esse est totum simul. Jam autem ostensum est, c. 60, *quod in praedicta visione non est aliqua successio, sed omnia quae per illam videntur, simul et uno intuitu videntur. Illa ergo visio quadam aeternitatis participatione perficitur...*

Haec visio nequidem est in tempore ex parte videntis, quod est intellectus, cujus esse non subjacet tempori, cum sit incorruptibilis, ut supra (l. II, c. 79) *probatum est...*

Hinc est quod Dominus dicit (Joan 17, 3): *Haec est vita aeterna ut cognoscant te solum Deum verum.*

No repugna que un acto que comienza (e incluso que un acto que termina, como la visión beatífica, *per modum transeuntis* probablemente concedida aquí en la tierra a San Pablo, raptado al tercer cielo) sea medido por la eternidad participada; para ello basta que en tanto que dure ese acto, tenga como medida no el instante fugitivo del tiempo, sino el único instante de la eternidad inmóvil. Puede suceder así con la oración de intercesión de Cristo glorioso hasta el fin del mundo; en cuanto a su oración de adoración y de acción de gracias, durará eternamente.

35 Buenos tomistas, como los Carmelitas de Salamanca y algunos otros, admiten que el acto libre por el que Cristo, como hombre, nos ha amado, podía estar inmediatamente regulado por la visión beatífica. En Dios, el acto libre por el que Cristo, como hombre, nos ha amado, podía estar inmediatamente regulado por la visión beatífica. En Dios, el acto libre por el que nos ama está regulado por la visión increada de la divina Bondad en tanto que es la razón no necesaria de amar a las criaturas. Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 19, a. 3.

36 Incluso si la oblación interior del sacrificio de la Cruz no pudiese durar en el alma del Salvador después de su muerte, bastaría al menos con que la renovase

Es cierto que Cristo glorioso no deja de amarnos, de adorar a su Padre, de darle gracias, de ofrecérsele, y este acto interior de oblación, siempre vivo en su Corazón, es el alma del sacrificio de la Misa[37].

En sustancia, es el mismo sacrificio que el de la Cruz, así como se trata de la misma humanidad del Salvador, que perdura siempre, aunque hoy ya no esté sujeta, como antaño, al dolor y a la muerte.

Es esto superior a la teología, pertenece al dominio de la fe divina. La doctrina según la cual la esencia del sacrificio de la Misa está en la inmolación sacramental actualmente ofrecida por Cristo, Sacerdote principal, parece susceptible de ser definida como dogma de fe.

Recojámonos bajo la gran oración de Cristo, para que presente las nuestras a su Padre, para que así aumente el valor de nuestros actos de adoración, de nuestras súplicas, de nuestra reparación, de nuestra acción de gracias.

Pensemos que Cristo, ofreciéndose en todas las Misas, también ofrece todo su Cuerpo místico, simbolizado por la gota de agua vertida en el cáliz al comienzo de la Misa, para convertirse, junto con el vino, en la preciosa Sangre.

---

después una vez y la continuase, sin renovarla en cada Misa.

37 Como la visión beatífica está medida por la eternidad participada, es necesario decir otro tanto del amor beatífico por el que Cristo amó a su Padre y a nuestras almas. Finalmente, incluso si el acto libre de amor redentor estuvo regulado por su ciencia infusa, puede durar después de la muerte como la ciencia misma, sobre todo como el acto superior de ésta.

Mas conscientes de la miseria humana que constatamos todos los días en nosotros y a nuestro alrededor, pidamos a Cristo Jesús, Sacerdote para la eternidad, que nos salve, que tenga piedad de tantos extraviados, víctimas de la educación que han recibido; roguemos al Salvador que guarde en su mano a tantos niños que intentan arrancarle en el momento actual en Rusia, en México, en España, y en tantos otros países. Y si el mal es grande, no lo constatemos con una mirada pesimista y desesperanzada, sino pensando que el Salvador es más fuerte que todos sus enemigos juntos y que su acto de amor agrada a Dios más de lo que le desagradan todos los pecados.

Fortalecidos con esta convicción, recordemos las palabras de San Pablo: *Cuando soy débil, entonces soy fuerte... Todo lo puedo en aquel que me conforta: Omnia possum in eo qui me confortat.*

Capítulo XIV

EL INFINITO VALOR DE CADA MISA OFRECIDA POR NUESTRO SEÑOR

Hemos visto que el Salvador es el Sacerdote principal del sacrificio de la Misa y que la oblación interior, que fue el alma del sacrificio de la Cruz, perdura siempre en el Corazón de Cristo que quiere nuestra salvación y que Él mismo ofrece, así, todas las Misas que se celebran cada día. ¿Cuál es el valor de cada una de esas Misas? Es importante tener una idea justa, para unirse más íntimamente cada día al santo Sacrificio y recibir más abundantemente sus frutos.

En la Iglesia se enseña comúnmente que el sacrificio de la Misa considerado en sí mismo tiene un valor infinito, pero que el efecto que produce en nosotros es siempre finito, por elevado que sea, y proporcional a nuestras disposiciones interiores. Estos son los dos puntos de doctrina que conviene explicar.

El sacrificio de la Misa considerado en sí mismo tiene un valor infinito

La razón estriba en que, en substancia, el sacrificio es el mismo que el de la Cruz, el cual tiene un valor infinito a causa de la dignidad de la Víctima ofrecida y del Sacerdote que la ha ofrecido, pues es el Verbo encarnado quien, en la Cruz, era al mismo tiempo Sacerdote y Víctima [1]. Es Él quien permanece en la Misa como Sacerdote principal y Víctima realmente presente, realmente ofrecida y sacramentalmente inmolada.

Mientras que los efectos de la Misa inmediatamente relativos a Dios, como la adoración reparadora y la acción de gracias, se producen siempre infaliblemente en su plenitud infinita, incluso sin nuestro concurso, sus efectos relativos a nosotros sólo se extienden en la medida de nuestras disposiciones interiores.

En cada Misa, se ofrecen infaliblemente a Dios una adoración, una reparación y una acción de gracias de valor sin límites, y ello en razón de la Víctima ofrecida y del Sacerdote principal, independientemente incluso de las oraciones de la Iglesia universal y del fervor del celebrante.

Es imposible adorar mejor a Dios, reconocer mejor su soberano dominio sobre todas las co-

---

[1] El precio de la Víctima da a este sacrificio un valor objetivo infinito, y la dignidad de la persona de Cristo un valor personal infinito, que es el principal. Cuando María presentaba a su Hijo en el templo, tal oblación tenía un valor objetivo infinito, pero no un valor personal infinito; es muy superior la oblación hecha por el mismo Cristo.

sas, sobre todas las almas, que por la inmolación sacramental del Salvador muerto por nosotros en la Cruz. Tal adoración la expresa el *Gloria: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos.* Esta adoración la expresa de nuevo el *Sanctus* y aún más la doble Consagración.

Es la más perfecta realización posible del precepto: *Adorarás al Señor Dios tuyo y a Él sólo servirás*[2]. Con estas palabras nuestro Señor respondió a Satanás que le decía: *Todo esto te daré si de hinojos me adorares, si cadens adoraveris me*[3]. Sólo la infinita grandeza de Dios merece el culto de latría. En la Misa se le ofrece una adoración en espíritu y en verdad de valor sin medida.

Igualmente, es imposible ofrecer a Dios una reparación más perfecta por las faltas que se cometen diariamente, como dice el Concilio de Trento[4]. No se trata de una nueva reparación, distinta de la de la Cruz: Cristo resucitado no muere ni sufre más; pero, según el mismo Concilio[5], el Sacrificio del altar, siendo substancialmente el mismo que el del Calvario, agrada a Dios más que lo que le desagradan todos los pecados juntos[6], puesto que la humanidad del Salvador, que era pasible o sujeta al dolor y a la muerte, y que ya no lo es, permanece siendo substancialmente la misma; así, el sacrificio de Cristo es perpetuado en substancia. El imprescriptible

2 Dt 6, 13.
3 Mt 4, 9.
4 Sess. 22, c. 1.
5 Sess. 22, cap. 2, *initio et can.* 3 (Dz., 940 y 950).
6 Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 48, a. 2.

derecho de Dios, Soberano Bien, a ser amado por encima de todo no se podría reconocer mejor que por la oblación del Cordero que quita los pecados del mundo.

En fin, es imposible agradecerle mejor los bienes recibidos: *Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo,* ¿cómo retribuiré a Dios por todos sus beneficios para conmigo? Elevaré el Cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor[7]. A menudo nos olvidamos de agradecer a Dios sus gracias, como los leprosos curados por Jesús; de diez, sólo uno se lo agradeció. Conviene ofrecer con frecuencia Misas de acción de gracias; se está extendiendo en la hora actual una piadosa costumbre, la de celebrar en acción de gracias la Misa del segundo viernes de cada mes para reparar nuestras ingratitudes.

La adoración, la reparación y la acción de gracias son efectos infalibles del sacrificio de la Misa que miran al mismo Dios. Por cada Misa celebrada, por la oblación y la inmolación sacramental del Salvador en el altar, Dios obtiene infaliblemente una adoración infinita, una reparación y una acción de gracias sin límites. Ocurre así en razón de la dignidad de la Víctima y del Sacerdote principal; la oblación interior, que perdura siempre en el Corazón de Cristo, es un acto teándrico, acto humano de su voluntad humana que adquiere en la persona del Verbo, hablando propiamente, un valor infinito.

En el momento de la Consagración, en la paz del santuario, hay como un gran impulso de ado-

---

7 Ps 115, 12.

ración que sube hacia Dios. Su preludio es el *Gloria* y el *Sanctus*, cuya belleza queda subrayada algunos días por el canto gregoriano, el más excelso, el más simple y el más puro de todos los cantos religiosos o, en ocasiones, por las magnificencias de la música polifónica; pero cuando llega el momento de la doble Consagración, todos se callan: el silencio expresa a su manera lo que el canto ya no puede decir.

Tal silencio es la imagen de aquel que, según el Apocalipsis[8], se produjo en el cielo cuando el Cordero abrió el libro cerrado por siete sellos, el libro de los decretos de Dios relativos a su reino[9]. Que el silencio de la Consagración sea nuestro reposo y nuestra fortaleza[10].

Así, es perpetuada en cuanto a la sustancia la adoración, la reparación y el *Consummatum est* del sacrificio de la Cruz. Y esa adoración, que sube hacia Dios de todas las Misas cotidianas, recae, de algún modo, como fecundo rocío, sobre nuestra pobre tierra para fertilizarla espiritualmente.

No olvidemos que el más alto fin del Santo Sacrificio es la Gloria de Dios, la manifestación de su Bondad, que es el mismo fin del universo. Así, por una Misa, de algún modo toda la creación, en una plegaria de adoración reparadora y de acción de gracias, se remonta hacia su Creador.

Si estos efectos son relativos al mismo Dios, hay otros que son relativos a nosotros. La Misa puede obtenernos todas las gracias necesarias

---

[8] Apc 8, 1.

[9] *Cuando abrió el séptimo sello, hubo un silencio en el cielo por espacio como de media hora* (Apc 8, 1).

[10] *In silentio et in spe fortitudo vestra* (Is 30, 15).

para la salvación. *Cristo, que siempre está vivo, no deja de interceder por nosotros*[11], y su intercesión no tiene menos valor que su adoración.

¿Cuáles son los efectos que la Misa puede producir en nosotros?

Aunque el sacrificio eucarístico tenga en sí un valor infinito, en razón de la dignidad de la Víctima ofrecida y del Sacerdote principal, sin embargo, los efectos que produce en nosotros son siempre finitos a causa de los límites mismos de la criatura y de los límites de nuestras disposiciones interiores. En este punto los teólogos están todos de acuerdo.

Sólo discuten sobre lo siguiente: ¿Limita la voluntad de Cristo, y no sólo la medida de nuestro fervor, los efectos del sacrificio de la Misa, de tal manera que una Misa aplicada a la vez por varias personas les obtiene menos gracias que si hubiese sido dicha por una sola de éstas?

Algunos teólogos[12] responden afirmativamente:

---

[11] Heb 7, 25.

[12] Esta es la opinión de Escoto, de los escotistas, de Amicus y de algunos otros. Ha sido recientemente recogida por De la Taille (*Mysterium fidei,* elucid. 33ª), como corolario de su opinión: Que Cristo no ofrece actualmente, sino sólo de modo virtual, las Misas que se celebran en el mundo. En el capítulo precedente hemos dicho por qué no podemos admitir esta opinión, contraria a la doctrina generalmente recibida.

La relación de estas dos cuestiones ha sido señalada en varias ocasiones. Vacant (*Université catholique,* 1894, tomo 16, p. 529) escribía: *Los escotistas sostuvieron que Jesucristo sólo es sacerdote en el sacrificio eucarístico porque lo instituyó y porque confirió a los sacerdotes el poder de ofrecerlo. Sacan, de esta teoría, dos consecuen-*

el efecto de cada Misa, dicen, ha sido limitado por voluntad de Nuestro Señor y, consecuentemente, una Misa ofrecida por diez fieles les es menos provechosa que si hubiese sido dicha por uno solo. Si fuese de otro modo, añaden, sería superfluo decir más de una Misa por la misma persona con la misma intención.

Esta razón es verdaderamente débil, pues esa persona puede no tener todas las disposiciones requeridas para recibir por la primera Misa que por ella se dice toda la gracia deseada; por otra parte, se debe sobre todo desear la vida eterna y nunca se podría pedirla suficientemente. En lo que respecta a las almas del Purgatorio, la Misa les es aplicada por modo de sufragio, según el beneplácito de Dios, cuya medida ignoramos, y no sabemos cuándo son liberadas estas almas. No es, pues, inútil decir varias Misas por ellas [13].

---

cias importantes... La segunda es que la Misa, no siendo un acto del Hombre-Dios, no tiene el mismo valor que el sacrificio de la Cruz, que no aplica más que una parte de sus frutos y que tal aplicación se hace en razón de la oración de la Iglesia y no en razón de una ofrenda actual de la víctima sagrada hecha por el mismo Jesucristo.

Creemos que importa recordar la enseñanza tradicional tal como se encuentra formulada por Santo Tomás y sus mejores comentaristas; por esta enseñanza, la teología católica se opone claramente a lo que dicen los protestantes, quienes, reconociendo a veces en la Misa un sacrificio impropiamente dicho de adoración y de acción de gracias, han negado su valor propiciatorio e impetratorio.

[13] Los partidarios de esta opinión también han dicho que si fuese de otro modo, el sacerdote podría, por una sola Misa, satisfacer por varios estipendios recibidos, lo que no está permitido por la Iglesia. Esta razón tampoco es convincente, pues los estipendios no son el precio de la Misa, sino tan sólo un medio de subsistencia

Otros teólogos, entre los que hay numerosos tomistas [14], inspirándose en textos de Santo Tomás [15], dicen: El efecto de cada Misa no está limitado por la voluntad de Cristo, sino tan sólo por la devoción de aquellos por los que se ofrece. Igualmente, una sola Misa ofrecida por cien personas puede serle provechosa a cada una, del mismo modo que si hubiese sido dicha sólo por una [16].

---

permitido por la Iglesia bajo ciertas condiciones. Así, aunque una Misa pueda aprovechar simultáneamente a muchos fieles, la Iglesia puede prohibir que el sacerdote reciba varios estipendios por una sola Misa.

14 CAYETANO, *In III*, q. 79, a. 5; JUAN DE SANTO TOMÁS, *In III*, disp. 32, a. 3; GONET, *Clypeus thom. De Euchar.*, disp. 11, a. 5, nº 100; SALMANTICENSES, *De Euchr.*, disp. 13, dub. 6. Nos separamos completamente de lo que escribió a este propósito DE LA TAILLE, *Esquisse du mystère de la foi*, París, 1924, p. 22.

15 III, q. 79, a. 5, a. 7, ad 2.

16 SANTO TOMÁS dice (III, q. 79, a. 5): *Quam vis haec oblatio ex sui quantitate sufficit ad satisfaciendum pro omni poena, tamen fit satisfactoria illis, pro quibus offertur, vel etiam offerentibus, secundum quantitatem devotionis, et non pro tota poena.* Santo Tomás no fija otros límites que los que provienen de las disposiciones del sujeto. Sobrentiende que el amor de Cristo, Sacerdote principal, tiene un valor infinito.

El Santo Doctor habla del mismo modo en III, q. 79, a. 7, ad 2: dice que como el sacrificio de la Misa, como el de la Cruz, produce más o menos efectos en los que se benefician *secundum modum devotionis eorum*, según la medida de su devoción. Santo Tomás no habla de un límite que proviniese de la voluntad de Cristo.

El Concilio de Trento tampoco asigna ningún límite, y dice: *Deus hujus oblatione placatus, gratiam et donum poenitentiae concedens, crimina et peccata etiam ingentia dimittit... Fructus oblationis cruentae per hanc incruentam uberrime percipiuntur* (Dz., 940): Dios, apaciguado por esta oblación, perdona grandes crímenes, y los frutos de la oblación cruenta de la Cruz son, así, abundantísimamente aplicados.

La razón estriba en que la influencia de una causa universal sólo está limitada por la capacidad de los sujetos que la reciben. Así, el sol ilumina y calienta en un lugar tanto a mil personas como a una sola. Ahora bien, el sacrificio de la Misa, siendo substancialmente el mismo que el de la Cruz, es, por modo de reparación y de oración, una causa universal de gracias, de luz, de atracción y de fortaleza. Su influencia en nosotros no está, pues, limitada más que por las disposiciones o el fervor de quienes las reciben. Como el sacrificio de la Cruz, puede, pues, ser tan provechosa para un gran número de personas como si hubiese sido ofrecida por una sola. El sacrificio del Calvario, ofrecido por todos los hombres, le fue tan provechoso al buen ladrón como si hubiese sido ofrecido solo por él.

En otros términos: como el sacrificio de la Cruz, en razón del acto teándrico de amor que lo inspiraba, fue de un valor infinito para merecer y satisfacer, ahora, el sacrificio de la Misa, que perpetúa en substancia el de la Cruz, es de un valor infinito para aplicarnos los méritos y las satisfacciones de la Pasión del Salvador.

Es esto lo que explica la práctica de la Iglesia, que ofrece Misas por la salvación del mundo entero, por todos los fieles vivos y muertos, por el Soberano Pontífice, los jefes de Estado los obispos, sin limitar sus intenciones. Actuando así, la Iglesia no piensa en modo alguno que la Misa sea menos provechosa para aquel por quien se aplica especialmente.

Este modo de ver parece, ciertamente, más fundado que el anterior; incluso parece ser un corolario de la doctrina cierta que dice que el sacrificio de la Misa es numéricamente el mis-

mo, en substancia, que el de la Cruz, puesto que se trata de la misma Víctima y del mismo Sacerdote principal. Nada nos permite limitar la intención de Cristo que continúa ofreciéndose por acto teándrico, de valor infinito, para aplicarnos los frutos de su Pasión. El límite no proviene de Él, sino sólo de nosotros, de nuestras disposiciones y de nuestro fervor. Como dice Santo Tomás, igual que uno recibe más el calor de un hogar si se aproxima a él, así nosotros nos beneficiamos tanto más de los frutos de una Misa a la que asistimos con más espíritu de fe, de confianza en Dios, de amor y de piedad.

¿Cuáles son, en particular, los efectos que la Misa produce en nosotros? En tanto que nos obtiene la gracia del arrepentimiento, nos facilita el perdón de los pecados [17]. Del mismo modo que el sacrificio de la Cruz obtuvo esa gracia al buen ladrón, el sacrificio de la Misa se la obtiene a los que la desean; no se dicen en vano estas palabras antes de la Comunión: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.* ¡Cuántos pecadores, asistiendo a Misa, han recibido allí la gracia del arrepentimiento y la inspiración de hacer una buena confesión de toda su vida! [18].

---

[17] El Concilio de Trento, ses. 22, c. 2 (Dz., 940), dice: *Hujus oblatione placatus Dominus, gratiam et donum poenitentiae concedens, peccata etiam ingentia dimittit.*

[18] Un joven que vivía indiferentemente, pero que estaba destinado sin saberlo aún a ser sacerdote y religioso, entró un domingo por la mañana en una iglesia para asistir a Misa. Tuvo inmediatamente la impresión de que algo inmensamente grande ocurría en el altar; no sabía bien lo que es la Misa, sólo conservaba vagos recuerdos del catecismo que había preparado al hacer

De que la Misa facilita el arrepentimiento, se sigue puede ser ofrecida por pecadores incluso endurecidos e impenitentes a los que no se podría dar la Comunión. El santo Sacrificio puede obtenerles suficientes gracias de luz y de conversión. Incluso puede ser ofrecido, como el de la Cruz, por todos los hombres vivos, incluso por los infieles, los cismáticos, los herejes, los excomulgados, siempre y cuando no se ofrezca por ellos como si fuesen miembros de la Iglesia[19]. Así, San Pablo pide[20] que se rece públicamente por todos los hombres. Y como se puede rezar por todos, se puede ofrecer por todos el santo Sacrificio. Con esta idea, el Padre Charles de Foucauld, eremita del Sahara, celebraba a menudo la Misa por los musulmanes a fin de preparar sus almas para recibir más tarde la predicación del Evangelio. Del mismo modo, en este momento se celebran numerosas Misas por la conversión de Rusia.

El espíritu del mal nada teme tanto como una Misa, sobre todo cuando es celebrada con gran fervor y cuando muchos se unen en ella con espíritu de fe. Cuando el enemigo del bien choca

---

su primera Comunión; veía al sacerdote elevar el cáliz y, sin poder precisar lo que significaba ese cáliz, tuvo la impresión de que un misterio sin medida ocurría delante suyo. Fue la hora de su conversión. Pensó seguidamente en confesarse, cambió completamente su vida y, poco después, se hizo religioso.

[19] Sin embargo, para los excomulgados *vitandi*, según el derecho eclesiástico, el sacerdote no puede celebrar la Misa más que privadamente, rezando por su conversión. Cfr. Código de Derecho canónico, can. 2262, § 2, 2º: *Sacerdotes Missam privatim ac remoto scandalo pro excommunicato applicare non prohibentur; sed, si excommunicatus sit vitandus, pro ejus conversione tantum.*

[20] 1 Tim 2, 1-2.

con algún obstáculo insuperable, es que en una iglesia, un sacerdote, consciente de su propia debilidad y de su pobreza, ha ofrecido con fe la omnipotente Hostia y la Sangre redentora. Hay que recordar el caso de santos que, asistiendo a Misa, en el momento de la elevación del cáliz, han visto desbordarse la preciosa Sangre y deslizarse por los brazos del sacerdote, y a los ángeles venir a recogerla en copas de oro para llevarla a aquellos que tienen mayor necesidad de participar en el misterio de la Redención.

El sacrificio de la Misa no sólo perdona nuestros pecados, sino la pena debida a los pecados perdonados, ya se trate de vivos o de muertos por quienes se ofrece el sacrificio. Este efecto es incluso infalible; sin embargo, la pena no siempre se perdona en su totalidad, sino según la disposición de la Providencia y el grado de nuestro fervor. Así se verifican las palabras: *Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz.*

De aquí no se sigue que los difuntos que han dejado mucho dinero para que se digan numerosas Misas por su intención, sean librados más rápidamente del purgatorio que los pobres que no han podido dejar nada o casi nada; pues esos pobres, teniendo quizá menos deudas con la Justicia divina, puede ser que hayan sido mejores cristianos y participen más del fruto de las Misas dichas por todos los difuntos y del fruto general de cada Misa [21].

Finalmente, el sacrificio de la Misa nos obtie-

---

21 SAN AGUSTÍN, Enchiridion, c. 110, dice que los difuntos participan de los frutos de la Misa en la medida en que han merecido en la tierra, *qui, cum viverent, meruerunt ut haec sibi postea prodesse possent.*

ne los bienes espirituales y temporales necesarios o útiles para nuestra salvación. La oración de Cristo, que continúa ofreciéndose en nuestros altares, tiene un valor infinito. Así, conviene, como lo recomendó S. S. Benedicto XV [22], celebrar Misas para obtener la gracia de una buena muerte, que es la gracia de las gracias, de la que depende nuestra salvación eterna.

Puesto que esto es así, conviene, al asistir a Misa, unirnos, con gran espíritu de fe, de confianza y de amor, al acto interior de oblación que perdura siempre en el Corazón de Cristo... El mismo nos invita, como dice el autor de la *Imitación* [23]: *Como yo me he ofrecido voluntariamente por vuestros pecados a mi Padre, los brazos extendidos sobre la cruz..., así debéis vosotros ofreceros a mí, todos los días, en el sacrificio de la Misa, como una hostia pura y santa... Todo lo que me dais fuera de vosotros no es nada, porque es a vosotros a quienes yo quiero y no vuestros dones... Si permanecéis en vosotros, si no os abandonáis sin reserva a mi voluntad, vuestra oblación no es entera, y no estaremos perfectamente unidos.* Mientras más nos unamos así a Nuestro Señor en el momento de la Consagración, la esencia del sacrificio de la Misa, mejor será nuestra Comunión, que es una perfecta participación en ese sacrificio.

Como también dice la *Imitación* [24], a esa llamada debemos responder: *Presentándote mis pecados, para que me los perdones..., te ofrezco, Señor, todo el bien que hay en mí, por débil, por*

---

22 Carta al Director de la Archicofradía de Nuestra Señora de la Buena Muerte.
23 L. 4, c. 8.
24 L. 4, c. 9.

imperfecto que sea, a fin de que, depurándolo, santificándolo, perfeccionándolo sin cesar, lo hagas más digno de ti... Te ofrezco también todos los piadosos deseos de las almas fieles, las necesidades de todos los que quiero... Te ofrezco, en fin, las súplicas y la hostia de la paz, principalmente por aquellos que me han ofendido en algo, que me han entristecido... y por todos los que yo mismo he afligido, herido, escandalizado, sabiéndolo o no, a fin de que nos perdones a todos... Haz que seamos dignos de gozar aquí en la tierra de tus dones y de llegar a la vida eterna. Ofrezcamos igualmente las contrariedades cotidianas; será la mejor manera de llevar nuestra cruz, tal como el Señor lo ha pedido.

¡Quiera Dios que tengamos el pensamiento y la fortaleza de renovar esta oblación en el momento de nuestra muerte, de unirnos entonces, por medio de un gran amor, a las Misas que se celebrarán, al sacrificio de Cristo perpetuado en el altar! ¡Podríamos hacer, así, del sacrificio de nuestra vida, una oblación de adoración reparadora, de súplica y de acción de gracias, que sea verdaderamente el preludio de la vida eterna!

Cuando uno piensa que ciertos sacerdotes tienen que atender tres o cuatro parroquias, hay que decirse que el número de Misas ha disminuido y que ha aumentado la dificultad de cumplir el precepto dominical para muchos que viven en el campo; ahora bien, los fieles que, poco a poco, dejan de asistir a Misa pierden progresivamente el sentido cristiano, el sentido de las cosas superiores y de las de la eternidad.

Nosotros hemos conocido a un hombre que,

viendo el estado de esas iglesias, en las que no hay Misas los domingos más que de tarde en tarde, confiaba esas parroquias a aquellos santos del cielo que recibieron el carácter sacerdotal, en particular al alma del santo Cura de Ars, para que, desde arriba, vele sobre los rebaños sin pastor, para que interceda y obtenga a los agonizantes que no son asistidos la gracia de la buena muerte. Hay que pensar en ello a menudo al asistir al santo Sacrificio, y puesto que cada Misa tiene un valor infinito, hay que pedir que ésa a la que asistimos resplandezca allí donde el santo Sacrificio ya no se celebra, donde poco a poco se pierde la costumbre de asistir a él. Pidamos a Nuestro Señor que haga germinar vocaciones sacerdotales en esos medios; pidámosle sacerdotes, santos sacerdotes, cada día más conscientes de la grandeza del Sacerdocio de Cristo, para que sean sus celosos ministros que sólo viven para la salvación de las almas. En los períodos más turbulentos la Providencia envía innumerables santos; por eso es necesario pedir al Señor que envíe al mundo santos que tengan la fe y la confianza de los Apóstoles, como en los primeros días de la Iglesia.

Capítulo XV

LA REDENCION SOBERANA Y SUS FRUTOS EN MARIA

Fecit mihi magna qui potens est.

Ha hecho en mí maravillas aquel que es Poderoso.

(Lc 1, 49.)

El modo especial con que se cumplió el misterio de la Redención respecto de María, Madre de Dios, contiene tan profundas armonías que éstas permanecen ocultas mucho tiempo a grandes teólogos y santos, como San Bernardo, San Buenaventura y, quizá, a Santo Tomás de Aquino[1]. Ahora que la Iglesia se ha pronunciado in-

[1] A menudo se ha dicho que Santo Tomás negó el privilegio de la Inmaculada Concepción. No se permite uno ser tan categórico cuando se ha leído la obra de N. del Prado, de la Universidad de Friburgo, *Divus Thomas et bulla dogmatica Ineffabilis Deus* (Friburgo, 1919), escrita en los últimos años sobre este tema; obra en la que el autor demuestra que Santo Tomás distinguía más de lo que se pensaba entre el cuerpo de la Santísima Virgen antes de la animación y su persona, que supone la información del cuerpo por el alma razonable. Según el Santo Doctor, el cuerpo de la Santísima Virgen antes de la animación no fue preservado de la mancha original; pero en cuanto a la persona misma de María, buenos autores sostienen que Santo Tomás ni

faliblemente con la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, todos los fieles pueden ver en este privilegio la más eminente forma del misterio de la Redención. Considerémosla primero en el privilegio mismo; luego, en sus consecuencias.

La Redención preservadora

La armonía de un misterio es tanto más bella cuanto más íntimamente concilia cosas aparentemente opuestas, cosas que sólo Dios puede reunir. Así, el misterio de la Redención, considerado en el Salvador mismo, aúna sus sufrimientos soportados por amor, la Justicia más rigurosa y la más tierna Misericordia; esto hace que la Cruz sea sublime.

De un lado, por su nacimiento, la Virgen María, en tanto que hija de Adán, debía contraer el pecado original. Por su falta, el primer hombre perdió para sí y para nosotros la justicia original (es decir, la gracia santificante y los privilegios que la acompañaban), mientras que nos la habría transmitido con la naturaleza humana si hubiese permanecido siendo inocente[2]. La ley

afirmó ni negó el privilegio. Como la Iglesia aún no se había pronunciado, tampoco se pronunció él. Cfr. FRIETOFF, «Angelicum», julio de 1933: *Quomodo caro B.M.V. in originale concepta fuerit.* (Cfr. también R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La Madre del Salvador,* Madrid, Rialp, 1976, F. D.)

2 El Concilio de Trento dice muy claramente: *Si quis Adae praevaricationem sibi soli et non ejus propagini asserit nocuisse, acceptam a Deo sanctitatem et justi-*

que pesa sobre nuestra naturaleza caída es universal: como la naturaleza es transmitida a todos por vía de generación, es transmitida privada de la gracia y de los privilegios del estado de inocencia. Todo niño nace no sólo privado de la gracia santificante, sino, además, inclinado a la concupiscencia, al desorden de las pasiones, al error, y sujeto al sufrimiento y a la muerte. *Todos han pecado en Adán,* dice San Pablo[3]. Por su nacimiento, María, en tanto que hija de Adán, debía, pues, contraer el pecado original. Envuelta en la corriente de la generación, ¿cómo habría escapado a la corriente del pecado? Y como dice el apóstol San Pedro: *No hay salvación sino en Jesucristo, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos*[4]. *Porque uno es Dios, uno también el mediador* —dice igualmente San Pablo— *entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos*[5]. Para nadie hay salvación más que por la Sangre del Salvador, el Redentor de todos los hombres sin excepción alguna. En este sentido, María, como los demás hijos de los hombres, tiene, pues, necesidad de redención.

Santo Tomás insiste mucho en este punto, ya que se trata de un dogma capital de nuestra fe: No hay salvación más que en Cristo muerto por nosotros.

---

tiam, quam perdidit, sibi soli et non nobis etiam eum perdidisse: an. sit, Dz., 189.

[3] Rom 5, 12.

[4] Act 4, 12.

[5] 1 Tim 2, 5.

Pero, por otra parte, María está llamada desde toda la eternidad a ser la madre del Salvador. El Padre celestial, por un amor de predilección, la escogió entre todas las mujeres para que diese en el tiempo un cuerpo al Hijo unigénito engendrado desde toda la eternidad. Sólo el Padre celestial y María podrán decir a Jesús: *Hijo mío*. El Espíritu Santo la cubrirá con su sombra y, permaneciendo virgen, concebirá al Salvador. El Verbo de Dios, que existe eternamente antes de la creación, será verdadero hijo de María y la amará entre todas las criaturas como su verdadera madre.

¿Es posible que, llamada a una maternidad tan gloriosa, María venga al mundo con la mancha original? ¿Es posible que nazca privada de la gracia, Ella, que será la Madre del Autor de la gracia? ¿Es posible que nazca inclinada a la concupiscencia, al desorden de la sensibilidad, al error, la que será la Madre del Verbo encarnado?

Estas razones son tan fuertes que incluso los teólogos que dudaron antaño del privilegio de la Inmaculada Concepción, afirmaron claramente que María fue santificada antes de su nacimiento, en el seno de su madre, santa Ana. Pero la Iglesia va más lejos y ha afirmado solemnemente el privilegio de la Inmaculada Concepción acordado en el mismo instante en que fue creada el alma de María y unida a su cuerpo.

¿Cómo es posible conciliar estas dos cosas aparentemente inconciliables?: María, en tanto que hija de Adán, debe contraer la mancha original, pero, en tanto que llamada a ser Madre de Dios, debe estar exenta de toda mancha, debe escapar al contagio universal.

¿Cómo conciliarlas? Se comprende una excepción a la ley de la caída en virtud de una misión única en el mundo, superior a la de los profetas y a la de los apóstoles.

¿Pero cómo se realizaría tal excepción? ¿Será preservada María de la mancha común independientemente de los méritos futuros de su Hijo? ¿Puede ocurrir que Cristo, único Mediador y Salvador de todas las almas, no sea el Salvador de María? ¿Puede ocurrir que ella no le deba su santidad? Es el punto sobre el que insistía Santo Tomás, preocupado por salvaguardar el dogma mismo de la Redención universal.

La santa Iglesia, al definir la Inmaculada Concepción, nos responde: para María existe un modo único de redención: *redención preservadora,* no sólo liberadora y reparadora.

María fue preservada del pecado original por los méritos futuros de su Hijo, y esta palabra nos revela la profunda armonía del misterio, misterio que permaneció oculto a muchos santos.

Lo que impidió a Santo Tomás afirmar claramente el privilegio de la Inmaculada Concepción, no definido entonces por la Iglesia, es que temía atentar contra el dogma de la Redención universal de las almas por Jesucristo, temía quitar algo a la gloria del Redentor. Y la divina Providencia parece haber permitido tal oscuridad en el gran Doctor, como en San Buenaventura y en San Bernardo, porque la proclamación de este privilegio estaba reservada para después, para nuestro tiempo, tiempo de incredulidad y de naturalismo, que niega el pecado original y la necesidad de la redención [6].

---

[6] Si estos grandes Doctores se hubiesen pronunciado

La redención preservadora es una de las maravillas del dogma católico. Para entenderla bien es preciso decir que Jesucristo no sólo es el Salvador de María, sino que con Ella ejerció plenamente su misión redentora. Aquí está toda la grandeza de este misterio; es esto lo que hay que considerar sobre todo.

Efectivamente, conviene que el Salvador, absolutamente perfecto, ejerza una redención soberana al menos respecto a un alma, aquella llamada a ser el alma que le está más íntimamente unida en su obra de salvación.

Pues bien, la perfecta redención no sólo consiste en arrancar a un alma del pecado, sino en preservarla del pecado incluso antes de ser rozada por éste. Aquel que nos preserva de un golpe mortal nos salva la vida aún mejor que si nos curase de la herida hecha por ese golpe.

Así pues, conviene en grado sumo que Cristo Jesús, perfecto Redentor, ejerza con su Madre la redención en toda su plenitud: redención no sólo reparadora y liberadora, sino preservadora. Conviene que María no sea liberada, purificada, curada del pecado original, sino que sea totalmente preservada de éste por los méritos futuros de su Hijo.

El amor de Cristo por su Madre Inmaculada es inmenso. Ante este pensamiento nuestra alma debe dilatarse y tomar como un nuevo vuelo. ¡Sólo la Madre del Hijo de Dios podía tener esta prerrogativa única, y cómo convenía que la tuviese!

---

claramente a favor de la Inmaculada Concepción, este dogma hubiese sido definido probablemente antes del siglo XIX.

Al ser llamada a convertirse en Madre de Dios y Corredentora, Madre de todos los hombres, debía ser rescatada del pecado lo más perfectamente posible. Muy próxima al río de gracia que procede del Verbo encarnado, recibió la plenitud de sus bendiciones.

En un tiempo en el que todas las verdades son disminuidas, en el que muchos no quieren creer ya ni en el pecado original, ni en la necesidad de la regeneración bautismal, convenía que la Iglesia definiese solemnemente este dogma, y que María viniese a recordar altamente todas estas verdades diciéndonos en Lourdes: *Yo soy la Inmaculada Concepción.*

Tal privilegio, lejos de atacar al dogma de la Redención universal de las almas por Jesucristo, nos muestra, en María, la redención soberana, todo lo perfecta que pueda concebirse[7].

---

[7] Señalamos aquí que, puesto que María fue plenamente rescatada por Cristo, no pudo, propiamente hablando, merecer la Encarnación, ni tan siquiera *de congruo.* ¿Por qué? Porque *principium meriti sub merito non cadit;* el principio del mérito no puede ser merecido, como la causa primera no puede ser un efecto producido, no puede producirse a sí misma. Los méritos de la Santísima Virgen María provienen, como de una fuente eminente, de los méritos futuros de su Hijo: dependen de éstos no sólo como de una causa final, sino como de una causa eficiente moral prevista y querida por Dios. María no pudo, pues, merecer la Encarnación.

Pero, después de haber recibido, por los méritos futuros de su Hijo, la plenitud inicial de gracia, mereció el grado superior de gracia que hizo de ella la digna Madre del Salvador. SANTO TOMÁS (III, q. 2, a. 11, ad 3) dice con precisión admirable: *Beata Virgo dicitur meruisse portare Dominum omnium, non quia meruit ipsum incarnari, sed quia meruit ex gratia sibi data, illum puritatis et sanctitatis gradum, ut congrue posset esse mater Dei.*

Preservándola de la mancha original, el Salvador dio a su Madre una plenitud inicial de gracia tal, que sobrepasaba la de todos los santos y ángeles juntos, del mismo modo que un diamante vale más que una gran cantidad de otras piedras. De la plenitud inicial de gracia santificante se derivaban en el mismo grado, eminente, la fe, la esperanza, la caridad, las virtudes morales infusas y los siete dones del Espíritu Santo. Además, esta plenitud inicial no cesó de aumentar hasta la muerte de María; ninguna falta venial, ninguna imperfección detuvo su progreso. Por una fidelidad incesante, el tesoro inicial aumentó de acuerdo con una maravillosa progresión. Como los cuerpos caen tanto más de prisa cuanto más se acercan a la tierra que les atrae, en virtud de la ley de la aceleración, corolario de la gravitación universal, así las almas se inclinan tanto más rápidamente hacia Dios cuanto más se acercan a Él y son más atraídas por Él[8].

Varios teólogos modernos parecen olvidar aquí esta precisión y, consecuentemente, parecen desconocer el gran principio: *principium meriti non cadit sub merito.* Algunos quieren aplicar aquí el axioma: *causae ad invicem sunt causae,* pero no hay que olvidarse de añadir: *in diverso genere.* Ciertamente, existe una prioridad mutua de las causas final y eficiente, pero a condición de considerar rectamente que están en géneros diversos. Ahora bien, el principio radical de los méritos de María se encuentra en los méritos de Cristo, que suponen la Encarnación. Así pues, María no pudo merecer la Encarnación. Es claro, estamos aquí en el orden mismo de la causalidad. Ver a los Comentaristas de Santo Tomás in III, q. 2, a. 11, por ejemplo Billuart: *Nullum meritum est aut concipi potest pro praesenti hominum statu, quod non accipiat valorem suum et vim merendi ex Christi meritis.*

[8] Cfr. SANTO TOMÁS, *In Epistolam ad Haebreos,* 10, 25: *Motus naturalis (v. g. motus lapidis cadentis ad centrum*

La ley de la aceleración de la marcha de las almas hacia Dios, que se verifica aproximadamente en la vida de los santos, sobre todo por la Comunión frecuente [9], se verificó plenamente en María. Mientras que Jesús nunca se hizo mejor, *non profectu melioratus est Christus* [10], puesto que había sido concebido en absoluta plenitud de gracia, María, hasta su muerte, siempre fue mejor, hasta el instante de la plenitud final de gracia, y ese instante fue el de la entrada de su alma en la gloria [11].

Es un consuelo pensar que hay un alma que recibió plenamente todo lo que Dios quería darle y que nunca detuvo el resplandor de la gracia sobre las demás almas. Existe un alma absolutamente perfecta, que, sin obstáculo alguno, dejó manar en sí misma el río de vida divino que nunca estuvo un solo instante por debajo de lo que Dios deseaba de ella. Esa alma es la Madre

---

terrae) quanto plus accedit ad terminum, magis intenditur. Contrarium est de motu violento. Gratia autem inclinat in modum naturae. Ergo qui sunt in gratia, quanto plus accedunt ad finem, plus debent crescere. Item SANTO TOMÁS, I, II, q. 35, a. 6, ad 2: *Omnis motus naturalis intensior est in fine.*

9 En principio, si combatimos generosamente la negligencia y todo apego al pecado venial, cada una de nuestras comuniones debería ser sustancialmente más ferviente que la precedente, puesto que cada una debe no sólo conservar, sino aumentar en nosotros la caridad y disponernos, consecuentemente, a recibir a Nuestro Señor con un mayor fervor de la voluntad al día siguiente.

10 Cfr. *Concilium Constantinop. II* (Dz., 224).

11 Como dicen los teólogos, para describir ese instante, precedido por un tiempo divisible hasta lo infinito: *primum non esse viae, sed primum esse separationis animae a corpore, fuit primum esse vitae ejus gloriosae.*

de Dios, la de la Madre de todos los hombres, que vela por ellos para conducirles a la vida de la eternidad.

Tal es la redención soberana, no sólo liberadora y reparadora, sino preservadora; lo que motivó las palabras del arcángel Gabriel a María: *Ave, gratia plena; Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus*[12].

Las consecuencias de la Redención preservadora

¿Suprimió en María el privilegio del que acabamos de hablar todas las consecuencias del pecado original?

Cuando se trata de nosotros, incluso después del bautismo, que nos perdona la falta original dándonos la gracia santificante, junto con el cortejo de virtudes infusas y de dones del Espíritu Santo, ¿qué es lo que sucede? Incluso después del bautismo, en nosotros subsiste, como consecuencia del pecado original, la concupiscencia o el foco de apetito desordendo que alimenta las malas pasiones, la inclinación al error o la debilidad del juicio que fácilmente se extravía, y el dolor y la muerte.

Ninguna de estas perturbaciones existió en el estado de justicia original, en el que la naturaleza humana había sido elevada por la gracia y adornada de privilegios; el cuerpo estaba perfectamente sometido al alma, las pasiones a la recta razón y a la voluntad, la voluntad a Dios. El bautismo, perdonándonos el pecado original, nos

---

12 Lc 1, 28.

deja estas secuelas al igual que otras tantas ocasiones de lucha y de mérito.

Lo que asombra en María, es que el privilegio de la Inmaculada Concepción la sustrajo a dos consecuencias del pecado original, deshonrosas e incompatibles con su misión de Madre de Dios, pero no la sustrajo ni al dolor ni a la muerte. Se hace aquí una gran luz.

Desde el primer instante, María está exenta de toda concupiscencia: el foco de apetitos desordenados nunca existió en ella. Ningún movimiento de su sensibilidad podía ser desordenado, anticiparse a su juicio y su consentimiento. Se trata de la perfecta subordinación de la sensibilidad a la inteligencia y a la voluntad, y de la voluntad a Dios, como en el estado de inocencia. Así es María, Virgen de las vírgenes, purísima, *inviolata, intemerata,* torre de marfil, purísimo espejo de Dios.

Igualmente, María nunca estuvo sujeta a error, a ilusión: su juicio estaba siempre iluminado, era siempre recto. Como dicen las letanías, es el Trono de la sabiduría, la Reina de los doctores, la Virgen prudentísima, la Madre de buen consejo. Todos los teólogos enseñan que tuvo aquí en la tierra un conocimiento eminente y con una sencillez superior de lo que dice la Escritura sobre el Mesías, sobre la encarnación, sobre la redención. Fue iniciada en los temas del reino de los cielos mucho más que los Apóstoles. Del mismo modo, toda la naturaleza le hablaba del Creador, mejor que a los más grandes poetas. En su sencillez, su contemplación era superior a la de los mayores santos, a la de un San Juan,

un San Pablo, un San Agustín. María estaba por encima del éxtasis; no tenía necesidad de perder el uso de sus sentidos para unirse muy íntimamente a Dios; su unión era continua. Estuvo, así, perfectamente exenta de concupiscencia y de error.

Pero, ¿por qué el privilegio de la Inmaculada Concepción no sustrajo a María al dolor y a la muerte, consecuencias también del pecado original?

Verdaderamente, el dolor y la muerte en María, como en Jesús, no fueron, como en nosotros, consecuencias del pecado original, que nunca les rozó. Fueron consecuencias de la naturaleza humana que, de por sí, como la naturaleza del animal, está sujeta al dolor y a la muerte corporal. Sólo por un privilegio sobrenatural Adán inocente estaba exento de todo dolor y de la necesidad de morir.

Jesús, para ser nuestro Redentor por su muerte en la Cruz, fue originalmente concebido en una carne mortal, *in carne passibili,* y aceptó voluntariamente sufrir y morir por nuestra salvación. A ejemplo suyo, María aceptó voluntariamente el dolor y la muerte para unirse al sacrificio de su Hijo, para expiar con Él en nuestro lugar y rescatarnos.

Y, cosa asombrosa que causa la admiración de los contemplativos, el privilegio de la Inmaculada Concepción y la plenitud de gracia, lejos de sustraer a María al dolor, aumentó considerablemente su capacidad de sufrir. Precisamente porque era absolutamente pura, porque su corazón estaba abrasado por la caridad divina, María

sufrió extraordinariamente por los más graves males, por aquellos de los que nuestra ligereza nos impide afligirnos. Nosotros sufrimos por lo que hiere nuestra susceptibilidad, nuestro amor propio, nuestro orgullo; María sufrió por el pecado en la medida de su amor por Dios a quien el pecado ofende, de su amor por su Hijo a quien el pecado crucifica, en la medida de su amor por nuestras almas a las que el pecado asola y mata. Del mismo modo que el amor de la Virgen por Dios superaba aquí en la tierra el de todos los santos juntos, así ocurrió con su sufrimiento. En la tierra, mientras más próxima a Dios está un alma, es decir, mientras más ama, más consagrada está al sufrimiento. María no sólo amaba al Salvador como a su Hijo querido, sino como a su Hijo legítimamente adorado, con un corazón de virgen, el más tierno que haya existido nunca. La profundidad de su amor hizo de ella la reina de los mártires; una espada atravesó su pecho, tal como lo había anunciado el anciano Simeón.

El privilegio de la Inmaculada Concepción, lejos de sustraer a María al dolor, aumentó, así, sus sufrimientos y la dispuso tan bien a soportarlos, que no perdió ninguno. Finalmente, si este privilegio dejó a María sujeta a la muerte, tuvo la consecuencia de la Asunción. María, concebida sin pecado, preservada de toda falta, no debía conocer la corrupción de la tumba. El Salvador debía asociarla, así, a la gloria de la Ascensión y adelantar para ella la hora de la resurrección de los cuerpos.

Tales fueron las consecuencias de la Redención soberana en ella. María no sólo fue rescatada por la más perfecta Redención que pueda concebirse, sino que estuvo íntimamente asociada a la obra de la salvación de los hombres por el amor y por el sufrimiento.

La Redención preservadora nos recuerda el precio de una gracia menos elevada, pero muy necesaria para nosotros: la del bautismo. Si hemos nacido pecadores, el pecado original nos ha sido perdonado por la gracia bautismal, germen de la vida eterna, *semen gloriae*. Existe una inmensa diferencia entre un niño no bautizado y aquel que ha recibido el sacramento de la regeneración. Y como la plenitud inicial de gracia no cesó de aumentar, aquí en la tierra, en María, el germen de la vida eterna no cesará de aumentar en nosotros hasta nuestra muerte. Somos mucho más amados por Dios de lo que pensamos; para conocer todo el precio de la gracia santificante recibida en el bautismo, sería necesario haber visto a Dios, pues la gracia no es más que una participación real y formal de la vida íntima, de la Deidad.

Finalmente, la Redención soberana que acabamos de contemplar en María nos recuerda el precio de la santidad y nos invita a hacer una gran oración, sobre todo cuando se piensa en las tristezas de la hora presente en Rusia, en Méjico, en España. Como dicen los contemplativos, el estado actual del mundo es mucho más triste y mucho más bello de lo que pensamos. El mundo ya no quiere más santos, les expulsa de los países en los que hace estragos la persecución; pero Dios quiere dar al mundo santos de todas las edades y de todos los medios. Dios

quiere dar al mundo santos, pero hay que pedírselos y obtenerlos de su misericordia. En Roma, desde hace muchos años, las beatificaciones y canonizaciones se multiplican.

En los grandes momentos de desarrollo, como en la época de la herejía albigense y en la del protestantismo, Dios envió pléyades de santos, para continuar la obra de su Hijo y levantar a las almas afligidas y tentadas.

Si el mal es grande, no lo constatemos de modo deprimente, que descorazonaría a nuestro alrededor. Con santo realismo, miremos también el otro platillo de la balanza, en el que están los infinitos méritos del Salvador, los de María corredentora y mediadora, los de los santos. Es ésta la contemplación sobrenatural, superior a toda ciencia, contemplación que engendra en nosotros, por encima de los entusiasmos del momento, el *hambre y la sed de la justicia de Dios*. Ella dice que, para nosotros, no hay nada más verdadero y profundamente importante que la santidad y lo que nos encamina a ella. Cuando la contemplación sobrenatural es incontestable, como en María, se impone a todos como el profundo reino de Dios en las almas, y nos hace entrever ya aquí, en la tierra, la grandeza del misterio de la Redención o de la vida eterna devuelta a las almas que quieren abrirse para recibirla.

CAPÍTULO XVI

LA INTIMIDAD DE CRISTO

Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum?

¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?

(Mt 20, 21.)

Para adentrarse mejor en las profundidades del misterio de la Redención, es preciso hablar de la intimidad de Cristo o de la amistad de predilección que tiene por ciertas almas más fieles o más generosas. Entre estas almas hay una llamada en el Evangelio con estas simples palabras: *el discípulo que Jesús amaba.* Si queremos comprender el precio de la amistad del Salvador, su principio, su motivo, su ternura, su fortaleza, sus dones inestimables, contemplemos la que tuvo por San Juan.

El más amado de todos los Apóstoles debía ser muy perfecto para que Nuestro Señor le quisiera de ese modo. Y, sin embargo, no es la perfección de Juan lo que atrajo el amor de Jesús; por el contrario, ésta fue el efecto, el resultado de ese amor que se complacía en ella, dice Bossuet, como el artista en una obra bien hecha. El amor de Dios y de Jesús por nuestras almas

no presupone en nosotros la amabilidad, sino que la pone, la crea y la aumenta asimilándonos a Él. Deteniéndose en nosotros, el amor divino produce la vida de la gracia y no cesa de hacerla crecer si no ponemos obstáculos [1].

Veamos cómo Nuestro Señor, por su amistad, hizo a San Juan cada vez más parecido a sí mismo; nos inspiraremos en Bossuet [2], quien señala que el Salvador dio tres dones al discípulo amado: su Cruz, su Madre y su Corazón. Pero parece preferible seguir el orden inverso, que es el del tiempo: muestra mejor el progreso de la vida de la gracia en San Juan y cómo penetró el discípulo amado cada vez más en la intimidad de Cristo. En la Cena le dio su Corazón; poco después, al morir, le dio a su Madre; y seguidamente, para fecundar su ministerio, le dio su Cruz.

En la Cena Jesús da a San Juan su Corazón.

En ese momento, todos los Apóstoles son ordenados sacerdotes, reciben el carácter sacerdotal y la santa Comunión. Pero Juan, aún más próximo al corazón del Maestro, reposó su cabeza en el pecho sagrado del Salvador.

En el momento de la institución del Sacramento que tiene por fin aumentar el amor de Dios en nosotros, Nuestro Señor quiso que uno de sus Apóstoles, privilegiado, sintiese más vivamente los latidos de su corazón, que no dejaría,

---

[1] Cfr. SANTO TOMÁS, I, q. 20, a. 2: *Amor Dei est infundens et creans bonitatem in rebus.* A este principio Santo Tomás une todo el tratado de la gracia: cfr. I, II, q. 110, a. 1, c. y ad 1: *Causatur ex dilectione divina, quod est in homine Deo gratum.*

[2] *Panegírico de San Juan.*

de ahora en adelante, de vivir en la Eucaristía, para el perfecto consuelo y regeneración de las almas.

¿Qué gracia interior recibió entonces San Juan? Uno la sospecha, recordando que del cuerpo de Jesús salía una virtud que curaba a los enfermos; con mayor razón de su Corazón salía una gracia que vivificaba los corazones. Con toda certeza, Juan recibió entonces una gracia de luz y de amor: conoció experimentalmente que el Corazón del Salvador sólo vive por el amor de Dios y de las almas, comprendió cómo, aquí en la tierra, la Eucaristía es la gran manifestación de ese amor y, bajo apariencias muy humildes, la vida misma de Dios siempre presente entre nosotros. Predestinado desde toda la eternidad a ser el gran doctor de la caridad, Juan fue a beber la caridad en su misma fuente, y a recibir la inspiración de las palabras que enternecerán santamente a los fieles hasta el fin de los tiempos. Para mejor hablar del amor del Salvador por nosotros, llegó a sentir de cerca los ardores de ese fuego espiritual que quema sin destruir y que quiere transformarnos en él.

Al igual que San Pablo recuerda que fue elevado hasta el tercer cielo, San Juan se acuerda de que reposó sobre el corazón del Maestro.

Por ello, ¡cómo ha hablado el águila de los evangelistas! Reduce toda la doctrina cristiana a los puntos fundamentales: Dios es luz y amor. Él es el primero que gratuitamente nos ha amado: nuestro amor debe ser una respuesta al que nos ha mostrado Dios, y la caridad fraterna debe ser la mayor señal de nuestro amor a Él. Lo resume en su primera epístola: *Carísimos, amémonos unos a otros porque lo caridad procede*

de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por Él. En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, como propiciación para nuestros pecados. Carísimos, si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros... Dios es amor, y el que vive en amor permanece en Dios, y Dios en él[3]. Aquí está resumido todo el dogma y toda la moral cristiana reducida a su principio: El amor de Dios y del prójimo, la caridad que debe inspirar y animar todas las virtudes. Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos[4]. Esta es la gran señal del amor de Dios.

Lo que Juan recibió, el Corazón del Maestro, también nosotros lo hemos recibido. Podemos recibir todos los días en la Comunión el Corazón eucarístico de Jesús. Y si le recibimos, y creemos en Él, podemos imitarle. El Corazón del Salvador se abre a todos los fieles, en Él estamos todos reunidos, para ser consumados en uno. No aparta a nadie.

Para entrar en la intimidad de Cristo, también es preciso, a ejemplo suyo, tener un corazón que no excluya a nadie, que olvide los errores del prójimo, un corazón sensible a los sufrimientos de los demás, un corazón generoso o magnánimo, que no retiene nada para sí, que da su

---

[3] Io 4, 7-16.
[4] Io 3, 14.

vida a los demás y la posee mucho mejor. Recordemos que los bienes de Dios se multiplicarán tanto más cuanto más deseemos compartirlos con nuestros hermanos; no se pierde la verdad, la bondad, cuando se la da: se la posee aún más y santamente.

Regocijémonos también viendo en el prójimo lo que nos falta; lejos de dejarnos llevar por la envidia, gocemos de sus cualidades, que son las nuestras en un cierto sentido, puesto que no somos más que uno en el Cuerpo místico de Cristo. La mano puede gozar de lo que el ojo ve. Así, la caridad enriquece nuestra pobreza; nos da todos los bienes comunes; nos apropia en un sentido de todos los dones del Cuerpo místico del Salvador, y nos hace participar ya en una cierta medida de todos los bienes de la Ciudad de Dios.

Para entrar aún más en la intimidad de Cristo es preciso ser de la escuela de María, que penetró más que ninguna otra criatura en ese santuario. Por ello, Jesús, en el momento de morir, confió a su Madre a San Juan.

De todos los Apóstoles, sólo San Juan está al pie de la Cruz. Allí está, con el corazón destrozado, testigo de todas las torturas físicas y morales del Maestro. Jesús le ha atraído invenciblemente para hacerle oír sus últimas palabras y para darle una última prueba de su amor.

Los que van a morir dejan a aquellos que les son más queridos un testimono de afecto lo más expresivo posible. En el momento de morir, ¿qué dejará Jesús a San Juan? No tiene nada; ha sido despojado de todo, abandonado por todos; in-

cluso parece ser rechazado por su Padre, cuando, víctima en lugar nuestro, dice las primeras palabras del Salmo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* En esa completa desnudez, ¿qué dejará Jesús a San Juan?

Le deja un recuerdo vivo, al alma santísima a la que quiere más que a todas las demás juntas, le deja a María; le dice a San Juan: *He ahí a tu madre,* y a María: *Mujer, he ahí a tu hijo*[5]. *Y desde aquella hora,* cuenta el cuarto Evangelio, *el discípulo la recibió en su casa.*

Si el contacto con el Corazón de Jesús en la Cena vivificó espiritualmente el corazón de Juan, las palabras del Salvador, dichas desde lo alto de la Cruz, producen, también, como las palabras sacramentales, lo que significan. Están dichas por Aquel que va a morir, pero que siempre es lo suficientemente fuerte para tocar los corazones y enriquecerlos como le place.

Por así decirlo, esas palabras crearon entre María y Juan un lazo espiritual muy íntimo, análogo al que unió a Jesús a su santa Madre. Dieron a María un afecto totalmente maternal y profundísimo, que envolverá de ahora en adelante el alma de San Juan, y al discípulo una ternura totalmente filial y respetuosa que verdaderamente hace de él el hijo espiritual de María.

En esa hora de angustia, las palabras de Cristo agonizante entraron en el fondo de su alma como un bálsamo para suavizar sus sufrimientos y calmar los desgarramientos de su corazón. Fue un consuelo inmenso para San Juan y otro tanto para María, pues Ella, que veía a las almas, descubrió en el discípulo amado lo que éste no veía,

---

5 Io 19, 27.

la viva imagen del Salvador, *alter Christus*, imagen que María estaba encargada de perfeccionar, de hacer cada vez más parecida al divino modelo.

Así, muy a menudo, en la historia de las almas, cuando Jesús parece retirarse para probar la confianza de sus amigos, les deja a su santa Madre, les confía a María.

No se sabría decir todo lo que San Juan recibió de la Virgen. Si las conversaciones de San Agustín y de Santa Mónica en Ostia fueron tan elevadas, ¿qué habremos de pensar de las de María y San Juan?

Por la plenitud de gracia que había recibido, la Madre de Dios era superior a los ángeles; su corazón ardía con una caridad cuya intensidad sobrepasaba la de todos los santos juntos; esa llama viva no cesaba un solo instante de elevarse hacia Dios, incluso durante su sueño, en el que se verificaban las palabras del Cántico: *Ego dormio, et cor meum vigilat*... Duermo, pero mi corazón vela[6].

En pareja intimidad sobrenatural, ¡cuánto debió crecer la caridad de San Juan, sobre todo cuando celebraba la Santa Misa en presencia de María, por sus intenciones, y le daba la Comunión! ¿No sabía que la Virgen era incomparablemente superior a él por la inteligencia del sacrificio del altar que perpetúa en substancia el de la Cruz? María no tenía el carácter sacerdotal y no podía consagrar, pero había recibido la plenitud del espíritu del sacerdocio, el espíritu de Cristo redentor. Mediadora universal y Corredentora, no cesaba de elevar hacia Dios el alma

---

6 Cant 5, 2.

del Apóstol; éste quedó cautivado, así, por la vida oculta y se convirtió en el modelo de los contemplativos.

La pureza había preparado a San Juan para vivir en la intimidad de Cristo; le dispuso a heredar su amor por María, quien fue profundísimamente su verdadera madre espiritual.

Siguiendo el ejemplo de San Juan, pongámonos bajo la dirección inmediata de la Virgen tal como nos invita San Grignion de Montfort. Ella es nuestra mediadora cerca de Cristo, como Él mismo es nuestro mediador cerca de su Padre. Ella será nuestro consejo y nuestra fortaleza, nuestra defensa contra el demonio; aumentará el precio de nuestros méritos ofreciéndoselos ella misma a su Hijo; abandonémosle el valor satisfactorio e impetratorio de nuestros actos, de nuestras luchas, de nuestras creaciones, para que beneficie, según su beneplácito, a las almas que tienen más necesidad. Despojarnos así será enriquecernos. Conducidos por María, seguiremos con más seguridad el camino trazado por el Verbo, que le obedeció en la tierra; correremos, así, en el camino de los mandamientos de Dios, porque recibiremos la gracia que dilata el corazón, según las palabras del Salmo: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.* Por sus inspiraciones, la Santísima Virgen nos enseñará mil cosas, como una buena madre entrega a su hijo con una simple mirada, sin ruido de palabras, el tesoro de su vida interior. Con Ella y en su intimidad haremos en algunos días más progresos que durante años de trabajo personal lejos de Ella. Así habla San Grignion de Mont-

fort, verdadero hijo espiritual de María, como lo fue San Juan[7].

Nuestro Señor dio a San Juan su Corazón, le dio a su Madre, ¿qué más le dará aún para fecundar su ministerio apostólico? Le dará su Cruz y le hará comprender progresivamente su inestimable precio.

La amistad de Jesús no sólo tiene dulzuras y complacencias; es tan fuerte como tierna, tiende a purificar por la prueba y a asociar a las almas al misterio de la Redención por el sufrimiento.

Los Apóstoles no lo comprendieron inmediatamente. Como Jesús hablase de la fundación del reino de Dios, los Apóstoles se preguntaron un día quién de entre ellos sería el más grande en ese reino. Entonces, como cuenta San Mateo, Jesús, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: *En verdad os digo, si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos*[8]. También había dicho muchas veces el Maestro: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*[9]. Pero los Apóstoles aún no comprendían todo el sentido de esa palabra: la Cruz. No podían hacerse a la idea de que Jesús sería crucificado. Sin embargo, se lo había predicho muchas veces.

---

7 Ver su tratado *Traité de la vraie dévotion à Marie*, c. 4, a. 5; c. 5, a. 2, y el resumen que hizo bajo el título: *Le secret de Marie*.

8 Mt 18, 2.

9 Mt 16, 24.

Un día, subiendo a Jerusalén con ellos, Nuestro Señor renovó la predicción de su Pasión, de su crucifixión, de su resurrección; quiso grabarla más profundamente en el espíritu de Juan y de su hermano. En ese momento la madre de estos discípulos se aproximó a Jesús, y se prosternó para pedir algo. Como cuenta san Mateo, Jesús le dijo: *¿Qué quieres? Ella le contestó: Di que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino. Respondiendo Jesús, les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber? Dijéronle: Podemos. Él les respondió: Beberéis mi cáliz, pero sentarse a mi diestra o a mi siniestra no me toca a mí otorgarlo; es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre*[10]. Desde ese día Jesús dio su Cruz al discípulo amado.

Estas palabras del Salvador, como las demás dichas a San Juan, producen en el alma del discípulo lo que significaban. A partir de ese instante Juan ya no intentará ser el primero; comenzó a amar el sufrimiento, la humillación, y ese amor no cesó de crecer en su corazón bajo la influencia de la gracia.

Jesús le hizo cada vez más parecido a Él; ahora bien, Él ha venido para sufrir como víctima de salvación, para salvarnos por su agonía, más que por sus sermones. Así, pues, a San Juan le unirá cada vez más a su vida de trabajo y de crucificado. Cuando Jesús entra en algún sitio, dice Bossuet, entra con su Cruz y sus espinas; y les hace partícipes a aquellos que le aman. Pues bien, San Juan es su apóstol amado; de

[10] Mt 20, 21.

ahí que le haga el presente de esa grandísima gracia que es el amor a la Cruz.

Juan, primero, creía que, para tener un lugar de predilección en el reino del Hijo de Dios, era necesario estar sentado a su derecha y revestido de su gloria. Va a aprender que en la tierra se entra con toda profundidad en ese reino por medio del sufrimiento, sabrá cómo la prueba nos ilumina para contemplar a Jesús en las almas. La aflicción le abrirá los ojos, entenderá el profundo sentido de la más alta beatitud, la más sorprendente para la razón humana: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.* Es de ellos, ya en la tierra, en el seno mismo de la persecución, por la paz que Jesús les da.

¿Cuál fue la cruz de Juan? Viendo las cosas desde fuera, parece que, entre todos los Apóstoles, él tuvo la más ligera. Solamente él, entre ellos, no murió en los sufrimientos del martirio. Sin embargo, sufrió persecución, pues bajo Domiciano, en Roma, fue echado a una caldera de aceite hirviendo. Pero ese aceite se convirtió en rocío y salió fortalecido y purificado. Seguidamente fue exiliado a Patmos, allí se le apareció Nuestro Señor glorificado y le reveló sus secretos, dándole la orden de escribirlos en el Apocalipsis, el más misterioso de todos los libros sagrados.

Viendo las cosas desde fuera, la cruz de San Juan parece haber sido más ligera que la de los demás apóstoles. Pero como dice Bossuet: *La cruz de San Juan, interior, fue la más grande de todas. Aprended el misterio y considerad las dos*

cruces de Nuestro Salvador. Una se ve en el Calvario, y parece la más dolorosa; otra es la que llevó a lo largo de toda su vida, la más penosa[11]. Jesús se lo dice muchas veces a Santa Catalina de Siena, esa cruz interior es la del deseo de salvación de las almas, deseo combatido por el espíritu del mal, por el espíritu del mundo, por la concupiscencia que arrastra a millares de almas a su perdición. En la vida de Jesús podemos seguir el progreso de la malicia de los que se encarnizan contra Él, lo que hace que la sed de salvación de las almas que le quema y le consume sea más ardiente. A menudo, el martirio del corazón es más doloroso que el otro, y no sólo puede durar algunas horas, sino largos años.

Sobre todo, Dios dio a San Juan esa cruz interior del deseo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. No hería los sentidos, pero estaba impresa por Dios en el fondo del alma junto con el vivísimo deseo de la salvación de los pecadores. Para hacer al Apóstol capaz de llevar esa cruz interior, Jesús le inspiraba el amor por los sufrimientos, que avivaba el deseo al tiempo que le calmaba e impedía que el alma reposase fuera de Dios. Del mismo modo, si ciertas almas llamadas a la santidad se paran de modo demasiado natural ante una satisfacción que proviene de las criaturas, rápidamente Nuestro Señor pone en esa satisfacción una gota de amargura, y la amargura supera con mucho el placer gustado; es una gracia crucificante y purificadora.

Finalmente, la cruz interior de San Juan provino fundamentalmente de las herejías que mutilaron la Santa Iglesia negando la divinidad de

11 *Panégyrique de Saint Jean*, primer punto.

Jesús. ¡Cómo debió torturar esa negación el corazón de aquel que escribió el cuarto Evangelio, Evangelio que tenía por fin mostrar al Verbo encarnado en toda su gloria! Esa cruz interior provenía también de las divisiones que se produjeron en la Iglesia naciente con gran detrimento de la caridad. El Apóstol, con ochenta años, se hacía llevar por sus discípulos a la iglesia de Éfeso, y no pudiendo ya predicar largamente decía: *Hijitos míos, amaos los unos a los otros.* Él, que en su juventud, por su amor, había sido llamado junto con su hermano por Nuestro Señor, *boanerges,* hijo del trueno, ya no sabía hablar más que de la caridad fraterna, la gran señal del amor de Dios. No había perdido nada de su ardor, de su sed de justicia, pero se había espiritualizado y se acompañaba de una gran dulzura. Y como sus auditores le preguntasen por qué repetía siempre lo mismo, les decía: *Es el mandamiento del Señor, y si lo cumplís, basta.*

Tal fue la cruz de Juan, fundamentalmente interior.

También el Señor nos la da a nosotros. Hay tres clases de cruz: las que son inútiles, como la del mal ladrón; las que se llevan para reparar las propias faltas y merecer la salvación, como la del buen ladrón; y luego están las que recuerdan la Cruz del Salvador y que se llevan para trabajar con Él por la salvación de las almas. La cruz bien llevada nos lleva a su vez; abre los ojos y conduce a la contemplación, a ver a Dios oculto en las almas. Si a veces nos parece muy pesada, pidamos al Señor que nos dé el amor del sufrimiento, que al menos nos oriente en ese camino.

Es lo que Él quiere, puesto que nos ha dado

su Corazón, que es un corazón triturado. Nos ha dado también a su Madre, y una de las mayores gracias que puede obtenernos Nuestra Señora de los dolores es la de saborear la cruz que el Señor nos impone para purificarnos y hacernos trabajar por la salvación de las almas[12]. Verdaderamente, esto es entrar en la intimidad de Cristo y participar en su vida oculta y dolorosa antes de participar de su vida gloriosa en el cielo[13].

---

[12] La expresión *saborear la Cruz* recuerda que Nuestro Señor ha declarado: *En verdad os digo que hay algunos entre los presentes que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del hombre venir en su reino* (Mt 16, 28). SANTO TOMÁS dice a este propósito (*In Matthaeum*, 16, 28): *Peccatores absorbentur morte sed justi gustabunt mortem:* los pecadores son absorbidos, como engullidos por la muerte, los justos gustan la muerte, que es la entrada en la vida eterna.

[13] Para entrar en la intimidad de Cristo, releamos a veces el himno compuesto por una abadesa benedictina del siglo XIV:

Jesu dulcis memoria,	Jesús de dulce memoria,
Das vera cordis gaudia:	Tú das los verdaderos goces del corazón;
Sed super mel et omnia,	pero más dulce que la miel y que todo
Ejus dulcis praesentia.	es dulce tu presencia.
Nil canitur suavius,	Nada más suave de cantar,
Nil auditur jucundius,	nada más grata de oír,
Nil cogitatur dulcius,	nada tan dulce pensar,
Quam Jesus Dei Filius.	como Jesús Hijo de Dios.
Jesu, spes poenitentibus,	Jesús, esperanza de los penitentes,
Quam pius es petentibus!	¡cuán tierno eres con los que te invocan!,
Quam bonus te quaerentibus!	¡cuán bueno para los que te buscan!,
Sed quid invenientibus?	pues, ¿qué serás para los que te hallan?

No menos bella es esta oración alemana cantada desde hace mucho tiempo por los fieles:

Ich danke dir, Herr Jesu Christ,
Dasz du für mich gestorben bist.
Lass dein Blut und deine Pein
An mir docht nicht verloren sein.
O Liebe, o unendliche Liebe Gottes!

Gracias, gracias, Señor Jesús,
por haber muerto por nuestra salvación.
¡No permitas que tu Sangre y tu Cruz
se pierdan para siempre para mí!
¡Oh amor, oh amor infinito de Dios por nosotros!

Digamos con San Nicolás de Fluë: *Nimm mich mir, und gib mich dir:* ¡Señor, tómame y dame a Ti!

Capítulo XVII

JESUS Y LAS DIVERSAS FORMAS DE SANTIDAD

Mansiones multae sunt in domo Patris mei.

En la casa de mi Padre hay muchas moradas.

(Io 14, 2.)

Las participaciones de su vida en nosotros

La intimidad de Cristo, de la que acabamos de hablar, reviste diferentes formas que contribuyen a la armonía del Cuerpo místico de Nuestro Señor, es decir, a su variedad en su profunda unidad. En la Iglesia, la unión de estas dos notas: La unidad y la catolicidad, la unidad de fe, de esperanza, de caridad, de culto, de gobierno, pese a la diversidad de lugares y de tiempo, de razas, de lenguas, de costumbres, de instituciones, constituye, en medio de tantas causas de división, un milagro moral permanente[1]. Tam-

---

[1] El Concilio Vaticano I Dz., 1.794) dice: *Ecclesia per se ipsa, ob suam nempe admirabilem propagationem, eximiam sanctitatem et inexhaustam in omnibus bonis foecunditatem, ob catholicam unitatem, invictamque stabilitatem, magnum quoddam et perpetuum est motivum*

bién es la realización de una profecía de Cristo, quien anunció que su Iglesia debía extenderse a todos los pueblos [2] y que, sin embargo, debía permanecer siendo perfectamente una [3] para conducir a las almas de todos los países y de todos los siglos a la vida eterna.

Es importante comprender bien la razón de esta variedad en la unidad. La diversidad de temperamentos, de caracteres, de fisonomías espirituales, es a menudo una ocasión de sufrimientos salutíferos, pero también de faltas a la caridad, de irritación, de impaciencia, de juicios temerarios. En nuestra estrechez, a veces quisiéramos que todas las almas fuesen absolutamente parecidas, que tuviesen la misma inclinación dominante que nosotros. Gracias a Dios no ocurre así. La armonía de la Iglesia, la de las Ordenes religiosas e incluso la de las comunidades exige una cierta diversidad. En la vasta y fértil planicie que es la Iglesia se elevan muchas colinas desde lo alto de las cuales se ve cómo con los ojos de un San Benito, o de un Santo Domingo, o de un San Francisco, o de un San Ignacio, o de una Santa Teresa. *En la casa de mi Padre hay muchas moradas,* ha dicho Nuestro Señor.

Para tener ideas claras en este punto conviene considerar las diferentes formas de santidad que responden a diversas inclinaciones dominantes y

---

credibilitatis et divinae suae legationis testimonium irrefragabile.

2 Cfr. Mt 28, 19: *Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* Item Mc 16, 15.

3 Cfr. Io 17, 20: *Pero no ruego sólo por éstos* (por los Apóstoles), *sino por cuantos crean en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti.* Cfr Ht 16, 18. Io 10, 16; Act 1, 2.

a diferentes pruebas. Cada fisonomía espiritual tiene su grandeza y su belleza.

Se ha señalado muchas veces: la santidad aparece bajo tres formas bastante distintas, que corresponden a tres gracias predominantes, y que tienden a acercarse, como caminos que, por vertientes opuestas, conducen a la cima de la montaña. Estas tres formas de santidad están eminentemente contenidas en el alma santa de Cristo y en María.

La santidad aparece bajo tres formas bastante distintas, que responden a tres grandes deberes para con Dios: conocerle, amarle, servirle. Sin duda alguna, todo cristiano debe observar cada uno de estos tres deberes; pero, en el Cuerpo místico, éste debe ejercer tal función y aquél tal otra.

Hay almas santas que tienen, sobre todo, la misión de amar a Dios con un amor ardiente y de reparar, así, las ofensas de las que es objeto; reciben en buena hora gracias de amor que transforman su voluntad y la convierten en una fuerza viva que no cesa de afanarse por la gloria de Dios y la salvación del prójimo.

Otras almas deben sobresalir en la contemplación de Dios, hacerle conocer, indicarnos el camino que lleva a Él; desde el principio reciben gracias de luz que iluminan progresivamente su inteligencia y constituyen como un faro para guiar a los fieles en su viaje hacia la eternidad.

En fin, otras almas tienen, sobre todo, la misión de servir a Dios, por la fidelidad en el deber cotidiano, en diferentes obras de caridad; aquí, la memoria y la actividad totalmente práctica

son puestas incesantemente, bajo el influjo de las virtudes teologales, al servicio de Dios y del prójimo.

Contemplemos sucesivamente las tres formas de santidad, que parecen representadas, como se ha dicho muchas veces, por los tres privilegiados apóstoles que Nuestro Señor condujo al Tabor y luego a Getsemaní: Pedro, Juan y Santiago.

Cada una de esas almas sobresale naturalmente en el ejercicio de una facultad y, como la gracia perfecciona la naturaleza en lo que ésta tiene de bueno, alcanza más directa y más vivamente esta facultad, para repartirse seguidamente sobre las otras menos despiertas. La gracia utiliza, así, para nuestra perfección y nuestra salvación las fuentes de nuestra naturaleza y constituye nuestra inclinación sobrenatural especial, que siempre debemos seguir, puesto que es inclinación de Dios[4]. Pero, por el contrario, cada una de esas almas tiene un defecto dominante que vencer, un escollo que evitar, y por ello el Señor envía a cada uno las pruebas apropiadas.

Iluminados los directores, éstos reconocen en las almas la inclinación sobrenatural especial que Dios les da e, igualmente, el defecto dominante

[4] SANTO TOMÁS (I, II, q. 66, a. 2, ad 2), después de haber demostrado que todas las virtudes infusas en conexión con la caridad crecen juntas proporcionalmente, como los cinco dedos de la mano, señala, sin embargo, que un santo sobresale en tal virtud y otro en tal otra, porque está más inclinado por naturaleza y por vocación especial o atractivo de la gracia: *Unus sanctus laudatur praecipue de una virtute et alius de alia propter excellentiorem promptitudinem ad actum unius virtutis quam ad actum alterius.*

a combatir. Es conveniente conocer uno y otro, el blanco y el negro, para tener la inteligencia de las pruebas que Dios nos envía, para aprovecharlas mejor, y para evitar juzgar temerariamente a otras almas que van hacia la misma cima, pero por otra vertiente. Aquellos que son como naturalmente suaves deben convertirse en fuertes, y los que son como naturalmente fuertes deben ser suaves. *Alius sic, alius sic ibat,* decía San Agustín; hay diferentes caminos que conducen al mismo fin, y sobre la misma ruta se puede caminar menos rápido que otro, y, no obstante, no quedarse atrás[5].

En la formación de las almas, el Señor encuentra el medio de utilizarlo todo. No toma el alma de un hombre de acción devorado de celo o de un misionero, igual que la de un teólogo, como Santo Tomás; la de un pintor, como un Angélico; de un poeta, como Dante; de un músico, como Beethoven; pero todo lo utiliza para la expresión de la fe, de la esperanza y de la caridad. Y para ello utiliza, en un teólogo, la

---

[5] Los diversos caracteres no tienen su causa, como los temperamentos, en las diferencias del organismo; son rasgos distintivos de las almas mismas. En el primer período de la vida espiritual, mientras que los sentidos conservan algún predominio, el temperamento todavía se muestra mucho más; pero después de la segunda conversión o purificación pasiva de los sentidos, el temperamento pierde mucha influencia y, siendo las facultades superiores mucho más fuertes, se manifiesta más la fisonomía espiritual de cada uno. Hay que desconfiar de las clasificaciones artificiales, pero no de las que se basan en la naturaleza misma del alma y de sus facultades; las diferentes fisonomías espirituales, las del hombre de estudio, del hombre de acción o del artista, corresponden al ejercicio predominante de tal facultad y a la gracia que pone esa facultad al servicio de Dios.

lógica de Aristóteles, como en un artista las sabias armonías de sonidos y colores. Y en último análisis, nada vale, en el orden intelectual y en el orden sensible, más que como expresión de las perfecciones divinas. Hay diferentes vertientes para elevarse a esa cima, pero nada puede interesarnos de modo profundo y durable excepto lo que conduce a ella. El oficio de la fiesta de Todos los Santos señala admirablemente todos los matices de la santidad entre los Apóstoles, los Mártires, los Doctores, los Confesores, las Vírgenes.

Las almas en las que predomina el ejercicio de la voluntad y el ardor del amor se parecen a los Serafines[6]. Según la Revelación, estos ángeles superiores están abrasados por el amor que el Espíritu Santo les comunica, y ese amor les lleva a contemplar las sublimes bellezas de Dios. Su llama espiritual es aún más ardiente que luminosa. Cantan el: *¡Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos!*[7]. Constituyen el orden supremo de la primera jerarquía angélica. En ellos, que tienden hacia Dios, la virtud más alta es la caridad, o el amor divino, incompatible, en oposición a la ciencia, con el pecado mortal[8].

Del mismo modo, las almas ardientes son penetradas primero por gracias de amor; se inclinan al bien con celo y firmeza, y a menudo se

[6] Su nombre significa *los ardientes*. Representan la santidad divina, su oficio es consumir o destruir el pecado por el carbón ardiente del amor. Cfr. Is 6, 2-7.
[7] Is 6, 3.
[8] SANTO TOMÁS, q. 63, a. 7, 1; a. 9, 3; q. 108, a. 5, 5; q. 109, a. 1, 3.

preguntan: ¿Qué haré por Dios? Tienen una ardiente sed de sufrir, de mortificarse, para probar a Dios su amor, para reparar las ofensas de las que es objeto y para salvar a los pecadores. Sólo en segundo lugar se aplican a conocer mejor a Dios.

A este grupo de almas parecen pertenecer el profeta Elías, *lleno de celo por el Señor*[9]; el apóstol Pedro, crucificado con la cabeza hacia abajo por humildad y amor a su Maestro; los grandes mártires: San Ignacio de Antioquía, San Lorenzo, el seráfico Francisco de Asís, Santa Margarita María, llevada desde su juventud a sufrir por amor en espíritu de reparación, San Benito José Labre, apasionado de la Cruz. Igualmente, en el apostolado y la entrega al prójimo, San Carlos Borromeo, San Vicente de Paúl y tantos otros.

Todas estas almas son más sobresalientes por su caridad, por el ímpetu de corazón hacia Dios, que por sus luces.

Para aquellas que no fuesen suficientemente dóciles al Espíritu Santo, el escollo estaría en la misma energía de su voluntad, que puede degenerar en rigidez, terquedad y obstinación. En los que son menos fervorosos, es un defecto dominante bastante visible; su celo no está suficientemente esclarecido, ni es suficientemente dulce y paciente. Algunas de éstas pueden darse en demasía a las obras activas a expensas de la oración.

La prueba que el Señor les envía tiende sobre todo a doblegar su voluntad y a veces romperla cuando se ha hecho demasiado rígida. Permite

---

[9] 3 Reg 19, 10: *Zelo zelatus sum pro Domino...*

manifiestos fracasos para que el ardor natural se transforme en un celo verdaderamente sobrenatural, desinteresado, paciente y dulce. Les enseña a poner su confianza no en el entusiasmo natural del corazón, sino en la Misericordia divina que siempre nos socorre. El Señor también humilla a esas ardientes almas permitiendo en ocasiones violentas tentaciones, incluso la desesperación, como le sucedió a Elías acostándose en el desierto bajo un enebro[10]. Permite incluso caídas como la negación de San Pedro.

También les envía grandes arideces en una contemplación dolorosa, pero amante y muy meritoria. Su ardiente amor les quema, les consume y les hace sufrir mucho por todas las ofensas que se alzan contra Dios. Les estimula a expiar o a reparar.

Así se forman esas almas más ardientes que luminosas, en las que domina el celo ardiente de la caridad, la más alta virtud teologal.

En un segundo grupo de almas primero domina sobre todo el ejercicio, no de la voluntad, sino de la inteligencia. La gracia que comienza más directa y vivamente a elevarles es una gracia de luz. Se parecen a los querubines que están, dicen los profetas, alrededor del trono de

---

10 3 Reg 19, 4: *Elías prosiguió su camino por el desierto durante una jornada; y habiendo llegado a ella, y sentándose debajo de un enebro pidió para su alma la muerte diciendo: Bástame ya, Señor: llévate mi alma; pues no soy mejor que mis padres... Quedóse dormido cuando he aquí que un ángel del Señor le tocó y dijo: Levántate y come... porque te queda que andar un largo camino.*

Dios [11]. Estos ángeles, admirablemente iluminados por la luz que les comunica el Verbo eterno, son arrebatados primero por la admiración, contemplan la belleza de Dios y son llevados a amarle y a darle a conocer a los demás [12]. Su llama espiritual es primeramente más luminosa que ardiente.

Igualmente, estas almas están iluminadas, en primer lugar, por gracias de luz; son llevadas a deleitarse en la contemplación de Dios, en la gran visión de conjunto que da el precio de la sabiduría. Sólo por vía de consecuencia el amor les aumenta. Experimentan en menor grado que las precedentes la necesidad de actuar, de mortificarse, de sufrir para reparar; pero, si son fieles, llegan al heroico amor por el Dios que les arrebata.

A esta familia de almas pertenecen los grandes doctores de la Iglesia, un San Agustín, un San Anselmo, un San Alberto Magno, un Santo Tomás de Aquino, muchos otros que, a lo largo de los siglos, han sido como los faros que muestran a la humanidad el camino que lleva a Dios.

El escollo para estas almas menos perfectas es, a menudo, contentarse con las luces que les son dadas y no conformar suficientemente su vida a éstas. Mientras que su inteligencia está muy iluminada, frecuentemente a su voluntad le falta ardor; San Francisco de Sales gemía por ello pidiendo gracias de fortaleza.

No es algo raro que les sean enviadas grandes pruebas interiores a estas almas. La noche de

[11] Dan 3, 55: *Bendito eres tú, Señor, que penetras los abismos y estás sentado sobre querubines: qui sedes super cherubim.* Ps 17, 11; 89, 2; Is 37, 16.

[12] SANTO TOMÁS, I, q. 63, a. 7, 1; q. 108, a. 5, 5.

los sentidos y la del espíritu, descrita por San Juan de la Cruz, les conduce progresivamente al desasimiento completo y a la generosidad en el amor. Sin embargo, para esas almas, las pruebas interiores son, por regla general, menos dolorosas que para las precedentes. Las luces que reciben les consuelan, tienen gran atracción por la oración contemplativa; pero gimen mucho tiempo por su falta de energía. Su amor por la verdad hace que sufran particularmente por el error, por las falsas direcciones doctrinales, que extravían a las inteligencias. Es su gran cruz y un estímulo para trabajar dando a conocer a Dios.

Cuando las almas luminosas son purificadas por el sufrimiento y permanecen fieles a las luces que Dios les envía, aspiran cada vez más a unirse a Él, a sumergirse en Él, a perderse sin volver sobre sí mismas. Un alma luminosa fiel estará más unida a Dios que un alma ardiente infiel.

Hay grandes santos, como San Pablo, San Juan, San Benito, Santo Domingo, Santa Gertrudis, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, que a la vez y desde el comienzo de su ascensión han sido muy contemplativos y muy ardientes; en buena hora reunieron las cualidades de estos dos primeros grupos de almas, que tienden, por otra parte, a unirse acercándose a la cima hacia la que todas deben encaminarse.

Finalmente, hay almas que sobre todo tienen la misión de servir a Dios por la fidelidad al deber cotidiano. La facultad que más se ejerce en ellas es la memoria junto con la actividad de orden totalmente práctico. Es la mayor parte

de los cristianos. Su memoria les hace estar atentos a los hechos particulares; se conmueven con la historia de los beneficios de Dios, ya sea en el Antiguo Testamento, ya sea en el Evangelio y la vida de la Iglesia. Se impresionan fácilmente por una palabra de la liturgia, un rasgo de la vida de un santo. La gracia se adapta a su naturaleza y les muestra claramente, en sus múltiples ocupaciones, el deber a cumplir, como glorificar a Dios y socorrer al prójimo.

La inspiración divina raramente les da vistas de conjunto, pero les hace muy atentos a los diversos modos de perfección. De aquí que estas almas, si son fieles y generosas, lleguen a un conocimiento muy práctico y vívido de las cosas divinas y a un gran amor de Dios y del prójimo. Pueden, así, llegar a los más altos grados de santidad.

El escollo estaría aquí en atarse demasiado a la práctica, buena en sí misma, pero que no conduce inmediatamente a Dios, a ciertas austeridades exteriores y a ciertas oraciones vocales. Entonces corren el riesgo de caer en la minuciosidad, los escrúpulos, de apegarse con exceso a métodos útiles al principio, pero demasiado mecánicos: ello puede impedir la intimidad de la unión con el Señor.

Las pruebas de estas almas generalmente se encuentran menos en la vida interior que en la práctica de la caridad fraterna y en el ejercicio de su abnegación. Sufren mucho por los defectos del prójimo y los obstáculos que encuentran en las obras de las que se ocupan. Las grandes purificaciones interiores aparecen notablemente más tarde que en las almas precedentes; sin em-

bargo, si son generosas, también llegan a una intimísima unión con Dios.

Tales son las tres formas de santidad que parecen estar manifestadas en los tres apóstoles privilegiados, Pedro, Juan y Santiago, a los que el Señor condujo con Él al Tabor, y luego a Getsemaní. Todas las almas están llamadas en diversas formas a la contemplación de los misterios de la fe y a la íntima unión con Dios, y mientras más se aproximan a la cima a la que tienden, más se parecen, más marcadas están por la imagen de Cristo, sin perder, no obstante, su especial fisonomía.

El alma santa de Cristo contiene eminentemente las tres formas de santidad sin ninguna de las imperfecciones que subsisten en los santos, más o menos como la luz blanca contiene los siete colores del arco iris. En efecto, es imposible conocer mejor a Dios, amarle y servirle mejor.

Jesús ha querido mostrarnos la excelencia de las tres formas de santidad en los tres períodos de su existencia en la tierra: su vida oculta, su vida apostólica, su vida dolorosa.

En su vida oculta, en la soledad de Nazaret, en la casa del carpintero, es ejemplo de fidelidad al deber cotidiano, en actos exteriormente modestos, pero muy grandes por el amor que los inspira y hasta de un valor sin medida.

En su vida apostólica aparece como la luz del mundo y nos dice que los que le siguen no caminan en las tinieblas, sino que recibirán la luz de vida [13]. Cuanto enseña sobre la vida eterna y

[13] Io 8, 12.

los medios para lograrla, no lo cree, lo ve inmediatamente en la esencia divina. Funda la Iglesia, la confía a Pedro y dice a sus Apóstoles: *Vosotros sois la luz del mundo*[14]; les envía a enseñar a todas las naciones, a llevarles el bautismo y la eucaristía.

En su vida dolorosa Jesús nos manifiesta el ardor de su amor por su Padre y por nosotros. Ese amor le lleva a querer morir por nosotros en la cruz, tiene sed de sufrir para reparar los ultrajes hechos a Dios, para salvar a las almas y consumar la obra redentora. Esta sed de sufrir es incomparablemente más grande en Él que en San Andrés, San Ignacio de Antioquía, San Lorenzo, Santa Teresa, San Benito José Labre. El corazón de Jesús es verdaderamente un horno ardiente de caridad. Nadie sufrió más que Él por el pecado, y de su Corazón triturado se derivan todas las gracias que reciben las almas reparadoras, asociadas al gran misterio de la Redención.

Jesús posee, eminentemente, así, las tres formas de la santidad, sin imperfección alguna. Está atento incluso a las más pequeñas cosas del servicio de Dios. Goza de la más alta contemplación, pero no se pierde en ella como un santo en éxtasis; Jesús está por encima del éxtasis y, sin dejar de ver las profundidades de la esencia divina, habla con sus Apóstoles incluso de los detalles de su vida apostólica. Tiene todo el ardor del amor, el celo más fuerte, pero unido a la mayor paciencia, a la dulzura, a la compasión, que le lleva a rezar por sus verdugos: *Padre, perdónales, pues no saben lo que hacen.*

El alma santa de Cristo se manifiesta, de este

---

[14] Mt 5, 4.

modo, por sus reflejos en el alma de los santos, como la luz blanca lo hace por medio de los siete colores. Guardando toda proporción, se da algo parecido en María, quien también reúne todas las formas de la santidad.

No disminuyamos la vida del Salvador queriendo explicarla demasiado por nuestra psicología personal; así se propuso al mundo un Cristo jansenista y, seguidamente, por reacción, un Cristo liberal. Elevémonos hacia Él en lugar de rebajarle hacia nosotros; está incomparablemente por encima de nuestros más generosos sentimientos. Muy superior a los más grandes santos, y pese a su elevación permanece como nuestro perfecto modelo y nos ofrece incesantemente la gracia para darnos la fuerza de seguirle.

En cierto sentido, los misterios de la vida de Cristo deben reproducirse en nosotros, en la medida en que el Salvador quiera asimilarnos a Él y hacernos partícipes de su vida oculta, de su vida apostólica, de su vida dolorosa y, finalmente, de su vida gloriosa en el cielo. Esta progresiva asimilación es particularmente asombrosa en la vida de muchos santos. Y si queremos, la meditación cotidiana de los misterios del Rosario puede hacernos avanzar con un paso siempre más firme en ese camino.

Los misterios gozosos de la infancia de Cristo, los misterios dolorosos de su Pasión y los misterios gloriosos de la Resurrección y de la Ascensión corresponden a los tres grandes actos de la vida de las almas: querer el fin último, la santidad y la beatitud eterna, cuyo pensamiento suscita la alegría y los primeros impulsos del

alma hacia Dios; querer los medios capaces de hacernos obtener ese fin, el cumplimiento de los preceptos, llevando la cruz, a ejemplo del Maestro y para seguirle; reposar con Él en el fin conquistado.

Así, los misterios de la vida de Cristo deben convertirse cada vez más en alimento de nuestra alma, en el objeto de nuestra contemplación, que los penetrará, los gustará y los saboreará; será como gustar antes la bienaventuranza; comprenderemos cada vez mejor que la gracia santificante es el germen de la gloria, *semen gloriae, inchoatio vitae aeternae* [15], que la profunda vida cristiana es la vida eterna comenzada según las palabras del Salvador, palabras que se repiten en muchas ocasiones en San Juan [16]: *Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en Él tenga la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día* *.

---

[15] SANTO TOMÁS, II, II, q. 24, a. 3, ad 2.
[16] Io 6, 40, 44, 47, 55; 3, 36; 5, 24, 39.
* Cfr. Apéndice III: *El tratado de la encarnación para ciertos contemplativos.*

EPÍLOGO

LOS TRES NACIMIENTOS DEL VERBO

La síntesis de la revelación del Verbo encarnado se encuentra en el prólogo del Evangelio de San Juan. En él se trata de los tres nacimientos del Verbo, que son celebrados cada año por las tres Misas de Navidad. Su nacimiento eterno, su nacimiento temporal según la carne en Belén y su nacimiento espiritual en las almas.

El nacimiento eterno del Verbo está claramente expresado en el primero y último versículo del Prólogo del cuarto Evangelio:

Al principio era el Verbo,
y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.
... ...
... ...
A Dios nadie le vio jamás;

Dios unigénito, que está en el seno del Padre, éste le ha dado a conocer.

En estas palabras se encuentran claramente afirmadas la distinción entre el Verbo, Hijo de Dios, y el Padre, y también la divinidad del Verbo, consubstancial al Padre.

La distinción de las dos personas divinas aparece en el hecho de decir: *el Verbo estaba en Dios, Verbum erat apud Deum.* Nadie está cerca de sí mismo, ni en sí mismo. Y si se dudase de que la expresión *el Verbo* designa a una persona, la duda desaparecería por el versículo 18, al final del Prólogo: *A Dios nadie le vio jamás; Dios unigénito, que está en el seno del Padre, éste le ha dado a conocer.* Es claro, por todo el prólogo, que el Hijo unigénito es el Verbo de Dios encarnado; y la expresión *que está en el seno del Padre* explica y precisa la del versículo primero: *el Verbo estaba en Dios.* Es evidente también que Hijo unigénito no es el nombre de un atributo divino, sino un nombre de persona, como el de Padre. Las dos personas son realmente distintas: el Padre no es el Hijo, pues el que engendra no es el que ha sido engendrado; nadie se engendra a sí mismo.

Por el contrario, no se puede decir: Dios no es su inteligencia, su sabiduría, su amor; es, en realidad, su Inteligencia, es la misma Sabiduría, el Amor mismo; estos atributos esenciales se identifican absolutamente con su Esencia. En cambio, el Padre no es el Hijo; entre ellos hay una oposición de relación, oposición que no existe entre cada uno de ellos y la esencia divina.

Y no es menos evidente, por el prólogo, que el Verbo es consubstancial al Padre, pues se dice:

y el Verbo era Dios. En griego, el Verbo es claramente el sujeto de esta proposición, como de la frase que precede y de la que sigue. Y es evidente también que la palabra de Dios está tomada en el mismo sentido pleno que en la proposición precedente: *el Verbo estaba en Dios,* y que en la siguiente: *Él estaba al principio en Dios.*

Además, los versículos siguientes muestran que el Verbo es, junto con el Padre, Creador, autor de la vida natural y de la vida sobrenatural:

Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron.

Estas últimas palabras miran sobre todo a la luz sobrenatural necesaria para creer las verdades de la fe imprescindibles para la salvación.

El primero y el último versículo del prólogo nos hacen ver, así, el profundo sentido de las palabras del Salmo: *A mí me dijo el Señor: tú eres mi hijo. Yo te he engendrado hoy*[1], y las del Salmo 109: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra... En medio de los resplandores de la santidad, de mis entrañas te engendré, antes de existir el lucero*[2]. También comprendemos mejor lo que quería decir el Espíritu Santo para inspirar al autor del libro de la Sabiduría: *La Sabiduría es como una exhalación de la virtud de Dios, o como una pura emanación de la*

1 Ps 2, 7.
2 Ps 109, 1-3.

gloria de Dios omnipotente; ... es el resplandor de la luz eterna, y un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad[3].

No menos claramente nos habla el prólogo del nacimiento temporal del Verbo en el versículo **14**:

Y el Verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros,
y hemos visto su gloria,
gloria como de Unigénito del Padre,
lleno de gracia y de verdad.

Este nacimiento temporal, según la carne, es el que fue anunciado por el profeta Miqueas: *y tú, oh Belén Efrata, pequeña para ser contada entre las millares de Judá, de ti saldrá quien señoreará en Israel, cuyos orígenes serán de antiguo, de los días de la eternidad... Su prestigio se extenderá por los confines de la tierra*[4].

Es la realización de la profecía de Isaías: *pues ha nacido un niño entre nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz, cuyo reino no tendrá fin*[5].

El prólogo nos habla finalmente del nacimiento espiritual del Verbo, viviendo en la Iglesia,

---

[3] Sap 7, 25-27.
[4] Miq 5, 2.
[5] Is 9, 5-6.

que es su Cuerpo místico, en las almas de buena voluntad:

Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron dioles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre; que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos[6].

Les dio poder ser hijos de Dios por adopción, como És el Hijo de Dios por naturaleza. Nuestra filiación es una imagen de la suya, tal como precisa el versículo 16:

Pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia. Porque la Ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vino por Jesucristo.

El mismo Jesús dijo: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada*[7] También dijo: *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre*[8].

El Verbo, Hijo de Dios, habita, con el Padre y el Espíritu Santo, en todas las almas de la tierra, en estado de gracia, del purgatorio y del cielo, en todos los justos. En cuanto a su santa humanidad, ésta no habita en el alma justa, pero

---

[6] Is 11 y ss.
[7] Io 14, 23.
[8] Io 14, 16.

ejerce sobre ella una influencia constante, pues es el instrumento siempre unido a la Divinidad para comunicarnos todas las gracias sacramentales o extrasacramentales que Jesús nos mereció durante su vida terrena y, sobre todo, en la Cruz [9]. Desde luego, se puede hablar de un nacimiento espiritual del Verbo en las almas, o de una venida silenciosa del Verbo a las almas, como fue a los pastores de Belén; es esta venida silenciosa la que honra una de las tres Misas de Navidad. También en este sentido San Pablo escribe: *Quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo* [10] *para incorporaros a Él, para que estéis en Él y Él en vosotros.*

Nunca podremos agradecer suficientemente al Señor la realización del misterio de la Encarnación redentora. A menudo, cuando entramos en una iglesia, pedimos una gracia espiritual o temporal para nosotros o para los nuestros y, a veces, agradecemos al Señor tal o cual beneficio. Pero olvidamos agradecerle el beneficio de los beneficios, aquel que, desde la caída, es la fuente de todos los demás, el de la venida del Salvador. Y como dice San Pablo: *Todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él* [11], por todos los beneficios que hemos recibido y que recibimos cotidianamente por su Hijo. *Ipsi gloria in saecula.*

---

[9] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 43, a. 2; q. 48, a. 6; q. 62, a. 4.
[10] 1 Cor 4, 15.
[11] Col 3, 17.

Estas páginas tienen por fin invitar a las almas a la contemplación del misterio de Cristo, quien ha querido convertirse, en la Eucaristía, en nuestro alimento espiritual.

Sería difícil expresar mejor esta contemplación que lo que lo hace la gran doxología, el *Gloria,* que a veces se recita mecánicamente en la Misa, pero que por la plenitud del sentido de sus palabras arrebata a las almas más contemplativas. En el *Liber Pontificalis*[12] se dice que el papa Telesforo ordenó a principios del siglo II[13] que el *Gloria in excelsis* fuese recitado el día de la Natividad de Cristo. Cuando Cristo inspiraba al que lo compuso, preveía que sería cantado en la Misa durante siglos y admiraría a los más grandes creyentes.

GLORIA A DIOS

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.	Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

1) PADRE

Laudamus te. Benedicimus te. Adoramus te. Glorificamus te. Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam.	Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos. Te damos gracias por tu gran gloria.
Domine Deux, Rex caelestis, Deus Pater Omnipotens.	Señor, Dios, Rey del Cielo, Dios Padre Omnipotente.

12 Ed. Duchesne, I, 129.
13 128-139.

2) HIJO

Domine Fili unigenite, Jesu Christe. Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris. Qui tollis peccata mundi, miserere nobis. Qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem nostram. Qui sedes ad dexteram Patris, miserere nobis. Quoniam tu solus Sanctus. Tu solus Dominus. Tu solus Altissimus, Jesu Christe.

Señor, Hijo unigénito Jesucristo. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Tú que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros. Tú que quitas los pecados del mundo, recibe nuestra súplica. Tú que estás sentado a la diestra del Padre, ten piedad de nosotros. Porque sólo Tú eres Santo, sólo Tú Señor, sólo Tú Altísimo, Jesucristo.

3) ESPIRITU SANTO

Cum Sancto Spiritu, in gloria Dei Patris. Amen.

Con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre. Amen.

Contemplemos con frecuencia en el *Gloria* el inmenso amor de Dios por nosotros. Dios habla; es preciso responderle. Recordemos, como dice San Juan de la Cruz, que en la tarde de nuestra vida seremos juzgados en el amor.

APENDICES

APÉNDICE PRIMERO

LA PERSONALIDAD: QUE ES FORMALMENTE

En primer lugar, es evidente para todo teólogo que la personalidad no puede estar formalmente constituida ni por la conciencia ni por la libertad. La conciencia del yo supone el yo, al que la conciencia supone pero no lo constituye. La libertad es igualmente una manifestación psicológica y moral de la personalidad fundamental, a la cual es atribuida y que, por tanto, es supuesta por ella. La persona es libre, pero la libertad no es lo que la constituye formalmente. Puede haber, así, una sola persona en Jesús, aunque se den en él dos conciencias y dos libertades, una divina y otra humana.

Hemos dicho que la personalidad fundamental no pertenece al orden del obrar, sino al orden del ser, pues obrar supone ser; para poder obrar, primero es necesario ser.

Según la razón natural o sentido común, la personalidad fundamental es aquello por lo que

cada ser racional es un sujeto primero de atribución que puede decir *yo* y al que se le atribuye todo lo que le pertenece, mientras que él mismo no es atribuible a ninguna otra persona. Pedro y Pablo son así personas. Comúnmente se dice: Pedro es hombre, Pedro es existente o existe, Pedro es bueno, etc. En cada uno de estos juicios afirmativos, el verbo ser expresa la identidad real del sujeto de la proposición y del atributo; en efecto, afirmar: Pedro es hombre, es tanto como decir: Pedro es el mismo ser que es hombre, etc.

¿Cómo garantizar esta identidad real del sujeto y del atributo de cada una de estas proposiciones? Para ello es necesario que haya en Pedro, bajo la diversidad de las cualidades que le son atribuidas, algo que sea uno, idéntico y real, que le constituye formalmente sujeto primero de atribución de todo lo que le conviene. Es esa su personalidad fundamental en el orden ontológico o del ser.

Esta personalidad, según algunos, es algo negativo: Pedro sería una persona porque su humanidad no dependería ni radical ni actualmente de una persona divina, o no estaría asumida, como lo ha estado la humanidad de Jesús, por una persona divina [1].

Muchos teólogos rechazan esta opinión por muchos motivos.

1º El constitutivo formal de aquello por lo que cada uno de nosotros es un sujeto primero

---

[1] Cfr. Escoto, *In III Sent.*, d. 1, q. 1, nº 5 ss., y d. 5, q. 2, núms. 4 y 5.

de atribución no puede ser algo negativo. Si la dependencia es algo positivo, con mayor razón aún la independencia es una perfección positiva, aunque la expresemos negativamente. La independencia de Dios en el ser es, incluso, la perfección soberana, todo lo positiva que cabe.

2º La personalidad natural de cada uno de nosotros no puede definirse por la ausencia de una gracia excepcional totalmente sobrenatural, es decir, por la gracia de la unión hipostática. No es la ausencia de un don sobrenatural lo que constituye las realidades de orden natural; de ello se seguiría que éstas no serían cognoscibles y definibles naturalmente.

3º En la Santísima Trinidad hay tres personalidades, que no son algo negativo, sino positivo, y que deben tener una semejanza analógica con la personalidad creada; de otro modo, no podríamos conocerlas.

4º La identidad real afirmada por los juicios: Pedro es hombre, Pedro existe, Pedro es bueno, no puede estar constituida ni explicada por algo negativo. Es necesario que haya algo positivo que constituya al sujeto como tal, siempre idéntico a sí mismo en su fondo bajo la diversidad de las cualidades que le son atribuidas.

Tampoco esta identidad está asegurada por la porción de materia propia de cada uno; si así fuera, mi cuerpo, por el hecho de que es tal cuerpo individual, constituido por tal porción de materia, y mi mano, por el hecho de ser tal mano individual, serían un sujeto primero de atribución; ahora bien, ello no es así, puesto que me son atribuidos como partes. En Cristo, la individuación de su humanidad por la materia está

infinitamente distante de su personalidad increada.

5º Además, los que sostienen que la personalidad es algo negativo, rehúsan por regla general admitir que haya, antes de la consideración de nuestro espíritu, una distinción entre toda esencia creada y su existencia, entre toda persona creada y su existencia. Ahora bien, ciertamente, antes de la consideración de nuestro espíritu, la humanidad no es en nosotros la existencia y la persona de Pedro no es su existencia, pues sólo Dios es su existencia. Sólo Él ha podido decir: *Yo soy El que soy*. Y por ser Dios ha podido decir Jesús: *Yo soy la Verdad y la Vida*. Ninguna persona creada es la existencia, sino que, tan sólo, tiene la existencia; la ha recibido. Por sí mismas, una esencia creada y una persona creada sólo son susceptibles de recibir la existencia.

6º Los que sostienen que la personalidad es algo negativo, generalmente también se niegan a admitir que en Jesús no haya más que una existencia. Ahora bien, tal como lo muestra perfectamente Santo Tomás, III, q. 17, a. 2, la unidad de existencia sigue a la unidad de persona; en efecto, si la humanidad de Jesús hubiese tenido existencia propia, habría tenido, en el orden del ser, su última actualidad o perfección, independientemente del Verbo, y la unión hipostática ya no sería, como resulta patente, más que una unión accidental; de aquí el peligro de volver inconscientemente al nestorianismo, que admitía en Cristo dos personas accidentalmente unidas.

Por diferentes razones, la mayor parte de los teólogos admiten que la personalidad consiste

en algo positivo. Pero, sin embargo, hay entre ellos algunas divergencias.

Sostienen algunos que la personalidad es un modelo sustancial que supone la existencia[2]. La razón estriba en que para ellos, como para los precedentes, no hay distinción real (o anterior a la consideración de nuestro espíritu) entre la esencia creada y la existencia; el modo substancial que constituye la personalidad humana no sólo supone la esencia o naturaleza humana, sino la existencia identificada con la esencia.

Como en la crítica de la opinión precedente, los tomistas responden a esto: antes de la consideración de nuestro espíritu, la humanidad en nosotros no es la existencia, pues sólo Dios es su existencia. Así pues, la distinción entre la esencia creada y la existencia no sigue a la consideración de nuestro espíritu, sino que la precede. Es decir, que es una dnstinción real; no se trata, ciertamente, de una distinción espacial de cosas separables unas de otras, sino una distinción que, por mínima que parezca, es real, puesto que es anterior a la consideración de nuestro espíritu. La distinción llamada *de razón* sigue a la consideración real de nuestro espíritu. No hay término medio entre la distinción real y la de la razón, pues una distinción precede o no precede a la consideración de nuestro espíritu.

La personalidad no supone, pues, la existencia, sino a la inversa, tal como dice Santo Tomás[3]: *Esse sequitur personam tamquam haben-*

[2] Cfr. SUÁREZ, *Disput. Metaph.*, dist. 34, sect. 1-2, 4, nº 9 ss.; *De Incarnatione*, disp. 11, sect. 3.

[3] SANTO TOMÁS, III, q. 17, a. 2, ad I.

tem esse: La existencia sigue a la persona (supuesta constituida), pues es la persona quien tiene la existencia. La existencia le es atribuida como a un sujeto primero de atribución que, a su vez, no es atribuible a ningún otro.

Además, como la existencia es, en toda cosa, actualidad o perfección en el orden del ser, todo lo que le acontece a una substancia ya dotada de su propia existencia, le acontece accidentalmente. Si, pues, en Jesús, la humanidad tenía su propia existencia, el modo substancial posterior a la existencia, del que habla esta segunda opinión, no le convendría más que accidentalmente. Desde luego, la unión hipostática resultaría accidental; se vuelve, así, inconscientemente, al nestorianismo.

Una tercera opinión sostiene, contra las dos anteriores, que la personalidad es algo muy positivo, que no podría suponer la existencia, sino que se identifica con la existencia, realmente distinta de la esencia creada. De esta suerte, la personalidad de Pedro se identificaría con su existencia creada y la personalidad de Jesús con la existencia increada del Verbo[4].

Esta opinión, que se aproxima a la doctrina de Santo Tomás, difiere de ella, sin embargo, en un punto importante. Santo Tomás ha escrito: *Esse non est de ratione suppositi*[5]. Por el con-

---

[4] Cfr. BILLOT, *De Verbo Incarnato*, ed. 5ª, q. 2, pp. 75, 84, 137, 140.

[5] *Quodlibet* II, q. 2, a. 4: *Esse non est de ratione suppositi creati.* Al contrario, *personalitas est de ratione personae seu suppositi rationalis naturae.* Además, SANTO TOMÁS, en el *Tratado sobre la Encarnación,* no se ocu-

trario, la personalidad es el constitutivo formal de la persona. Ha escrito igualmente[6]: *Esse consequitur naturam, non sicut habentem esse, sed sicut qua aliquid est, personam autem, sive hypostasim sequitur, sicut habentem esse.* La existencia sigue a la naturaleza, por la cual Pedro es hombre, y sigue a la persona de Pedro, que existe.

Si, pues, según Santo Tomás, la existencia sigue a la persona, no la constituye formalmente. Incluso es absolutamente imposible que la existencia, que representa un atributo contingente de toda persona creada, constituya formalmente a ésa como sujeto primero de atribución. Ello sería volver a decir que la personalidad de Pedro *es su existencia.* Ahora bien, sólo Dios *es* su existencia. Como dicen los tomistas: *Persona Petri (imo personalitas Petri, qua formaliter constituitur ejus persona) non est suum esse.*

Anterior a la consideración de nuestro espíritu, es verdadera esta proposición: Pedro no es su existencia. Sólo Dios es su existencia: *Solus Deus est suum esse.* Santo Tomás lo dice claramente; por ejemplo[7]: *Angelus est compositus ex esse et quod est. Quod est,* lo que es, es la persona que existe. No sólo hay distinción real entre la esencia creada y la existencia, sino entre la

---

pa de la unidad de existencia en Cristo, III, q. 17, más que después de haber estudiado la unión hipostática, considerando sus consecuencias. Esta consecuencia: *est unum esse in Christo,* no es, pues, el constitutivo formal de la unión personal o hipostática de las dos naturalezas.

[6] III, q. 2, ad 1.

[7] I, q. 50, a. 2, ad 3.

persona creada (supuesta formalmente constituida por su personalidad) y la existencia.

También la opinión que identifica la personalidad creada y la existencia conduciría a negar la distinción real de la esencia creada y de la existencia, distinción que está, sin embargo, prohibida por los partidarios de esta opinión y que es una doctrina fundamental del tomismo.

Se objeta: pero Pedro no es tampoco su humanidad y, sin embargo, no es realmente distinto de ella. ¿Por qué, entonces, por el hecho de que no es su existencia, sería realmente distinto de ésta?

Nosotros respondemos: Pedro es realmente distinto de su humanidad, como el todo es distinto de su parte esencial, y es mucho más distinto de su existencia, que es en él no una parte esencial, sino un atributo contingente.

Antes de toda consideración de nuestro espíritu, son verdaderas estas proposiciones: Pedro no es su naturaleza humana. Pedro no es su existencia. En efecto, Pedro no es su naturaleza humana, pues ésta es solamente la parte esencial de ese todo que él es. La parte, incluso esencial, no es el todo. Es falso, pues, decir: Pedro es su naturaleza. El verbo ser expresa la identidad real del sujeto y del atributo; y la parte, incluso la esencial, no es realmente idéntica al todo.

Pedro no es tampoco su existencia, pues ésta, para él, es sólo un atributo contingente. En efecto, Pedro podría no existir. La existencia no es en él un atributo esencial, ni el constitutivo formal de su persona. En toda persona creada la existencia es un atributo contingente que, desde luego, no podría constituir formalmente a la persona como un sujeto primero de atribución.

Además, como dice Santo Tomás [8], en Dios hay tres personalidades y una sola existencia: *Tres personae (divinae) non habent nisi unum esse.* Las personas divinas no están, pues, formalmente constituidas por la existencia y, desde luego, no tendrían una similitud analógica con la personalidad humana si ésta estuviese formalmente constituida por la existencia.

Por tanto, la personalidad, primero, es algo positivo; segundo, no supone la existencia; tercero, tampoco se identifica con la existencia, ¿qué hay que decir?

Hay que decir, como generalmente lo enseñan los tomistas [9], y particularmente Cayetano [10]: la personalidad, según la razón natural o sentido común, es, en cada ser razonable, aquello por lo que éste es sujeto primero de atribución de la naturaleza razonable individualizada, de la existencia, de los accidentes.

Es, en otros términos, lo que en él se requiere para salvaguardar la identidad real afirmada por todas las proposiciones: Pedro es hombre, Pedro es existente, Pedro es bueno. Es decir, Pedro es el mismo ser o sujeto que es hombre, que es existente, que es bueno. Es necesario que bajo la variedad de las cualidades esenciales y contingentes que le son atribuidas, haya en él algo real,

---

[8] III, q. 17, a. 2, ad 3.

[9] Cayetano, Ferrariensis, Bañez, Juan de Santo Tomás, Salmaticenses, Goudin, Billuart, Zigliara, Del Prado, Sanseverino, Hugon, Szabo, Mercier, Lorenzelli, Lépicier, Gredt. Ver también J. MARITAIN, *Les degrés du savoir*, pp. 845-853; *Sur la notion de subsistence.*

[10] III, q. 4, a. 2, núms. VI-XI.

positivo, idéntico, que no sea ninguna de las partes que le son atribuidas y que le constituya formalmente como sujeto primero de atribución, o como todo. El constitutivo formal de la personalidad no puede ser, pues, ni la naturaleza individualizada, ni la existencia, ni la conciencia, ni la libertad. Es aquello que constituye el sujeto primero de atribución como sujeto *(suppositum):* en latín se le llama *subsistentia,* y en los seres dotados de razón, *personalitas.*

Esta concepción, que a algunos les parece demasiado abstracta y demasiado sutil, no es, como señala Cayetano, más que la simple explicación de lo que dice la razón natural o sentido común. Esto es capital [11].

---

[11] Cayetano, in III, q. 4, a. 2, núm. VIII, demuestra muy bien cómo es necesario pasar de la definición nominal de la persona, admitida por el sentido común, a la definición real que él defiende y que no es más que la explicación metafísica de la definición nominal, explicación por simple análisis conceptual, sin razonamiento. Basta buscar el sentido profundo de los pronombres personales: yo, tú, él. Aristóteles había ya notado (*Metaph,* l. V, c. 8) que la sustancia llamada primera es sujeto primero de atribución, por oposición a la sustancia segunda, que es la naturaleza de ese sujeto; por ejemplo, Pedro es sustancia primera o propiamente dicha, más que la humanidad que le es atribuida como su naturaleza. Santo Tomás ha precisado la noción de persona en la explicación del misterio de la Encarnación, III, q. 2, a. 2; q. 4, a. 2; q. 17, a. 1 y 2, demostrando, como ya lo hemos visto, que la personalidad es, en todo ser racional, aquello por lo que él es sujeto primero de atribución de la naturaleza individualizada, de la existencia y de sus operaciones. Y CAYETANO añade, in III, q. 2, a. 2, núm. VIII: *Accedit ad haec quod nomen hypostasis, aut personae et similiter nomina propria naturarum cum pronominibus, ut hic homo, hic bos, et similiter pronomina demonstrativa personaliter, ut ego, tu, ille, omnes confitemur significare formaliter substantiam, et*

Aquello por lo que cada ser razonable es sujeto primero de atribución, es, manifiestamente, de orden substancial y no accidental. Es el término en el que se unen la naturaleza individualizada, la existencia, las operaciones atribuidas a la persona, como partes de un mismo todo. Así, analógicamente, la cima de una pirámide es el término y el punto culminante de las líneas que convergen en él. Es esto en el fondo algo muy misterioso para nosotros, pues en absoluto podemos tener de ello una intuición intelectual inmediata como el ángel. Nuestro conocimiento se eleva difícilmente de lo sensible a lo inteligible. Pero lo que aquí se afirma no es, sin embargo, más misterioso que lo que se afirma comúnmente a propósito del continuo. Como señala Santo Tomás [12]: *Si la humanidad de Cristo estuviese separada del Verbo, sería una persona distinta, como cuando se separan dos partes de una línea continua cada una de ellas se convierte en un todo* [13].

---

non negationem aut accidens aut extranea. Si omnes hoc fatemur (he aquí la afirmación de sentido común o de razón natural), *cur ad quid rei significatae perscrutantes, divertimus a communi confessione?* Es decir: ¿Por qué, cuando buscamos la definición real de la persona, nos apartamos de la noción de sentido común, o de la definición nominal comúnmente recibida por todos nosotros y que es el punto de partida que todos entendemos perfectamente que hay que salvaguardar?

Lo que aquí dice Cayetano no es un vano pensamiento, es la metafísica de lo que el gramático llama el pronombre personal: yo, tú, él. Esta metafísica del pronombre personal (o del adjetivo posesivo, *meus, tuus*) no es menos importante que la del nombre, la del sustantivo, la del verbo o la del adverbio de tiempo o de lugar. Cfr. ARISTÓTELES, *Perihermeneias*, l. I, *de nomine, de verbo*, etc.

[12] III, Sent., dist. V, q. 3, a. 3.

[13] *Ad tertium dicendum, quod separatio dat utrique*

Lo que aquí se afirma no es más sorprendente que el hecho comúnmente admitido de que la división de uno de los animales llamados anélidos, como el gusano, da dos animales en lugar de uno. La división introduce un término que antes no existía actualmente. Así, todo continuo es divisible hasta lo infinito, sin ser nunca dividido infinitamente; se compone de partes siempre divisibles [14].

Se sigue de aquí que la humanidad de Cristo, que se termina en la personalidad increada del Verbo, no es una persona humana. No es un sujeto primero de atribución. Cuando Jesús dice: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida,* se atribuye a sí mismo, al mismo yo, las propiedades de la naturaleza humana (yo que os hablo) y las de la naturaleza divina (yo soy la Verdad y la Vida). De aquí que Santo Tomás diga en sustancia: *Nativitas temporalis causaret in Christo temporalem filiationem realem, si esset ibi subjectum hujusmodi filiationis capax* [15]. Escribe también: *Si humana natura non esset assumpta a divina persona, natura humana propriam personalitatem haberet... Persona divina sua unione impedivit ne humana natura propriam personalitatem haberet* [16]. *Si praeexstitisset (personalitas humana)..., desiiset per corruptionem* [17].

La humanidad de Cristo no tiene, pues, según

---

partium totalitatem et in continuis dat etiam utrique esse in actu; unde supposito quod (Verbum) hominem deponeret, subsisteret homo ille per se in natura rationali, et ex hoc acciperet rationem personae.

14 Cfr. ARISTÓTELES, *Fisic.*, l. III, c. 1.

15 III, q. 35, a. 5, ad 1.

16 III, q. 4, a. 2, ad 3.

17 Item IV *C. Gentes,* c. 43.

Santo Tomás, la personalidad propia que habría tenido si no hubiese estado personalmente unida al Verbo. Pero no se sigue en modo alguno que falte algo a la humanidad de Cristo, pues, como dice Santo Tomás, es mucho más digno existir en el Verbo que existir en sí [18].

Por esta noción de personalidad se explica la verdad de las proposiciones: Pedro es hombre, pero no es su humanidad, que es en él parte esencial; Pedro existe, pero no es su existencia, existencia que es en él un atributo contingente.

Del mismo modo, se explica así que no haya en Jesús más que una sola personalidad, un solo sujeto primero de atribución al que convienen la naturaleza humana y la naturaleza divina, la libertad humana y la libertad divina. Consecuentemente, no hay en él más que una existencia [19], pues la existencia sigue a la persona, que es el sujeto que existe; la unidad de persona entraña, así, la unidad de existencia.

La unión hipostática no es, pues, accidental, es substancial, en tanto que las dos naturalezas

---

[18] Cfr. SANTO TOMÁS, III, q. 2, a. 2 ad 2: *Personalitas tantum pertinet ad dignitatem alicujus rei et perfectionem, in quantum ad dignitatem alicujus rei et perfectionem pertinet, quod per se existat, quod in nomine personae intelligitur. Dignius autem est aliqui, quod existat in aliquo se digniori, quam quod existat per se. Et ideo ex hoc ipso humana natura dignior est in Christo, quam in nobis, quod in nobis quasi per se existens propriam personalitatem habet, in Christo autem existit in persona Verbi. Sicut etiam esse completivum speciei pertinet ad dignitatem formae; tamen sensitivum nobilius est in homine propter conjunctionem ad nobiliorem formam completivam, quam sit in bruto animali, in quo est forma completiva.*

[19] III, q. 17, a. 2.

pertenecen a la misma persona y existen por la misma existencia[20]. Se salvaguarda así el sentido profundo de la afirmación de Jesús: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.*

---

[20] III, q. 2, a. 6.

APÉNDICE II

¿QUE ES LO QUE CONSTITUYE FORMALMENTE EL SACERDOCIO DEL SALVADOR?

¿Qué es lo que en Él corresponde a lo que es el carácter sacerdotal, impreso de modo indeleble en el alma de sus ministros?

Varios teólogos, como los Carmelitas de Salamanca [1], han pensado que el sacerdocio de Cristo está formalmente constituido por la gracia habitual creada (por la que es Cabeza del Cuerpo místico, en tanto que esta gracia supone la unión personal con el Verbo. Así, Cristo sería sacerdote por la misma gracia que le constituye en Cabeza de la Iglesia y por la que influye inmediatamente en nosotros.

Otros teólogos cada vez más numerosos y entre los que hay varios tomistas [2], estiman, parece ser que con razón, que lo que constituye formal-

[1] *Cursus theologicus, De Incarnatione,* disp. 31, dub. 1, § 4, núm. 16.

[2] Cfr. GONET, *Clypeus thom. theol., De Incarnatione,* disp. 22, a. 3. HUGON, *De Verbo incarnato,* 2 ed., p. 628 ss.

mente el sacerdocio de Jesucristo es la gracia substancial de unión al Verbo por la que es santo, santificador y mediador capaz de ofrecer un sacrificio de valor infinito.

Esta opinión es cada vez más aceptada por los teólogos actuales y ha sido, en cierto modo, aprobada por S. S. Pío XI en una alocución pronunciada el 28 de diciembre de 1925[3]. Se deriva de la doctrina que ha prevalecido sobre la santidad no sólo innata, sino substancial e increada de Jesús[4].

En efecto, la gracia substancial de unión con el Verbo santifica en primer lugar la humanidad del Salvador. No sólo le da una santidad accidental, como la que dimana en nosotros, en los mayores santos y en María, de la gracia habitual creada, accidente de nuestra alma, injerto divino que ella recibe. La unión personal con el Verbo otorga a la humanidad de Jesús una santidad substancial e increada[5] que es el principio del valor infinito de sus actos humanos meritorios y satisfactorios, del valor infinito de su adoración, que ahora subsiste en el cielo cuando ya ha pasado la hora del mérito y de la expiación dolorosa.

Pues bien, Jesús, formalmente, como Sacerdote y mediador universal, no debe ofrecer un sacri-

---

3 S. S. Pío XI dice: *E unicamente perche* l'Omoousios *di Nicea si è incarnato... che si effuse e si effonde, inesauribile ed infinita, in Gesù Cristo, quella che i teologi chiamano* unzione sostanziale, che lo consecrava sacerdote. *(Civiltà Cattolica,* 1926, p. 182).

4 Ver más arriba I Parte, c. 10; cfr. Juan de Santo Tomás, *De Incarn.*, d. 8, a. 1; Gonet, *De Incarnatione*, disp. 11.

5 La humanidad de Jesús existe por la existencia increada del Verbo (cfr. Santo Tomás, III, q. 17, a. 2).

ficio de valor limitado, como los de la antigua Ley, sino un sacrificio de valor infinito. Los actos sacerdotales de su alma santa deben tener un valor teándrico. Y quien dice Sacerdote capaz de ofrecer un sacrificio de tal valor, dice más que Cabeza de la humanidad. Adán, en el estado de inocencia, era cabeza de la humanidad *(caput naturae elevatae)*, sin poder, como sacerdote y mediador, ofrecer un sacrificio de valor infinito.

El constitutivo formal del sacerdocio de Cristo parece ser, así pues, la gracia de unión substancial con el Verbo, que hace de Él el *ungido del Señor*[6]. Tal gracia de unión, increada, pues es el Verbo mismo quien termina y posee la humanidad del Salvador[7], implica una vocación sacerdotal única y es el principio de la gracia habitual creada por la que Cristo, Cabeza de la Iglesia, influye inmediatamente en sus miembros o les comunica la vida sobrenatural. Su sacerdocio requiere todos estos dones, pero el primero es su constitutivo formal.

Tal parece ser el pensamiento de Santo Tomás[8] cuando, hablando de Jesús Sacerdote y Víctima, dice que su humanidad fue santificada por la gracia de unión. Del mismo modo, cuando habla[9] de la predestinación de Jesús, predestinado no sólo a la gloria, como cuando se trata de la predestinación de los santos, sino a la filiación divina natural, infinitamente superior a la

---

6 Ps 44, 8, y 9, 24.

7 Cfr. Santo Tomás, III, q. 6, a. 6: *Gratia unionis est ipsum esse personale, quod gratis divinitus datur humanae naturae in persona Verbi.*

8 III, q. 22, a. 2, ad 3.

9 III, q. 24, a. 1 y 2.

filiación divina adoptiva. Finalmente, según Santo Tomás[10], Jesús, como hombre, es mediador entre Dios y todos los hombres por la gracia de unión hipostática, en razón de la cual toca los dos extremos a reunir y reconciliar: Dios y la humanidad[11].

Bossuet habla de modo semejante en sus *Elévations sur les Mystères*[12], en donde expone qué es el sacerdocio de Jesucristo: *¡Oh Cristo! ¡Oh Mesías, tú eres esperado y dado bajo este nombre sacro que significa el ungido del Señor! Enséñame en la excelencia de tu unción el origen y el fundamento del cristianismo... Se trata de explicar la unción, que te hace Cristo... Ven, Jesús, eterno hijo de Dios... en lo que atañe al sacerdocio, sólo lo tienes de Aquel que te ha dicho: Tú eres mi hijo: Yo te he engendrado*[13]. *Para este divino sacerdocio es preciso haber nacido de Dios y tú tienes tu vocación por tu eterno*

---

10 III, q. 26, a. 2 y q. 58, a. 3.

11 A veces, los teólogos han distinguido demasiado exclusivamente entre Jesús como Dios y como hombre, sin tener suficientemente en cuenta lo que le conviene como Hombre-Dios, o lo que conviene a su humanidad en razón de la personalidad divina del Verbo. Jesús, como Dios, y en modo alguno como hombre, creó todas las cosas; como hombre, y en modo alguno como Dios, sufrió y estuvo triste hasta la muerte; como Hombre-Dios nos ha amado con un amor teándrico que, siendo un acto humano, tiene un valor infinito por la personalidad divina de la que procede.

SANTO TOMÁS, particularmente en III, q. 58, a. 3, hace muy bien estas distinciones para explicar cómo Jesús está sentado a la diestra del Padre; 1º, como Dios; 2º, como Hombre-Dios, *secundum gratiam unionis;* 3º, como hombre, por la plenitud de gracia creada.

12 13 semana, 1ª y 16ª observaciones.

13 Ps 2, 7.

nacimiento[14]*... La ley de ese sacerdocio es eterna e inviolable. Tú eres único y, sin embargo, dejas sacerdotes cerca de ti, pero no son más que tus vicarios, sin que puedan ofrecer otras víctimas que la que tú ofreciste una vez en la Cruz y que ofreces eternamente a la diestra de tu Padre.*

Jesús es, pues, Sacerdote por la misma Encarnación; su sacerdocio es substancial, como su santidad, y de Él deriva el carácter sacerdotal impreso de modo indeleble en el alma de sus ministros cuyas vocaciones suscita y suscitará siempre hasta el fin de los tiempos.

---

[14] Heb 7, 16.

APÉNDICE III

EL TRATADO DE LA ENCARNACION PARA CIERTOS CONTEMPLATIVOS

Si algunas almas contemplativas probadas leen este libro, una reflexión podrá ayudarles. Una de ellas escribía después de la lectura de una obra en la que se exponía el pensamiento de Santo Tomás sobre la Providencia: *leyendo los primeros capítulos que trataban de los atributos de Dios, un velo negro se extendía sobre lo que leía; solamente la Deidad se desprendía, envuelta también ella en tinieblas, pero en tinieblas de naturaleza distinta a las que encuentro en las luces de la teología. Pues para mí todas las luces son oscuras... Mi alma vive ausente, separada de la parte sensible, y no tiene (por así decirlo) ninguna participación en las fiestas que se celebran, en los misterios que se conmemoran. El alma anima al cuerpo y eso es todo; el cuerpo está ahí solo, siempre solo, presente en las cosas que están hechas para el alma y que, consecuentemente, chocan con ese obstáculo humano que permanece*

inerte como un cuerpo muerto... Luego, de cuando en cuando, pero muy raramente, una certeza se imprime súbitamente en mi espíritu, acompañada de un abrazo en el fondo del alma; recibo entonces la seguridad de que amo a Dios con un verdadero amor... Mi alma amurallada (separada de lo sensible) toma conciencia algunas veces de que allí hay un abismo y una vida de insondable profundidad; es como un conocimiento experimental de inmensa riqueza, pero desconocida; de un brasero incandescente por el que, sin embargo, no soy ni iluminado ni calentado; de una plenitud desbordante, pero percibida a medias, de la que estoy hambriento y de la que no me alimento.

De hecho, la oración de ciertas almas particularmente probadas está casi totalmente despojada de los elementos intelectuales y afectivos que normalmente se encuentran en la oración y, sin embargo, en ella hay una aquiescencia y un abandono que equivale a decir: *Dios mío, me fío de ti,* y que comprende la humildad, la fe, la confianza, el amor y la verdadera oración.

Lo escrito sobre el misterio de la Encarnación redentora dejará una impresión parecida a las almas probadas que están en ese estado. Para tales almas, todas las luces son oscuras en comparación con la luz inaccesible que presienten y que, más que ninguna otra, les hace presentir la palabra del Salvador. De hecho, el sol es una sombra en comparación con la luz intelectual de los primeros principios racionales; éstos son una sombra en comparación con los misterios sobrenaturales, tal cual nos será dado un día verlos.

Y entre esos misterios, la Encarnación redentora es una sombra en comparación con la Deidad que, tal cual es en sí, contiene eminente, formal y explícitamente, todos los atributos y las tres personas divinas. La Deidad, tal cual la conocemos en la tierra, sólo contiene implícitamente los atributos divinos que de Ella se deducen; pero cuando la veamos tal cual es, ya no será necesario recurrir a la deducción; veremos explícitamente en la eminencia de la Deidad, superior al ser, a la unidad, a la bondad, todas las perfeciones infinitas y las tres personas divinas [1]. Es esto lo que presienten como experimentalmente ciertas almas y por ello permanecen insatisfechas, en la parte superior de sí mismas, de todo lo que se les pueda decir sobre los atributos divinos o sobre la personalidad del Verbo, que se encarnó para salvarnos.

Viene al caso recordar las palabras de Santo Tomás: *Ea quae sunt divinitatis sunt secundum se maxime excitantia dilectionem, et per consequens devotionem, quia Deus est super omnia diligendus; sed ex debilitate mentis humanae est quod sicut indiget manuductione ad cognitionem divinorum, ita ad dilectionem per aliqua sensibilia nobis nota: inter quae praecipuum est humanitas Christi, secundum quod in Praefatione dicitur: Ut, dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur. Et*

---

1 Cfr. CAYETANO, in I, q. 39, a. 1, núm. 7: *Res divina prior est ente et omnibus differentiis ejus: est enim super ens et super unum, etc. Est in Deo unica ratio formalis, non pure absoluta, nec pure respectiva, non pure communicabilis, nec pure incommunicabilis; sed eminentissime ac formaliter continens quidquid absolutae perfectionis est, et quidquid trinitas respectiva exigit.*

ideo ea quae pertinet ad Christi humanitatem, per modum cujusdam manuductionis, maxime devotionem excitant, cum tamen devotio principaliter circa ea quae sunt divinitatis consistant[2]. En otros términos: sobre todo es la Deidad quien excita y atrae el amor y la devoción; pero como es invisible, tenemos necesidad de ser progresivamente elevados hacia ella, partiendo de las cosas sensibles. Así, el Salvador se nos aparece primero en su humanidad, como el Camino; luego se nos aparecerá, finalmente, en su divinidad, como la Verdad y la Vida. Es lo que nos recuerda el prefacio de la Natividad: *Quia per incarnati Verbi mysterium, nova mentis nostrae oculis lux tuae claritatis infulsit... Por el misterio de la Encarnación del Verbo, un nuevo rayo de tu esplendor ha brillado en nuestra alma: a fin de que, mientras que conocemos a Dios bajo una forma visible, seamos arrebatados por Él en el amor de las cosas invisibles.* Es el perfecto camino de la Vida eterna.

El estado de las almas contemplativas, del que acabamos de hablar, no sólo es aridez o ausencia de consuelo; es impotencia, totalmente diferente también de la tendencia natural al sueño. Cuando las almas están en esta impotencia, aún pueden leer algunos versículos del Evangelio, pero no pueden volver, al menos en ese momento, a a la oración activa, a la meditación discursiva.

La oración activa es parecida al trabajo del niño que aprende a deletrear y luego a leer pequeñas poesías. Si se le quitasen esas poesías y se

---

2 SANTO TOMÁS, II, II, q. 82, a. 3, ad 2.

le obligasen a volver al alfabeto, ya no podría; no tendría ningún interés, nada de vida en volver a aprender el alfabeto que ya sabe. Si se le quitan las pequeñas poesías que le gusta leer, es impotente para encontrar lo que le es necesario.

Otro ejemplo de impotencia es el del predicador ante el texto de un sermón de la Pasión que predicó hace algunos años con una gracia especial. Ya no tiene esa gracia que alumbraba esos pequeños trozos de leña que eran sus notas. Comprende bien el texto, lo recuerda, pero la gracia no pasa; es como un poeta sin inspiración. Su alma es como el agua de un lago que no anima ninguna brisa o como las hojas de los álamos, normalmente agitadas por el viento, cuando no hay el menor soplo. Es la calma plena. De aquí la impresión de impotencia cuando se quiere predicar como se debe la Pasión. Y sin embargo, bajo esta impresión de impotencia, o por encima de ella, puede existir una verdadera sed de hacer el bien a las almas y una profunda oración, que terminará por ser expresada. Ese predicador, absolutamente insatisfecho de sus notas, las domina ya, y su impotencia así sentida es un signo de que está cogido por la mano de Dios. Lo mismo para las almas contemplativas probadas de las que hablamos. Se sienten vacías de Dios, pero están aún más ávidas de Él.

El P. De Caussade, en su bello libro sobre *El abandono en la Providencia*[3], expresó muy bien ese estado: *Las almas que caminan en la luz* —dice— *cantan cánticos de luz; las que caminan en las tinieblas, cantan cánticos de tinie-*

[3] L. 3, c. 3.

blas. Hay que dejar cantar a unas y a otras, hasta el final, la parte y el motete que Dios les da. No hay que meter nada en lo que Él llena; hay que dejar manar todas las gotas de esa hiel de divinas amarguras cuando embriaga. Así hacían Jeremías y Ezequiel: todas sus palabras no eran más que suspiros, sollozos, y el consuelo nunca se encontraba más que en la continuación de sus lamentaciones. Quien hubiese detenido el curso de sus lágrimas nos hubiese privado de los más bellos pasajes de la Escritura. El espíritu que desola es el único que puede consolar: las diferentes aguas manan de la misma fuente.

Cuando Dios asombra a un alma, es preciso que ésta tiemble. Cuando la amenaza, queda espantada; hay que dejar que se desarrolle la operación divina. No hagáis ningún esfuerzo, queridas almas, para cambiarlas... Recibid en el fondo de vuestro ser los torrentes cuyo mar llevó Jesús en su alma santa.

Si los contemplativos de los que acabamos de hablar parecen no comprender lo que leen sobre los misterios de la salvación, es porque están ávidos de superar las fórmulas estrechas para entrar en las infinitas profundidades del misterio de Dios, en su insondable amor. *O Liebe, o unendliche Liebe Gottes!* En realidad, son ellos los que mejor comprenden. Si su Comunión les parece muy árida, si su pobreza les parece extrema, oyen incomparablemente mejor que otros las sublimes palabras:

Panis angelicus fit panis hominum.
....
O res mirabilis, manducat Dominum
Pauper, servus, et humilis.

INDICE

Págs.

SEGUNDA PARTE

EL AMOR DEL SALVADOR POR NOSOTROS Y EL MISTERIO DE LA REDENCION

Págs.

Apéndices

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR EDICIONES RIALP, S. A., PRECIADOS, 34, MADRID, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN TORDESILLAS, ORG. GRÁFICA, SIERRA DE MONCHIQUE, 25, MADRID, EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1977.